



Biblioteca Fundamentos
de la Construcción de Chile

La Araucanía y sus habitantes

Ignacio Domeyko



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA

GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA VARGAS
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL

XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO LÓPEZ
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL

RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR

MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS

ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL

IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA

GESTIÓN ADMINISTRATIVA

MÓNICA TITZE

DISEÑO DE PORTADA

PEZESPINA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

DOMEYKO, IGNACIO, 1802-1889

980.43 ARAUCANÍA Y SUS HABITANTES / IGNACIO DOMEYKO, -[1ª ED.]- SANTIAGO DE CHILE:

D668A CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN: PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE:

2010 DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS ARCHIVOS Y MUSEOS, c2010.

LXXIII, 237 pp.: IL.; 28 CM. ((BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE)

ISBN 9789568306083 (OBRA COMPLETA)

ISBN 9789568306328 (v. 34)

INCLUYE BIBLIOGRAFÍAS.

1.- DOMEYKO, IGNACIO - VIAJES- CHILE. 2.- ARAUCANÍA (CHILE) - DESCRIPCIONES Y VIAJES
- SIGLO 19. 3.- MAPUCHES -VIDA SOCIAL Y COSTUMBRES-

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2010
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2010
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2010
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N° 189.792
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-32-8 (TOMO XXXIV)

IMAGEN DE LA PORTADA
TRAPELAKUCHA (ADORNO PECTORAL) MAPUCHE

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO XXXIV DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN MARZO DE 2010

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

IGNACIO DOMEYKO

ARAUCANÍA
Y SUS
HABITANTES



SANTIAGO DE CHILE
2010



Ignacio Domeyko.
Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

IGNACIO DOMEYKO.
VIAJE A LA ARAUCANÍA EN EL AÑO 1845
Y OTROS DOCUMENTOS SOBRE LA FRONTERA

Jorge Pinto Rodríguez

Cuando el 23 de diciembre de 1844 Ignacio Domeyko partió de La Serena con destino a Coquimbo, para dirigirse al día siguiente a Valparaíso y seguir luego a Talcahuano con el propósito de visitar la vieja Frontera, en un viaje que duraría casi cuatro meses, las tierras de la Araucanía no despertaban todavía el interés que desataron en las décadas siguientes. Con un ejemplar de *La Araucana* bajo el brazo, que compró en una librería de Valparaíso, el insigne sabio polaco se encaminó al territorio mapuche sobrecogido por la historia de los valientes araucanos que impidieron el paso del español en el siglo XVI.

Explorador por naturaleza, la Araucanía ofrecía al viajero un interés particular. Llegado a Coquimbo en los primeros días de junio de 1838, en medio de los preparativos de las expediciones que se dirigían a Lima para combatir contra la Confederación Perú-Boliviana, sus afanes de recorrer el mundo lo animaron a convencer a unos de sus alumnos del liceo de La Serena, el joven Miguel Muni- zaga, a emprender el viaje al Sur, cuya finalidad, escribe el propio Domeyko, era visitar el

“país de indios semisalvajes que conservaban hasta ahora su independencia, después de tres siglos de combates con los españoles, cuyas hazañas canta Ercilla en su epopeya”¹.

En parte tenía razón; pero su viaje le permitió también corregir algunas de estas apreciaciones iniciales. Al promediar el siglo XIX de semisalvajes los mapuches muy poco tenían; en cambio, conservaban todavía una cierta autonomía, a pesar de la presencia de chilenos y extranjeros que ya empezaban a apropiarse de sus tierras, según él mismo Domeyko denunció en las primeras páginas de su diario.

¹ Véase, p. 108 en esta obra.

LA ARAUCANÍA QUE VISITÓ DOMEYKO

¿En qué estado se encontraba la Araucanía cuando Ignacio Domeyko se internó en el territorio mapuche?

Después de la resistencia que opuso la frontera a la Independencia, denominada por la historiografía liberal del siglo XIX *Guerra a Muerte*, la tranquilidad retornó al viejo espacio fronterizo que se había constituido en la región a mediados del siglo XVII, cuyo origen algunos remontan a las Paces de Quillín, celebradas en 1641 entre el marqués de Baidés, gobernador de Chile, y diversas parcialidades mapuches, en los llanos que están en las proximidades de Perquenco. Los grupos que manejaban el Estado en Chile comprendieron que era una tarea estéril prolongar una lucha que desangraba al país en momentos en que la atención estaba puesta en el norte y el Valle Central.

Efectivamente, el norte proporcionaba los minerales que convertían a Chile en un país atractivo para los inversionistas extranjeros; mientras el Valle Central consolidaba una agricultura que dispuso de excelentes mercados que favorecieron las exportaciones con evidentes beneficios para los propios agricultores y las arcas fiscales. Mantener la guerra en el sur era una insensatez y así lo entendieron quienes gobernaban el país, cuya gestión se limitó a retornar a las viejas instituciones coloniales que habían permitido conservar la paz en aquellos territorios: los parlamentos y las misiones.

Ya al promediar la década de 1820, sendos parlamentos empezaron a garantizar la paz. Todos debemos unirnos en una gran familia, “tanto para oponerse a los enemigos del país como para aumentar y consolidar el comercio y hacer cesar los males de la guerra”, acordó el teniente coronel Pedro Barnechea en el parlamento de Yumbel (diciembre de 1823) con caciques embajadores de los cuatro butalmapus.

“Desde el despoblado de Atacama hasta los límites de la provincia de Chiloé -se estableció en el pacto- todos serán tratados como ciudadanos chilenos en el goce de las gracias y privilegios correspondientes y con las obligaciones respectivas”.

Debemos todos formar una gran hermandad². Otros parlamentos, celebrados en años posteriores, ratificaron su valor para manejar las relaciones entre el Estado y los mapuches en los albores de la república.

Aunque por algunos años se prolongó la inquietud, en la década de 1840 la resistencia había concluido y la Araucanía volvía a la quietud de los viejos tiempos

² “Tratados de unión firmado por el teniente coronel P. Barnechea con los caciques gobernadores de los cuatro butalmapus, Yumbel, 12 de diciembre de 1823”, fs. 281-285. Las citas de f. 281, en Archivo Nacional, Ministerio de Guerra, vol. 133. Agradezco a mi colega Holdenis Casanova haberme facilitado una copia de este documento. Este tratado fue ordenado por Ramón Freire según decreto del 27 de octubre de 1823, en el que mandaba, además, repoblar las ciudades de Angol, Imperial y Villarrica. Véase Julio Zenteno, *Recopilación de leyes y decretos supremos sobre colonización, 1810-1896*, p. 111. La iniciativa de Ramón Freire pasó antes por el Congreso (sesión del 15 de agosto de 1823), donde se discutió el gasto que exigía este parlamento. Véase “Sesiones del Congreso”, tomo XVII, pp. 400-401.

coloniales³. Era una tranquilidad amagada a veces por conatos de violencia, pero que no impidieron que las relaciones pacíficas predominaran sin contrapeso. Las misiones, retomadas por franciscanos italianos en 1837, completaron el cuadro que configuraron el panorama que predominó en la región desde ese momento.

Lo anterior no significó que algunas autoridades no se hayan propuesto ocupar las tierras indígenas. En 1823 un proyecto de pacificación de la Araucanía presentado por el ministro de Freire, Mariano Egaña, planteó ocupar la región con colonos nacionales y extranjeros, sin descartar a los propios mapuches. El proyecto, concluía Egaña, debía acordarse con los indígenas a través de un parlamento, sin torcer su voluntad, tal como se había hecho durante la Colonia⁴. Dos años más tarde, en 1825 *La Abeja Chilena* daba cuenta de las gestiones hechas por el mismo Mariano Egaña, ahora como Ministro Plenipotenciario en Londres, para traer desde Europa “hombres laboriosos, destinados a desarrollar la riqueza de nuestros felices terrenos”, ubicados al sur del Biobío⁵; y, años más tarde, en 1842, *El Agricultor* publicaba un extenso proyecto de colonización que la Sociedad de Agricultura había



Juego de la chueca, en Claudio Gay, *Atlas de la historia física y política de Chile*, tomo 1.

³ En la Memoria del ministro de Guerra presentada al Congreso, en 1835, se destacaba el clima beligerante que existía en la frontera y la amenaza que representaban los indígenas; sin embargo, el propio Ministro reconocía que no había acuerdo respecto de cómo enfrentar el problema, toda vez que el país aún no estaba consolidado y tampoco existía opinión unánime de cómo actuar frente al mapuche, cuya presencia seguía provocando admiración por el arrojo y valentía con que expulsaron a los invasores en el siglo XVI. Véase Cornelio Saavedra, *Documentos relativos a la ocupación de Arauco*, pp. 263-266.

⁴ Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile*, tomo IX, p. 126.

⁵ *La Abeja Chilena*, N° 7, Santiago, 26 de agosto de 1825, tomo XX, pp. 56-60. La referencia en p. 56.

enviado al gobierno para colonizar la Araucanía⁶. Sin embargo, todavía no había llegado el tiempo en que florecería la inmigración hacia la frontera.

El problema radicaba en que el gobierno no tenía claridad de cómo actuar en la Frontera. El asunto quedó en evidencia con meridiana claridad en 1828 cuando, a propósito de la redacción de la Constitución de aquel año, se discutió acerca de los alcances del territorio y de quienes debían ser considerados chilenos. En ese momento se dudó que la Araucanía pudiera formar parte del territorio nacional y que los mapuches fueran miembros de la nación. Predominaban todavía ambigüedades que no se resolvieron y que tampoco se aclararon más adelante, por lo menos hasta mediados del siglo XIX. Por lo tanto, la intención de ocupar las tierras indígenas fueron apenas actos aislados que no contaron con el apoyo de la clase política de la época.

Así lo sugieren algunos estudios sobre la región que demuestran la falta de claridad que señalamos recién. Tal vez, el más importante fue un informe del visitador don Antonio Varas, elaborado en 1849, después de una visita que practicó a la frontera el año anterior. En realidad, el informe de Varas se originó en un proyecto de ley que el presidente Bulnes envió al Congreso para regular la situación administrativa de la región de Magallanes, que la cámara de diputados hizo extensivo a la Araucanía. Es decir, no fue iniciativa del gobierno solicitar un informe sobre la frontera o proponer algunos cambios en relación con ella, sino una sugerencia de la cámara. La propia cámara, en la reforma que introdujo al proyecto del ejecutivo y que esta vez incluyó a la frontera, se limitó a proponer, siguiendo las recomendaciones del visitador, que ésta quedara bajo la exclusiva dependencia del Presidente de la República, facultándolo para dictar las ordenanzas que juzgara más convenientes para su gobierno y protección de los indígenas⁷.

Antonio Varas, que se hizo asesorar por gente plenamente informada de lo que ocurría en la Araucanía, reconoció que indígenas y españoles no se gobernaban por las mismas leyes y costumbres. Mientras los primeros conservaban las viejas prácticas coloniales, los segundos admitían las leyes de la república. Ambos, indígenas y españoles, reconocían la autoridad de los intendentes; pero los mapuches seguían comportándose como súbditos del rey de España⁸. Someterlos a una autoridad que siempre han mirado como extraña, agregaba, significaba despojarlos de la independencia que tanto estiman y excitarlos a mirar como odioso el camino para atraerlos al bien. Emplear la violencia, decía el visitador, sería proponer una verdadera conquista que despertará la altivez guerrera del araucano, hará el triunfo difícil y provocará una situación alarmante para las provincias del sur, mucho más de lo que a primera vista podría imaginarse, sin considerar la carga de injusticia que encerraba una decisión de este tipo⁹. Por eso, recomendaba, hay que desarrollar un régimen basado en las prácticas que ya existen¹⁰.

⁶ N° 22, abril de 1842.

⁷ Antonio Varas, "Informe presentado a la Cámara de Diputados por el Visitador Judicial de la República, Antonio Varas", pp. 267-321.

⁸ *Op. cit.*, pp. 272-273.

⁹ *Op. cit.*, pp. 273-275.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 276.

Estos juicios fueron compartidos por el general José María de la Cruz, uno de los mejores conocedores de la región. Encargado por el gobierno de castigar a los caciques que se presumían responsables de la muerte de algunos náufragos del bergantín la *Joven Daniel*, una embarcación que zozobró en las costas de Arauco en 1849, De la Cruz no sólo liberó de culpa a los sospechosos sino que insistió en que las tribus estaban tranquilas y que, aunque no se podía confiar plenamente en los indios, no convenía bajo ninguna circunstancia emplear la fuerza. Si se les quiere aplicar nuestro régimen administrativo, concluía de la Cruz, lo primero que debe hacerse es ensayar alguno que se ajuste a sus hábitos y costumbres¹¹.

Las propias autoridades de gobierno habían dejado de preocuparse de los indígenas y de los eventuales conflictos que podrían generar. Si se siguen atentamente todos los discursos pronunciados por los presidentes de la república dando cuenta de la marcha del país ante el Congreso Nacional, los 1 de junio de cada año, se podrá apreciar que la amenaza indígena se fue disipando. Prieto mostró alguna inquietud en 1833, pero declaró en 1836 que un parlamento arreglaría las cosas. Cuando dejó el mando, en 1841, no pudo ser más categórico: nuestra frontera del sur, decía Prieto, fue el teatro de sucesos brillantes que enseñaron al indómito araucano a respetar la bandera chilena¹². La clave estaba en las misiones. Gracias a ellas, declaraba el ministro de Culto en 1840, se había logrado incorporarlos al seno de la patria para formar una sola gran familia¹³.

Manuel Bulnes fue más explícito. En diez años, al margen de una ligera referencia en 1843 en la que señaló que las provincias del sur estaban expuestas a las amenazas de los “bárbaros”, concluía, en 1850, que los indios vivían ya bajo las leyes chilenas, atraídos por medios pacíficos. A ello habían contribuido los parlamentos y, como el propio Presidente afirmaba, los franciscanos y capuchinos repartidos por toda la frontera¹⁴.

Manuel Bulnes tenía razón. Un parlamento celebrado en diciembre de 1846, al asumir su segundo período presidencial, ratificó los acuerdos de paz. El parlamento fue convocado por el intendente de Concepción, a propuesta del misionero franciscano Querubín Brancadori, luego de regresar de un viaje a la capital durante el cual se entrevistó con el presidente Bulnes. Bajo la atenta mirada del gran cacique Lorenzo Colipi y de las banderas chilenas instaladas junto a la cruz y las ramadas levantadas para recibir a los asistentes, se reunieron unos tres mil indígenas para confirmar la paz y comprometerse a respetar a las nuevas autoridades.

¹¹ “Memoria del Jeneral don José María de la Cruz sobre sus operaciones en la Araucanía ... a consecuencia del atentado cometido por los bárbaros a los náufragos del bergantín *Joven Daniel*, Estancia del Rosario de Peñuelas, 12 de septiembre de 1850”, apéndice 5, pp. 219-244. La referencia en pp. 229-234.

¹² Los discursos del presidente Prieto en *Discursos de apertura de las Sesiones del Congreso i Memorias Ministeriales Correspondientes a la Administración Prieto (1831-1841)*. El discurso de 1841, el último de su gobierno, fue pronunciado el 18 de septiembre de ese año.

¹³ *Op. cit.*, p. 224.

¹⁴ Los discursos de Manuel Bulnes en *Discursos de apertura de las Sesiones del Congreso i Memorias Ministeriales Correspondientes a la Administración Bulnes (1841-1851)*, pp. 107 y 408.

Querubín Brancadori y Colipi arreglaron las cosas para que se designaran cuatro caciques gobernadores y los demás asistentes se retiraran satisfechos, con el firme propósito de respetar los acuerdos¹⁵. Terminada la reunión, el franciscano recorrió casi toda la frontera visitando a los caciques en sus propias parcialidades, reafirmando los acuerdos del parlamento y enarbolando “el estandarte de la Patria”, con la sola excepción de Purén y Angol, donde los indios seguían dando muestras poco amistosas, aunque no por eso pudo dejar de decir misa “a presencia de ellos (los caciques), sin obstáculo alguno”¹⁶.

Esa fue la Araucanía que vio Ignacio Domeyko y por eso su desencanto. En vez de un pueblo guerrero, encontró una población laboriosa que mantenía buenas relaciones con los hispanocriollos de las zonas vecinas o con aquéllos que incursionaban como mercaderes en las tierras indígenas. Fue también la Araucanía que alcanzaron a ver otros viajeros como Eduardo Pöeppig, César Máss, Aquinas Ried, Reuel Smith y Paul Treutler. El primero recorrió la zona de Antuco en los años en que aún operaban los Pincheira, a pesar de lo cual reconoció el valor que tenía el comercio que aquí se practicaba.

“Tres o cuatro caravanas se dirigían anualmente desde aquí con algunas centenas de mulas cargadas hasta muy adentro en Los Andes, para reunirse en determinados lugares con los indios. Suministraban a los nómades trigo y maíz, ferretería y chaquiras, recibiendo en trueque sal y ganado. Este comercio debe haber sido muy provechoso”¹⁷.

César Máss, que visitó la región casi en los mismos años en que estuvo Ignacio Domeyko, describió hermosas chacras, tierras bien cultivadas y bosques de belleza conmovedora. César Máss no dejó de llamar la atención sobre ciertas prácticas de los mapuches que chocaban con la cultura de un occidental cultivado; sin embargo, de aquel mapuche indómito que Domeyko imaginó leyendo el poema de Ercilla, quedaba muy poco. Reuel Smith, que vino después de Domeyko, en 1852, y Paul Treutler, que estuvo en la Araucanía casi diez años más tarde, confirman la existencia de un espacio en el cual se mantenían las relaciones pacíficas y las viejas formas de contacto fronterizo diseñadas durante la Colonia. Los araucanos –escribía Vicente Pérez Rosales– “no forman ya esa masa compacta y belicosa que era movida por el amor a la patria y el odio contra los españoles”. En su lugar, se puede apreciar un pueblo de agricultores que ha dejado atrás el pastoreo para vivir de un modo estable en casas construidas de madera. Cultivan trigos, papas, habas, maíz y algunas plantas útiles a la economía doméstica; trabajan con mucha destreza riendas y lazos, no rehúsan la instrucción, acogen con solicitud a los herreros y

¹⁵ “Informe de fr. Querubín Brancadori al Intendente de Concepción, Tucapel 22 de diciembre de 1846”, en Archivo Nacional de Santiago, Intendencia de Concepción, vol. 209.

¹⁶ “Diario que el misionero de Tucapel fray Querubín Brancadori presenta al Señor Intendente de la Provincia de Concepción acompañado del Señor Comisario General de Indígenas, diciembre de 1846”, en Archivo Nacional de Santiago, Intendencia de Concepción, vol. 209.

¹⁷ Eduard Pöeppig, *Un testigo de la alborada de Chile (1826-1829)*, p. 386.

envían a sus hijos a las escuelas de los misioneros, cuando éstas se hallan cerca de su domicilio. En suma, son hombres laboriosos y tranquilos¹⁸.

La vieja frontera había cambiado y el viaje de Ignacio Domeyko incidiría aún más en los cambios que se precipitarían más adelante. Por la fama de hombre ponderado y sagaz observador de la realidad, sus opiniones sobre la Araucanía no dejaron de tener alguna influencia entre los gobernantes y la gente ilustrada que debía decidir qué hacer en una región aún no sometida a la soberanía del Estado chileno.

EL VIAJERO

Aunque en edad madura el espíritu de Domeyko se tranquilizó, sus años de juventud estuvieron marcados por la inquietud y ansias de aventura. Comprometido en las luchas políticas que afectaron a su país cuando apenas eran un joven estudiante, viajero infatigable, y, por sobre todo, estudioso de cuanto llamara su atención, el profesor que llegó a Chile en 1838 contratado por Carlos Lambert en nombre del gobierno para hacerse cargo de los cursos de Mineralogía del liceo de La Serena, había nacido el 31 de julio de 1802 en Niedzwiaka, una localidad agraria situada en Lituania, parte entonces de Polonia¹⁹. Su madre, profundamente católica, pidió y consiguió que se le pusiera el nombre del santo de ese día²⁰.



Su familia pertenecía a la más antigua nobleza polaca, dueña de algunas propiedades y recursos que le permitieron acceder a una cuidada educación, primero en la casa de sus padres y, luego, en el colegio

Longko y sus kona, en Margarita Alvarado, Pedro Mege, Christian Báez (eds.), *Mapuches; fotografías siglos XIX-XX. Construcción y montaje de su imaginario*.

¹⁸ Vicente Pérez Rosales, *Ensayo sobre Chile*, pp. 323-327. El entrecorillado en pp. 323-324. Conviene señalar que esta obra de Vicente Pérez Rosales fue escrita en francés y publicada en Hamburgo para atraer inmigrantes a Chile. La traducción de 1859 al castellano fue hecha por Manuel Miquel.

¹⁹ Existen numerosas biografías de Ignacio Domeyko, publicadas en Chile y Polonia. Las iremos citando a medida que recurramos a ellas a lo largo de este estudio. Los primeros datos han sido recogidos del artículo de Julio Pinto, "Ignacio Domeyko (1802-1889). La minería como ciencia y como fe", p. 42 y siguientes. Aunque aquí consignamos como fecha de nacimiento el 12 de agosto de 1802, según el calendario antiguo correspondía al 31 de julio de ese mismo año.

²⁰ Miguel Luis Amunátegui, *Ignacio Domeyko*, p. 11.

conventual de los padres Píos, en Szczuczyn, desde donde se trasladó a la Universidad de Vilna, en 1817, para ingresar a la Facultad de Ciencias Naturales, cuando apenas tenía quince años.

En el ambiente universitario de aquellos años se fortalecieron en el joven estudiante que llegó de Szczuczyn, tres convicciones que lo acompañarían por el resto de su vida: su profunda fe católica, su notable pasión por la ciencia y un cariño a la patria que nunca olvidó, a pesar de las circunstancias de la vida que lo llevaron tan lejos del suelo natal. Más tarde desarrollaría un afecto por la docencia del que Chile obtuvo mucho provecho.

Se vivía entonces en Polonia un clima de agitación política. Apenas acalladas las trompetas que acompañaron a las tropas de Napoleón, se dejó sentir el peso de Rusia, cuyos intentos por controlar Polonia quedaron de manifiesto en los mismos años en que Ignacio Domeyko cursaba sus estudios en la Universidad de Vilna. Allí, junto a numerosos estudiantes fraguó planes para liberar al país del dominio extranjero. Célebres poetas, hombres de ciencia en formación e intelectuales en ciernes, se juramentaron para defender a la patria. Varios de ellos pagaron con la cárcel sus anhelos, mientras otros tuvieron que partir al exilio. Él corrió mejor suerte: aunque debió abandonar la Universidad, tuvo que encerrarse en las tierras familiares, “sin derecho a mezclarse en la vida pública y bajo la vigilancia de la policía”²¹. Esto ocurría en 1823.

En Zapole, en dominios de uno de sus tíos, Ignacio Domeyko se entregó por completo a los trabajos agrícolas y a sus estudios favoritos; sin embargo, los viejos sueños de liberar a Polonia se despertaron de nuevo en 1830 cuando las convulsiones que sacudieron a Europa ese año crearon un ambiente favorable para la sublevación. Domeyko no se mantuvo al margen. Abandonando sus labores en el campo se unió a las fuerzas del general Klapowski en la guerra contra Rusia. Los resultados para las fuerzas polacas fueron desastrosos. Derrotados en los campos de batalla, una vez más miles de jóvenes tuvieron que partir al exilio, escapando de la represión emprendida por los vencedores.

Domeyko, junto con antiguos compañeros de universidad y nuevos camaradas de armas, se refugió primero en Dresde, desde donde tuvieron que escapar por el temor de ser detenidos por las tropas rusas. Francia era en ese momento el país más seguro y hacia allá trataron de continuar su camino los desterrados en Dresde. En agosto de 1832, lograba llegar a París. Iniciaba así una larga travesía que lo llevaría muy lejos de su tierra natal.

“Estoy en París –escribió al llegar a la capital de Francia–, en la ciudad a la que me sentí tan fuertemente atraído desde mis años más juveniles, sobre todo de los universitarios, soñando que allí estaba el foco de la libertad, el centro y la capital de la civilización superior por el mismo hecho de que tantas revoluciones se generaran allí y que tantos grandes hombres y elementos para el orgullo y pasión humana habían allí crecido”²².

²¹ Berta Lastarria Cavero, *Ignacio Domeyko y su época, 1802-1888*, p. 20.

²² Domeyko, *Mis...*, *op. cit.*, tomo I, p. 82.

Al poco tiempo y pasado ya el entusiasmo inicial que le provocó París, se incorporó a los cursos de la Sorbona y del Colegio de Francia, con el propósito de continuar los estudios suspendidos en Vilna. Esto no lo alejó de los otros refugiados polacos con los cuales siguió soñando el futuro de la patria; sin embargo, la distancia y las vicisitudes propias de los grupos políticos que deben abandonar su país fue alterando los proyectos iniciales de regresar a Polonia. Más adelante, el propio Domeyko recuerda que desde su ingreso a la Escuela de Minas, empezó a alejarse de los movimientos de la emigración, para concentrarse de lleno en los estudios²³.

Sus esfuerzos se concretaron en 1837, cinco años después de haber llegado a París. Ese año concluyó sus estudios en la Escuela de Minas, aprobó el examen final y recibió el honroso diploma que lo acreditaba como experto ingeniero en mineralogía. Su primer trabajo lo llevó a Alsacia Baja, a unas exploraciones tendientes a descubrir yacimientos de hierro en faenas financiadas por ricos banqueros y dueños de fábricas que tenían la certeza de encontrar en ese lugar los minerales que buscaban. Sin embargo, “algún escozor aristocratizante” que se respiraba en el ambiente no lo hacía sentirse a gusto, sentimiento que se agravó por los efectos negativos que tuvo en su salud la humedad y el frío de los bosques que debía recorrer a diario. Para colmo, sus patrones eran protestantes que gustaban burlarse de los curas.

“A menudo –escribió entre el parloteo y la exuberancia culinaria– ante la champañ y los exquisitos postres me parecía ver tras la puerta del salón a mi madre mirándome con tristeza, como si tuviera que reprocharme algo”²⁴.

Sin embargo, la solución estaba por llegar. En aquellos mismos días recibió una carta del señor Dufrenoy, su profesor de mineralogía en la Escuela de Minas de París, en la que le proponía viajar a Coquimbo, como profesor de Química y Mineralogía con un sueldo de \$1.200 (6.000 francos) anuales, más los gastos de viaje.

“¡Reviví! –escribió Ignacio Domeyko al recordar más tarde, aquellos momentos de su vida–. Renació en mí la afición infantil por los largos viajes. Sin pensarlo mucho, contesté aceptando; y en otra cuartilla de papel escribí a la señora Köchlin informándole que voy a América. Envié las cartas y fui al bosque. Al regresar a casa perdí la carta del señor Dufrenoy y durante un mes no sabía adónde iba a viajar, porque olvidé el nombre de Coquimbo”²⁵.

A pesar del entusiasmo que muestra, en una de sus biógrafas señala que pronto surgieron las dudas. ¿Qué sabía de Chile? A su regreso a París, explicó francamente sus temores de llegar a un país sin recursos, medio civilizado y tan distante de Polonia, a donde no podría acudir si lo llamaban para defenderla. Sin embargo, correspondió

²³ Domeyko, *Mis...*, *op. cit.*, tomo I, p. 158.

²⁴ *Op. cit.*, p. 179.

²⁵ *Ibid.*

a don Carlos Lambert convencerlo de que nada grave le ocurriría y que en Chile encontraría todo lo necesario para desarrollarse personal y profesionalmente²⁶.

Las cosas habían ocurrido de la siguiente manera. Aprovechando un viaje de Carlos Lambert a Francia, el gobierno de Chile le encargó contratar en París un profesor que estuviese dispuesto a hacerse cargo de los ramos de Química y Mineralogía en el liceo de La Serena. Carlos Lambert, antiguo alumno de la escuela Politécnica de París y minero avecindado desde hacía varios años en Chile, asumió sin vacilar la tarea, acicateado por el intendente de Coquimbo, don José Santiago Aldunate, quien habría pedido al profesor Dufrenoy para que lo pusiera en contacto con la persona indicada. Así llegó a conocimiento de Domeyko la oferta de Lambert. Según ha escrito una autora ya citada, desde un principio surgió una sincera simpatía entre el francés y el polaco, base de una verdadera amistad que los uniría por el resto de sus vidas.

Carlos Lambert era un poco mayor que Ignacio Domeyko. Había nacido en Estrasburgo en 1793 y, como él, era un ingeniero de minas que decidió venir a Chile a probar fortuna. Su primer viaje lo hizo en 1817, para retornar a Europa en 1820, desde donde regresó a Chile algunos años más tarde. Emprendedor por naturaleza, revolucionó la minería en el Norte Chico al introducir el horno de reverbero, y en el viaje a Europa que hizo en 1837, recibió el encargo de traer a Chile un profesor que asegurara la formación de nuevos mineros en el país.

Lambert escuchó pacientemente las dudas del joven ingeniero polaco, para hablarle después con entusiasmo de Chile. Le señaló que era un país interesante, que con inteligencia y energía empezaba a formarse después de haberse independizado de España. Le habló de sus riquezas mineras, de su clima, de sus gobernantes, de su política. En suma, lo convenció de venirse a Chile, entregándole \$3.000 para la compra de los útiles necesarios para las clases que impartiría en La Serena²⁷.

Años más tarde Ignacio Domeyko recordaría que todo el mes de enero de 1838 se lo pasó en los preparativos del viaje, la compra de libros, la elección de los instrumentos para el laboratorio que instalaría en La Serena y en las despedidas de los amigos polacos que quedarían en París. Fueron situaciones tristes, escribió el viajero, pero ninguna para siempre, “con todos hasta la vista. ¿Dónde? Sólo Dios sabe”²⁸. Finalmente, el 31 de enero de ese año partió en una diligencia al puerto de Boulogne, desde donde salió con destino a Dover dos días más tarde. Por primera vez vería el mar.

El viaje a Chile duró cuatro meses, acompañado siempre de Carlos Lambert. Pasaron primero por Londres y recién el 9 de febrero se embarcaron con destino a América. Fue una larga travesía que concluyó el 26 de abril cuando la nave ancló en el puerto de Buenos Aires, luego de recalar en Rio de Janeiro y Montevideo.

“Eran ya las ocho cuando nuestro buque se detuvo. El ruido de la cadena del ancla indicó que ya llegué al punto del destino y que todo el océano me separaba

²⁶ Lastarria, *op. cit.*, p. 35 y siguientes.

²⁷ *Op. cit.*, pp. 36-37.

²⁸ Domeyko, *Mis ...*, *op. cit.*, tomo I, p. 179.

de mi patria. La tarde era nublada y oscura; un cierto frío soplaba desde el sur y producía un fuerte oleaje. En los distintos lugares del agua oscilaban los faroles de los buques, pero no se oían voces de los marinos ni se notaba el menor signo de vida en el puerto”²⁹.

Aunque el puerto de Buenos Aires no le causó buena impresión, pisar tierra firme le hizo olvidar las fatigas del viaje. Respiró, además, el aire puro de “buenos aires” que soplaba ese día. La ciudad era extensa, bien urbanizada, de unos ochenta mil habitantes, muchos de los cuales eran europeos. Le sorprendió la gran diversidad de la gente y las opiniones tan encontradas que escuchó de Juan Manuel de Rosas; sin embargo, como el invierno se aproximaba y en cualquier momento se podía cerrar la cordillera había que apurar el tranco. La guerra contra Santa Cruz también provocaba una inquietud que obligaba a partir cuanto antes.

“Teníamos por delante trescientas millas de desierto estepario, y no había otra solución que viajar a caballo, por postas, a galope, a la manera de los correos”³⁰.

El viaje se inició el 29 de abril y concluyó en Coquimbo el 3 de junio, a las 4 de la tarde, el día de la fiesta de Pentecostés y en la víspera de un fuerte sismo que asoló a la región. Todos los pormenores de la travesía los relató, indicando los nombres de las postas, las distancias y los gastos en que se incurrió desde el mismo Buenos Aires hasta La Serena, incluyendo los que se habían hecho antes desde París al lugar final de destino³¹.

“No hay, sin duda, otro país que sea menos parecido al nuestro como éste, donde me tocó descansar de la guerra, del ruido parisino y del prolongado viaje –escribió al llegar a Coquimbo–. Puras rocas, desiertos y mar; no hay ni bosques ni los extensos trigales verdes, ni nuestros prados ni aldeas. Todo el horizonte, por el este, formado por la cordillera, erizado de inmensos picachos, cuyos colores tornasolan constantemente, desde la salida hasta la puesta del sol. Generalmente pardos, grisáceos, a veces se arbolan como si ardiesen, o bien pasando a matices dorados o purpúreos se vanaglorian de sus sueños eternos, recortados en el fondo azul. Por el oeste, el mar inmenso, por las mañanas comúnmente cubierto de leve neblina, espumoso en la costa, por las noches iluminado con olas fosforescentes”.

EL PAÍS QUE ACOGIÓ AL EMIGRANTE

Se dio cuenta que llegaba a un país que daba sus primeros pasos como república independiente. Según los datos que arrojó el censo de 1830 a 1834, su población bordeaba el millón y medio de habitantes; cien mil eran dueños de las principales

²⁹ Domeyko, *Mis...*, *op. cit.*, p. 301.

³⁰ *Op. cit.*, p. 304.

³¹ Los detalles del viaje en *op. cit.*, pp. 304-355.



Mapa de la región de la Araucanía, 1845, Colección Archivo Nacional Histórico.

fortunas del país y un millón cuatrocientos mil trabajadores los que hacían posible la riqueza de los primeros. Eso fue lo que denunció Santiago Arcos en 1852, dando cuenta de una situación que no debió ser tan diferente en 1838. Ese año, en cambio, la guerra de que tuvo noticias en Buenos Aires que enfrentaban a Chile y Argentina con la Confederación Perú-Boliviana, también lo sorprendió en Chile. Él mismo presencié los batallones que se dirigían al norte a combatir en territorio peruano. Por otra parte, hacía menos de un año que había sido asesinado Portales, en medio de algunas convulsiones que aún no terminaban. “Llegué en los primeros tiempos de la independencia chilena”, escribiría más tarde, a una sociedad violentamente remecida en sus cimientos, hostil al pasado y a las tradiciones coloniales, pero que está cambiando tan rápidamente “que dentro de veinte años los jóvenes no tendrán una idea de lo que son ahora sus padres”³².

Le sorprendió el fervor con que se celebraba el 18 de septiembre, las carreras de caballos y los juegos con que se entretenía la población. Todo le pareció nuevo, original y en completo orden y sencillez. “No había en Coquimbo ladrones ni gente sospechosa. Se podían, sin peligro, dejar las puertas abiertas, no había cerrajeros para reparar cerraduras”³³.

Aprovechó su primera visita a un mineral de la zona para describir una escena de la vida minera. Retrató a peones sudorosos y agobiados por el peso del trabajo, pero alegres y bullangueros. Era un sábado, día que terminaban las labores semanales y los mineros se aprestaban para la diversión. De la faena pasó a la placilla donde convivían, en una pintoresca relación, la devoción mariana y el canto y la guitarra de la chingana. Allí nadie mandaba, aunque reinaba orden y calma³⁴.

Del relato que hiciera de aquellos sucesos se destacan sus juicios sobre el orden que observó en el país, un orden que se apreciaba tanto entre los grupos pudientes como en el populacho. “El pueblo de aquí es demasiado serio para bailar todos públicamente, escribió, aunque gusta con pasión del canto y del baile que son aquí indivisibles”³⁵. Seguramente fue ese orden y seriedad lo que más lo ató a esta tierra. Para un espíritu rebelde, pero por sobre todo conservador y amante de la tranquilidad, lo que empezaba a observar en Chile no lo dejó indiferente.

Si hemos de confiar en los relatos de otros viajeros y en los juicios de nuestros propios historiadores, uno de los hechos que caracterizó al país desde la génesis de la república, fue el apego al orden.

Por esos mismos años, Claudio Gay expresó en Francia opiniones muy lisonjeras sobre Chile. Entre las repúblicas sudamericanas, escribió el sabio francés en 1842,

“hay una, Chile, que tomando un impulso extraordinariamente rápido en todas las ramas de la civilización, parece sustraerse pronto a los prejuicios nacionales y

³² Domeyko, *Mis ...*, *op. cit.*, tomo I, p. 357.

³³ *Op. cit.*, p. 373.

³⁴ Visitó una faena de las minas de plata de Arqueros, situada 12 millas al norte de La Serena. *Op. cit.*, pp. 376-380.

³⁵ Domeyko, *Mis ...*, *op. cit.*, tomo I, p. 377.

ponerse al nivel del progreso de la vieja Europa. Emancipada desde hace más de veinticinco años del gobierno español, ha debido sufrir esas fases de revoluciones y aun de anarquía que son las consecuencias naturales de esos grandes movimientos políticos; pero gracias al espíritu de orden y de tranquilidad, se ha restablecido el equilibrio y este país que antes era mirado casi como una provincia del Perú, desempeña hoy un papel de primer orden y ofrece al Nuevo Mundo un magnífico ejemplo de progreso y prosperidad”³⁶.

En ese ambiente, Ignacio Domeyko debió descubrir en Chile un país lleno de oportunidades para un ingeniero que entraba a la madurez de la vida y que anhelaba dedicarse a la ciencia y la educación. Contribuyeron también, la cálida acogida que le brindó la sociedad serenense y los primeros éxitos que alcanzó en sus labores.

LOS AÑOS DE PROFESOR EN LA SERENA Y SUS VIAJES POR EL NORTE

Consagró sus primeros años en La Serena casi exclusivamente a la docencia. Era, sin duda, una tarea pionera cuando la enseñanza en general y la de las ciencias en particular, eran en Chile incipientes. Sin embargo, la acogida que le brindó la sociedad serenense fue otro imán que lo atrajo a la ciudad.

“El cielo puro, escribió más adelante, la hermosa tierra, la magnífica vista de los Andes por el oriente, y al océano por el poniente; la tranquilidad; el cálido y suave carácter de los habitantes –todo ello, tras los seis años tumultuosos en París– fue para mí un mundo nuevo. ¿Y cómo no encariñarse con las gentes cuando le miran a uno con tanto afecto?”³⁷.

Con los materiales que trajo para la creación de la nueva clase de mineralogía se dispuso a enseñar a sus nuevos alumnos. La tarea más difícil, comentó después, fue aprender en tres meses el castellano “en grado suficiente para enseñar en esta lengua y ser comprendido”; pero, el deseo de iniciar cuanto antes sus clases fue el estímulo para adelantar el manejo del idioma³⁸.

Poco antes del 18 de septiembre de 1838, casi tres meses después de su llegada, quince alumnos se inscribieron en su curso.

“Se juntaron quince alumnos de diversas edades y temperamentos, recordó más tarde, pero todos atentos y bien dispuestos; paraban las orejas para entenderme. Yo notaba como, a veces, uno de esos chicos se tapaba la boca con la mano, sin

³⁶ “Fragmento de un viaje a Chile y el Cuzco, Patria de los Antiguos Incas”, p. 294. Texto leído en la Sociedad de Geografía de París en su sesión general del 30 de diciembre de 1942.

³⁷ Domeyko, *Mis...*, *op. cit.*, tomo II, p. 779.

³⁸ *Op. cit.*, p. 781.

poder disimular la risa cuando yo pronunciaba mal o confundía alguna palabra del hermoso idioma castellano³⁹.

Trató de enseñar de la manera más sencilla, apoyándose en experimentos que llamaran la atención de los alumnos, cuyos detalles explicaba después, una vez que aquellos habían entendido bien de qué se trataba. Las clases eran diarias y se prolongaban hasta dos o tres horas. Pronto los resultados estuvieron a la vista. A mediados de enero de 1839, en una exhibición pública, los mejores alumnos explicaron a sus padres la estructura y funcionamiento del barómetro, del termómetro y de otros instrumentos, al tiempo que mostraron como se construía una bomba, el poder del vapor y practicaron algunos ejercicios con la máquina electrónica. El público quedó complacido, aunque objetó que no se mencionara para nada la mineralogía, a pesar de lo cual “no resultó difícil tranquilizar a los más impacientes con la promesa de que esos mismos alumnos la estudiarían al año siguiente”⁴⁰.

Concluidos los exámenes, practicó su primera excursión a los minerales de la zona. Esto le permitió adquirir los conocimientos iniciales acerca del estado en que se encontraba la industria minera en Chile y la calidad de sus minerales. Todo aquello lo aprovecharía en el curso de Química que inició en marzo de 1839. Él mismo confesó que sus alumnos, hijos casi todos de dueños de minas o de hornos para fundir cobre, habrían deseado un curso de Mineralogía; sin embargo consideró que era necesario partir primero por la Química. Ese año, dijo Domeyko, los meses pasaron sin sentirlo, habituado al permanente contacto con sus alumnos, a quienes les tomó un sincero afecto. Por lo demás, los resultados fueron muy favorables. En los exámenes de enero de 1840 pudo mostrar al público cuánto habían avanzado en materias propias de la Mineralogía, habiendo partido de la Química. Particular atención causaron los conocimientos mostrados sobre los ensayos, materia muy poco conocida en Chile⁴¹.

Terminadas sus labores de profesor, lo que quedaba del verano de aquel año se dirigió a Huasco y Copiapó, donde visitó minas de cobre y plata, sobre todo los grandes yacimientos de Chañarcillo. Se internó también por la cordillera, hasta llegar a los tres mil metros de altura. El conocimiento práctico que empezaba a lograr de la minería de Chile fue esencial para orientar sus clases, pues trajo gran cantidad de muestras geológicas y minerales que pudo exhibir a sus alumnos. El relato de este viaje constituye, además, una pieza de incalculable valor para comprender las condiciones de vida imperantes en esa época. A diversos cuadros costumbristas se suman datos sobre la población, la situación política y noticias de diversa índole⁴².

Esos mismos viajes fueron aprovechados por Domeyko para redactar informes técnicos que envió a Francia y que fueron publicados en los *Anales de Minas de París*,

³⁹ Domeyko, *Mis ...*, *op. cit.*, tomo II, p. 781.

⁴⁰ *Op. cit.*, p. 784.

⁴¹ *Op. cit.*, p. 782.

⁴² El testimonio de ese viaje en *op. cit.*, tomo I, pp. 380-440.

en 1841⁴³. Su incansable labor encontró pronto el reconocimiento de las autoridades locales que elogiaron su quehacer en La Serena.

“No concluiré esta nota, escribió al Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, al Intendente de Coquimbo, don Juan Melgarejo, sin hacer referencia en ella a los méritos y servicios del profesor don Ignacio Domeyko, que promoviendo con tanto celo los conocimientos que interesan más de cerca a la prosperidad pública se ha hecho acreedor a una especial distinción del gobierno”⁴⁴.

Era por entonces ministro Justicia, Culto e Instrucción Pública Manuel Montt, a quien Ignacio Domeyko dirigió una interesante memoria que contenía información acerca de las tareas que cumplía en el liceo de La Serena y “sobre el modo más conveniente de reformar la instrucción pública en Chile”, que se publicó en el *Semanario de Santiago* en los números 26, 27 y 29 de diciembre de 1842 y 5 de enero de 1843. Antonio Varas, recién designado rector del Instituto Nacional, comentó elogiosamente este trabajo, a pesar de señalar que no estaba de acuerdo en todo con el sabio polaco. La educación, decía éste, debía perfeccionar intelectual y moralmente a los jóvenes, abandonando las conveniencias y modas pasajeras.

Esta memoria fue el punto de partida de cambios muy importantes en la vida de Ignacio Domeyko. Interesado el ministro Montt en sus opiniones sobre la educación, dirigió una nota al intendente de Coquimbo, en enero de 1843, requiriendo en Santiago la presencia de su autor con “motivo de tener que arreglarse en el Instituto de esta capital algunos ramos de la enseñanza pública”. Al mismo tiempo, Manuel Montt ordenó en febrero de ese mismo año publicar cuatro textos que Ignacio Domeyko había preparado para los cursos que dictaba en La Serena⁴⁵.



Grupo mapuche, sin año.
Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

⁴³ Amunátegui, *op. cit.*, p. 28.

⁴⁴ Lastarria, *op. cit.*, p. 48.

⁴⁵ Amunátegui, *op. cit.*, p. 34.

Terminadas las conversaciones con el Ministro, aprovechó el resto de sus vacaciones para una nueva excursión a los minerales de Copiapó, esta vez por orden del propio Manuel Montt y con su apoyo económico. De este viaje quedó una memoria que se publicó en los números 672 y 673 de *El Araucano*, aparecidos en julio de 1843. Mientras tanto, seguía redactando informes científicos y recomendaciones que se referían a las medidas que se debían adoptar para impulsar la minería en Chile que tuvieron, como sus trabajos anteriores, inmediata acogida en revistas francesas y en *El Araucano* que se publicaba en Santiago⁴⁶.

En 1844 volvió a visitar los minerales de Copiapó. En las memorias de ese viaje hizo referencia a las rutas del norte y a las aventuras de un viejo buscador de minas llamado De la Rosa, en cuyo relato quedó atrapado por el embrujo de aquellos mineros.

“La noche era serena y tranquila –escribe Domeyko refiriéndose a la narración de De la Rosa– con 15° R de calor, el cielo realmente subtropical. El camino pasa cuesta arriba, por una roca lisa y extraordinariamente escarpada, de modo que trepamos más de una hora hasta salir a una elevada planicie que domina sobre el valle del Potrero Grande por el sur... Partimos al trote, a pesar de que el camino conducía por montones de piedra y de quebradas, donde nuestro caballo lituano no avanzaría ni un solo paso. Mi mula no estaba herrada y, sin embargo, no tropezó ni una sola vez. Penetramos en un angosto desfiladero y no sin dificultad nos abrimos camino a través de la espesura de mirtos y romeros que crecían en su fondo, y ya era de día cuando salimos de nuevo a la planicie, desde la cual veíase como en la palma de la mano la cima más alta de la Cordillera, enrojecida del sol naciente y, a un par de millas, el Cerro Blanco”.

“Al verlo, se animó mi compañero, el viejo minero De la Rosa. En este cerro había pasado su juventud, entregado a los engañosos ensueños y esperanzas de riquezas, cavando en la tierra como un topo. Me relataba sus aventuras: ¡cuántas veces tenía ya el tesoro en el bolsillo, ya se le abría la veta, brillaban de metal, él la golpeaba y ella de nuevo se encerraba, la ingrata! Su relato pasaba del lenguaje corriente al poético. El hombre sencillo se transforma en poeta cada vez que, libre de pedantería y del espíritu de imitación, habla sencillamente y con el corazón, de cosas a las que siquiera por un instante había entregado su alma”⁴⁷.

Ignacio Domeyko viajó también por Andacollo, el valle del Limarí, Illapel, Peñorca y las cercanías de Santiago. De todas esas expediciones dejó huellas que hoy ilustran el estado del país en los albores de la república. Como también de los usos y costumbres de mineros, campesinos y pobladores en general. En este sentido, su labor fue mucho más lejos que la del profesor que enseñaba en La Serena. Convertido en un verdadero cronista, sus textos son fundamentales para estudiar la historia de aquella época. Pero, como dijimos, la entrevista con el ministro Montt cambiaría su vida.

⁴⁶ Amunátegui, *op. cit.*, pp. 39 y 53.

⁴⁷ Domeyko, *Mis ...*, *op. cit.*, tomo I, pp. 448-449.

Conocedor de sus méritos, Manuel Montt quiso recompensar sus aportes a la ciencia y a la educación nombrándolo miembro fundador de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la recién creada Universidad de Chile y, poco después, secretario de la misma Facultad. Poco a poco Domeyko empezó a alejarse de La Serena para continuar su brillante carrera en Santiago. Antes de partir, realizó un viaje al sur de Chile y que dio origen a los tres textos que se publican en esta edición⁴⁸.

EL VIAJE AL PAÍS DE LOS INDIOS

¿Qué llevó a Ignacio Domeyko a viajar a la Araucanía en diciembre de 1844, cuando parecía que su principal ocupación estaba en la minería del norte? Desde luego esta claro que su vitalidad le impedía estar en algún sitio sin moverse a otro.

“Otro viaje lejano –escribe al comenzar el diario que contiene su aventura por el sur–. ¿Te parece poco el vagabundeo con que recorriste medio mundo como si corrieses en pos de un negocio urgente? ¿No te basta con lo que ya has visto?”⁴⁹.

Sin embargo, no fue sólo el afán de recorrer nuevas tierras lo que lo impulsó a viajar al país de los araucanos. Desde que llegó a Chile escuchó hablar de aquella raza indómita que había derrotado al español y defendido con tanta fiereza su independencia. Era un pueblo salvaje, cuyo amor a la patria lo destacaban entre muchas naciones. Así lo señaló al momento de partir.

“¿Acaso no es digno de ser visto un país libre, independiente, aunque salvaje, que permaneció hasta el día de hoy tal como fue hace tres siglos, antes de la llegada de los conquistadores de alma de fuego, vestidos con acero? ¿Por ventura no es asunto de interés conocer al americano indígena, hasta ahora independiente, amo y señor de su tierra? ¿La crónica precolombina viviente?”.

“Si es lícito que los turistas por aburrimiento, recorran las capitales del mundo civilizado para su diversión, con comodidades, para ver lo que cada país dejó en herencia, ¿no es mejor y más noble conocer a gentes que, por su congénito amor a la patria, medio desnudos, con arcos y mazas, se resistieron a la fuerza castellana, conservando hasta el presente sus almas primarias y lo que sus antepasados les legaron”⁵⁰.

Con ese pensamiento animó a uno de sus alumnos, Miguel Munizaga, para que lo acompañara en ese viaje, que se inició, como dijimos antes, en la víspera de la Navidad de 1844. La partida fue desde La Serena, el atardecer del 23 de diciem-

⁴⁸ Otros aspectos de la vida de Ignacio Domeyko en La Serena se pueden consultar en el artículo de Claudio Canut de Bon y Antonio Carvajal, “Domeyko en La Serena (1838-1846)”.

⁴⁹ Véase *infra*, p. 75.

⁵⁰ *Ibid.*

bre; continuó en Coquimbo, al día siguiente, en una nave que los llevó al puerto de Valparaíso y desde allí a Talcahuano, donde arribaron el 30 de diciembre. En Valparaíso, encontró cartas del Presidente de la República y sus ministros que lo recomendaban a las autoridades del sur y conoció personalmente al ex presidente Prieto. Compró, por último, un ejemplar de *La Araucana*, que se convirtió en su libro de cabecera durante toda la expedición, lectura que inspiró diversos pasajes del relato que escribió sobre ese viaje.

Desde Talcahuano los viajeros se dirigieron a Concepción, donde pernoctaron varios días. Recién el 8 de enero, escribe Ignacio Domeyko,

“habiendo comprado caballos y todo lo necesario para el viaje, partí a eso de las nueve de la mañana a la región de los araucanos salvajes, animado por la curiosidad y el deseo de verlos en su propia patria”⁵¹.

El 9 de enero hizo una excursión geológica a la mina de carbón de Lota, para dirigirse desde allí al valle de Carampangue y detenerse al empezar la tarde a orillas del río Laraquete. En el resto de la tarde avanzaron hasta el río Carampangue y el pueblo de Arauco, a donde llegaron cuando ya caía la noche. En una taberna de Arauco esperaba observar a los araucanos más primitivos que inspiraron su viaje; sin embargo, en vez de un mapuche más le atrajo un francés, antiguo oficial de Napoleón, al que confundió con un indígena. En los dos días que permaneció en Arauco tuvo también noticias de Ambrosio Lozier, a quien los lugareños tachaban de loco y ambicioso y cuya única meta era adueñarse de cuanta propiedad estaba a su alcance.

El siguiente paso fue dirigirse a Tucapel, “donde ya comenzaban las tribus totalmente libres e independientes del gobierno de la república”⁵². En ese tramo pudo ver por primera vez a “los primeros salvajes con quienes tropezaba en su propio país”. Se trataba de una mujer y un indio viejo a quienes describió en detalle, tanto en su indumentaria como en su aspecto físico. Finalmente, pernoctó en Quiapo, alojando en casa de un cristiano, pariente del intérprete que lo acompañaba. Al día siguiente, a las 4 de la tarde, llegaron a Tucapel. Allí tuvo la oportunidad de conocer al célebre comisario José Antonio Zúñiga, famoso por su valentía y arrojo, cualidades que le valieron el respeto de los mapuches, quienes lo llamaban “corazón de León”. Lo acompañaría desde ese momento en buena parte de su travesía, en momentos en que representaba un papel extraordinariamente importante en la región.

El historiador argentino Jorge Rojas Lagarde se refiere con lujo de detalles al papel representado por José A. Zúñiga en la frontera, destacando su intervención en los malones que partían en la Araucanía y asolaban las estancias argentinas en busca del ganado que luego se comercializaba en la Frontera. Se trató de un tráfico muy intenso, que Rojas Lagarde ilustra con numerosos testimonios, que sucedía

⁵¹ Véase infra, p. 115.

⁵² Ídem., p. 135.

justamente cuando Domeyko recorría la región. Por esta razón el sabio polaco hizo continuas referencias a ese tráfico, aunque informó menos de los complejos conflictos que provocaba al interior de las parcialidades mapuches y que describe muy bien el historiador argentino citado⁵³.

El 12 de enero llegan a Cañete con la intención de seguir avanzando hacia el sur, sabiendo que a la noche siguiente debían pernoctar a la intemperie, en plena selva. Había dos rutas: una iba por la cordillera de Nahuelbuta y la otra, por la costa. Esta última fue la escogida por Domeyko. Pasaron así por Tirúa, cruzaron con gran esfuerzo las selvas de esa parte del camino, divisaron el lugar donde se levantó la antigua Imperial, cruzaron el Cautín, luego el Budi y el Toltén, Queule y el río Cruces, para llegar el 19 de enero a la ciudad de Valdivia.

El 22 de enero continuaron viaje a Osorno, navegando primero por el río Valdivia e internándose luego por la selva valdiviana. Al anochecer del 23 llegaron a La Unión, “un pueblecito fundado ya en la época republicana”⁵⁴. Desde ese lugar se dirigieron a Osorno, para estar de regreso en Valdivia 26 de enero. La intención de Ignacio Domeyko era volver al norte por lo llanos, pero el intendente de Valdivia le recomendó no hacerlo, opinión que compartió el comisario Zúñiga por el temor a los indios de Moquehua, reunidos en número de quinientos, armados de lanzas y que se habían congregado con motivo del entierro de un cacique. De nuevo los viajeros tuvieron que exponerse al sacrificio que significaba cruzar selvas y pantanos. Domeyko relató que en este viaje oyó hablar de Colipi y Painemal, caciques muy célebres en esa época. Colipí era partidario del gobierno, mientras Painemal era enemigo de aquél y del gobierno. En aquella época, relata Domeyko, eran célebres los malones entre ambos caciques⁵⁵. Finalmente, el 10 de febrero, al medio día, regresaba “felizmente a Concepción, al mes de haber salido de esa ciudad”⁵⁶. Sin embargo, infaustas noticias recibiría a su regreso de la Araucanía. Estando en la casa del cónsul francés, cayó en sus manos un ejemplar de *El Mercurio* de Valparaíso que daba cuenta del incendio de su casa y laboratorio que había instalado para sus alumnos del liceo de La Serena. Lo había perdido todo y, entre otras cosas, sus memorias desde la salida del hogar.

“Al comienzo, escribe el viajero, sentí una inmensa pena, pero después me avergoncé de haberme impresionado tanto esta pérdida, después de haber perdido lo más caro, la patria”⁵⁷.

Apenas regresado a Concepción, Domeyko empezó a urdir un nuevo viaje, esta vez a la cordillera para ver el volcán Antuco. La ciudad le parecía aburrida y sin nada que lo detuviera. Sólo el cansancio de los caballos y la necesidad de

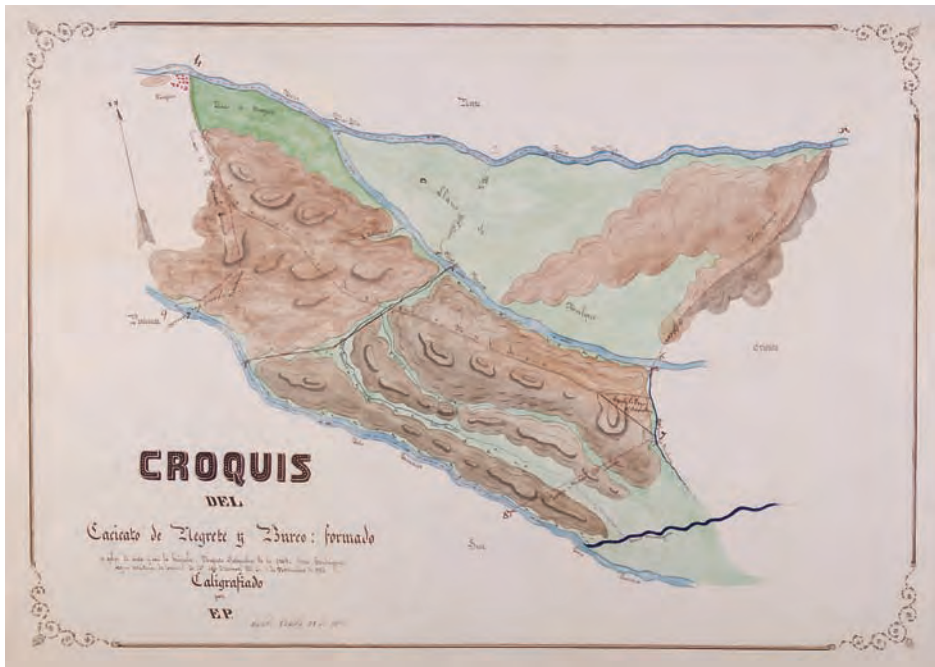
⁵³ Jorge Rojas Lagarde. *Malones y comercio de ganado con Chile*. Sobre el mismo tema véase de Leonardo León. *Maloqueros y Conchavadores en Araucanía y Pampas*.

⁵⁴ Véase infra, p. 189.

⁵⁵ Ídem., p. 205.

⁵⁶ Ídem., p. 207.

⁵⁷ Ídem., pp. 207-208.



Tirso Rodríguez. Croquis del cacicato de Negrete y Bureo, 1871. Archivo Nacional Histórico.

cambarlos lo mantuvo allí hasta el 22 de febrero. Al mediodía de ese día iniciaba su excursión, por la ruta de Gualqui. El 23 cruzó el valle de Millahue, para llegar al atardecer al pueblito de Yumbel, capital del departamento de Rere. El 24 retomó el camino, por la extensa llanura que se extiende al este, matizada por el salto del Laja que lo conmovió profundamente. El 25 llegó a la hacienda de las Canteras, de propiedad del presidente Bulnes, quien la había obtenido por compra hecha a don Bernardo O'Higgins. Al día siguiente, con caballos y mulares nuevos, conseguidos en las Canteras, continuó hacia el pueblito de Antuco. Domeyko empezaba a internarse en territorio pehuenche, indígenas que se diferenciaban del carácter y modo de vida de los araucanos. Aunque hablaban el mismo idioma, dice el científico, los odiaban profundamente⁵⁸. Finalmente, el 2 de marzo inició el ascenso al volcán.

El ascenso no fue fácil. A los bramidos del volcán se unieron los fuertes vientos y el desconocimiento del guía que los acompañaba de la ruta a seguir. Al medio día decidieron detenerse en un lugar desde el cual no se podía dar un paso más arriba. Luego de algunas horas, iniciaron el retorno que duró dos días hasta llegar a las Canteras. Allí tuvo la oportunidad de presenciar una trilla e impresionarse por la situación de los trabajadores del campo chileno. A su juicio, sus viviendas eran peores que las de los indígenas que había visto en Imperial⁵⁹.

⁵⁸ Véase infra, p. 218..

⁵⁹ Ídem., p. 187.

Desde las Canteras el viaje continuó por Yungay y Chillán, ciudad a la que llegaron el 7 de marzo. Para su sorpresa encontró allí al mariscal Santa Cruz, prisionero de guerra, y a su custodio, el coronel Viel, ex oficial de Napoleón, avecindado en Chile. Ambos, según relata Domeyko, se odiaban en silencio. A los dos les tocó una triste suerte. Al primero ser vigilado en todos sus movimientos; al segundo, soportar las permanentes referencias que hacía Santa Cruz a Napoleón, “lo que hacía hervir la sangre al francés, caballero de la Cruz de la Legión de Honor, recibida de manos de Napoleón en la batalla del Borodino”⁶⁰.

Durante tres días fue huésped de Viel y, por extensión, de Santa Cruz, con quienes compartió largos momentos, cargados algunos de evidente tensión por la antipatía que existía entre ellos. El 12 de marzo iniciaron camino al norte en dirección a Santiago. A diez millas de Talca sufrieron el robo de algunos caballos, percance que le recordó la advertencia de los araucanos cuando mostró cierta desconfianza a orillas del Cautín: “No temas, aquí no os faltará nada, pero cuando paséis la frontera, una vez entre españoles, los vuestros os robarán”, le dijeron los indígenas⁶¹.

Una semana más tarde los viajeros llegaron a Santiago, desde donde siguieron a Valparaíso para tomar un vapor a Coquimbo. Ignacio Domeyko escribió, “el 8 de abril regresé felizmente por mar a Coquimbo –gracias a Dios–”⁶².

LOS ESCRITOS DE DOMEYKO SOBRE LA ARAUCANÍA

El viaje a la Araucanía le permitió preparar un documento que se difundió rápidamente y otro que se conoció más tarde. La difusión del primero obedeció al prestigio ganado como profesor del liceo de La Serena y a la alta estima que le tenían las autoridades de la capital, lo que hacía que sus juicios y opiniones no pasaran inadvertidas en Chile. El primer documento fue el diario de viaje propiamente tal, titulado *Viaje a la Araucanía en el año 1845*, y el segundo *Araucanía y sus habitantes*, que contiene algunos juicios sobre la población indígena que conoció en la frontera. A estos dos debemos agregar la *Memoria sobre la colonización en Chile* que redactó en 1850 y que contribuyó a fijar la política gubernamental sobre esta materia.

Viaje a la Araucanía en el año 1845

El diario del viaje a la Araucanía que escribió en 1845, durante la excursión, es un documento diferente al ensayo que redactó sobre los araucanos a propósito de este viaje y que tituló *Araucanía y sus habitantes*, publicado el mismo año de su redacción y largamente citado por la mayoría de los estudios que se refieren a la Frontera de mediados del siglo XIX. Por esta razón los comentaremos separadamente.

⁶⁰ Véase infra, p. 230.

⁶¹ Ídem., p. 233.

⁶² Ídem., p. 235..

Desde los primeros días de su partida de Zapole, en junio de 1831, adquirió la costumbre “de anotar brevemente todo lo de mayor interés” que le acontecía. Hacia enero de 1832, es decir antes de partir a Chile, su diario era ya bastante voluminoso y, según declara, “formaba el primer tomo de *Mis Viajes*”⁶³. Sin embargo, en el transcurso de su vida estas anotaciones no tuvieron fortuna. En 1832, mientras visitaba a un amigo enfermo, perdió todo lo escrito el año anterior; ese mismo año sufrió la sustracción de otra parte en el hotel en que se hospedaba y, más tarde, cuando visitaba la Araucanía, en 1845, relata que un incendio destruyó buena parte de los papeles que tenía en su casa de La Serena. Si no llevaba consigo el diario completo cuando ocurrió el incendio, es probable que haya perdido también otra parte importante de sus memorias, a menos que, como él mismo recuerda, no se haya vuelto a separar de ellas. Al respecto escribió, ya en su ancianidad, antes de referir las pérdidas del año 32.

“Como recuerdo de la época que estimo como la más importante de mi vida, llevé ese diario conmigo durante más de 54 años, con la intención de pulir y corregir lo que había escrito en él, en su mayor parte de un modo atropellado. Me acompañó en el mar, en mi viaje a América, en las estepas de Argentina, en las cordilleras y en las costas del Gran Océano; viajó conmigo en mi regreso de América al país: lo tuve conmigo en Roma y en Jerusalén y asimismo a mi regreso de la Tierra Santa”⁶⁴.

Lamentablemente, la edición completa de sus memorias, publicadas en Chile por primera vez en dos tomos en 1977, a través de Ediciones de la Universidad de Chile con el título de *Mis Viajes, memorias de un exiliado*, largamente citada en este estudio preliminar, no está acompañada de un estudio que aclare las ediciones anteriores y, por lo tanto, la vez primera en que apareció impresa la relación de su viaje a la Araucanía de 1845. En esa edición se señaló que lo que se publicaba eran “Fragmentos del viaje al país de los salvajes, Araucanía”, por lo cual ignoramos si existe un texto más amplio que supere estos fragmentos⁶⁵. En todo caso, en la página en que se registran los créditos de la edición de la Universidad de Chile se señala que en las prensas de la misma Universidad se publicó, en 1946, una edición parcial que alcanza sólo hasta el año 1837, y que la Universidad de Cracovia las publicó íntegramente en tres tomos en 1962 bajo el título de *Moje Podróże. Pamiętniki Wygnanca*. Ésta fue la versión que tradujo al castellano Mariano Rawicz para la edición de 1977, y que también hemos tenido a la vista en esta oportunidad.

De todas maneras, es claro que el diario de Ignacio Domeyko no fue conocido en el siglo XIX. Tanto Miguel Luis Amunátegui como Diego Barros Arana no lo citan en sus obras relativas a Domeyko ni lo mencionan entre los trabajos escritos por él. Miguel L. Amunátegui se refiere extensamente a la *Araucanía y sus habitantes* y Diego Barros Arana la menciona también en *Un decenio de la historia de Chile*,

⁶³ Domeyko, *Mis...*, *op. cit.*, tomo I, p. 13.

⁶⁴ *Op. cit.*, p. 13.

⁶⁵ *Op. cit.*, tomo II, p. 637.

comentarios a los cuales nos referiremos más adelante⁶⁶. Por lo tanto, se trata de un relato conocido con bastante posterioridad al viaje mismo y que no tuvo posibilidad alguna de contribuir al debate que se iniciaba por aquellos años sobre la ocupación de la Araucanía. Sin embargo, vale la pena detenerse en algunos detalles que, a mi juicio, adquieren hoy en día cierta relevancia.

Desde luego, llama la atención el cariño que Ignacio Domeyko profesó a Polonia en aquella fase de formación de los estados nacionales, y que, tanto en Europa como en algunos países americanos, les confirió una fuerte identidad nacional en el siglo XIX. A lo largo de su relato cree ver en diversos paisajes la patria lejana y en un momento de pesadumbre, cuando se entera del incendio de su casa en La Serena, reconoce que ninguna desgracia es comparable a la pérdida sufrida cuando tuvo que abandonar Polonia. Su adscripción a los movimientos nacionalistas que luchaban por la independencia de su país contribuyó no sólo a justificar su viaje a la frontera, sino a valorar las acciones del pueblo mapuche en defensa de su libertad.

“¿No es mejor y más noble conocer a gentes que, por su congénito amor a la patria, medio desnudos, con arcos y mazas, se resistieran a la fuerza castellana, conservando hasta el presente sus almas primarias y lo que sus antepasados les legaron?”

se preguntaba Domeyko, en su párrafo antes citado⁶⁷.

Nunca olvidó Polonia. Cuando en los años de su vejez le preguntaron como pudo recordar el idioma materno después de una ausencia tan larga, su respuesta no dejó dudas: “¿Cómo quieren ustedes que me olvidara siendo que siempre pensé en polaco, recé en polaco y amé en polaco?”⁶⁸. En la épica mapuche creía ver sus propios sueños y eso se tradujo en una de las razones que lo impulsaron a viajar al sur. En este sentido, el incansable viajero, que nunca olvidó su amada Polonia, compartió el sentimiento de admiración por el mapuche que aún conservaba la sociedad chilena. Era la época en que la naciente identidad nacional se construía desde la epopeya araucana cantada por Ercilla y que habría inspirado la Independencia nacional por el amor del indígena a la patria y a la libertad.

Si en eso compartió opiniones de la época, también lo hizo respecto de ideas que iban cobrando fuerza en la intelectualidad y clase política chilena de entonces. Por esos años todos creían que se debía insistir en la búsqueda de medios que permitieran avanzar en la “civilización” del indígena y dar por terminada la lucha entre la civilización y la barbarie. Aunque en su texto *La Araucanía y sus habitantes* hizo referencias más explícitas al tema, en su diario lo dejó consignado, al apuntar lo siguiente:

⁶⁶ Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*, pp. 55 y 430.

⁶⁷ Véase infra, p. 116

⁶⁸ Citado por Julio Pinto, Javier Jofré y Ricardo Nazer, *Ignacio Domeyko, José Tomás Urmeneta, Juan Bruggen. Tres forjadores de la minería nacional*, p. 47.

“Desde hace trescientos años se está riñendo aquí la lucha de la orgullosa civilización con el salvajismo, de la fuerza armada con la fuerza muscular del hombre casi desnudo, y lo que es más, de las palabras de fe con la obstinación del oscurantismo”⁶⁹.

Su profunda fe católica acentuó, en su caso, la idea de civilizar al mapuche para convertirlo al cristianismo, aunque denunció con claridad los abusos que se cometían contra él. Habló de los especuladores que recorrían la Araucanía comprando tierras fraudulentamente o simplemente engañando a los indios. Reconoció que ellos no atacaban las propiedades de los “cristianos”, como llaman a los españoles, y que por su cuenta castigan a los ladrones. “Ellos mismos lo apalean y dejan libre, o lo llevan a Arauco”⁷⁰, y como recordamos en un párrafo anterior, le aseguraron que estando en sus tierras nada le pasaría, cosa que no podían asegurarle cuando llegara a tierra de los españoles.

La Araucanía, a su juicio, era un país diferente. Relató el caso de un indígena orgulloso de serlo, a pesar de llevar apellido español; pero, al mismo tiempo, de la vergüenza de una muchacha al enterarse de su ascendencia araucana⁷¹. Chile empezaba a vivir el doloroso proceso de asimilación del mapuche y discriminación negativa de los descendientes de la raza que tanto se había admirado hasta entonces.

Domeyko fue capaz de distinguir las diferencias que existían entre los pehuenches y mapuches. Hablan una misma lengua, pero son distintos y se odian entre sí. Sus países son distintos, su alimentación y sus paisajes, que describió en varias oportunidades sorprendido por su belleza o castigado por la selva infranqueable que retardaba la marcha, también lo eran.



Christián Valk. Grupo de mapuche en un huerto sureño, ca. 1880. Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

⁶⁹ Véase infra, pp. 139-140.

⁷⁰ Ídem., p. 138.

⁷¹ Ídem., p. 174.

Como ya dijimos, se conmovió de la situación de los inquilinos chilenos, cuyos ranchos eran peores de los que vio en la costa de Imperial.

“Los llamados mayordomos empleados por los señores para dirigir las faenas son como nuestros ecónomos o como los prikashchiki o uriadniki rusos; siempre a caballo, no sueltan de la mano el látigo que usan lo mismo contra la bestia que contra el hombre”⁷².

En fin, el diario de viaje de Ignacio Domeyko constituye una pieza que aporta diversas noticias de interés cuando aún la Araucanía conservaba la independencia que perdería más tarde.

La Araucanía y sus habitantes

Gran impacto causó, en cambio, el ensayo que escribió tan pronto regresó de su viaje y que tituló *La Araucanía i sus habitantes*. Dicho texto alcanzó una profusa difusión en el país y el extranjero, a pesar de que sus juicios fueron cuestionados por varios intelectuales de la época. Sin embargo, antes de comentarlo es preciso aclarar algunos detalles de los textos que circularon.

El 27 de octubre de 1845 escribió a su amigo, el general José Santiago Aldunate, dándole cuenta de haber concluido un texto sobre su viaje a la Araucanía que ponía a su disposición para darlo a conocer a la opinión pública, si a él le parecía de interés. Por lo que indica, cumplía así un compromiso contraído con el general, quien también se había encargado de la publicación de la memoria que escribió en 1842 sobre la educación en Chile⁷³.

“Dejo enteramente a su arbitrio hacer del presente el uso que le parezca más conveniente, le –agregaba más adelante–. No he escrito para la prensa; sin embargo, si según el parecer de Ud. pueda resultar algún bien de la impresión de esta obrita, puede hacerla publicar”⁷⁴.

Domeyko confesó que su afán de publicarla respondía al deseo de inspirar en la juventud el interés por conocer la patria, admirarla y alejarse de los ensueños que provocaban París y Londres, entre otros estímulos hoy plenamente vigentes,

“Al escribir esta memoria, mi ánimo fue, le confesaré, mi general, el de inspirar a la juventud chilena un cierto deseo de viajar por el interior de Chile, con el intento de conocer su país, como también el de invitar a esta juventud a que buscase

⁷² Domeyko, *Mis...*, *op. cit.*, tomo II, p. 226.

⁷³ Encina, *op. cit.*, tomo XII, p. 509. El general Aldunate ejercía el cargo de intendente de Coquimbo cuando se contrató a Domeyko en París. Por lo que escribe en *Mis Viajes*, conservó siempre un profundo afecto por quien tuvo tanta incidencia en su venida a Chile, sentimiento ampliamente retribuido por Aldunate.

⁷⁴ Citada por Amunátegui, *op. cit.*, pp. 42-43.

inspiraciones en la bella naturaleza de Chile, en la vida social de sus habitantes, en la hermosa realidad en medio de que vive, en fin, en lo pasado y el porvenir de su patria, y no en los misterios de París y Londres, que tanto la distraen”⁷⁵.

Luego de insistir en lo mismo e indicarle que incluye en su obra dos mapas dibujados por él, valiéndose del de Fitz Roy, le presenta una breve síntesis de las tres partes en que la ha dividido.

El general Aldunate debió ser entonces quien promovió su publicación el año 1845 a través de la Imprenta Chilena con el título de *Araucanía i sus habitantes. Recuerdos de un viaje hecho en las provincias meridionales de Chile, en los meses de enero i febrero de 1845*. La misma imprenta lo reeditó al año siguiente, hecho poco corriente en esa época. Miguel L. Amunátegui indica que en menos de un año “se hicieron dos ediciones de esta obra, una en 1845 y otra en 1846, lo que era cosa muy extraordinaria en Chile”⁷⁶. Por otra parte, tan pronto apareció la edición del año 45, Andrés Bello, redactor de *El Araucano*, incluyó en los números 801, 802, 803 y 804 (del 26 de diciembre de ese año al 16 de enero de 1846), un largo extracto que “casi era el texto íntegro”⁷⁷. De este último se valió *El Mercurio* de Valparaíso para ofrecer a sus lectores una cuarta versión que se empezó a publicar el domingo 4 de enero de 1846 en el número 5.391. Textualmente el diario de Valparaíso apuntó lo siguiente:

“No nos proponemos hacer aquí un elogio de esta obra; ni ella ni el autor necesitan de nuestras pobres alabanzas para recomendarse a la atención de Chile, y de todo el mundo literario. Pero el aparecimiento de la *Araucanía* es un fenómeno tan importante en nuestra historia literaria, y el asunto es de tan alto interés para nuestra República, para la civilización y la humanidad en general, que no podemos dejar de darle el lugar correspondiente aun en nuestras oscuras columnas”⁷⁸.

Tan elogioso como el editor de *El Mercurio* fue el autor de la Advertencia preliminar de la edición de la Imprenta Chilena. Luego de reconocer los méritos del autor por sus trabajos anteriores sobre la minería y la educación en Chile, señaló:

“El ardor religioso del Sr. Domeyko por los trabajos científicos y su consagración generosa a favor de los intereses públicos lo han llevado últimamente a visitar las tribus indígenas que se asientan independientes en medio del territorio nacional. Investigar el carácter de aquellos bárbaros, y tentar los medios más adecuados para reducirlos a la vida social, era un gran objeto de que la filantropía del Sr. Domeyko no podía prescindir. El resultado de esta excursión eminentemente cristiana y bienhechora es el asunto del presente libro. El público, lo esperamos, lo acogerá

⁷⁵ Amunátegui, *op. cit.*, p. 43.

⁷⁶ *Op. cit.*, p. 48.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ “Crónica Chile. Araucanía i sus habitantes” por Ignacio Domeyko, Santiago, 1845 (Del Araucano). *El Mercurio* de Valparaíso, N° 5.391, domingo 4 de enero de 1846, p. 1. Agradezco a mi alumna del Programa de Maestría en Historia de la Universidad Andrés Bello de Santiago, Paola Montenegro, su colaboración en la búsqueda de esta versión del texto de Domeyko.

con el aprecio de que es digno por su eminente objeto, por la manera con que ha sido felizmente desempeñado, por la importancia de las revelaciones que contiene, y por los resultados de incalculable trascendencia a que puede dar origen”⁷⁹.

¿Qué factores indujeron a publicar, en menos de un año, cuatro veces una obra que comentaba la situación de la Araucanía después de un viaje tan breve y escrito por un extranjero que, si bien conocía el país, no tenía todavía suficientes antecedentes respecto de lo que pasaba en el sur? ¿Por qué tantos elogios de un texto que pronto sería fuertemente criticado por otros intelectuales de la época? ¿Qué se escondía detrás de esto?

Gonzalo Piwonka sostiene que el viaje de Ignacio Domeyko a la Araucanía no contó con el patrocinio oficial del gobierno, por lo tanto no fue un emisario de éste en las tierras del sur. Sin embargo, sugiere que el interés de éstas por conocer mejor la situación de la frontera las indujo a entregarle cartas de recomendación para las autoridades locales con el fin de que le prestaran todo su apoyo⁸⁰. Aunque aún no se desataba el interés por ocupar aquellas tierras, ya se requerían datos que orientaran las operaciones del gobierno en la frontera, motivo por el cual el gobierno, sin prestarle un apoyo oficial, lo habría recomendado con tanto entusiasmo.

En estudios anteriores hemos señalado que la ocupación de la Araucanía tuvo estrecha relación con una serie de acontecimientos que se precipitaron en la década de 1850, sobre todo después de la crisis económica de 1857, que puso en tela de juicio las bondades del modelo exportador adoptado por Chile en el siglo XIX. La caída de los mercados de California y Australia, el agotamiento de los filones de plata de Copiapó y la baja del precio de este último metal, habrían derivado en un colapso económico y en el interés por las tierras indígenas, generando un debate que terminó justificando la invasión a la Araucanía⁸¹. Aunque, a nuestro juicio, estos planteamientos siguen teniendo validez, la publicación de la obra de Domeyko sugiere que el debate se habría iniciado un poco antes, enfrentando dos corrientes de opinión: una que proponía insistir en los medios tradicionales para someter al mapuche y otra que habría estado fraguando una política más radical, que abandonara los medios que hasta entonces se habían utilizado. Atrapada por esta discusión, su obra fue motivo de algunos reparos que, hasta donde sabemos, él no contestó.

⁷⁹ Ignacio Domeyko, *Araucanía i sus habitantes*, advertencia preliminar, página sin numerar. De acuerdo con Miguel L. Amunátegui el autor de esta advertencia fue don Antonio García Reyes. Conveniría señalar que, además de las ediciones hechas en Chile, el mismo año 1846 la obra de Ignacio Domeyko fue impresa en Montevideo en el tomo tercero de la Biblioteca del Comercio de la Plata y que en 1860 se editó otra versión en Vilnius. Interesantes comentarios sobre esta última edición en Reda Griskaité, “Araucanía by Ignacy Domeyko in Vilnius Edition”, pp. 234-253. En el siglo XX *La Araucanía y sus habitantes* fue publicada por la Editorial Francisco de Aguirre, en Buenos Aires, en 1971. Agradezco al profesor Patricio Cerda haber puesto a mi alcance un ejemplar del libro editado por Algimantas Grigelis, obra difícil de encontrar en Chile y que contiene diversos estudios sobre Domeyko.

⁸⁰ Gonzalo Piwonka, “Domeyko y La Araucanía”.

⁸¹ Jorge Pinto Rodríguez, *La formación del Estado y la nación y el pueblo mapuche*, pp. 131-149.

¿Qué era lo que planteaba Ignacio Domeyko? Como él mismo precisa en la Introducción, dividió su trabajo en tres partes: la primera, se refiere a la situación física y naturaleza del país de los araucanos; la segunda, al estado moral en que se encuentran actualmente, incluyendo sus usos y costumbres; y, la tercera, a “las causas que se oponen, hasta ahora, a la civilización de dichos indios, como también los medios más oportunos de que se debe valer Chile para la reducción de ellos”⁸². Esta última fue la que despertó las mayores suspicacias.



Grupo mapuche junto a un rewe, frente a su ruka, sin año. Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

En la primera describe el territorio. Aunque en esta parte puso de relieve su belleza y particularidades físicas, de vez en cuando, desliza algunas ideas que desarrollará más adelante. Por ejemplo, reitera juicios de Pöeppig en el sentido de que aquellas tierras acogerán pronto una muchedumbre de gente laboriosa, cuando la Araucanía “ceda su imperioso dominio al ruidoso afán de una población trabajadora”. Esta opinión iba acompañada de otra que estimulaba aún más la idea de extender los dominios del Estado a esta región: en cualquier momento, agregó Domeyko, los indios pueden poner en peligro a los pueblos de la Frontera, “sembrando el terror y el espanto en todo el llano hasta Chillán y el Nacimiento”. La situación era más grave todavía porque se debía considerar que por “allí se abrirá algún día el camino más corto para Buenos Aires, y se estrecharán las relaciones entre las dos repúblicas”. En el borde de la frontera, escribió Domeyko, chocan

⁸² Véase infra., p. 8.

la civilización y la barbarie, lo culto y lo salvaje, y superar ese enfrentamiento nos haría grande en el porvenir americano⁸³.

Las ideas que desliza en esta primera parte de su libro, anticipaban argumentos que se explayarán diez años más tarde cuando se agudiza el debate sobre la ocupación de las tierras indígenas. Para el autor de estas líneas, aquel debate se intensificó durante la crisis de 1857, que hizo inevitable la ocupación de esas tierras; sin embargo, habría que reconocer que Ignacio Domeyko aportó diez años antes argumentos que se reiterarían a mediados de la década de 1850.

En lo que se relaciona con el estado moral en que se encontraban los mapuches, sus usos y costumbres, Ignacio Domeyko parte reconociendo que eran todavía como se les conocía hace tres siglos, cuando Alonso de Ercilla los describió como

“robustos, desgarbados/bien formados los cuerpos y crecidos/espaldas anchas, pechos levantados/...Animosos, valientes, atrevidos/duros, en el trabajo, sufridores, de fríos mortales, hambres y calores”⁸⁴.

La fisonomía de sus rostros se puede apreciar más al norte del Biobío, agregó Domeyko, hecho que imputó a las guerras y correrías que practicaron los mapuches durante los tres siglos coloniales. Intentó ser cauto: no se puede hablar de ellos con la ligereza de aquellos que escriben sin conocerlos. Recurrió entonces a cronistas que debió leer desde su llegada a Chile o cuando preparaba su viaje a la Araucanía. El abate Juan Ignacio Molina y Vicente Carvallo y Goyeneche, son algunos autores que cita. Profundamente católico, calificó sus creencias de groseras y dominadas por supersticiones ciegas, que abrían en la Araucanía “un campo feraz y de gran porvenir para la viña del señor”⁸⁵. Destacó su compromiso con la paz, “queremos paz y la guardaremos fielmente como la guardaron nuestros padres”, le escuchó decir a un viejo mapuche que conoció durante su viaje. Atribuyó esta actitud a la presencia “del sagrado símbolo de nuestra religión, respetado por un medio siglo en estos hermosos campos”⁸⁶. La imagen que transmitió del indígena confirmó algunos de los prejuicios que circulaban en Chile sobre él, aunque modificó otros. Al respecto escribió

“El indio, en tiempos de paz, es cuerdo, hospitalario, fiel en los tratos, reconocido a los beneficios, celoso del propio honor. Su genio y sus maneras son más suaves y casi diré más cultas, en cuanto a lo exterior, que las de la plebe en muchas partes de Europa. Grave y muy formal en su trato, algo pensativo, severo, sabe respetar la autoridad, dispensando a cada cual el acatamiento y cariño que le corresponde. Pero, en general, parecen como pesados, perezosos, golosos, propensos a la embriaguez y al juego. Todo lo llevan al extremo, de tal modo que del seno de esa calma, de ese reposo y quietud que los presentan tan impasibles, cediendo de

⁸³ Véase *infra*, p. 16.

⁸⁴ *Ídem.*, p. 31

⁸⁵ *Ídem.*, p. 34.

⁸⁶ *Ídem.*, p. 35.

repente a una especie de huracán tumultuoso que les sale del pecho, se enfurecen y caen en movimientos rápidos y extremados”.

“No cabe la menor duda en que el indio conoce lo que es justo y lo injusto, la probidad y la malicia, la generosidad y la bajeza, como cualquier otro hombre dotado de corazón y alma. Por un sentimiento de intuición natural, o de una tradición oscura, lleva como grabado en su ánimo un código moral; y está dispuesto a cumplir con él en cuanto sus pasiones e inclinaciones brutales, no refrenadas por mandamiento alguno ni precepto divino, se lo permiten”⁸⁷.

Describió sus rucas, la forma como reciben a los huéspedes, sus huertas y los ganados que poseen. Quedó sorprendido por la riqueza que observó, el bienestar alcanzado por ellos y una externalidad que nada tiene que ver con el salvaje o el bárbaro que esperaba encontrar; por el contrario, habló de un pueblo aventajado que supera a varios del mundo cristiano⁸⁸.

Advirtió que este cuadro cambiaba en tiempos de guerra, “en la hora del desenfreno de sus pasiones”. Entonces aparecía aquel salvaje que no conoce la luz divina que alumbraba el corazón y que tenía sumidas en el infortunio a sus pobres mujeres. “Sus ojos tienen cierto carácter de ternura y timidez; su voz, extremadamente suave y delicada, es casi la expresión del infortunio y esclavitud”. Y todo lo atribuye Ignacio Domeyko a la ausencia del cristianismo.

“La misma condición en que se hallan actualmente las mujeres araucanas, tienen todavía las mujeres en todas partes del mundo a donde la luz del evangelio no ha penetrado. Igual condición tenían en las naciones aún civilizadas antes de la introducción del cristianismo”⁸⁹.

Al igual que la mayoría de los escritores que se refirieron a los mapuches, destacó la ausencia de unidad política y la extinción de los “*toqui tipo ulmenes*” en el último tiempo y se refirió a la resistencia que ofrecieron a la Independencia⁹⁰. Cree ver en la pérdida de algunas tradiciones una cierta decadencia.

“Se eclipsó el orgullo del antiguo Arauco –escribe Domeyko–: amansados con la prudente política española, muchos de los caciques se acostumbraron a recibir obsequios y regalos, armas funestas para el pecho del bárbaro que el duro acero del adamascado sable de Castilla. Familiarizados hoy con su decaída condición, unos reciben un miserable sueldo de sus antiguos enemigos, otros se complacen en admitir casacas, camisas o bastones como insignias de la poca autoridad que tienen, en pago de sus humillaciones; otros, de balde claman por los mismos favores que se les niegan por ser hombres menos temibles”⁹¹.

⁸⁷ Véase infra, p. 39.

⁸⁸ Ídem., p. 42.

⁸⁹ Ídem., pp. 42 y 44.

⁹⁰ Ídem., p. 45. La cursiva aparece en el texto original.

⁹¹ Ídem., p. 47.

Aunque eso ocurre, concluyó Domeyko, no cambia ni se abate el carácter de este pueblo cuando ve en peligro su libertad. Entonces aparece,

“en medio de aquella degradación, la soberbia valentía araucana, sembrando terror y desolación entre los suyos y los vecinos... aparece con todo su carácter salvaje el indómito indio, como fiera insaciable de sangre y de saqueo”.

Los chilenos que han participado en la guerra contra ellos los odian porque saben de su fiereza, audacia y crueldad,

“sin reflexionar que el indio, en tiempos de guerra, representa lo que fueron nuestros antepasados antes del cristianismo y lo que nosotros somos cuando las pasiones, el egoísmo y la malicia se nos atraviesan”⁹².

Pero fue la tercera parte de su trabajo la que más polémica desató, aquélla que se refería a las causas que se oponían a la civilización de los indígenas y a los medios “que parecen ser más oportunos” para su reducción.

El autor parte de la base de que la puerta de entrada a la Araucanía se encuentra en la boca del río Imperial o la llave de la región como la denomina. A partir de esta constatación insiste en la importancia de los caminos y en los beneficios que aportarían al tráfico de ganado. Insiste en la fertilidad de los suelos para reconocer que los obstáculos para su civilización no están “ni en el exterior del país, ni en su naturaleza física”⁹³.

No es claro a la hora de precisar si los mapuches son o no parte de la nación. En una página parece reconocer que sí lo son; pero, en otra introduce la categoría de “nacionalidad católica-republicana” que los dejaría fuera. En todo caso, señala que Chile ha hecho muy poco para civilizarlos y reducirlos. Abandonadas las misiones, a los indios no les ha quedado otro camino que imitar los vicios que han visto en quienes llegaron a doblegarlos por la fuerza. Como ningún chileno aprobaría seguir empleando la fuerza, sugiere desde ya que la solución estaría en la reposición de las misiones. Al respecto, precisa que ha escuchado tres opiniones acerca de cómo resolver la situación del indígena.

La primera se funda casi exclusivamente en la fuerza, el terror y en la propaganda por las armas; la segunda, en “suavizar sus costumbres mediante el comercio y la política” y, la tercera, intentando “un sistema de reducción, fundado en la educación religiosa e intelectual de los indígenas”. Ésta fue la que adoptó el gobierno y, la única que merece, en su opinión un examen serio y detenido⁹⁴.

Si bien Ignacio Domeyko comenta las tres opciones, insiste en la conveniencia de adoptar el tercero, pues es el único que permite conservar el vigor y temple del antiguo araucano, realzando su dignidad moral e intelectual mediante el cristianis-

⁹² Véase *infra*, p. 48.

⁹³ *Ídem.*, p. 53.

⁹⁴ *Ídem.*, pp. 57-58.

mo. Para ello se necesita un clero enérgico, virtuoso e instruido en el idioma de los indígenas y, al mismo tiempo, una estricta justicia y buenos ejemplos de parte de las autoridades y de quienes se ponen en contacto directo con ellos. “¿Puede haber acaso paz, fraternidad, fusión de intereses y nacionalidades entre pueblos que no adoran al mismo Dios?”, se preguntaba⁹⁵.

En lo práctico, sugiere dos cosas: por una parte, organizar a la población cristiana limítrofe, dotándola de buenos curas, escuelas y gobernantes; y, por otra,

“buscar entre ellas o en otras partes de la república, hombres honrados, sobrios, desinteresados y valientes para proponerlos al mando de capitanes de indios, dotándolos con buenos sueldos y gobernantes”⁹⁶.

Admitiendo las diferencias que existen entre Chile y la Araucanía, recomienda que la administración y las leyes que se apliquen en el territorio indígena sean distintas al resto del país, aunque solo sea de manera transitoria. Reconoce también que no todos los mapuches se encuentran en la misma situación respecto de las autoridades chilenas. Mientras algunos conservan enteramente su independencia, otros observan algún respeto por los capitanes de indios, el misionero o el comisario. La pobreza a que fueron arrastrados los indios de Valdivia, señala Domeyko, debería servir de ejemplo en la Araucanía: aquella miseria es lo que más frena la reducción de los indios de la Frontera⁹⁷.

Se opone a la constitución de grandes haciendas en los terrenos que se vaya ganando al indígena, aboga por la idea de eximir de impuestos a los nuevos propietarios, dejar a los indígenas en las tierras que ocupan y premiar a los militares con algunas propiedades. Considera que la colonización extranjera no conviene en la Araucanía por la resistencia que harían los indígenas a su presencia. Para satisfacer las necesidades derivadas del comercio, sugiere colocar pequeñas tiendas en cada misión, al lado de las casas del misionero, que remedien los males que generó el comercio practicado indiscriminadamente hasta entonces en la región⁹⁸.

Ignacio Domeyko propone un modo de fomentar las poblaciones partiendo por la iglesia, la casa del sacerdote, la habitación del juez o del capitán y la del comerciante, con su tienda y despacho. Todo esto con un solo fin, lograr “que la reducción de los indios ha de consistir en su unión en una misma familia con los chilenos, mediante una civilización moral y religiosa y no una conquista”⁹⁹.

A juicio de Lilianet Brintrup, la narración de Domeyko presenta dos grandes encuentros: uno con la naturaleza y otro con una alteridad cultural representada por el indígena¹⁰⁰. Respecto del mapuche, Brintrup sostiene que el sabio polaco

⁹⁵ Véase infra, p. 58.

⁹⁶ Ídem., p. 60.

⁹⁷ Ídem., pp. 64-65.

⁹⁸ Ídem., pp. 67-68.

⁹⁹ Ídem., p. 71.

¹⁰⁰ Lilianet Brintrup, “Encuentros en el viaje a la Araucanía de Ignacio Domeyko: la naturaleza y el araucano”, p. 37.



Ignacio Domeyko. Mapa de Chile de la Cuesta de Chacabuco (paralelo 32 sur) hasta el archipiélago de Los Chonos, 1845. Archivo Nacional Histórico.

difundió una imagen positiva de éste, presentándolo como un indio de carácter dócil, afable, hospalario y honrado, injustamente llamado salvaje¹⁰¹. Sin embargo, habría que señalar que, aunque escapó de aquella visión que presentaba al mapuche como un salvaje inevitablemente bárbaro, en varios pasajes de su texto aparece la imagen del indígena que siembra terror y desolación entre los suyos y los vecinos; de una fiera insaciable de sangre y de saqueo.

Estuvo muy poco tiempo en la frontera como para formarse una idea cabal de lo que allí ocurría. En varios pasajes de su relato hay contradicciones. A ratos presenta al mapuche como miembro de la nación chilena, a ratos parece olvidarse y se refiere a ellos como un grupo al que se debe incorporar a la gran familia nacional. En cierto sentido, creo que su texto fue preparado con un solo fin: promover la cristianización del indígena por medio de la acción misional y la presencia suavizada del Estado. Fue un católico militante que vio en la Araucanía un campo fecundo para derramar la fe, la única que abre las puertas a la civilización y une a los habitantes de la patria.

Ésta fue la razón por la cual su obra fue duramente criticada en el momento mismo de salir a la luz pública, aunque sin por eso desconocer el aporte que hacía a un debate que se estaba instalando en el país.

“La publicación del libro de Domeyko titulado *Araucanía y sus habitantes*, escribió años más tarde don Diego Barros Arana, de que ya hemos hablado en otra parte, vino a poner nuevamente en debate esta cuestión. Después de describir a grandes rasgos la orografía de Chile, y de dar a conocer el territorio de los araucanos, habla de éstos mas como poeta que como observador filósofo, para llegar a proponer los medios de civilizarlos, el primero de los cuales sería la religión predicada y enseñada por hombres ideales, evitando malos tratamientos y todo lo recordase la conquista. Se comprende que esas ideas, aunque absolutamente desautorizadas por la historia y la esperiencia dolorosa de tres siglos debían encontrar grande aceptación en los espíritu superficiales o dominados por prejuicios de carácter religioso”¹⁰².

El primero en impugnarla fue don Andrés Bello. Después de valorar la pulcritud del castellano que manejaba su autor, a pesar de tratarse de un extranjero que llevaba pocos años en Chile,

“la proyectada pacificación de los araucanos como de cualesquiera otros bárbaros –expresó Bello–, por los medios propuestos era una utopía, tan hermosa como se quisiera, pero inadmisible ante la historia e irrealizable en la práctica”¹⁰³.

¹⁰¹ Brintrup, *op. cit.*, pp. 48-49.

¹⁰² Barros Arana. *op. cit.*, tomo II, p. 430.

¹⁰³ *Op. cit.*, p. 431. Diego Barros Arana cita de Andrés Bello el comentario analítico del libro de Ignacio Domeyko publicado en *El Araucano* el 16 de enero de 1845. A las dos críticas que aquí comentamos habría que agregar la de Domingo Faustino Sarmiento, quien también rechazó las ideas de Domeyko. Véase Pedro Navarro Floria, “La conquista de la memoria. La historiografía sobre la frontera sur argentina durante el siglo XIX”.

Aun cuando le reconoció algunos méritos al trabajo de Domeyko, insistió en que para alcanzar la civilización del araucano, sus propuestas eran ineficaces e irrealizables.

“Creemos, pues –señaló Bello–, que está todavía por resolver el problema a que ha dedicado sus meditaciones el autor. Mas, aunque dudemos de la practicabilidad de su plan, considerado en el todo, nuestros hombres de estado hallarán en la *Araucanía* del señor Domeyko ideas originales e interesantes, datos instructivos sobre la naturaleza física y la condición moral de aquel país, y multitud de indicaciones de que puede sacarse mucho partido, aún en nuestras circunstancias actuales. Ella es indudablemente la producción de un entendimiento mui cultivado, y de una razón concienzuda y sana, que no concibe la política sin la justicia, ni la moral sin convicciones religiosas profundas. Hace mucho tiempo que hemos felicitado a Chile, por la adquisición de un hombre tan distinguido como el señor Domeyko; y



Araucanos, en Gay, *op. cit.*

la obra que casi literalmente hemos copiado en este y los precedentes artículos es una plena confirmación de aquel juicio. No dudamos que el ilustrado público de Chile la acogerá con todo el aprecio que merece”¹⁰⁴.

Las lisonjeras palabras de Andrés Bello no ocultaron su desacuerdo con Ignacio Domeyko. Igual cosa ocurrió con don Salvador Sanfuentes, su segundo impugnador. Intendente de Valdivia, publicó en los números 833 y 834 de *El Araucano* un comentario de la *Araucanía* que no estuvo desprovisto de elogios al autor; aunque fue tan severo como Andrés Bello para evaluar la propuesta. Pensar solamente en las misiones, señaló Salvador Sanfuentes, era como edificar sobre las nubes¹⁰⁵. Diego Barros Arana resumió la impresión del intendente de Valdivia, señalando lo siguiente:

“El otro impugnador de las teorías de Domeyko, fue don Salvador Sanfuentes. Como intendente de Valdivia había visto de cerca las misiones i los indios, i en sus comunicaciones al Ministerio de Justicia i Culto, había demostrado el ningún provecho de aquellas, i la inutilidad de los gastos que ocasionaban. En un extenso i luminoso informe sobre la provincia de su mando, dado al ministro del interior con fecha 25 de mayo de 1846, Sanfuentes apoyaba sus opiniones a este respecto en numerosos hechos observados personalmente por él para llegar a la conclusión de que los arbitrios con que se quería reducir a los indios, eran más que frustráneos, irrealizables. ‘Yo también me honro, decía, de haber participado de sus ideas (de Domeyko) antes de que una triste experiencia hubiese venido a desengañarme’. (La Memoria de Sanfuentes sobre la provincia de Valdivia a que nos referimos i de que copiamos estas líneas, está publicada en *El Araucano* de 7 y 14 de agosto de 1846”¹⁰⁶.

Años más tarde, el propio Miguel L. Amunátegui en la biografía que escribió de Ignacio Domeyko, tantas veces citada en este estudio preliminar, descalificó su propuesta encaminada a civilizar al araucano e incorporarlo plenamente a la nación. Si es justo elogiar el carácter científico y literario de su obra,

“no sucede otro tanto respecto a la conclusión práctica a que arriba el autor, que atribuye una importancia demasiado exclusiva a la influencia de las misiones para la civilización de Arauco”.

La experiencia, concluía Miguel L. Amunátegui, ha demostrado que ese medio es absolutamente ineficaz. Sin embargo, reconoció el valor de la propuesta de Domeyko en el sentido de rechazar la dominación del mapuche por la fuerza. “Un proscrito polaco, escribió Amunátegui, no podía hacerse el sostenedor de la dominación violenta, aún sobre un pueblo bárbaro”¹⁰⁷.

¹⁰⁴ Citado por Amunátegui, *op. cit.*, p. 49. Hay que agregar que Bello, a pesar de sus críticas, fue quien decidió, en su condición de redactor de *El Araucano*, publicar el extracto de la obra de Domeyko que se publicó en ese diario.

¹⁰⁵ Amunátegui, *op. cit.*, pp. 51-52.

¹⁰⁶ Barros Arana, *op. cit.*, tomo II, p. 431.

¹⁰⁷ Amunátegui, *op. cit.*, pp. 45-47.

El debate provocado por los planteamientos de Domeyko demuestra que paulatinamente los círculos de gobiernos y los intelectuales que lo acompañaban empezaban a preocuparse de la Araucanía y de los medios para someter al mapuche, aunque existía todavía poca claridad de cómo hacerlo. En todo caso, es evidente que en ese momento se enfrentaron dos posiciones: una que ponía el énfasis en la obra de la Iglesia, encabezada por Domeyko, y otra que recomendaba utilizar otros procedimientos que, excluyendo la violencia, garantizaran el éxito de la empresa.

En estricto rigor, el debate no era nuevo. A lo largo de la corta historia republicana que Chile llevaba recorrida hasta entonces, el tema se había planteado en varias ocasiones. En 1823, cuando el Congreso discutió la idea de traer inmigrantes para civilizar al mapuche, se reconoció que “la gran mira del gobierno de Chile debe ser la civilización de los indios y su reunión con los demás chilenos, en términos de que se forme una gran nación”¹⁰⁸. En 1828 se produjo otra discusión interesante en el Congreso General Constituyente que debatió el proyecto de Constitución de ese año. En esa oportunidad se debatió largamente la situación de los mapuches y del territorio que poblaban, sin que se llegara a acuerdo si debían considerarse chilenos y si la Araucanía formaba parte del territorio nacional¹⁰⁹. Más adelante, la Sociedad de Agricultura, volvió a insistir en la colonización extranjera. El autor de esta última nota, que figura como M.M., alertó respecto de la amenaza de los indígenas para la tranquilidad de la zona y aún del país, señalando que ese territorio era chileno, idea que, como hemos anticipado, no era compartida por quienes habían opinado anteriormente¹¹⁰. Por este motivo, cuando aparece la obra de Domeyko no cabe dudas de que había poca claridad al respecto y que sus sugerencias estimulaban, al menos, la discusión de un tema no resuelto.

En 1848, Antonio Varas, en su calidad de Visitador de la Araucanía por mandato del Congreso, emitió un largo informe sobre la región en el que propone algunos medios para lograr la civilización del mapuche y su integración al país. Aunque no cita a Domeyko, coincide con él en destacar las singularidades de la región y la cautela con que se debe actuar, precisamente, por ser una región en nada comparable a Chile. Varas se opone claramente al uso de la fuerza, recomendando prestar atención a las misiones, a la escuela y al comercio, a pesar del desprestigio de las primeras¹¹¹. Textualmente indicó lo siguiente:

“Misiones, escuelas y comercio con la población española son los medios civilizados de los que puede esperarse la incorporación sucesiva de la población indígena al resto de la nación. Su establecimiento, regularización y desarrollo, no será obra de poco tiempo ni que pueda lograrse sin constancia. Ello requiere principalmente dos cosas: organizar de un modo conveniente el gobierno de los territorios de infieles y dar consistencia y respetabilidad a las autoridades a quienes

¹⁰⁸ Sesión N° 45, 11 de julio de 1823, anexo 453, en Valentín Letelier (recopilador). *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de Chile*.

¹⁰⁹ Las actas de estas sesiones en *op. cit.*, pp. 82-88.

¹¹⁰ *El Agricultor*, N° 22, Santiago, abril de 1842, pp. 206-211.

¹¹¹ Se encuentra publicado en Saavedra, *op. cit.*, pp. 271-307.

se encargue. La última condición es sobremanera importante. El indígena, aunque se prestará a la empresa sin resistencia, procediendo con discreción, no verá desde luego sin distancia y prevención un orden de cosas que contraría sus hábitos y preocupaciones, y que directamente ataca su independencia de salvaje. Hay además en su carácter circunstancias que cercan de peligros la empresa y que bien pueden hacerla fracasar, si no se tuviesen muy presentes, bien para combatir las de frente, bien para adoptar arbitrios que neutralicen o destruyan su mala influencia”¹¹².

Domeyko no fue el único visitante que se internó por la Araucanía en los años previos e inmediatamente posteriores al informe de Antonio Varas. El interés que despertaba el país de los araucanos llevó hasta esas tierras al Dr. Aquinas Ried, al empresario alemán César Maas, que viajó junto a Ried, a Guillermo Watkins y al astrónomo norteamericano Edmond Reul Smith. Los cuatro destacaron la riqueza de algunos caciques y las extensas praderas que allí existían, muy apropiadas para sostener una población mucho mayor a la que había. Describieron usos y costumbres que no coincidían con las propias y llamaron la atención de ciertas prácticas que asociaron a un estadio de civilización más atrasado; sin embargo, en ninguno de ellos aparece esa imagen del mapuche que puso el acento en su salvajismo. Los cuatro, en cambio, denunciaron las influencias negativas de tanto chileno malo que llegaba al territorio indígena, arrastrando vicios y malas costumbres que luego cundían entre los indios¹¹³.

Con Domeyko, Varas y los viajeros que citamos en el párrafo anterior, se estaba cerrando un capítulo en la Araucanía. Ninguno de los autores aludidos sugirió el empleo de la fuerza como medio para someter al mapuche. Puesta la atención en el Valle Central y el Norte, las dos regiones que sostenían la economía nacional a través de las exportaciones agrícolas y mineras, la Araucanía pasó a un segundo plano. En esas condiciones, el mapuche aún podía subsistir, con respeto y admiración cuando se evocaba la imagen mítica del guerrero que contuvo al español. La crisis de 1857 y el avance inexorable del positivismo, echó por tierra esa actitud. La urgencia de nuevas tierras y nuevos mercados, junto con la convicción de que el “bárbaro” detenía y amenazaba el progreso terminó con el “hombre natural” que aún sobrevivía en amplias regiones del continente, incluida la Araucanía, tal como lo sugiere Anthony Padgen¹¹⁴. Entonces se endureció el discurso, se impuso la imagen de un indígena que no superaba la condición de un “animal de rapiña”, bárbaro, incorregiblemente bárbaro, que debía desaparecer de la faz de la tierra en bien de la humanidad. Fue el planteamiento de Benjamín Vicuña Mackenna y de quienes como él propusieron el empleo de la violencia para acabar con el “problema indígena”. Aún el país paga las consecuencias de la política que se inspiró en aquellos planteamientos¹¹⁵.

¹¹² Varas, *op. cit.*, p. 288.

¹¹³ Estos viajes se realizaron entre 1847 y 1853. Un análisis de estos viajeros se puede consultar en Víctor Caro, *Los viajeros y la ocupación de la Araucanía*. Agradezco al profesor Caro haber puesto a mi disposición algunos de los materiales que reunió para elaborar su trabajo.

¹¹⁴ Anthony Padgen. *La caída del hombre natural*.

¹¹⁵ Un interesante análisis de este debate se puede consultar en el trabajo de Manuel Ravest Mora, “Arauco... Siempre Arauco...”, pp. ix-lix. Sobre la situación de algunas parcialidades mapuche en la

MEMORIA SOBRE LA COLONIZACIÓN EN CHILE

Al diario de su viaje a la Araucanía y su *Araucanía y sus habitantes*, se ha agregado en esta edición la *Memoria sobre la Colonización en Chile*, concluida el 10 de mayo de 1850 y publicada ese mismo año por encargo del Ministerio del Interior¹¹⁶. Se trata de un texto breve, de trece páginas impresas a doble columna. Domeyko consideraba que esta materia era vital para Chile, pues de ella dependía el porvenir de las provincias del sur. Convencido de sus ventajas, atribuía a la inmigración europea el progreso alcanzado por Estados Unidos¹¹⁷. En esta *Memoria* abordó diversas materias que el lector podrá consultar directamente en el texto que se incluye en esta edición; sin embargo, con el fin de resumir algunos de los temas tratados convendría indicarlos brevemente.



Plano del territorio entre Renaico y Malleco con demostración de la línea de alta frontera, ca. 1867. Archivo Nacional Histórico.

época aludida véase el artículo de Rolf Foerster y Fernanda Villarroel, “Los hermanos Budaleo como caciques gobernadores del ayllarehue de Arauco”.

¹¹⁶ La *Memoria* fue publicada en la Imprenta Julio Belin, Santiago, 1850.

¹¹⁷ Ignacio Domeyko, *Memoria sobre la colonización en Chile*, p. 1.

En primer lugar, se refirió al verdadero carácter del colono y de la colonización. En este punto reconoció que el colono es ante todo un agricultor que llega al país en busca de una nueva patria. Si se quiere aprovechar su aporte, recomienda Domeyko, hay que respetar el carácter del colono y distinguirlo de otros inmigrantes, cuyo oficio es de naturaleza distinta al del agricultor. En segundo lugar, marcó la diferencia entre la inmigración a Estados Unidos y Chile, distintas por la enorme extensión de terrenos que existían en el país del norte. En Chile eran escasos y colgaban de la cordillera. Por lo mismo, cree, en tercer lugar, que el fin de la colonización en Chile no es tanto poblar al país, sino educarlo, asunto en el que coincide con Marcial González, a quien cita en las páginas 4 y 5 de la *Memoria*. Se trataba de una educación práctica, moralizadora, que impregne al chileno

“del orden doméstico, del espíritu de economía, del amor al trabajo, de los métodos prácticos en la agricultura... en fin, la inoculación de aquella actividad propia de los pueblos septentrionales de Europa...”¹¹⁸.

Concluidos estos comentarios, resume la historia de los sucesos relativos a la colonización en Chile, registrando los hitos más importantes ocurridos hasta ese momento, para detenerse luego en una cuestión crucial: la mensura exacta de los terrenos fiscales en las provincias del sur, donde se instalarían los colonos. Desde luego, habría que precisar que no cree conveniente ponerlos en la Araucanía, sino en las provincias de Valdivia y Chiloé, según él, más apropiadas para esta empresa. Es innegable, señala en la *Memoria*, que el levantamiento de un mapa exacto de ambas provincias es “urgentísimo para la colonización y tan esencial, que mientras no se efectúe, ninguna medida general i extensa podría tomarse para activar y atraer inmigrantes”. Esta necesidad deriva también de los abusos que se cometen contra los indígenas, a quienes compran fraudulentamente, “por una nada”, terrenos que no les pertenecen, con evidente perjuicio para el Estado¹¹⁹. Concluye su *Memoria* clasificando a los colonos en tres categorías: los traídos por el Estado, los que llegan por cuenta de particulares y los que vienen espontáneamente. Finalmente resume las medidas que recomienda para impulsar la colonización, materia a su juicio de la mayor importancia.

LA VIDA CONTINÚA

Sus trabajos sobre la Araucanía fueron apenas un episodio en la intensa vida del sabio polaco. Como ya se sabe, su viaje a la Araucanía se produjo durante los primeros meses del año 1845, cuando todavía era profesor del liceo de La Serena. En los años siguientes nuevas responsabilidades caerían sobre sus hombros y lo esperaban nuevos viajes por el país que registró en diversos apuntes.

¹¹⁸ Domeyko, *Memoria...*, *op. cit.*, pp. 4-5

¹¹⁹ *Op. cit.*, p. 9.

Según él mismo cuenta, una vez concluido el contrato que había firmado con el gobierno y que lo retenían en La Serena, se dirigió a Valparaíso, en noviembre de 1846, con el propósito de embarcarse de regreso a Europa. En la espera del barco estaba cuando decidió viajar a Santiago a despedirse de su amigo, el general Aldunate, quien lo convenció, junto a otras autoridades de gobierno, que postergara la partida. La intención de retardar su salida obedecía al interés del ministro Manuel Montt, de realizar en el Consejo de la Universidad una serie de reformas sobre las cuales había escrito Domeyko. Como “nada me urgía”, dice, y como las noticias que llegaban de Polonia eran muy tristes, decidió seguir en Chile por un tiempo. Ese tiempo se prolongó por varias décadas.

Cuando se instaló en Santiago, la ciudad tenía apenas unos ochenta mil habitantes y era muy distinta a La Serena que había dejado atrás. El conocimiento que se tenía de sus trabajos y el prestigio que ya se había ganado por su dedicación al estudio, le permitieron abrirse rápidamente un espacio en la capital. Pronto sus actividades se multiplicaron notoriamente. Junto con realizar algunos estudios científicos encargados por el gobierno, dictó clases en el Instituto Nacional, participó como miembro en la Facultad de Física y Matemáticas y se integró al Consejo Universitario de la Universidad de Chile. En virtud de los méritos y servicios prestados al país, en diciembre de 1848 le fue concedida la nacionalidad por gracia, luego de una propuesta que hiciera al Congreso Nacional el presidente Manuel Bulnes, el 23 de octubre de 1848, en los siguientes términos:

“CONCIUDADANOS DEL SENADO I LA CAMARA DE DIPUTADOS

El profesor de ciencias naturales don Ignacio Domeyko posee como extranjero las cualidades necesarias para obtener según nuestra Constitución la declaración de ciudadano legal de Chile. Este sabio y virtuoso profesor hace diez años que está dedicado a la enseñanza pública en Coquimbo y en esta capital; y su genio investigador y laborioso no se ha limitado a la enseñanza, sino que ha emprendido el estudio de la naturaleza física y mineral del país; ha sido autor de varias obras científicas que se han adaptado a la enseñanza superior de la República; es miembro del Consejo de la Universidad, y encargado de varias comisiones especiales que le ha conferido el gobierno en ramos concernientes a su profesión.

El gobierno, bien penetrado de todo, y deseoso que el profesor Domeyko se radique en un país (como él mismo lo desea y lo ha manifestado al gobierno) que justamente le distingue, y de cuyos loables esfuerzos en la enseñanza espera reportar grandes bienes, ha querido anticiparse a solicitar del congreso nacional la gracia especial de naturalización a favor de don Ignacio Domeyko, que está en sus peculiares atribuciones según el artículo 6, parte 4^a, de nuestra constitución política, queriendo con este paso dispensar a Domeyko de los trámites que le sería preciso correr para obtener la naturalización por el otro medio que prescribe la misma carta, haciéndole al mismo tiempo el honor de que es digno”¹²⁰.

¹²⁰ Amunátegui, *op. cit.*, pp. 68-69.

Dos años más tarde, en plena madurez de la vida, contrajo matrimonio con doña Enriqueta Sotomayor y Guzmán, de cuya unión nacieron cuatro hijos. Mientras tanto, mantenía una intensa actividad tanto en el campo de la enseñanza como en el de las exploraciones científicas que derivaron en una serie de memorias que se publicaron en Chile y el extranjero¹²¹.

A medida que avanzaban el tiempo, su prestigio crecía sin contrapeso. Sol Serrano ha señalado que su contratación en la Universidad de Chile fue la más importante de entonces. Verdadero articulador entre la investigación científica, el mundo productivo y el sistema educacional, su personalidad correspondía exactamente a los objetivos del gobierno en su política de contratación de extranjeros¹²². A los pocos años su intensa labor en la Universidad le valió el reconocimiento de sus propios colegas y de las autoridades de gobierno, las que permanentemente recurrían a él para diferentes tipos de consultas. Por eso no fue una sorpresa que en 1867, cuando se produjo la vacancia de la rectoría de la Universidad, por muerte de su segundo rector, don Manuel Antonio Tocornal Grez, el claustro pleno lo ubicara, por amplia mayoría, en el primer lugar de la terna propuesta al Presidente de la República. El gobierno se apresuró en designarlo, en retribución y gratitud al sabio cuyo prestigio se había extendido ya a Europa. Se convertía así en el tercer rector de la Universidad, como colofón de la larga carrera que inició en 1838 en el liceo de La Serena.

En ese cargo se mantuvo hasta 1883, luego de un último nombramiento ocurrido en 1882, después de una tumultuosa elección en la cual se enfrentaron los sectores más liberales de la Universidad con los más conservadores, representados por Domeyko. Aquella designación contrariaba sus deseos de abandonar las funciones públicas cuando se empinaba ya por los 80 años¹²³. Sin embargo, su vigor parecía no ceder. En el verano de 1883 realizó su último viaje por Chile. Fue

“hasta los confines de la Araucanía, pero ya no a caballo como en el año 1845, sino por los caminos de hierro, por el magnífico puente sobre el Biobío y con mis dos hijos ya adultos. Cual no fue mi asombro cuando, en esos terrenos que hace cuarenta años estaban incultos, por donde el hombre salvaje corría en pos de otro salvaje y estaba al acecho de otro menos salvaje, ví hoy grandes mieses de trigo, viñedos, ferrocarriles, estaciones sólidamente construidas y junto a éstas sacos de trigo, cajas de mercaderías con rótulos en inglés, hilos de telégrafos y nuevas poblaciones”¹²⁴.

En 1883 se dedicó a la inscripción de los alumnos que llegaban a la Universidad y a dictar sus últimas clases. Ese mismo año renunció a la rectoría y el 21 de mayo del año siguiente inició un viaje a Europa que lo llevaría a recorrer las calles

¹²¹ Jaime Pereda, coordinador general, *Ignacio Domeyko y la Educación para el Desarrollo*, p. 15.

¹²² Sol Serrano, *Universidad y nación: Chile en el siglo XIX*, p. 114.

¹²³ Domeyko, *Mis...*, *op. cit.*, pp. 842-844.

¹²⁴ *Op. cit.*, p. 845. De mucho interés para los interesados en conocer otros aspectos de la vida de Domeyko es el libro de Paz Domeyko, *La vida de un inmigrante (1802-1889)*.

de París y las ciudades donde vivió en su querida Polonia. En el viejo continente fue colmado de homenajes y cálidas recepciones¹²⁵.

De regreso a Chile, Ignacio Domeyko sobrevivió algunos años más. Finalmente, el infatigable caminante falleció en Santiago el 23 de enero de 1889, a la una de la tarde. Con su muerte se apagó una vida que contribuyó de manera tan notable a la consolidación de la república.

A MODO DE COLOFÓN

En 2002, al conmemorarse el bicentenario del nacimiento de Ignacio Domeyko, la UNESCO lo declaró el año del sabio polaco. Ese mismo año, la Universidad de Chile dedicó un número especial de sus *Anales* a rendirle un homenaje a quien de manera tan brillante había contribuido a su desarrollo desde el momento mismo de su fundación. A los homenajes de los rectores de la Universidad de Chile y Universidad de La Serena, se sumaron varios estudios que dieron cuenta de su vida y sus aportes a la ciencia, educación y vida ciudadana. Al morir, había escrito alrededor de quinientos sesenta trabajos científicos, se habían publicado más de cuatro mil estudios sobre él y unos setenta y cinco objetos del planeta llevaban su nombre. Sus largos años de actividad en Chile y sus permanentes contactos con organismos científicos europeos, los convirtieron en un puente intelectual entre Europa y Sudamérica¹²⁶.

Llegó al país en los albores de la república arrastrando sueños y compromisos que nunca abandonaría. Fue, en el más positivo de los términos, un militante que luchó por ideales que transformó en verdaderas pasiones. Al menos descubrimos cuatro: su amor por la patria; su vocación científica, convertida en un particular afecto a la naturaleza; su compromiso con la fe católica y su entrega a la educación.

Estos cuatro aparecen nítidamente en sus escritos sobre la Araucanía. Fue de aquellos viajeros que veía en cada señal que le llamara la atención un recuerdo de la patria lejana. Le ocurrió en la frontera muy a menudo. Sin embargo, sus textos revelan su amor a la ciencia y a la naturaleza cada vez que lo sorprendieron aquellos paisajes deslumbradores que vio a través de la selva, las praderas y los ríos de la Araucanía. Fue un defensor del bosque, uno de los primeros en Chile en llamar la atención sobre la necesidad de resguardar un bien que la naturaleza depositó con tanta generosidad en el país de los araucanos.

Su profundo compromiso con la fe católica terminó traicionándolo. Aunque el mismo declaró que el motivo de su excursión a la Araucanía fue despertar en los jóvenes chilenos un interés por conocer la patria, al final terminó viendo en aquella región una tierra en la cual lo más importante era esparcir la semilla salvadora que convertiría a los mapuches en nuevos cristianos. Por eso su confianza en la misión

¹²⁵ Detalles de este viaje en Domeyko, *Mis..., op. cit.* tomo II, pp. 848-1.064.

¹²⁶ Algimantas Grigelis, "Ignacy Domeyko, the citizen of world", p. 9.

como mecanismo de integración del indígena. En esto, a los ojos de sus coetáneos, fue ingenuo y por esa razón sus propuestas fueron cuestionadas y desautorizadas.

El maestro, el profesor, también emergió en las tierras del sur. Para él la educación del indígena era otra tabla salvadora, sobre todo si se orientaba como correspondía y se ejercía con rigor y sabiduría. Por eso también apoyó con tanto entusiasmo la colonización extranjera. Estaba convencido de que con la llegada de ésta, el país recibiría no sólo una mano de obra laboriosa sino a los educadores que enseñarían nuevas formas de vivir que harían más grande a Chile.



Banquete indígena, 1859.

Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

La obra de Ignacio Domeyko sobre la Araucanía ratifica, por otra parte, un hecho vital en la relación que se dio desde entonces y hasta hoy con el pueblo mapuche. Como anticipamos en páginas anteriores, en los años que visitó la Araucanía se estaba cerrando un ciclo que cambiaría radicalmente en los años siguientes. Hasta Domeyko y Antonio Varas predominó la idea de incorporar al araucano por medios pacíficos, en medio de un cierto respeto por aquellos bravos pobladores que no se sometieron al dominio español. Por lo demás, Chile no parecía necesitar con tanta urgencia sus territorios. El propio Domeyko insistió en que para recibir a los colonos extranjeros no se requería de estos; bastaban los que estaban más al sur, en las provincias de Valdivia y Chiloé.

En la década de 1850 se produjeron una serie de hechos que transformaron en obsoletos aquellos predicamentos. Las convulsiones de los años 51 y 59 agitaron la región, el positivismo avanzó con fuerza arrolladora y las demandas de nuevas tierras agrícolas que exigía la revolución industrial y la crisis de 1857, precipitaron las acciones del Estado en la región. En ese momento cobró fuerza lo que en otros trabajos hemos llamado la “ideología de la ocupación”, que se propuso demostrar que el indio era un salvaje que amagaba a Chile y detenía el avance del progreso. Como dijo Diego Barros Arana, se descubrió que en la Araucanía había “indios malos en tierras buenas”.

Así empezó una historia de violencia, abusos y excesos que han provocado tanto daño en el país. En la memoria de los mapuches esa historia quedó grabada a sangre y fuego. Ignacio Domeyko alcanzó a denunciar el comienzo de esa historia, aunque sin imaginar la dimensión que alcanzaría.

No se trata de presentar una historia que haga del mapuche una víctima del Estado. Hay matices que dan cuenta de alianzas, apoyos y compromisos de algunos caciques que lograron ciertos acuerdos que hicieron menos dura la historia que empezaban a vivir. Sin embargo, fue una historia llena de pesares que no se puede desconocer, como algunos autores los demuestran¹²⁷.

Muchos hombres del siglo XIX llamaron la atención sobre este hecho. Sus voces fueron acalladas, como olvidadas muchas sugerencias de Domeyko. Podríamos coincidir en que en su texto abundan las ingenuidades respecto de cómo manejarse en la frontera; sin embargo, su consejo fue actuar siempre posponiendo la violencia y los abusos que alcanzó a ver en la génesis de una historia que culminaría más tarde, cuando recorría las tierras de aquellos indígenas soberbios que conoció primero a través de *La Araucana*.

Por esta razón la lectura de sus textos siguen teniendo validez. Citados por la gran mayoría de historiadores del siglo XX que han escrito sobre la frontera, muestran la forma como toda una generación de intelectuales observó y comentó las relaciones interétnicas en Chile. En su caso, desde la postura de un conservador, comprometido con la iglesia católica; pero, por sobre todo, inspirado en valores superiores a los cuales nunca renunció.

¹²⁷ Jorge Pávez, *Cartas Mapuches siglo XIX*, p. 24.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, Margarita, Pedro Mege, Christian Báez (eds.), *Mapuches; fotografías siglos XIX-XX. Construcción y montaje de su imaginario*, Santiago, Pehuén editores, 2001.
- Amunátegui, Miguel Luis, *Ignacio Domeyko*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1952.
- Barros Arana, Diego, *Un decenio de la Historia de Chile (1841-1851)*, vol. segundo, en *Obras completas*, Santiago, Imprenta Barcelona, 1913, tomo xv.
- Bengoa, José, *Historia del pueblo mapuche, siglos XIX y XX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985.
- Brintrup, Lilianet, “Encuentros en el viaje a la Araucanía de Ignacio Domeyko: la naturaleza y el araucano”, en *Anales de Literatura Chilena*, año 4, N° 4, Santiago, diciembre de 2003, pp. 35-57.
- Canut de Bon, Claudio y Antonio Carvajal, “Domeyko en La Serena (1838-1846)”, en *Anales de la Universidad de Chile*, N° 14, VI serie, Santiago, 2002.
- Caro, Víctor. *Los viajeros y la ocupación de la Araucanía*, tesis para optar al grado de magíster en Artium, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia, 2001.
- Casanueva, Fernando, “Indios malos en tierras buenas. Visión y concepción del mapuche según las elites chilenas del siglo XIX”, en Jorge Pinto (editor), *Moderización, inmigración y mundo indígena. Chile y la Araucanía en el siglo XIX*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1998, pp. 55-131.
- Discursos de apertura de las Sesiones del Congreso i Memorias Ministeriales Correspondientes a la Administración Bulnes (1841-1851)*, Imprenta El Ferrocarril, Santiago, 1858.
- Discursos de apertura de las Sesiones del Congreso i Memorias Ministeriales Correspondientes a la Administración Prieto (1831-1841)*, Santiago, Imprenta El Ferrocarril, 1858.
- Domeyko, Ignacio, *Mis viajes*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1977.
- Domeyko, Ignacio, *La Araucanía i sus habitantes*, Santiago, Imprenta Chile, 1845.
- Domeyko, Ignacio, *Memoria sobre la colonización en Chile*, Santiago, Imprenta Julio Belín, 1850.
- Domeyko, Paz, *La vida de un inmigrante (1802.1889)*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2002.
- El Agricultor*, Santiago, N° 22, abril de 1842.
- Encina, Francisco Antonio, *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Nascimento, 1949, tomo XII.
- Etnografía mapuche del siglo XIX*, selección de Iván Inostroza, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Colección Fuentes para la Historia de la República, 1998, vol. XIII.
- Foerster, Rolph y Villarroel, Fernanda, “Los hermanos Budaleo como caciques gobernadores del ayraehue de Arauco, y las transformaciones del pacto colonial (1820-1889)”, en *Cuadernos Interculturales*, vol. 6, número 11, Valparaíso, 2008, pp. 146-171.

- “Fragmento de un viaje a Chile y el Cuzco, Patria de los Antiguos Incas”, en Carlos Stuardo, *Vida de Claudio Gay, 1800-1873*, Santiago, Editorial Nascimento, 1973, tomo II.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile*, 2ª ed., Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana - LOM Ediciones, 2204.
- Grigelis, Algimantas, “Ignacy Domeyko, the citizen of de World”, in Grigelis, Algimantas (Edited). *Ignacy Domeyko 1802-1889. His life, works and contribution science*, Vilnius, Vilnius University, 2002, pp. 9-13.
- Griskaitė, Reda, “Araucanía by Ignacy Domeyko in Vilnius Edition”, in Algimantas Grigelis, *Ignotas Domeika 1808-1889*, 2002
- Herrera, Ricardo, “La construcción histórica de la Araucanía: desde la historiografía oficial a las imágenes culturales y dominación política”, en *Revista Austral de Ciencias Sociales*, N° 7, Valdivia, 2003, pp. 22-40.
- La Abeja Chilena*, N° 7, Santiago, 26 de agosto de 1825, en Colección de Antiguos Periódicos Chilenos, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1966, tomo xx.
- Lastarria Cavero, Berta, *Ignacio Domeyko y su época, 1802-1888*, Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1937.
- León, Leonardo, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y Pampas, 1700-1800*, Temuco, Ediciones Universidad de La Frontera, 1991.
- Letelier, Valentín (recopilador), *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de Chile, 1811-1843*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893, tomo XVI.
- Maas, César, *Viaje a través de las provincias australes de la República de Chile desde enero hasta junio de 1847*, Santiago, Revista Cóndor, 1949-1950.
- “Memoria del Jeneral don José María de la Cruz sobre sus operaciones en la Araucanía... a consecuencia del atentado cometido por los bárbaros a los naufragos del bergantín *Joven Daniel*, 12 de septiembre de 1850”, en Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de los diez años de la administración de don Manuel Montt*, Santiago, Imprenta Chilena, 1862, tomo v, pp. 219-244.
- Navarro Floria, Pedro, “La conquista de la memoria. La historiografía sobre la frontera sur argentina durante el siglo XIX”, en *Revista Universum*, N° 20, vol. 1, Talca, 2005, pp. 88-111.
- Pagden, Anthony, *La caída del hombre natural*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- Pávez, Jorge, compilador. *Cartas mapuche siglo XIX*, Santiago, Colibril Ediciones, 2008.
- Pereda, Jaime, coordinador general, *Ignacio Domeyko y la educación para el desarrollo*, Santiago, Universidad de Chile, 1992.
- Pérez Rosales, Vicente, *Ensayo sobre Chile*, Santiago, Imprenta Ferrocarril, 1859.
- Pinto, Julio, Javier Jofré y Ricardo Nazer, *Ignacio Domeyko, José Tomás Urmeneta, Juan Bruggen. Tres forjadores de la minería nacional*, Santiago, Instituto de Ingenieros de Minas, 1993.
- Pinto, Julio, “Ignacio Domeyko (1802-1889). La minería como ciencia y como fe”, en Julio Pinto, Javier Jofré y Ricardo Nazer, *Ignacio Domeyko, José Tomás Urmeneta, Juan Bruggen. Tres forjadores de la minería nacional*, Santiago, Instituto de Ingenieros de Minas, 1993.

- Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado y la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, 2ª ed., Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.
- Piwonka, Gonzalo, "Domeyko y La Araucanía", en *Anales de la Universidad e Chile*, N° 14, VI serie, Santiago, 2002.
- Pöepping, Eduard, *Un testigo de la alborada de Chile (1826-1829)*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1960.
- Ravest, Manuel, "Arauco... Siempre Arauco...", en Cornelio Saavedra, *Documentos relativos a la ocupación de Arauco*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia de la Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional de Chile, Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2009, vol. 43, pp. ix-lix. Araucanas, mujer e hijas del cacique Penoleo. 1838.
- Ried, Aquinas, *Diario del viaje efectuado por el Dr. Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el lago Llanquihue, 1847*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1920.
- Rojas Lagarde, Jorge. *Malones y comercio de ganado con Chile. Siglo XIX*, Buenos Aires, Ediciones Elefante Blanco, 2004.
- Saavedra, Cornelio, *Documentos relativos a la ocupación de Arauco*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia de la Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional de Chile, Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2009, vol. 43.
- Serrano, Sol, *Universidad y Nación: Chile en el siglo XIX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1994.
- Serrano, Sol. "De escuelas indígenas sin pueblos a pueblos sin indígenas: la educación en la Araucanía en el siglo XIX", en *Historia*, vol. 29, Santiago, 1995-1996, pp. 423-474.
- "Sesiones del Congreso", en *Redactor de Sesiones del Soberano Congreso*, Colección de Antiguos Periódicos Chilenos, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1995, tomo XVII.
- Smith, Edmond Reul, *Los araucanos*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1914.
- Stuardo, Carlos, *Vida de Claudio Gay, 1800-1873*, Santiago, Editorial Nascimento, 1973.
- Teillier, Jorge. "La Araucanía y los mapuches según tres viajeros del siglo pasado", en *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 58, Santiago, 1965, pp. 4-12.
- Treutler, Paul, *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1958.
- Varas, Antonio, "Informe presentado a la Cámara de Diputados por el Visitador Judicial de la República, Antonio Varas", en Cornelio Saavedra, *Documentos relativos a la ocupación de Arauco*, Santiago, Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia de la Universidad Católica de Chile, Biblioteca Nacional de Chile, Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2009, vol. 43.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Historia de los diez años de la administración de don Manuel Montt*, Santiago, Imprenta Chilena, 1862-1863.
- Villalobos, Sergio, *Vida fronteriza en la Araucanía: el mito de la guerra de Arauco*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1995.

Watkins, Guillermo, “Diario de Viaje”, en Karin Schmutzer, “Aventuras de un inglés en Chile. Guillermo Watkins, 1838-1880”, en *Historia*, N° 16, Santiago, 1981, pp. 67-124.

Zenteno Barros, Julio, *Recopilación de leyes y decretos supremos sobre colonización, 1810-1896*, Santiago, Imprenta Nacional, 1896.

ARAUCANIA I SUS HABITANTES.

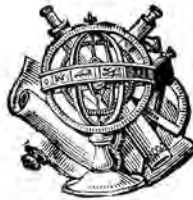
RECUERDOS DE UN VIAJE HECHO EN LAS PROVINCIAS MERIDIONALES DE
CHILE, EN LOS MESES DE ENERO I FEBRERO DE 1845.

POR

IGNACIO DOMEYKO.

Miembro de la Universidad de Chile, profesor del colejio de Coquimbo.

CON DOS MAPAS DE LAS PROVINCIAS MERIDIONALES DE CHILE.



SANTIAGO
IMPRENTA CHILENA.
— 1846 —

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Ofrecemos al público una nueva obra de nuestro ilustre huésped, el señor don Ignacio Domeyko, a quien la república debe ya tan útiles e interesantes trabajos. El señor Domeyko se ha hecho notar por su acierto en escoger aquellos puntos cardinales de los intereses de nuestra sociedad, por el talento de dilucidarlos en el sentido más favorable a la industria y a la civilización del país. Su memoria sobre la educación literaria y científica en Chile, que se publicó en el semanario de Santiago, promovió una discusión luminosa sobre esta interesante materia y desde entonces acá se ha emprendido una reforma radical en el sistema de enseñanza en los colegios públicos. Su memoria sobre la libertad de importación al carbón de piedra dio origen a la ley que, acogiendo las preciosas indicaciones contenidas en aquel documento, va a dar un gran empuje a la exploración de nuestros veneros metálicos; aliviando a la agricultura de las provincias septentrionales del ruinoso gravamen que les había impuesto la fundición con combustible indígena, el *Tratado de ensayos y Elementos de mineralogía* que el señor Domeyko ha compuesto y dado ya a la prensa, han regularizado la enseñanza en el país de las ciencias metalúrgicas, destinadas a tener un papel brillante entre todos los ramos de conocimientos humanos que se han de cultivar entre nosotros. El señor Domeyko no se ha limitado a hacer sentir su voz siempre útil y bienhechora en el recinto de la República: ha dirigido también interesantes comunicaciones a sociedades sabias europeas, relativas a los fenómenos que ofrece la mineralogía en Chile. Ha hecho más todavía: no contento con sus laboriosas tareas de gabinete, ha recorrido en persona las provincias del norte, estudiándolas bajo su aspecto geológico y procurando formar una teoría que guíe luminosamente el descubrimiento y el laborio de las minas. También ha explorado las cordilleras de Santiago, indicando la existencia de ricos minerales. El ardor religioso del señor Domeyko por los trabajos científicos y su consagración generosa a favor de los intereses públicos lo han llevado últimamente a visitar las tribus indígenas que se asientan independientes en medio del territorio nacional. Investigar el carácter de aquellos bárbaros y tentar los medios más adecuados para reducirlos a la vida social era un gran objetivo del que la filantropía del señor

Domeyko no podía prescindir. El resultado de esta excursión eminentemente cristiana y bienhechora es el asunto del presente libro. El público, lo esperamos, lo acogerá con el aprecio del que es digno por su eminente objeto, por la manera con que ha sido felizmente desempeñado, por la importancia de las revelaciones que contiene y por los resultados de incalculable trascendencia a que puede dar origen.

ARAUCANÍA
Y SUS
HABITANTES

De no haber sido por los armoniosos acentos del generoso poeta, quien prefirió cantar los triunfos de los que combatieron contra él, a las alabanzas y lisonjas del orgulloso conquistador, ¿qué recuerdos quedarían de los memorables acontecimientos que en el siglo XVI se desarrollaron en el reducido recinto habitado hoy por esos indios fieros que llaman araucanos? Y sin embargo, ¿en qué parte de América con más energía y entereza se sostuvo la grandiosa lucha que a los Cortés y Pizarro abrió las puertas de los palacios de Moctezuma y Atahualpa y a la humanidad una nueva época, un nuevo mundo? Si llegó la conquista de aquellos vastos imperios a sobrepujar en sus realidades las ficciones más resplandecientes de los tiempos heroicos, la guerra de Chile, ese episodio espléndido de la sublime epopeya iniciada en el puerto de Palos por el inmortal genovés, se estrelló impotente contra el bárbaro pecho, sin que bastaran para rendir al hijo indómito de las araucanas selvas ni la pericia militar de los agresores, ni el terror nacido del estruendo de sus instrumentos de muerte, ni los ardides de sus parlamentos. Si lograron arbolarse en algunos fortines sus enseñas de señorío, no por eso dejó de ser aquel independiente y de transmitir de generación en generación el lustre de sus progenitores.

¡Con qué deseo e interés va hoy el viajero a visitar aquel pueblo que hasta ahora ha conservado su antiguo carácter y sus costumbres salvajes; y que todavía sostiene su altanera frente en faz del cristianismo, blandiendo su amenazadora lanza del medio de sus montañas! ¡Con qué respeto va a ver por sus propios ojos, y a pisar aquellos sitios memorables de Mariguéñu, Tucapel, Lumacú, en que rindió sus colores el estandarte de Castilla; y con qué gratos recuerdos va a conocer a los descendientes de los Lautaro, Colocolo, Caupolicán, que han logrado llenar de admiración al poeta e imponer respeto a los valientes!

Otros deseos y pensamientos llevarán a estos parajes al culto chileno, amante de su patria, el que, viendo la rapidez con que la riqueza, el orden y la civilización se extienden en su agraciado país, extraña que en el seno de esta misma patria constituida en una nación libre, soberana, viva todavía un puñado de hombres salvajes, extraños a la divina luz del cristianismo. Él sabe que otra sangre corre en sus venas y otro fuego arde en su alma; pero como hijo del mismo continente, de

las mismas costas y montañas, quiere tender la mano a sus valientes hermanos y ellos desconocen su palabra, desconfían de su hermandad, de su civilización y de su Dios. Él sabe cuánto importa al porvenir de su apasionado Chile reconcentrar sus fuerzas físicas y morales, uniformar sus leyes y costumbres, facilitar vías de comunicación: poner, en una palabra, toda la nación en estado de obrar como obra un solo hombre fuerte, activo e inteligente y con dolor ve a Chile partido en dos por ese mismo puñado de gentiles, hostiles a la civilización y sumergidos en la barbarie.

El que con tales ideas y sentimientos recorra el territorio de los indios chilenos, tendrá que estudiar:

Primero, la situación física y la naturaleza del país ocupado por ellos;
segundo, el estado moral en que se hallan actualmente, sus usos y costumbres;
tercero, las causas que se oponen, hasta ahora, a la civilización de dichos indios, como también los medios más oportunos de que se debe valer Chile para la reducción de ellos.

Me propongo examinar estas tres proposiciones por separado en las tres partes de esta memoria.

PRIMERA PARTE

SITUACIÓN FÍSICA Y NATURALEZA DEL PAÍS OCUPADO POR LOS ARAUCANOS

Para adquirir una idea clara y exacta de la situación física y de la naturaleza del territorio araucano, es menester echar una ojeada pronta y ligera sobre las provincias meridionales de Chile, en medio de las cuales se halla comprendido dicho territorio.

El punto de donde se hace más visible la configuración exterior de ellas y de donde, en un golpe de vista, se pueden abrazar las principales variedades de formas y de colores de sus cerros, llanos y montañas, es aquella memorable cuesta de Chacabuco, en cuya cumbre lució por primera vez la aurora de la independencia chilena.

De esta cuesta hacia el sur, tres son las distintas fajas de terrenos que se divisan, paralelas entre sí y con el meridiano del lugar.

La faja del medio es un llano extenso, comprendido entre dos cordones de cerros, como un golfo entre dos continentes. El cordón de la derecha, llamado comúnmente cordillera de la Costa, consta en general de grupos de cerros redondos, achatados, bajos, graníticos, cuyas formas indeterminables se asemejan a las olas de un mar que se aquieta después de una tempestad borrascosa. El de la izquierda es el cordón de los Andes, cuyas aristas son ásperas y esquinadas, los despeñaderos rápidos y frecuentes, las faldas rayadas con *estratificaciones* en cintas de diversos colores, y cuyas cimas se pierden en la elevada región de los hielos perpetuos.

A medida que estas inmensas fajas de terreno avanzan hacia el sur, las tres bajan a un mismo tiempo, y en su caída presentan, tanto en la vegetación que las viste, como en la naturaleza mineral de sus cerros, modificaciones dignas de llamar la atención del naturalista.

En el sitio que la populosa capital de la República escogió para sentarse, se apropió la parte más hermosa del llano intermedio, que se halla a 667 varas de altura sobre el nivel del mar, y cuyos campos requieren todavía el auxilio del arte para proveer a sus necesidades por cerca de seis meses del año.

Al frente de esta capital, la cordillera de la costa, verde en la primavera, llega a una altura de 1.100 varas sobre el nivel del mar, mientras que la de los Andes,

encanecida por la nieve que la cubre, sube a más de cuatro mil varas sobre aquélla y en sus inaccesibles cumbres abriga restos de los antiguos volcanes.

Apenas pasamos los gloriosos campos del Maipo cuando empiezan los dos cordones de cerros a aproximarse uno a otro y a pocas leguas de allí estrechan el llano en sus majestuosos brazos. Pero a poco trecho de la Angostura de Paine vuelve a cobrar su anchura y su fertilidad el mismo llano, parecido más bien a un jardín inmenso cercado de vistosos cerros de todos tamaños, que a un conjunto de haciendas que son las que lo dividen.

Llegando a la ribera del torrencioso Cachapoal, en donde detiene un triste recuerdo al viajero en el memorable campo de Rancagua, tiene todavía el llano más de quinientas varas de altura sobre el nivel del mar, y poca variación se nota en los dos cordones de cerros. Sólo en lo más alto de los Andes, cerca del límite extremo en que la vegetación débil y desmedrada deslinda con la región de la muerte, la del hielo, aparece un listón de cipreses (*Thuja andina* de Pöeppig) que por su aspecto triste y lúgubre, su pintoresca forma y su color oscuro, hacen recordar la región de los pinos de los Alpes y Pirineos; mientras que a pocas leguas de distancia, en las fajas de las cordilleras de la costa, viven las palmas y el tan variado en sus caprichosas formas cactus, representantes, éste y aquélla, de la zona tórrida.

En medio de esos dos extremos de la vegetación terrestre, sigue su rumbo el delicioso *llano*; los dos cordones de cerros huyen uno del otro y la vista se recrea con los matices de los campos animados por el cultivo.

Llegamos en esto a la pequeña villa de Rengo, como engastada en medio de una selva de árboles frutales; y a poca distancia de ella se nos estrecha por segunda vez el llano, quedando enteramente cortado por un cerrillo bajo.

Este lugar, llamado la angostura de Regolemu, es el único, desde la costa de Chacabuco hasta Chiloé, en que el *llano intermedio* se halla enteramente cerrado. La loma que lo atraviesa tendrá apenas de 30 a 40 varas encima del plan del llano; y observando bien su naturaleza se ve que es un brazo de terreno *estratificado* de los Andes que se separa de su cadena madre, corre en dirección noroeste y aparece todavía con sus fajas de diversos colores en los cerros del poniente.

Del pie de esta misma loma vuelve a ensancharse el llano, y prosiguiendo su curso del Norte al Sur se va inclinando insensiblemente, al paso que los Andes, retirándose hacia el este, el cordón de los cerros bajos, graníticos, sigue el rumbo opuesto, como que quisiera despedirse de su compañero.

Más de treinta leguas corren, sucediéndose en ellas sin interrupción numerosas poblaciones; el llano va tendiendo con más igualdad y arreglo sus niveles, y dando entrada al riego de infinitos ríos y esteros.

Antes de llegar a la orilla del Maule, ya tiene ocho o diez leguas de ancho el *llano*, y situados en su centro, los campos de Lircay y Cancha Rayada apenas llegan a tener 120 varas de altura sobre el nivel del mar. El soberbio Descabezado con su nevada cumbre hace todavía contrastes con las humilladas, aunque llenas de minas de oro, cordilleras de la costa; pero ya ni él ni sus compañeros en los Andes adquieren la altura de las cordilleras del norte.

He aquí uno de los puntos que aparecen destinados a llamar una atención particular, tanto de un naturalista y de un apasionado a la bella naturaleza, como de un historiador y hombre de Estado. Aquí paró su marcha la conquista de los incas, precursora de otra más gloriosa. En estos campos que tiene invadidos hoy el arte, compitiendo con la naturaleza misma, para cubrir sus vastas llanuras con las riquezas más pingües de la vegetación, se une un sinnúmero de ríos, esteros y manantiales, formando con el rápido y caudaloso Maule un confluente inmenso que va a descargar sus aguas en puerto seguro. Cerca de las riberas de este río levanta sus hermosas torres la nueva ciudad de Talca, llamada con el tiempo a ser una de las más poderosas de Chile.

En esta latitud, sobre todo, empiezan a distinguirse en todo el ancho del territorio meridional de Chile, desde el mar hasta la línea de separación de las aguas en los Andes, y en todo su largo hasta Chiloé, cinco o seis distintas *regiones naturales*, que entre sí se diferencian, tanto por su situación, altura y configuración exterior como por su vegetación, clima y sus productos naturales.

Importa sobremanera para el que quiera hacer un estudio de la geografía física de este interesante país, el saber distinguir dichas regiones y estudiarlas cada una por separado. En la descripción de ella se da a conocer el primer bosquejo de la naturaleza física de todo el territorio araucano, considerado en relación con la de las provincias vecinas.

La primera de estas regiones, la más baja, es la costa misma del océano. Extensos prados en la desembocadura de los ríos; masas de arena en largas y monótonas playas, bañadas por un mar rara vez quieto, y de trecho en trecho majestuosas peñas cubiertas de árboles o bien vistosas lomas y cerrillos que se elevan en forma de anfiteatros alrededor de los pequeños golfos y ensenadas: he aquí el carácter de esta región tan hermosa como variada en sus producciones.

Inmediata a esta región baja, cuyos contornos son sinuosos y penden de las irregularidades de la orilla del océano, se extiende en toda la longitud de la costa, la segunda región, conocida comúnmente con el nombre de la montaña de la costa. Ella comprende especialmente los declives occidentales del primer cordón de los cerros, las mesetas que se extienden en sus lomas más elevadas y en parte sus declives orientales. Toda esta región se halla cubierta de bosques y selvas que, por su proximidad a los puertos y por la buena calidad de sus maderas, son de mayor importancia para el comercio y más expuestos a que los destruyan.

Tras esta montaña aparece una faja de estos mismos cerros situados en el declive oriental de la cordillera de la Costa, en parte o enteramente desprovista de árboles: consta por lo común de cerros bajos cubiertos con tierras de diversos colores, que abundan en terrenos fértiles, como también en minas y lavaderos de oro.

Viene después el *llano intermedio*, que constituye la cuarta región, casi tan baja como la primera y verdadera pampa de Chile, en la que nunca han crecido árboles grandes de los que constituyen la montaña de la costa; y sólo algunos bosques de espinos en la parte septentrional quedan de la antigua vegetación indígena de esta parte.

Vecina de esta pampa, pera ya al pie del cordón de los Andes, comienza a subir la quinta región, región subandina que los habitantes del sur suelen llamar montaña de los Andes, la que se eleva hasta una altura de mil doscientas varas sobre el nivel del mar. Es un cordón de selvas tan continuas y macizas como las de la montaña de la costa y, con poca diferencia, compuesta de los mismos árboles que esta última.

Limitado este cordón de selvas por aquel listón de cipreses que mencioné más arriba, alcanza a la región desierta de los Andes, en cuyas faldas desaparecen los árboles y arbustos, y en cuyas cumbres nunca se deshace la nieve.

En una palabra: una costa y un cordón de cerros nevados, dos montañas y una pampa o llano intermedio son las cinco fajas anchas, paralelas, comprendidas entre la línea de los Andes y la orilla del Pacífico, que constituyen el territorio de Chile en todas sus provincias meridionales.

Tan pronto como atravesamos el Maule, se nos abre el *llano intermedio* con tanta anchura que a pocas leguas de allí nos encontramos en una pampa que nos haría recordar las de Buenos Aires si, por un lado, la Sierra Nevada de Chillán y, por el otro, unas lomas coloradas no nos advirtiesen que dicho llano no es otra cosa más que la prolongación del que seguimos desde Chacabuco.

Este llano empieza a tomar aquí un aspecto triste y monótono. Toda su vida se compone de unas pocas villas y poblaciones nacientes luchando a porfía contra esa tristeza y monotonía. La frecuencia de las lluvias es la que causa sin duda aquel descuido en los habitantes, porque confiados en ellas con imprudente demasía, dejan en tiempo de verano sus campiñas secas y áridas en medio de unos caudalosos ríos, que para las provincias del norte serían fuentes de inagotable riqueza.

Los dos Chillanes, con su población de diez a doce mil almas, son los que constituyen el último pueblo grande de esta llanura. Las estrelladas palmas de la antigua villa y los naranjales del vecino valle de Itata atestiguan que, en esta latitud, el benigno clima de Chile no sufre el rigor de los hielos australes. El crudo invierno relegado en sus nevados castillos de la cordillera, tras su baluarte de pinos y cipreses, no se atreve todavía a bajar en los llanos, arrojando sólo de vez en cuando sus copiosas lluvias y tempestades.

El llano en esta parte se halla todavía casi en el mismo nivel que en las riberas del Maule, y toma tanta extensión de oriente a poniente que del pie de la montaña subandina apenas se divisan los cerros del oeste envueltos habitualmente en un vapor tenue, purpúreo, del horizonte.

Como a treinta leguas de allí se encuentra el hermoso salto del Laja, verdadero Niágara de Chile, testigo de tantas correrías del fiero araucano e inagotable fuente de inspiraciones poéticas para un chileno. Más de veinte leguas tiene aquí de ancho el llano, limitado al poniente por las doradas viñas de Yumbel y de San Cristóbal, y sombreado por una espesa montaña de bosques al este. Desparramadas las piedras de lavas y de escorias, capas de ceniza y de guijarro de rocas fundidas, unidas con un cemento negro, resistente, forman en medio de este llano y a flor de tierra una meseta firme, volcánica, sobre cuya superficie, lenta y majestuosamente, ostenta el caudal de sus aguas el ancho río Laja; y como en la mitad del llano se hunde en un precipicio alzando nubes de vapor, matizadas con los vistosos colores

del arco iris y del pálido verde de los mirtos y laureles que se abrigan en su seno húmedo.

En frente de esa cascada arroja sus eternas llamas el volcán Antuco, cuyo inmenso cono resplandeciente de albura en su base y negro en la cima, se avecinda con las nevadas cumbres de la sierra velluda. Una hermosa laguna en que nace el torrencioso río de Laja rodea en forma de un hemicírculo el asiento del mencionado volcán, y precipita sus espumosas y azuladas aguas sobre las negras lavas que descienden del terrible cráter elevado a 3.300 varas sobre el nivel del océano¹.

Desde el borde de este cráter divisa el viajero todo el cordón de los Andes: al sur hasta el volcán de Villarrica, y al norte hasta las cordilleras de Chillán y de Talca. Toda la isla del Laja, cuyo nombre se da a un inmenso llano comprendido entre el Biobío y el río Laja, se presenta como la superficie de una laguna en calma, y de allí, más al Sur, se ven las tierras de los araucanos, y hacia el Norte las selvas de Tucapel Nuevo y las llanuras sin horizonte.

Sentado allí un día, un hijo de las riberas del Elba, cuando todavía los restos dispersos del enemigo de la sagrada causa exaltaban la ira del cruel pehuenche, decía al mirar ese grandioso cuadro:

Estos hermosos campos que, de aquí mirados, deslindan apenas con el horizonte, ¡qué muchedumbre de laboriosa gente no alimentarán dentro de medio siglo, cuando aquel grave, misterioso silencio que a un poeta sólo agradar pudiera, ceda su imperioso dominio al ruidoso afán de una población trabajadora!².

Al pie del volcán de Antuco y por la orilla de la citada laguna pasa el camino para la otra banda, camino de suma importancia para los países situados en ambos lados de la cordillera. Por este camino, reconocido por primera vez hace cuarenta años por el benemérito general Cruz en su expedición a Buenos Aires, hacían sus excursiones las tribus pehuenches, verdadero terror de los pueblos limítrofes. Profundas huellas de sus caballos quedan impresas en la dura escoria del volcán, que en vano ponía barreras a sus correrías feroces. Por este mismo camino, libre de todo miedo y recelo, pasa hoy gente de Antuco, de Tucapel Nuevo, de Los Ángeles para traer sal de las salinas que se hallan a unas cuatro jornadas del otro lado de Antuco, en los declives orientales de los Andes.

Poco repecho y poca subida tiene este camino: lo áspero sólo de las escorias maltrata la cabalgadura y detiene en su marcha al impaciente jinete. Unas seis leguas detrás del volcán y de la sierra velluda corre la línea divisoria de las aguas por la punta de la cordillera de Pichachén, que apenas alcanza a 2.444 varas sobre el nivel del mar³. Sus lomas quedan descubiertas por toda la estación del verano, tan áridas y

¹ El 2 de marzo, a las doce del día, colocado mi barómetro cerca de la cima del volcán, a unas cien varas del cráter, bajó a 551,4 mm, mientras el termómetro marcaba 13°, 9%. El cielo estaba limpio y despejado y un fuerte viento soplabá del Oeste.

² Pöëppig, *Reise in Chile, Perú, etc., 1827-1832*, t. I.

³ El primero de marzo, a las ocho y media de la mañana, en la cima de la cordillera de Pichachén: barómetro 597,65 mm; termómetro 8°, 60/0; cielo despejado, calma. El mismo día, a las nueve de la mañana, hechas las observaciones por el señor don Luis Troncoso en Coquimbo, le dieron: barómetro 760,00 mm; termómetro 21° 0/0.

secas como las cumbres de las cordilleras del Huasco y Copiapó; pero en todos los valles y quebradas inmediatas un pasto verde y extensos potreros ofrecen grandes recursos a la vida nómada y pastora del hombre.

Un pequeño estero del cerro Pichachén baja en su horizontal declive al río Mancol, en cuyo valle se hallan baños termales y el que junto con el río de Tucumán cae en el desconocido río Nanquén, cuyas aguas corren por los llanos de Patagonia.

A unas pocas leguas de la línea divisoria de Pichachén tienden sus tolderías de cueros los pehuenches, pueblo de pastores guerreros, pueblo nómada, arruinado en sus últimas correrías con Pincheira, reducido a unas pocas tribus, cuyo jefe de caciques Humané parece dispuesto a buscar y conservar la amistad de los chilenos, contentándose con un pequeño tributo de trigo y frijoles que le suele pagar la gente que va de este lado para buscar sal en su territorio.

En dos días de precipitada marcha pueden estos pueblos acometer a la pequeña población de Antuco, y de allí, en un día, saquear y devastar las poblaciones de la Isla del Laja, sembrando el terror y el espanto en todo el llano hasta Chillán y el Nacimiento. Por otra parte, por este mismo camino, el culto chileno puede ejercer un poderoso influjo sobre todas las tribus de indios de la otra banda, e introducir entre ellos el cristianismo y la civilización. Por allí se abrirá algún día el camino más corto para Buenos Aires, y se estrecharán las relaciones entre las dos repúblicas. En fin, en esta entrada del volcán de Antuco y de la cordillera de Pichachén, está marcada la puerta de la civilización y de la barbarie, de lo culto y de lo salvaje: un punto destinado tal vez a hacer gran papel en el porvenir americano. No menos interesante es el país que se extiende del salto del Laja hacia la costa. Pasando el llano y el antiguo fuerte, repetidas veces destruido y hoy renaciente de sus ruinas, el pueblo de Yumbel, se ven las primeras lomas sin árboles cubiertas en parte de una tierra colorada, en parte alfombradas con viñas y sementeras. La mayor altura, a la que alcanzan apenas, tiene 300 varas sobre el nivel del mar. Pero a medida que se aproximan a la costa se hallan de más a más variadas en su aspecto, adornadas, primero con ramilletes de bosques y retazos de viñas, más al poniente con pequeñas habitaciones, pueblos y nuevas villas, y más al mar con selvas de árboles frondosos.

En esta parte existen los más antiguos lavaderos de oro explotados en tiempo de Valdivia, y aquí mismo es donde, al bajar del sur, se contornea el ancho y majestuoso Biobío para dar vuelta con su lentitud y gravedad chilena hacia el poniente, engalanado con una vegetación lujosa y amena. También en esta parte se halla Rere con su campana de oro, Gualqui, Floridas y un sinnúmero de pequeñas propiedades, que no por ser pequeñas dejan de agradar como si fueran moradas de ostentosa opulencia.

En fin, por la ribera del Biobío, bajando a la antigua ciudad de Concepción, se nos presentan en un golpe de vista la desembocadura del río y dos hermosas bahías, San Vicente y Talcahuano, con su montañoso promontorio de Gualqui y la famosa isla Quiriquina.

En la orilla de esta última bahía, yace en sus ruinas el infortunado Penco, orgullo de los pasados conquistadores, la cuna primera del cristianismo en el sur de

Chile. Un pequeño fuerte con su león y castillo baten todavía en vano las desenfrenadas olas, y unas pocas familias de pescadores levantan allí sus chozas en medio de los escombros de los antiguos templos y cuarteles; mientras la capital, heredera de aquel pueblo, renace por segunda vez en su movedizo suelo, relegada a vivir a tres leguas de la bahía.

Pasando ahora más al sur de las citadas llanuras, montañas y cordilleras, nos hallamos en la tierra clásica de Arauco, dando a cada paso con los recuerdos de tiempos que fueron y con las riberas cantadas por el esforzado Ercilla.

La naturaleza es la misma: los mismos cerros, llanos y las mismas *montañas* se prolongan sin desviarse de sus direcciones ni cambiar de aspecto. Sólo las *montañas* se hacen más cerradas y tupidas; regado por las continuas lluvias, el llano nunca se despoja de sus lustrosas galas de la primavera, dominado por el cordón de volcanes de Antuco, Villarrica, Huenahue y Calbuco.

No es el Biobío el que forma actualmente la frontera entre el territorio indio independiente y las tierras que se hallan bajo el gobierno chileno. A más de treinta leguas se ha retirado dicha frontera por el lado de la costa, desde los memorables tratados del gobierno español con los araucanos. La cuesta de Andalicán, tan célebre por las hazañas de Lautaro, el fuerte de Arauco, famoso por el ardid de Cautipolicán, y hasta las inmediaciones del fuerte de Tucapel, en cuyas ruinas crecen robles de dos siglos de edad, pertenecen a los cristianos. Sólo en la parte de arriba subsisten aún algunas posesiones de los indios hasta las vertientes del Biobío.

Tucapel, Nacimiento y Santa Bárbara pueden ahora considerarse como los puntos más avanzados de la civilización chilena; y pasando de allí hasta el río Cruces, tienen todavía los indios más de mil leguas cuadradas (como dos grados de longitud y dos de latitud) de un territorio que nunca se ha rendido al yugo de un gobierno fijo desde la memorable destrucción de las siete ciudades, acaecida a principios del siglo XVII.

Para dar ahora una idea general de la naturaleza física de aquel país comprendido entre el río Biobío y el de Valdivia, basta decir que las tres principales fajas de terrenos que hemos señalado desde Chacabuco lo atraviesan con todas las regiones que hemos descrito, y que la única modificación que se nota en la naturaleza de ellas proviene de la frecuencia de lluvias que reinan en estas ciudades, como también de la bajada de todas ellas a un mismo tiempo: una costa, dos cordones de montañas, dos de cordilleras y una pampa intermedia. He aquí la configuración exterior del territorio indio, reducida a su más concisa y sencilla expresión.

Gran número de manantiales y esteros que nacen en la cordillera de la costa en medio de espesas selvas, descienden directamente al mar, formando en sus desembocaduras ríos anchos, pero de poca profundidad y de poca corriente. Los más importantes de ellos son: el Araquete, el Carampangue, el Lebu, el Paicaví, el Lleullén, el Tirúa, el Budi y el Queule.

Otros tantos esteros nacidos en el mismo cordón de las cordilleras de la costa bajan sobre los declives orientales de este cordón, desparramando sus aguas en las llanuras de la pampa intermedia. Allí se juntan con una infinidad de ríos y esteros, de los cuales unos nacen en las cumbres y lagunas de los elevados Andes, y otros en la región de la montaña subandina.

No se conoce hasta ahora ni el número, ni la ramificación, ni los nombres de ellos. Sólo se sabe que todos, antes de pasar por el cordón de la cordillera de la costa, el que, cual un inmenso dique, se opone a sus corrientes, en tres grandes ríos se aúnan: el Biobío, el Cautín (o el Imperial) y el Toltén, ríos de primer orden, navegables desde su altura en el llano, y los que algún día servirán de otras tantas vías comerciales, para dar salida a los abundantes frutos del mencionado llano y de toda la región subandina.

Hermosos y bajo todo aspecto interesantes son los dos cordones de montañas, que, como hemos dicho, atraviesan todo este territorio, uno en la región de las cordilleras de la costa y otro en la *región subandina*. El árbol más abundante, el que ejerce un dominio universal en toda la extensión de las indicadas montañas, es el roble (*Fagus dobeyi*, Mirbel; *australis*, Pöeppig). Este árbol, no menos imponente que las encinas de las riberas del Dniéper, alcanza muchas veces en los Andes a tener ochenta pies de altura, y su tronco, grueso y derecho, se halla desnudo de ramas, hasta la primera mitad de su altura. Su madera, según Pöeppig, iguala en calidad a la de las encinas de Inglaterra y de Norteamérica. Su compañero constante y tan parecido a él como dos hermanos mellizos es el pesado y duro raulí (*Fagus procera*, Pöeppig): los dos hasta la mitad de su altura se ven muchas veces matizados con infinidad de plantas parásitas y enredaderas. Al lado de ellos extiende sus ramajes verdeoscuros el fragante laurel (*Laurelia aromatica*, Yuss-L. *dentata*, Bert), el pintoresco lingue con sus hojas correosas (*Laurus lingue*, Hook), el hermoso peumo con sus encarnadas chaquiras, y diversas especies de mirtos, tan variados en sus formas y tamaños, como en el corte y la distribución de sus hojas, flores y frutillas. Encanta sobre todo con su deliciosa fragancia, de que se llenan las extensas riberas de los ríos, la lunia (*Escallonia thyrsoides*), cuya flor, blanca y coposa, y rosada corteza, hacen el contraste más lindo con el verde de su menuda hoja.

Al pie, y como al abrigo de esta vegetación vigorosa y tupida, se cría otra más tierna, que parece pedirle el apoyo de sus robustas ramas. Aquí abunda el avellano vistoso y lucido, tanto por el color verde claro de su hermosa hoja, como por la elegancia de sus racimos de fruta matizados en diversos colores: con él se halla asociado el canelo (*Drimis chilensis*), tan simétrico en el desarrollo de sus ramas casi horizontales, tan derecho y tan lustroso en su espesa hoja. En ellos, por lo común, sube y entre sus flexibles troncos se entrelaza la más bella de las enredaderas, tan célebre por su flor encarnada, el copihue, mientras de lo más profundo de sus sombras asoman a la luz las pálidas hojas del helecho y miles de especies de plantas y de yerbas, que no abrigan en su seno a ningún ser ponzoñoso, ninguna víbora o serpiente temible para el hombre.

En fin, para completar este ligero cuadro de las montañas de Arauco, he de agregar que, a donde quiera que nos dirijamos en el interior de aquellas selvas, encontramos largos trechos impenetrables, donde todos los árboles, arbustos y plantas se hallan de tal modo enlazados y entretejidos con un sinnúmero de enredaderas, lianas y cañaverales, que todo el espacio se llena de una masa diforme de vegetación, densa y compacta. Allí, de las cimas más elevadas de los árboles, bajan innumerables cuerdas de madera, los flexibles bosques, parecidos a los ca-

bos de los navíos. Algunos de ellos, cual péndulos, oscilan en el aire, otros, firmes y tendidos, sujetan la orgullosa frente del árbol al suelo en que había nacido. Más abundantes que todos y más cargados son los coligües, que en parte transforman toda la selva en un denso tejido de cañas con hojas afiladas, con cuyas cañas hace su terrible lanza el audaz araucano; y la quile, más tierna, sutil y más flexible que los primeros, la que de su delgado ramaje y de su hoja angosta da abundante pasto a los animales: un pasto alto, frondoso, que se alza hasta las cimas de los más altos robles y laureles, como si en medio de aquel excesivo lujo de vegetación, aun las yerbas y los pastales se convirtiesen en árboles.

En lo más profundo de estas montañas, tras de aquellos densos y pantanosos cañaverales, en la parte superior de las cordilleras de la costa y en lo más elevado de la *región subandina*, crece y se encumbra el esbelto, gigantesco pino de piñones, la célebre *araucaria*. Su tronco se empina a más de cien pies de altura y es tan derecho, tan igual, como el palo mayor de un navío; tan vertical, firme e inmóvil como la columna de mármol de algún templo antiguo. Su cogollo en forma de un hemisferio, con la parte plana vuelta hacia arriba y la convexa para abajo, se mueve incesantemente, alargando y recogiendo sus encorvadas ramas, terminadas por unas triples y cuádruples ramificaciones como manos de poderosos brazos. En los extremos de estos brazos, en la cima horizontal del árbol, es donde maduran los piñones, el verdadero pan de los indios que la naturaleza, pródiga en extremo, suministra a estos pueblos.

Tales son las famosas montañas que atraviesan, en dos inmensos cordones, todo el territorio indio desde el Biobío hasta Valdivia. Uno de ellos, como ya tengo dicho, que corre por las lomas más elevadas de la cordillera de la Costa, es un verdadero cordón de fuertes y trincheras naturales que interceptan toda comunicación del *llano intermedio* con los valles y las poblaciones de la costa. De este cordón longitudinal, cuya parte más cerrada y al mismo tiempo más fangosa se halla en las altas mesetas de la mencionada cordillera, se apartan algunos ramos cubiertos de selvas que se descuelgan hasta la orilla de la mar, y son tan difíciles de penetrar como la montaña principal.

Dos son, de estos ramos transversales de montañas, los que más concurren a obstruir las comunicaciones en la costa: uno de ellos se extiende entre el río Tirúa y el Imperial, como en la mitad del camino de Concepción a Valdivia, y se conoce bajo el nombre de la montaña de Tirúa; el otro baja entre los ríos Queule y Lingue, a pocas leguas de distancia de los ríos de Valdivia. Un tercero debe de haber existido en tiempo de la conquista, entre el fuerte de Arauco y Tucapel Viejo, como lo comprueban las antiguas tradiciones; empero esta montaña ha perdido su carácter salvaje y se ha transformado en un conjunto de bosques y potreros fáciles de transitar, desde que esta parte de territorio ha caído bajo el dominio de los cristianos.

Hay por consiguiente en la parte occidental del territorio un cordón de montañas impenetrables que se dirige del Norte al Sur y corre entre la costa y la pampa de arriba, y otros dos o tres transversales de segundo orden que bajan hasta la orilla del mar, atravesando toda la región litoral de la costa.

La mayor parte de la población india se halla establecida tanto al pie de las montañas en el llano intermedio, como también en la orilla de las montañas de la costa, y en todos los trechos comprendidos entre esta montaña y el mar, con la diferencia de que, mientras entre los llanudos⁴ las comunicaciones son fáciles, prontas, interrumpidas sólo por la interposición de los ríos, las posesiones de los costeños se hallan separadas por unos cordones transversales de esta misma montaña y por unos ríos más anchos y más hondos que los de arriba.

En vista de todo lo expuesto, fácil es ver cuáles son las vías de comunicación que la naturaleza presenta para la unión de las diversas partes del territorio indio y por dónde han de pasar las que trazará el arte para introducir y afianzar una civilización durable entre sus habitantes.

En primer lugar, en cuanto a las vías de comunicaciones transversales, es decir, las que unen el llano con la costa, las más naturales, sin duda, son las que pasan por los valles de los dos ríos principales, los del Imperial y del Toltén. Estos valles abiertos y en gran parte cultivados, encierran en su seno mucha población india; y fue en la entrada principal del más importante de estos caminos, en el lugar en que el río Cautín, crecido con las vertientes del río Damas, atraviesa el cordón de las bajas cordilleras y montañas de la costa, adonde los españoles, que tanto tino y perspicacia tenían en la elección de los puntos más apropiados para fundar las ciudades, echaron cimientos para la que debía ser la capital de aquellas tierras y a la cual dieron el nombre de su emperador.

A estos dos caminos principales que la naturaleza misma tiene abiertos se agregan algunos que el arte, aunque en su infancia, abrió de pocos años a esta parte. Uno de ellos, el más seguro, es el que de la plaza de Arauco va a Santa Juana, el otro, apenas transitable, va de Tucapel Viejo a Los Ángeles, atravesando las célebres montañas de pinales. Es regular que haya algunos que suben directamente a Tucapel y a Purén y otros por los ríos Lleullén y Budi.

Estos son los caminos y las vías de comunicación entre el oriente y el poniente, entre el llano de arriba y las posesiones litorales. Pasemos ahora a las vías de comunicación longitudinales, es decir, a las que unen las diversas partes de la Araucanía en toda su longitud desde el Biobío hasta Valdivia.

Dos son estos caminos, uno de los cuales pasa por la región de los llanos y el otro por la parte que avecinde al mar: aquél se llama camino de la pampa y éste camino de la costa. Comencemos por este último.

Parte este camino de San Pedro, pequeña aldea situada frente a Concepción, y corta derecho hacia la hermosa costa de Colcura, en cuyos contornos se ven explotaciones de minas de carbón, grandes edificios con máquinas y molinos, mucha población y campos sembrados. En su bahía fondean frecuentemente embarcaciones que hacen comercio de harina, madera y carbón. De allí sube este camino por la misma cuesta que según Ercilla dividía

“El distrito andalicano
Del fértil valle y límite araucano”.

⁴ Éste es el nombre que se da a los indios que habitan el *llano intermedio*.

Cuesta tan célebre por la resistencia que opuso en ella el osado Lautaro a Villagra, cuando al recibir la fatal noticia de la derrota de los suyos en los llanos de Tucapel, corría aquel famoso conquistador para vengar la muerte de Valdivia. La cuesta lleva hoy el nombre de los altos de Villagra y se presenta con la misma forma que la pinta el poeta.

“La subida no es mala del camino;
Mas todo lo demás despeñadero,
Tiene al poniente el bravo mar vecino
Que bate al pie de un gran derrumbadero
Y en la cumbre, y más alto de la cuesta,
Se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso ejército enemigo etc.”.

Pasada esta cuesta bajamos a una larga llanura, la que por la misma nos lleva a la orilla del Carampangue, cuyo nombre recuerda al viajero otros tiempos y otras hazañas.

Del otro lado de aquel río, al pie del cerro Colocolo, queda todavía casi intacto el fuerte de Arauco con sus trincheras, fosos y murallas. Reconcentrada antes en su interior, la población cristiana rebosando está ahora fuera de los baluartes, sin recelo ni temor de los indios, que ya no tienen ni una sola choza en sus inmediaciones. En una piedra botada al suelo, en la entrada del fuerte, leí este letrero, borrado ya en parte por el tiempo y los pies de los caballos.

A.H.Y.G. DE. D. Y O^s
N^o S^o R^o D^o. LAM^o DEDC. ARLO^s.
DE LAS DESPANAS. Y DE LA SYND
YG^o DJVAN. ENRYQVE SCA B^o
DEL ORDEN DE SANTYAGO REE
DYFYCO ESTA PLACA Y SV M^v
RALLYA † ENLOSAN. 16₂₈

En otra parte, en un rincón de un patio oscuro, hallé botado al león de Castilla entallado en una piedra que impuso, hace cerca de dos siglos, terror y respeto, cuando la colocaron en el frontis de la principal puerta de la fortaleza⁵.

De la plaza de Arauco hay como quince a dieciséis leguas a Tucapel Viejo, y dos caminos. Los dos se apartan mucho de la costa por causa del promontorio que hace en esta parte el continente, avanzando de unas seis a siete leguas hacia el poniente. Los dos pasan por unas selvas de lumas, peumos y robles, pero en su mayor parte desbastadas y reemplazadas por unos prados hermosos, algunos trechos de sementeras y habitaciones pertenecientes a los cristianos. Entre estas posesiones

⁵ Merece que esta piedra se coloque en el museo nacional de la capital.

quedan todavía muchas, sobre todo en la costa, habitadas por los indios, y otras, aunque todavía pertenecientes a los indígenas, están arrendadas por cristianos. No se sabe cuánta población haya actualmente en todo el espacio que hay desde la plaza de Arauco hasta el río Lebu y desde el mar hasta la montaña; pero ya se puede considerar todo este país como reducido, aunque la población quede todavía mezclada, y el río Lebu como la verdadera frontera de los indios independientes.

De los dos mencionados caminos, el que más se aparta de la costa, conocido bajo el nombre del Camino de los Ríos, es más uniforme, abierto e interrumpido sólo por unas tres o cuatro quebradas, por cuyo seno se precipitan los torrentes que nacen en la montaña y los que se juntan, unos formando el río Quiapo, otros el Lebu. Casi no queda habitación alguna en este camino por el lado de la montaña. El segundo camino más largo y más quebrado pasa por Quiapo y de él se aparta otro pequeño camino a la boca del Lebu, en cuyas inmediaciones viven muchas familias indias y cristianas. En la boca de este río hay un desembarcadero con cinco, siete y diez brazadas de hondura, según el mapa de Robert Fitz-Roy, y, según parece, es un lugar muy adecuado para una población que con el tiempo podría tomar mucha prosperidad y extensión.

A una legua de Tucapel Viejo se divisa una meseta verde, alta, que domina los inmediatos valles, y al pie de la cual corre serpenteando el río Tucapel, de agua clara y cristalina. En la ceja de esta meseta blanquea de lejos el nuevo convento de misiones, rodeado por unas inmensas selvas y montañas. En otra parte de la misma meseta, en un despeñadero, se ven las ruinas del antiguo fuerte, en cuyo interior, y en medio de los restos de los cuarteles y templos, hallé sembrado el trigo e invadidos los fosos con sus trincheras por árboles inmensos. Un poco más al sur hay otras minas y escombros de Cañete, que fue una de las siete ciudades destruidas en 1602, y para cuya fundación eligió el marqués de Cañete un sitio hermoso en la orilla de un río que hoy lleva el nombre de río Cañete.

Entre estos tres puntos, el convento, el fuerte y la desgraciada ciudad, se extiende un llano, o más bien un vistoso prado, adornado con ramilletes de árboles y habitaciones de indios, en cuyas inmediaciones, según la tradición, se dio aquella célebre batalla en que fue tomado y muerto Valdivia. En la parte más abierta de este llano se ve una cruz alta en medio de unas espaciosas ramadas que sirvieron hace poco tiempo para un *parlamento*, al que asistieron más de mil indios, y se celebró un tratado con el cónsul francés e inglés, en virtud del cual se comprometieron aquéllos a entregar con seguridad todos los náufragos franceses e ingleses que la tempestad botase sobre las playas de la Araucanía. Allí también se celebró otro tratado con el gobierno chileno para la entrega de los cautivos y el arreglo de varios otros asuntos.

Partiendo de Tucapel Viejo, el camino se arrima a la costa; y casi desde el pie de la mencionada meseta y de unos cerros de pizarra que se hallan como a tres o cuatro leguas de la playa, empieza la famosa pampa de Taulén, cuyos potreros cubiertos de pasto alto y tupido bajan hasta la orilla de la mar, ocupando casi todo el espacio entre los ríos Lebu y Paicaví. Este llano, bajo y pastoso, se une por el río Paicaví con el llano de Licureo, y al mismo tiempo se prolonga, aunque menos fértil y menos ancho, por toda la playa hasta el río Cudico.

Por todas partes y adonde quiera que se dirija la vista, se divisan casas de los indios, siempre aisladas, separadas unas de otras, y la mayoría arrimadas al cordón de los primeros cerrillos en que comienzan las selvas. Torrentes de llama y torbellinos de humo cubrían estos llanos en el mes de febrero cuando yo los iba atravesando, y esto provenía de que no pudiendo los indios utilizar sus pastos por la escasez de sus ganados, les pegaban fuego para librarse de los perjuicios que les hubieran causado, secándose aquéllos para el año siguiente.

En cuanto al número de habitantes, según los informes que he podido recoger en mi viaje y de cuya exactitud estoy lejos de responder, todos los indios tucapelinos, con los de los llanos de Taulén, de Paicaví, de Licureo, etc., hasta Cudico, pueden poner en tiempo de guerra de 600 a 800 hombres en estado de llevar las armas; según esto, alcanzaría la población de indios costeños de esta parte de la Araucanía a unas cinco o seis mil almas.

Tan pronto como pasamos el río Cudico, se nos presenta un brazo de la cordillera de la Costa que se separa del cordón principal de las montañas y llega hasta la misma orilla del mar. Por el centro de este brazo de montaña, baja el río de Tirúa, en cuyo desembocadero hay de unas quince a veinte casas de indios, y un cacique hospitalario dueño de vastas tierras. Se espera, por lo común, la hora de la bajamar para pasar el río a vado y de allí empieza el peor trecho del camino cerrado por unas selvas impenetrables y peligrosas peñas.

Dos son los caminos que puede escoger el viajero para doblar la muy ancha y montañosa costa que separa el cajón del río Tirúa del valle del Imperial. Uno de ellos, conocido con el nombre del camino de los Riscos, pasa por la orilla del mar y por unos despeñaderos peligrosísimos; pero es más corto que el otro, y en un día conduce a la boca del Imperial. El otro camino de los Pinales es más largo, igualmente incómodo y afanoso, pero más seguro e interesante.

Sube este camino por el río Tirúa, cuyas riberas contornea en medio de unos manzanales inmensos y mucha variedad de plantas y árboles. Después de haber pasado como ocho o diez veces el mismo río, entra el camino en una montaña fangosa, oscura y cerrada con cañaverales y por la cual hay que andar de cuatro a cinco leguas con el mayor trabajo e incomodidad. Pero pasado este mal paso, de repente nos hallamos en unas lomas abiertas, en cuyas cumbres asoman los majestuosos pinos de piñones acompañados con un cortejo de robles, lingües y laureles.

En esta patria de la incomparable *araucaria*, la que para su vida pide un aire libre, puro, de mucha altura y un suelo húmedo y pedregoso, pasé una deleitosa noche el 20 de febrero, en un lugar donde, según indica la tradición, fue tomado por los indios el obispo Marán, cuya vida, como se sabe, sortearon después en un juego de chueca dos partidos contrarios de indios.

De aquí, este camino, después de haberse apartado de siete a ocho leguas del mar y después de llegado a la más alta cumbre del cordón de las cordilleras de la costa, da vuelta hacia el sur y empieza a bajar por unas selvas tan difíciles de transitar que, en algunos trechos bastante largos, todo el camino no es otra cosa más que una hilera de atolladeros de más de una vara de profundidad, en los que a cada paso se entierra el caballo, teniendo que saltar al mismo tiempo por encima de

unos troncos de árboles caídos, o pasar por debajo de otros inclinados, en medio de una red de coligiales y de quiles.

Al salir de esta montaña triste y sombría que por lo común detiene por unos dos días al impaciente viajero, de repente se abre a la vista un magnífico cuadro, que no tiene igual en toda la Araucanía.

El camino desciende de unas lomas altas, cultivadas y coronadas con canelones y avellanos. Dos cadenas de cerrillos, en parte con sementeras de trigo y con chacras, en parte con manzanales o campiñas verdes cubiertas de pasto, bajan del oriente al mar, y en toda su extensión presentan habitaciones diseminadas en todos los declives y huertas encerradas con prolijos cercados. Un inmenso llano de praderías se interpone entre estas dos cadenas, y en medio de este llano se señorea el ancho y clamoso río Imperial, bien recogido en sus riberas y poco sinuoso. En su boca, de lejos, se divisa el mar y algunas peñas solitarias, mientras en la parte de arriba yace en sus ruinas, desde hace dos siglos y medio, sepultada la infausta Imperial. Sólo en el horizonte, por el lado del norte y del oriente, cubre las alturas una negra, espaciosa montaña.

Nada de bárbaro y salvaje tiene en su aspecto aquel país: casas bien hechas y espaciosas, gente trabajadora, campos extensos y bien cultivados, ganado gordo y buenos caballos, testimonios todos ellos de prosperidad y de paz.

Dos o tres cuadras de ancho tiene en esta parte el río, y su hondura comienza desde las orillas, capaz de recibir embarcaciones de todo tamaño. Sólo a una legua de distancia del mar, se divide en dos brazos, de los cuales uno, más ancho, pero de poca profundidad, entra en el mar en dirección Suroeste, luchando en una ancha y espaciosa playa contra los vientos reinantes, mientras que el segundo da vuelta hacia el Noroeste y desemboca en medio de unas peñas escarpadas.

Tiene tan poca corriente este río que la marca llega a muchas leguas de distancia desde su desembocadero.

Buenas canoas servidas por diestros remeros se hallan a disposición del viajero en todas partes de este río, el camino baja en línea recta a la playa, atravesando el hermoso llano de pastales de cuatro a cinco leguas de largo, y más de tres leguas más al sur llega al río Budi (o Colén), en cuyas riberas se repite el mismo cuadro de prosperidad y población agrícola que en las del Imperial.

Se ignora el número de población de estos indios imperialistas y de los de Budi. Resguardados por la montaña transversal de la Tirúa al norte e igualmente por la longitudinal al oriente, careciendo por otra parte esta costa de buenos fondeaderos, han quedado estos indios desde la destrucción de Imperial tan separados de todo contacto con los españoles que nunca han querido admitir en su seno las misiones, y se han resistido a entrar en relación con el gobierno chileno más que cualquier otra tribu araucana. Se cree que su población no es inferior en número a la de los tucapelinos juntos con toda la indicada desde el Paicaví hasta Tirúa. Sus vecinos por el lado del oriente son los que tanta fama tienen por su cara blanca y su pelo rubio, los boroanos, y por el lado del sur, los tolteños.

Yendo por este lado, el camino pasa por la misma playa sin encontrar el menor obstáculo hasta el mismo río Toltén. Hay en este trecho, de ocho a diez leguas, una

playa derecha, dominada por una meseta baja, escarpada, el mismo terreno formado de tosca (arenisca) en que se explotan las minas de carbón fósil de Colcura y de Talcahuano, y la que siempre sigue apareciendo en toda la costa de Arauco y de Tucapel. Aquí también aparecen, en algunas partes, indicios de combustible mineral, y hay probabilidad de que el mismo carbón que se ha encontrado en Concepción, Valdivia, Chiloé o el estrecho de Magallanes, algún día se descubra en diversas partes de la Araucanía.

Algo arenosos, áridos y en partes cubiertos con vegas son los terrenos más inmediatos a esta costa, comprendida entre los ríos Budi y Toltén. Ni una sola habitación se divisa en ella, y en todas las casas de indios se hallan más adentro, al pie y en medio del primer cordón de unas lomas no muy altas, cubiertas con bosques y florestas que se extienden como dos o tres leguas de la playa.

El río Toltén tiene apenas la mitad de la anchura del Imperial, pero la naturaleza de su fondo y de sus riberas es la misma. El valle por donde corre es tan abundante de pasto, los campos igualmente fértiles y vistosos como aquéllos, la marea llega a más de cinco leguas de distancia de la playa, y el desembocadero, abierto por todos lados y desparramado sobre unas anchas y espaciosas playas, es tan malo como el del brazo principal del Imperial.

De aquí todavía hay de siete a ocho leguas de un camino ancho, bueno y abierto, exceptuando un paso corto en el primer cerro donde tocamos a un brazo de cordillera que se aparta del cordón principal de la cordillera de la Costa, y el que baja hasta la orilla del mar, con todas las selvas y montañas enteramente parecidas a las de los pinales de Tirúa.

Esta segunda montaña comienza a cerrar el camino del otro lado del río Queule y de la pequeña ensenada del mismo nombre. En esta parte se puede decir que se termina el territorio y la población de los indios independientes, y aquí está la verdadera frontera de la Araucanía. Aun los indios que viven de aquel lado del río Toltén, en un espacio comprendido entre este río y las montañas que dan vuelta y bajan por el estero de Queule, parecen más dóciles, humildes, más pobres; y sus habitaciones, algo más próximas unas a otras que en el Imperial, anuncian más sociabilidad.

Tan pronto como pasamos el estero de Queule, entramos en una selva tan tupida y difícil de transitar, como si por ella nadie hubiese pasado desde los tiempos en que los primeros conquistadores pisaron el suelo araucano. Más de ocho leguas hay de esta montaña, en cuyo trecho involuntariamente se nos trae a la memoria lo que decía Ercilla pasando por las montañas de Valdivia, que

Nunca con tanto estorbo a los humanos
Quiso impedir el paso la natura,
Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen la altura:
Ni entre tantos peñascos y pantanos
Mezcló tanta maleza y espesura,
Como en este camino defendido
De zarza, breñas y árboles tejido.

Sin embargo, por esta montaña y por este mismo camino pasan su ganado los comerciantes que lo compran en la provincia de Valdivia, en particular en el departamento de La Unión, y lo llevan a la provincia de Concepción. Mucha pérdida sufren estos hombres en los animales que se les quedan en esta selva en medio de los pantanos y coliguales, y mucho tiempo les cuesta para alcanzar con lo restante el camino de la playa, por el cual llevan su hacienda con seguridad hasta el río Imperial, y de allí la conducen por arriba, dirigiéndose por el mismo valle del Imperial a los llanos del Nacimiento y de Los Ángeles.

Se ve por consiguiente que todo este camino que pasa por las diversas partes de la región lateral de la Araucanía se halla cortado e interceptado solamente en dos pasos montañosos, colocados, uno en la montaña de Tirúa y en los Riscos, y el segundo en la montaña de Queule y de Lingue, cerca de Valdivia, pasando en lo restante de su curso por unos parajes llenos de recursos y en medio de las poblaciones indígenas.

El segundo camino de comunicación, el de arriba, conocido con el nombre del Camino de la Pampa, pasa por la región del llano intermedio, el que en toda su extensión conserva el mismo aspecto monótono, triste y grandioso que el que tiene en la Isla del Laja y en las inmediaciones de Chillán.

Recorriendo estas pampas desde la orilla del Biobío se ven primero los llanos de Angol con las ruinas de su ciudad; más al sur las vegas de Lumaco y el sitio de la antigua Purén, hoy residencia de uno de los más esforzados caciques, el que debe sus títulos de araucana nobleza no a la ciega herencia, sino a su lanza y ferocidad. Inmediatas a él viven otras tribus no menos bárbaras y valientes, entre las cuales, según corre la fama, otro cacique pudiente, descendiente de los antiguos caciques, Paynemal, extiende su dominio sobre más de quinientos guerreros y posee muchos caballos y ganado. Con estas tribus confinan las de Cholchol, inquietas y turbulentas, y las de Boroa, célebres por la hermosura de su rostro. De allí al sureste viven los indios de Maquegua y éstos deslindan con los de Villarrica; los que, según refiere la historia, escondieron sus minas y riquezas al aproximarse el conquistador, como oculta la inocente virgen su rostro en vista de un pudiente tirano, poseído por bajas y viles pasiones. En sus tierras y pertenencias quedan todavía intactas las ruinas de la ciudad que en los días de su fundación fue destinada a ser la capital de la codicia del hombre. En sus inmediaciones se halla una gran laguna en que nace el río Toltén y el volcán Villarrica, mansión del Pillán, ídolo de aquella gente. Más al sur están las tribus de Pelecahuín y de Petrusquén, las que se hallan ya bajo el influjo de las misiones del sur y en relación con las guarniciones y el comisario de Valdivia.

Sería digno de averiguar por qué llegando a la latitud de Valdivia, ¿qué digo?, a las vertientes cuyas aguas desembocan por el río Valdivia, tocamos la frontera de la independencia indígena, y nos hallamos en medio de unos indios reducidos que ni se quieren juntar con los araucanos, ni pueden desprenderse del antiguo odio y enemistad que los tiene separados de sus hermanos. Son, sin embargo, descendientes de aquellos cuncos y huilliches, que en tiempo de las primeras guerras de la conquista correspondieron al llamamiento de los araucanos. Sus antepasados

fueron los que tomaron parte tan activa en la destrucción de las siete ciudades; sus padres asesinaron a fines del siglo pasado a los misioneros de Río Bueno, y con la mayor tenacidad se opusieron a la reedificación de Osorno. Esto parece tanto más extraño cuanto que se sabe el abandono en que hasta la guerra de la independencia y, digamos la verdad, hasta hoy día se halla la provincia de Valdivia, cuán escasos son sus recursos y la distancia que la separa de las grandes ciudades y de todo centro de actividad chilena.

Empero, dejando estas consideraciones para la segunda parte de esta memoria, y volviendo a la descripción de la naturaleza física de las provincias meridionales de Chile, me queda por decir que la misma disposición de los cerros, llanos y selvas que se presenta en toda la extensión del territorio chileno desde la cuesta de Chacabuco hasta Valdivia, se observa todavía más al Sur: es decir, que los mismos dos cordones de cerros que con sus montañas y su llano intermedio se prolongan desde la mencionada cuesta paralelamente al meridiano y, como hemos dicho, bajan gradualmente a medida que avanzan hacia el Sur, siguen todavía bajando, sin desviarse de su dirección ni cambiar de aspecto.

La montaña de la costa, siempre igualmente espesa, entretejida con cañaverales y fangosa, baja por un lado hasta la misma orilla del mar; mientras por el lado del oriente se allana y se abre en la parte más fértil y más vistosa de la provincia de Valdivia, conocida con el nombre de los Llanos de Valdivia, donde se hallan los departamentos de La Unión y de Osorno. Esta parte se encuentra en la prolongación de la tercera región⁶ que hemos señalado en los declives orientales de la cordillera de la Costa: con la diferencia de que en esta latitud, muy abundante de lluvias, todas las lomas y los cerrillos se hallan en una primavera continua, verdes y susceptibles de un cultivo europeo. En esta parte también se hallan los famosos lavaderos de oro, que en el primer siglo de la conquista hicieron subir tan alto la prosperidad de las ciudades de Valdivia y de Osorno y ocasionaron su ruina espantosa. En la montaña desaparecen los pinos de la imponente araucaria; pero en su lugar se extienden más al sur los alerzales, que constituyen la principal riqueza de aquellas selvas.

El llano intermedio es aquí más estrecho que el de las riberas del Laja: siempre verde, sin árboles, tan bajo que casi hasta su borde occidental llegan las mareas; pero sube insensiblemente aproximándose a la región subandina, y baja todavía más extendiéndose al Sur.

Los Andes, como cansados de su larga corrida y humillados en su altura, se ven interrumpidos por inmensos lagos, y presentan abras, por las cuales se establecerán con el tiempo comunicaciones con los llanos de la Patagonia.

Ahora, como todo este continente, compuesto de dos cordones de cerros y de un llano intermedio va bajando, fácil es prever que siendo este último más bajo que los dos primeros, será también el primero en sumergirse y formará una bahía o un golfo de la misma forma que el llano; que después de éste, bañará sus cumbres en el océano el menor de los dos cordones, el de la costa, debiéndose transformar,

⁶ Véase la p. 13..

antes de desaparecer del todo, en una cadena de islas o en un archipiélago, y que en fin, entonces, el otro cordón estará llamado a formar la costa.

Es lo que en realidad se observa en la geografía física de la parte meridional de Chile. A muchas leguas antes de llegar a la latitud de Chiloé, el llano intermedio se hunde en la mar, transformándose en una ancha ensenada, señalada en el mapa de Fitzroy con el nombre de ensenada de Reloncaví (*Reloncavi-sound*). A esta ensenada siguen en la misma dirección el golfo de Ancud, el de Corcovado y otros golfos poco conocidos, del mismo modo como al llano de Talca siguen los de Chillán, a éstos el de Isla del Laja y a esta última los llanos intermedios de Araucanía y el de Valdivia. Desde el punto en que este último desaparece del continente, el cordón de la costa se prolonga primero en forma de promontorio; pero luego se corta, y una vez vencido por las altas mareas de Ancud, que suben hasta 20 pies de altura, se transforma en una cadena de islas, encabezada por la de Chiloé, que no es otra cosa más que la continuación del cordón de las cordilleras y montañas de la costa.

Desde aquel mismo punto, separado de sus llanos y de sus bajas compañeras de la costa, el cordón de los Andes se ve de repente bañado por el océano; y desde allí corre por la orilla misma, enfurecido con sus repetidos volcanes; hasta que al fin, llegando a su término, se hunde en el famoso puerto del Hambre, junto con todo el continente americano.

SEGUNDA PARTE

ESTADO MORAL EN QUE SE HALLAN ACTUALMENTE LOS INDIOS ARAUCANOS, SUS USOS Y COSTUMBRES

Los araucanos, comprendiendo bajo este nombre a los indios independientes que viven entre Concepción y Valdivia, son todavía como los conocía, hace tres siglos, el poeta,

“robustos, desbarbados.
Bien formados los cuerpos y crecidos;
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien fornidos;
Ágiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, sufridores
De fríos mortales, hambres y calores”.

De carnadura morena, pero menos roja y más clara que la de los otros indígenas americanos, de cara algo oblonga, ojos grandes o medianos, vivaces, que no carecen de expresión, con las cejas angostas y bien arqueadas, tienen estos indios un aspecto particular del rostro que se asemeja más a la raza caucásica que a la mongólica. Tienen, por lo común, la nariz menos ancha y más sobresaliente que la de los indios del norte, en algunos aguileña; los labios bien formados, aunque el inferior algo sobresaliente; el pelo muy negro, áspero y grueso, nunca crespo. El carácter que predomina en su fisonomía es una altivez algo terca y excéntrica, mucha calma y sosiego.

Tengo, sin embargo, que advertir que, en general, se nota entre esta gente mucha variedad de caras y fisonomías, distinguiéndose sobre todo la raza de los caciques que en la época actual son muy numerosos, y en la cual no es raro encontrar caras blancas de facciones enteramente europeas; aun la frente, aunque baja, no es ni tan angosta, ni tan cubierta de pelo como la de las tribus septentrionales. En general, puede decirse que se encuentran en la plebe de las provincias del

norte de Chile, entre la cual, como se sabe, han desaparecido completamente las tradiciones y el idioma indígena, caras mucho más indias y más cobrizas que entre la nobleza araucana.

Esto, en mi parecer, puede atribuirse a esa frecuencia de guerras y correrías en que miles de niños de ambos sexos y mujeres eran arrebatados, unos y otros, a los españoles por los araucanos, o comprados a sus vecinos los puelches y los pampas. Y como los caciques habían sido siempre más ricos y con más proporciones para comprar cautivas que adoptaban por sus mujeres, nada de extraño sería que la raza de ellos se hubiese modificado más pronto que la de la generalidad de los habitantes de Araucanía.

No es cierto fácil escribir sobre la moral de un pueblo sin haber vivido con él y tomado parte en su buena y su mala suerte. No quisiera yo en esto entrar en la senda de aquellos escritores ambulantes, que al primer encuentro con un hombre tienen ya pronta una disertación larga sobre su corazón y alma. Debe haber sobre todo mayor dificultad y escrúpulo de conciencia para un escritor, en cuanto a que, para penetrar en el foco de la vida moral e intelectual de un pueblo, es preciso comenzar por iniciarse en el secreto de sus creencias y supersticiones: fuente común de que dimanan el carácter y la conducta moral del hombre.

A este respecto, cosas tan oscuras y contradictorias se han dicho sobre los araucanos, ideas tan confusas e inciertas he oído emitir a los mismos misioneros que habían vivido entre ellos, que, según mi concepto, nada se sabe de cierto y de seguro sobre la verdadera religión que profesan.

Lo único que se sabe es que carecen enteramente de culto y, por consiguiente, de sacerdotes, de templos, de ídolos y de ceremonias religiosas. Esta falta, sin duda, dio motivos a Ercilla para considerar a los araucanos como

“Gente sin Dios, ni Ley, aunque respeta
Aquel que fue del cielo derribado”.

Más justo y profundo en sus investigaciones, Molina dice:

“que ellos reconocen un Ente Supremo, autor de todas las cosas, al que dan el nombre de Pillan, que quiere decir espíritu por excelencia –que, a más de esto, creen en dioses subalternos, entre los cuales ocupa el primer lugar Guecubú, ente maligno, autor de todos los males y de todas las desgracias– que a estos dioses no prestan ningún culto exterior, pero que creen en la inmortalidad del alma”; etcétera.

Las conversaciones que he tenido con los misioneros y con personas que habían tratado por mucho tiempo a los indios, me han convencido de la veracidad de las aserciones de Molina. Solamente respecto al modo como invocan a sus dioses en casos de desgracias, reina, hasta ahora, no sé qué confusión de ideas e incertidumbre, que aún no se sabe si en tales casos imploran la asistencia del Ente malo y le ofrecen sacrificios para aplacar su ira, o bien si se dirigen al Ente bueno. El hecho es que ellos creen y siempre han creído en Dios, creador de todo el mundo,

y en la inmortalidad del alma: por lo mismo que son hombres, siempre han tenido la seguridad de la existencia de Dios, la misma seguridad que nosotros, pero no el mismo conocimiento.

Por esta falta de conocimiento, admitiendo ellos dos principios opuestos, dos entes, el Ente bueno y el Ente malo, consideran todo lo bueno en poder del primero, como todo lo malo en poder del otro. No pudiendo pues creer que cualquier mal o sufrimiento les haya de venir por voluntad del creador infinitamente bueno, parece que tampoco acuden a él en busca del alivio, sino que se dirigen directamente al que consideran como causa de sus pesares, y en quien suponen la facultad de quitárselos. De esto sin duda resulta, que de cualquier bien que reciben tributen su agradecimiento al Ente bueno y le den las primicias de la bebida que les encanta y de la sangre de los animales que matan para sus juntas y regocijos, mientras que, en caso de desgracia, enfermedad o muerte, tratan de aplacar el enojo del Ente malo, o procurar con diversas prácticas supersticiosas luchar contra el enemigo del hombre. Por esta misma razón es que aun en la pelea más sagrada, la defensa de su patria, libertad e independencia no invocan al Ente bueno sino a la muerte y a la venganza que personifican.

Ésta ha sido sin duda la razón porque se ha acreditado entre los españoles la opinión de que el indio adoraba al Ente malo, al demonio o Satanás: idea incompatible con la naturaleza del hombre, con la nobleza de su carácter intelectual, y degradante al mismo valor del valiente.

Aunque convencidos de la inmortalidad del alma, conservan, acerca de su espiritualidad y de la vida del otro mundo, las mismas ideas groseras que profesan acerca del origen del mal; ni pueden, ni saben representar en su imaginación infantil la vida futura sin aquellos goces y distracciones de la vida actual, que para ellos constituyen el objeto, el destino principal de esta vida; consideran al alma, aun después de fenecido el cuerpo, poseída de los mismos vicios, deseos y pasiones que tenía durante su vida. De esto resulta que, aunque ignorantes, bárbaros, tienen presente la otra vida, la ven en su imaginación con colores tan vivos y fuertes, con tanta fe y seguridad que, respecto de esto, les llevan ventaja a muchos hombres civilizados, entibiados en su fe y creencia.

Ahora, lo que más había llamado la atención y provocado la censura de los que, sin profundizar el corazón del hombre, veían en el indio un ser degradado, impropio para la civilización moderna, han sido sus supersticiones, aquellas prácticas bárbaras de sus juntas y sus agoreros que tan a menudo hacen correr la sangre del justo y del inocente. Empero notemos que, privado el hombre de la divina revelación que es la única que le da el verdadero conocimiento de su creador, parece buscar esta revelación en las cosas creadas: la busca en todo lo que le rodea, la ve en los ensueños, en el canto y vuelo de las aves, como en el temblor de sus volcanes, en el ruido del viento y del océano, como en lo sombrío de las nubes y en lo limpio del cielo. La inquieta conciencia, una secreta voz de lo más profundo del alma, un no sé qué presentimiento del mundo espiritual y de la verdadera patria del hombre, les hace representar figuras y fantasmas que obran en ella con mayor fuerza y encanto que la realidad de sus vidas.

“El intrépido araucano –dice Molina– que hace frente con increíble valor a la muerte en los combates, tiembla a la vista de un búho o de una lechuza”.

La superstición, dijo un célebre orador, es un comercio del hombre con Dios, pero contaminado de ineficacia, irracionalidad y falta de moral, mientras que sólo la incredulidad es el desesperado rompimiento de todo comercio del hombre con su creador⁷. Notemos que si en un cristiano la superstición es la degradación del entendimiento y su rebeldía contra la verdad, en un salvaje puede ser aquélla la prueba de una cierta actividad que agita el alma, que trata de desprenderse de la sensualidad y de la vida material a que se halla reducida, para encumbrarse a la región etérea, región invisible y misteriosa del espíritu. Tengamos presente que los pueblos que en tiempo de la introducción del cristianismo en Europa manifestaron mayor tenacidad y apego a sus religiones supersticiosas, y los que más sangre costaron a los mártires y apóstoles, han sido los mismos en que después la verdadera luz ha encontrado sus más fervorosos y valientes defensores.

Lejos, por consiguiente, de menospreciar al indio por causa de aquella resistencia bárbara con que se ha mostrado hostil a la introducción del cristianismo, lejos de extrañar el valor en su pecho supersticioso, consideremos más bien sus creencias groseras, aun, sus supersticiones ciegas, como otras tantas pruebas de la espiritualidad de su carácter y a la Araucanía como un campo feraz y de gran porvenir para la viña del Señor.

No se debe tampoco creer que el indio conserva hasta ahora la misma tenacidad y el mismo apego a sus creencias, con exclusión de toda nueva luz y nueva verdad que mostró a los primeros enemigos de su independencia. Es de notar que, con excepción de unos pocos casos que se citan, nunca ha tratado el indio al sacerdote cristiano con el orgullo, terquedad y crueles sentimientos con que miraba a sus conquistadores. Nunca, desde la primera invasión de los españoles, ha sido enteramente abandonado aquel país de los misioneros. Ellos han introducido en el idioma araucano la santa palabra de Dios y otras palabras compuestas que expresan los atributos del Ser Supremo. Por todas partes se encuentran en la época actual indios viejos, unos con nombres cristianos, otros que han sido bautizados en su infancia, o descendientes de padres o abuelos bautizados; y aunque estos mismos indios, muchas veces fuera del nombre, ni se acuerdan de cosa alguna de la religión cristiana, todos, sin excepción, respetan la cruz y le tributan mucha consideración, sin saber lo que significa. En sus cementerios plantan cruces en las tumbas de sus caciques; en los parlamentos o tratados que se hacen con ellos, exigen también que se les plante la cruz en memoria de lo sucedido, y mientras la ven, guardan fidelidad y respeto.

En un hermoso llano cerca del desembocadero del río Imperial, en un lugar separado de todo contacto con los cristianos, me aguardaron un día quince caciques con unos cien mocetones a caballo para darme el recibimiento que creían

⁷ La superstition est un commerce de l'homme avec Dieu, entanché d'inefficacité, d'immoralité et de déraison; l'incredulité est une rupture désespérée de tout commerce de l'homme avec Dieu (Lacordaire).

me fuera debido por verme acompañado por un capitán de indios y un soldado, y haberse esparcido la voz de que venía de la capital un viajero con el propósito de visitar las tierras de los indios. En medio de este llano se veían dos cruces antiguas, inclinadas una sobre otra, en parte reverdecidas por el moho del tiempo, y en parte carcomidas, con sus palos atravesados abajo. Un prado vistoso, abundante de fragantes yerbas y flores, se extendía hasta el espumoso margen de la playa, mientras un vasto horizonte, al norte y al oriente, cubría con sus apiñadas montañas las negras cordilleras de la costa.

Al pie de estas cruces estaban los araucanos puestos en una fila como para la pelea, y allí me convidaron por medio de sus enviados, con toda la cortesía y consideraciones propias de un pueblo civilizado. Largas fueron las evoluciones y muestras de agasajo con que se empeñaron en honrar a su huésped; reunidos después de todo eso en un espacioso círculo alrededor de sus antiguas cruces, me dirigió la palabra un anciano cacique que, por su estatura atlética, su poderosa voz, el rostro lleno de expresión y nobleza, me hacía traer a la memoria a aquellos oradores del famoso consejo reunido por Caupolicán con ocasión del brillante triunfo de Marigüeñu.

“Aquí, en este lugar, me dijo el anciano, hace años que hemos celebrado un tratado de paz con los españoles: testigos de ellos estas cruces que ves y que hemos respetado hasta hoy; –queremos paz y la guardaremos fielmente como la guardaron nuestros padres”.

¡Cuánto influjo, qué poder no habrá ejercido en el ánimo de aquella gente sólo la vista del sagrado símbolo de nuestra religión, respetado por un medio siglo en esos hermosos campos!

En otro lugar, en el seno de las indiadas más revoltosas, dispéñeseme la expresión usitada, cerca del fuerte de Tucapel Viejo, había existido, ya hemos dicho, un humilde convento de misioneros por más de dos siglos. A este convento se acogieron las desfavoridas monjas, huyendo de los horrores de la guerra en los primeros días de la independencia chilena; y sucedió que, convertido poco después este mismo convento en un cuartel del ejército de la patria, fue incendiado, y su ruina se completó con el horrible temblor del año 1835. Por más de veinte años había quedado el solitario llano de Tucapel sin cruz y sin misión. Parecían perdidos e inutilizados los frutos de los esfuerzos apostólicos y tantos siglos de trabajo, cuando, hace dos años, por un impulso espontáneo de los mismos indígenas, algunos de ellos fueron a ver el jefe de la provincia para pedirle que se restableciese el convento y su misión antigua y que se les mandase un *padre* como uno de los que había antes. Sensible a esta manifestación halagüeña, muestra inequívoca de la buena disposición de los indios, se apresuró el gobierno en mandarles a un sacerdote que debía reedificar el convento y la iglesia. Pero, apenas hubo llegado dicho *padre*, al fuerte de Tucapel, se despertaron entre los indios antiguos celos y temores por su independencia: empezaron a desconfiar del don que les mandaban, como ellos decían, los hijos de los españoles, y se formaron dos partidos opuestos,

de los cuales uno aconsejaba que no se admitiese el padre, y se hiciese oposición a la reedificación del templo, mientras el otro persistía en los deseos de ver renacida de sus cenizas la antigua misión de Tucapel.

No hubo tiempo para entrar en largos debates y razonamientos: recurrieron pues al arbitrio más natural entre los salvajes, al fallo de la suerte; y armaron para esto un juego de chueca, que decidiese del triunfo de una de las dos opiniones. Más de quinientos indios se reunieron en estos mismos campos, en que, tres siglos antes, se confesaba el bizarro Valdivia con su capellán un rato antes de recibir la muerte.

Fue de tres días la lucha, armada con todo el aparato de calaveras y ceremonias más solemnes, y sostenida con todo el ardor propio de aquella gente. Pero, en fin, se decidió la suerte a favor de los amigos del padre, y todos, unánimemente, convinieron en que se le debía admitir y reedificar el convento.

Empero, no por eso habían desistido los prudentes y astutos caciques de los justos recelos que les suscitaba el amor a la libertad y a la independencia araucana. Hubo un *parlamento* en que se trató de arreglar los asuntos de la nueva misión y del convento. Se reunieron más de ochocientos indios, se plantó una cruz, y a la faz de ella declararon que admitían todos gustosamente al padre y a la misión, pero, al mismo tiempo, impusieron al misionero la condición de no traer a Tucapel artesanos ni peones *españoles* y de edificar el convento con los indios.

“Pero si vosotros no sabéis trabajar, ni habéis nunca edificado una casa como la que os voy a levantar –dijo el padre–. Tú nos vas a enseñar”,

contestaron, y se comprometieron a mandar todas las semanas el número necesario de peones que el padre requiriera. Convinieron también ambas partes en el salario que se pagaría a los trabajadores; pero el padre tomó la precaución de advertir que no se les pagaría sino el último día de la semana, previniendo a los caciques que el indio que en la semana abandonase la obra, perdería el derecho a su salario, aunque hubiese trabajado por cuatro o cinco días.

Convinieron aun en esto los caciques y cumplieron exactamente cuanto habían prometido, consintiendo, además de esto, a que se quedase con el padre un hombre que con él había venido para la fabricación de los ladrillos y de las tejas.

Tengo todavía presente al devoto padre, hijo de las riberas del Tíber, vestido del hábito de recoleto, débil y de baja estatura, cómo se agitaba en medio de sus pesados y membrudos trabajadores, enseñándoles y enojándose con ellos, agotando hasta lo último su paciencia. El hecho es que, a la vuelta de mi viaje de Valdivia, ya encontré al templo y al convento hechos y, en principios, una escuela que se estaba aderezando; y oí misa del recién venido para esta misión, padre fray Querubín Brancadori, sacerdote digno de todo respeto y merecimiento.

Allí también supe que entre los grandes caciques reunidos para el mencionado parlamento se encontraron algunos, en particular el de Purén y su poderoso competidor Paynemal, que manifestaron vivos deseos de ver también en sus dominios plantadas la cruz, ya quizá por celos al ver el gran favor que se le había concedido



Hombres mapuches.
Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

al cacique de Tucapel a quien consideraban como inferior a ellos en nacimiento, valor y riqueza, ya por otros deseos, como se suponía, siendo los dos bautizados y dotados de un pequeño sueldo por el gobierno.

Pasando ahora a la moral y a la vida práctica del indio, debemos observarlo por separado en tiempo de paz y en tiempo de guerra. La falta de esta distinción tan esencial en la historia del hombre, ha sido muchas veces la causa de confusión y origen de las contradicciones que se notan en la descripción de las costumbres y del carácter de los pueblos salvajes.

El indio, en tiempo de paz, es cuerdo, hospitalario, fiel en los tratos, reconocido a los beneficios, celoso del propio honor. Su genio y sus maneras son más suaves y casi diré más cultas, en cuanto a lo exterior, que las de la plebe en muchas partes de Europa. Grave y muy formal en su trato, algo pensativo, severo, sabe respetar la autoridad, dispensado a cada cual el acatamiento y cariño que le corresponde. Pero, en general, parecen como pesados, perezosos, golosos, propensos a la embriaguez y al juego. Todo lo llevan al extremo, de tal modo que del seno de esa calma, de ese reposo y quietud que los presentan tan impasibles, cediendo de repente a una especie de huracán tumultuoso que les sale del pecho, se enfurecen y caen en movimientos rápidos y extremos.

No cabe la menor duda de que el indio conoce lo que es justo y lo injusto, la probidad y la malicia, la generosidad y la bajeza, como cualquier otro hombre dotado de corazón y alma. Por un sentimiento de intuición natural, o de una tradición oscura, lleva como grabado en su ánimo un código moral; y está dispuesto a cumplir con él en cuanto sus pasiones e inclinaciones brutales, no refrenadas por mandamiento alguno ni precepto divino, se lo permiten.

Sus casas son unos pequeños estados que gozan de tanta independencia y respeto unas con relación a otras, como si fuesen capitales de distintas naciones. Todo en ellas está sujeto a las leyes y ceremonias antiguas: el umbral de la puerta tan temible y sagrado como la frontera de un poderoso imperio.

Allegado a la habitación de un araucano, cualquier huésped, sin excepción de los vecinos o relacionados de la casa, no se atreve a entrar en ella, obligado a pararse en su caballo delante de una pesada viga sentada en dos o tres palos, la que sirve de lindero al patio y la que nadie puede pasar sin permiso y conocimiento del dueño. Luego que se ha tomado noticia de dónde viene el transeúnte y qué intención lo trae, salen las cuidadosas mujeres a barrer el patio y acomodar lo preciso para el recibimiento del huésped. Debajo del corredor, o en una ramada cerca de la puerta de la casa, ponen unos banquitos cubiertos con pieles para las personas de rango, y tienden en el suelo otras pieles de carnero para las demás personas de su comitiva; y tan pronto como se concluye esta tarea, se acerca a sus huéspedes el dueño, les da a cada uno la mano, los convida a que se apeen, y casi sin decir palabra, les señala los asientos, y se sienta en frente de ellos, siempre pensativo, formal y de una seriedad extraña. Entonces comienza una larga y pesada plática de cumplimientos y ceremonias que dura a veces más de media hora.

Todo en ella es de mera fórmula, prescrita desde tiempos inmemoriales. Empieza por lo común el dueño, con una voz baja, gutural, muy seria y algo triste,

recitando palabras de un modo algo parecido a la manera como se recitan los salmos en una iglesia, con la diferencia de que, al fin de cada frase, la concluye con un tono de una o dos octavas más alto que lo que había comenzado, y prolonga las últimas sílabas a modo de cantar. Le contesta luego el huésped, o en su lugar el lenguaraz, prolongando y cantando las últimas sílabas del mismo modo que el primero; y así alternativamente van platicando uno tras de otro, como quien dijera pisándose los talones, hasta que de esta confusión de voces se forma un fuerte zum-bido, que subiendo por gradaciones pasa a ser una verdadera batahola de palabras cruzadas y disonantes, y ¿quien creyera que a pesar de esto ni se miran uno a otro, ni modulan el tono como quién está pensando en lo que va diciendo?

En este diálogo tan singular, como extraño y fastidioso para el que no lo entiende, no se expresa otra cosa más que una recíproca benevolencia e interés de ambas partes para saber todo lo relativo a la felicidad individual y doméstica de cada uno. Pregunta el dueño de casa no sólo por la salud del huésped, de sus padres, esposas, hijos, hermanos, tíos, etc., sino que también por la de los pueblos por donde ha pasado, por los ganados y sementeras, etc. Por su parte, ansiosísimo a su vez el huésped de saber todo lo relativo a la salud y felicidad de esta casa, pregunta por todos los de adentro y los de afuera, de sus relacionados, de los vecinos y los vecinos de los vecinos, expresando a cada palabra el buen deseo que todo vaya bien, que no suceda novedad alguna, y repitiendo muy a menudo la misma cosa por atención y cariño recíproco.

Por más extraña que parezca esta costumbre, no podemos dejar de notar en ella pruebas de caridad, de interés por el bien del prójimo, de una cierta fraternidad y de moral. Aun cuando esas pláticas y palabras no tuviesen ningún eco en el corazón de los habitantes actuales de la Araucanía, lo que sería tal vez desatino suponer, puesto que con tanta religiosidad y puntualidad respetan esta costumbre, no puede menos de inferirse que dicha costumbre debe haber sido en su origen una expresión de la moral y del genio de aquellos pueblos, y que aun ahora no dejará de despertar, en los que la conservan, los nobles sentimientos de sus antepasados: pues notemos que nunca una forma o ceremonia cualquiera, o costumbre se introduce en la vida moral de un pueblo por mero capricho o casualidad, sin que la preceda alguna idea o algún sentimiento real y verdadero, y la imponga a la nación entera.

En realidad, mientras se recita aquel ceremonial de etiqueta, y se pronuncian las palabras de fineza y delicadeza india, guardando todo el mundo el mayor silencio y respeto, como si asistiera a algún acto religioso, corren los mocetones a buscar un cordero, lo matan, lo acomodan; atizan el hospitalario fuego las diligentes mujeres en el interior de la casa, pelan las papas, cortan las verduras, ponen ollas y en menos de una hora hierve en medio de una espaciosa llama una sencilla y abundante comida.

Concluida entre tanto la plática, se cambia el tono y se suavizan las caras del dueño de casa y de sus huéspedes, a manera de lo que sucede cuando un rey, después de un recibimiento de etiqueta de sus enviados, desarruga la majestad de su ceño compuesto, y se deja ir a una conversación de confianza y expansión sobre

los asuntos domésticos, cansado de las diplomáticas formas y ceremonias. En este momento suele levantarse de su asiento el dueño y, acercándose a su huésped, si lo considera digno de tal honor, lo abraza tres veces, poniendo su cabeza alternadamente a la derecha y a la izquierda.

Luego se sirven la comida y el refresco, puesta la primera en unos platos de madera semejantes a las bateas en que se lava el oro en las minas; y se comienza por lo común, por servir el ulpo, que es el alimento más usual y esencial entre ellos. En general, poco uso hacen de la carne, y en esto tal vez consistirá una de las diferencias notables que hay entre estos indios y los del otro lado de los Andes, que se alimentan casi exclusivamente de carne.

El mayor decoro se observa en todo este recibimiento. Las mujeres son las que sirven, pero en silencio, con modestia, con ojos vueltos al suelo; nadie les dirige la palabra, nadie entra adentro de la casa, ni mira en el interior de ella, como si temieran perturbar la paz y tranquilidad domésticas.

Orden, severidad y disciplina parecen reinar en el interior de la familia: los hijos sumisos a sus padres, las mujeres ocupadas, unas en cuidar a sus chicos, otras en el servicio de la cocina, otras continuamente hilando la lana y tejiendo la ropa.

El indio chileno es agricultor, agricultor por su carácter, por la naturaleza física de su país, por su genio y sus costumbres. En eso harto difiere de los pehuenches y otras tribus transandinas, que son pastoras, nómades, verdaderas aves de rapiña, y cuyas tolderías de cuero se mueven como las espesas nubes de langostas. El pacífico araucano tiene su casa bien hecha, grande, espaciosa, de veinte y más varas de largo y de ocho a diez de ancho, bien abrigada contra los vientos y las lluvias, alta, construida con buena madera, coligüe y paja, con una sola entrada y un agujero puesto en lo alto del techo para la salida del humo. Inmediatos a su casa, tiene huertos y sementeras de trigo, cebada, maíz, garbanzos, papas, linaza y repollos: todo bien cultivado y cercado; y como las habitaciones se hallan por lo común en la vecindad de algún río o estero, en sus contornos se divisan las lindas campiñas y floridas praderías, en que el indio tiene sus caballos y su ganado gordo, hermoso, aunque no tan numeroso como el de las haciendas chilenas.

Español es el arado de que hace uso para labrar una o dos veces la tierra antes de botar el grano; no conoce riego artificial, porque la naturaleza misma y la abundancia de lluvias le ahorran el afanoso trabajo de hacer canales y acequias. Hay entre ellos, sobre todo entre los caciques llanudos, algunos que poseen hasta 400 y más caballos y una cantidad considerable de ganado. Y aunque en general entre los costeños no se ve tanta riqueza y opulencia como entre aquéllos, es de advertir que la pesca, el lucbe y los mariscos que el mar bota, y el beneficio de la sal que en algunas partes de la costa saben extraer los últimos por cocimiento, les suministran otros tantos medios de subsistencia de que carecen los primeros.

Agregaremos a esto que con la greda y las arcillas que tanto abundan en los terrenos araucanos, saben estos indios hacer sus ollas, cántaros y grandes botijas, dándoles comúnmente la misma forma y tamaño que la que tienen las antiguas ollas y los cantaritos que la casualidad hace descubrir en las tumbas de los indios del norte de Chile y de los de Perú y de Bolivia. Hacen también con bastante

destreza sus platos, cucharas y bateas de madera; y sus mujeres hacen con la lana tejidos muy duraderos, suaves y abrigadores y los tiñen con colores inalterables. En fin, hay entre ellos plateros que hacen, aunque de un modo tosco y grosero, espuelas y diversos adornos para frenos, avíos y pecheras de caballos.

En general, el indio es amigo del lujo y de la ostentación; y aun con esta pasión podrían contar los pretendidos civilizadores, que hacen consistir su propaganda en el arte de cebar y lisonjear el amor propio y las inclinaciones pueriles del hombre.

Tal es el indio observado en su vida doméstica, en medio de la paz y en la hora de una perfecta calma de sus pasiones. Al verlo en este estado, cualquier viajero que se limite a observar el trato interior del indio chileno, su bienestar físico y las comodidades de que goza, su juicio y su buen sentido, su cordura y su hospitalidad afable, no lo tomará por cierto por un salvaje ni bárbaro: antes, por el contrario, lo consideraría aventajado a algunos pueblos del mundo cristiano.

Pero el cuadro cambia de colorido y queda desencantado el observador tan pronto como empieza a profundizar en la organización social y política de estos mismos indios, y los vea en un tiempo de guerra, en la hora del desenfreno de sus pasiones. Ve entonces cuál fue el hombre antes de que la luz divina viniese a alumbrar la razón, a ilustrar el alma y ensanchar su corazón salvaje; descubre infinidad de hechos que afligen y hieren el corazón; y lo que más pronto, con anticipación a lo demás le cae a la vista, es la triste condición a que se halla reducida en medio de aquel país la infortunada mujer.

Es por lo común baja, de cara redonda y de poca frente la mujer araucana. Sus ojos tienen cierto carácter de ternura y timidez; su voz, extremadamente suave y delicada, es casi la expresión del infortunio y esclavitud. Habla medio cantando y prolongando las últimas sílabas con un suspiro y un tono alto y agudo. Su andar es algo agachado, su traje largo, modesto, de color negro y le cubre todo el cuerpo, dejando sólo los pies y los brazos descubiertos. En dos hermosas trenzas divide su pelo, que entreteje con mil cuentecitas de vidrio, y con ellas ciñe su angosta frente a la manera de los tocados o turbantes de las mujeres de Asia. Mucha chaquiras y cascabeles en el cuello y pecho, grandes prendedores de plata y brazaletes de chaquiras en los pies y brazos, he aquí los adornos con que satisface su gusto mujeril y su natural propensión a la compostura.

Basta entrar una sola vez en casa de un indio para reconocer en sus esposas la imagen de la verdadera esclavitud, de la degradación de su bella naturaleza y del noble destino de la mujer. En realidad, la mujer india es esclava o, cuando más, criada de su marido, comprada por él a su padre a precio convenido, destinada a trabajar, mientras el hombre queda tendido en el umbral de su casa o anda en sus correrías en pos de sus sangrientos malones. Ella, en su buena como en su mala suerte, le sirve sin poder cautivar ese exclusivo querer y ese cariño por que tanto suspira, y que ve partido entre otras esclavas del orgulloso amo. Degradada por la sensualidad, el alma del hombre, aquella alma que aun en un pecho ardoroso no podría corresponder al amor de una sola, se subdivide entre muchas y para que quede compensada su inferioridad moral, que de aquella subdivisión de su afecto le

resulta necesariamente, las rebaja, las humilla y las envilece. Ni a los hijos pudiera él dispensar el amor paternal igual al que un cristiano tiene a los suyos, viendo en ellos los hijos de sus jornaleras, hijos de un amor subdividido, sensual y pagado.

En casa de un cacique arrimada a la orilla del mar, me aparecí en una noche borrascosa, buscando abrigo contra la tempestad y lluvia. Era ladino el indio, y me acogió con una hospitalidad franca y sencilla. Desentendiéndose esta vez de las acostumbradas pláticas de etiqueta, hizo prender fuego lo más pronto posible, y en menos de un cuarto de hora me hallé sentado en el fogón de la casa con mi compañero de viaje, con dos caciques que me asistían, un capitán de indios y otros tres hombres. Agrupados alrededor del fuego y sumergidos en una espesa nube de humo, pronto se nos olvidó la intemperie del aire, a pesar de que rugía el furioso sur en la destrozada paja del hospitalario techo. Se animó la conversación sin saber de dónde venía el principio, unos fumando cigarros y otros secando sus empapados ponchos. Entre tanto se afanaba en aprontar la cena una bella mujer de ojos grandes, negros, fogosos y con una cabellera que le descendía hasta la rodilla. Era la misma que se apresuró a traer leña, cuando entramos, y a encender lumbre, sin que alma viviente le ayudase en esta tarea. Nadie hacía caso de ella, y ella, sin tener tiempo de mirar a sus huéspedes, cortaba la carne, raspaba las papas, traía agua, ponía sus ollas, atizaba el fuego, andaba, trajinaba, sin acusar la menor seña de impaciencia, haciendo sólo sonar incesantemente sus chaquiras y cascabeles.

Sentado al lado del impassible y pensativo dueño de la casa, le pregunté cuántas esposas tenía; me contestó que sólo una. Pregunté entonces si era cristiano. Entendió la pregunta el hombre y me contestó que no, y que si tenía una sola mujer era porque las mujeres costaban caro entre los indios.

“Vea Ud., me dijo otro indio que me sirvió de intérprete, vea si hay justicia: nosotros no sólo tenemos que pagar al tiempo de casarnos al padre ocho, diez y hasta doce prendas⁸ por la niña, sino que también otras ocho o diez hemos de satisfacer a este mismo padre, a los hermanos y parientes de la mujer, cuando ella muere: y de no, no dejan enterrar la muerta hasta que se pudra, e incomodan al pobre marido que no sabe qué hacerse”.

A esto el cacique, removiendo las brasas con un palito, agregó:

“¡Hum! ¡Ocho o diez! Y si sucede que uno mate a la mujer, no se desquita ni con doce ni con catorce prendas, de modo que queda el hombre arruinado para toda su vida. –Y esto que a veces, agregó el otro indio, ni se puede probar al marido que la mató, sino que muere la vieja de algún golpe o herida que le dio. –Es cierto, añadió el cacique, a veces ni se puede probar tal cosa, sólo malician y *amuellan* al indio”.

Entretanto, seguía sirviéndonos la pobre mujer. Cuando se acabó la cena, fue el cacique el primero que se tendió en su catre de coligüe; luego se acostaron los

⁸ Cada prenda es una vaca, un caballo, un poncho, un par de espuelas, un freno, etcétera.

huéspedes y los de la casa, buscando cada cual el mejor lugar que había. El espacioso fuego iba desvaneciéndose en su luz incierta, echando de vez en cuando llamaradas que alumbraban las extrañas caras y los atléticos cuerpos de los indios tendidos en el suelo. Sólo la india con su desparramado pelo, y sus hermosos ojos fijos en el suelo, quedaba todavía en pie, apoyando su diestra en la cabecera de la cama de su déspota marido. Un pudor y una modestia natural la detenía, la desvelaba y parecía impedir a que tomase su lugar acostumbrado, hasta que apagado el fuego, un profundo sueño se apoderó de los viajeros.

Como consecuencia de aquel estado de sujeción y abatimiento en que se hallaban las mujeres, sucede también que ellas viven casi enteramente excluidas del trato social. Ellas no son admitidas ni en los bailes ni en los juegos, ni en cualquier entretenimiento de los hombres: cuando más se les permite verter lágrimas y levantar gritos de dolor en los entierros de sus maridos.

El indio araucano es un ser antimusical, y parece tener poca aptitud para las bellas artes. Es su canto una especie de recitativo sin melodía ni consonancia, como su elocuencia una especie de canto destemplado y monótono. La misma falta de gusto, gracia e imaginación se nota en el baile indio: agachados, con la rodilla medio doblada y la cara vuelta al suelo, saltan como suelen hacerlo los pequeños niños en su infancia. El único instrumento que conocen es un cañuto que hacen de una planta silvestre y del cual sacan un sonido lúgubre de poca modulación y armonía.

No menos desgraciadas se hallan las indias en tiempo de guerra, o invasión de alguna tribu enemiga. Sin participar de la vida activa y aventurera de sus valientes maridos, tienen que esconderse con sus hijos en las impenetrables selvas, en donde, prolongándose la guerra, mueren de hambre y de miseria o, descubiertas, caen en el cautiverio. ¿Y qué fatal suerte aguarda a una cautiva, cuando sobre ella hacen pesar no sólo el bárbaro derecho del sexo, sino también el de la fuerza, de la conquista y de la venganza? Vendida o retenida en poder del enemigo, del asesino de sus hijos y marido, queda para siempre esclava y se considera como propiedad legalmente adquirida.

Pero todo esto no debe admirar a un observador despreocupado. La misma condición en que se hallan actualmente las mujeres araucanas, tienen todavía las mujeres en todas partes del mundo a donde la luz del evangelio no ha penetrado. Igual condición tenían en las naciones aun civilizadas antes de la introducción del cristianismo.

Ahora, del mismo modo que la falta de un principio vital, en las creencias del indio, es causa de la bajeza, sensualidad y grosero materialismo con que mira y considera a sus mujeres, así también influye la falta de otro principio no menos fundamental, en los groseros medios y extravíos con que se complace en honrar a los difuntos y la sagrada memoria de sus padres. Parece que ningún presentimiento moral de penas y recompensas lo conmoviera interiormente, no siendo para él la vida futura otra cosa más que la prolongación de ésta, cargando en su sentido, a los que el destino lleva al otro lado de la lejana ribera, con los gustos, apetitos y pasiones que en esta pasajera mansión disfrutaban, como que se compusiera la eternidad de sensualidades sin cuenta y de goces sin límites; llegando a creer que

tampoco puede haber mejor modo de honrar la muerte del que sufre y celebrar su última despedida que el reproducir en su obsequio aquellas escenas de embriaguez, de glotonería y de correrías que tanto le gustaban durante su vida.

En efecto, veamos cuán irracional se muestra el hombre de aquellas épocas de la vida, en que le falta la luz que le haga reconocer el alto fin para que fue creado.

Muerto el encanecido cacique en el seno de su serrallo y de sus obedientes hijos, ponen sus restos en una cama y la cuelgan de una viga atravesada de la casa, en el interior de ella, cerca del fogón. Desde luego no se piensa en otra cosa más que en los preparativos del entierro. Estos consisten en hacer ropa buena, de lo más lujoso para el difunto, en proporcionarse mucha chicha para tres o cuatro días de borrachera, en buscar trigo, maíz y todo lo necesario para unos doscientos o trescientos vecinos, y poner de todo esto un acopio considerable en otra canoa, que han de llevar con el difunto a la tumba. Pasan en esto dos o tres meses, esperando muchas veces la estación de las chichas que ha de constituir sus libaciones, incienso principal de la ceremonia fúnebre.

Entretanto se pudren los restos mortales del hombre, e infestan la habitación en que se hallan condenados a vivir los hijos y las enviudadas mujeres; de manera que a algunas cuadras de distancia se hace inaccesible la casa por su olor pestífero.

Llega en fin el día; se juntan trescientos indios y, con estrépito de sus caballos, estruendo de sus trompetas y chivateos, hacen resonar las amenas selvas y los valles. En medio de la más completa borrachera y de un banquete opíparo, comienza la función; y días y noches enteras, alrededor de los mortales restos del difunto, empiezan las arrebatadas correrías, en que, soltada al viento, ondea la negra cabellera de los más diestros jinetes. Al sacar la fatal canoa del hogar doméstico, no se descuidan los apasionados hijos en observar las supersticiosas prácticas, cuyo objeto es el impedir que la extraviada alma vuelva a la antigua morada de su casa. Al deponer los restos en el foso, los riegan y empapan bien con la bebida y meten adentro de la tumba todo lo que había sido del gusto del difunto durante su vida. Allí le ponen su chueca de la que tal vez tenía olvidado el uso, cargado como se hallaba por la madurez de los años; allí le ponen su lanza, tantas veces ensangrentadas en sus terribles malones, los laques, verdadera arma de fuego de aquella gente, mantas y espuelas, manjares de los más exquisitos, granos y semillas, para que tenga con qué sustentarse y pasar en el otro mundo la misma vida que en éste; y todo aquello sazonado con la locura y los alborotos risueños de la más exaltada embriaguez en la que parecen enterrar con las cenizas del muerto, el juicio y la sensatez de los vivos.

Tal es el entierro de un bárbaro, verdadero símbolo de las creencias araucanas acerca de la inmortalidad del alma y de la vida futura del hombre.

Difícil es creer que un hombre, dotado de alma grande y de corazón noble, pueda vivir sin sentir la necesidad de tributar el debido culto al Supremo Ser en quien tiene fe y en cuyo poderoso apoyo cuenta; imposible que haya estabilidad del dogma, conservación de las antiguas tradiciones y un verdadero progreso moral en un pueblo que no haya tenido hombres destinados a buscar una relación más íntima con lo pasado, con la vida futura y con el que reina en lo infinito.

En este caso, sin embargo, se nos presenta la nación araucana, en la cual viendo el historiador una mezcla de tanta imperfección y de indicios de una civilización muy avanzada, la tomó por un

“residuo de algún gran pueblo ilustrado que debió caer por alguna de aquellas revoluciones físicas y morales a que está también sujeto nuestro globo”⁹.

A una de estas faltas capitales en la organización política y moral de esta nación, se debe atribuir sin duda su decadencia aun desde el tiempo en que por sus hazañas y proezas en las guerras contra los españoles dio a conocer al mundo cristiano tantos héroes que el polvo ha consumido. En efecto, por más que se ponderen la energía, el patriotismo y las virtudes cívicas de esta nación, no se pueden desconocer síntomas tristes en ella, que prueban la degradación del estado araucano desde la conquista.

Estos síntomas se notan: primero, en la falta de unión política y en la extinción de aquella necesidad moral que propende en una nación a centralizar sus fuerzas y su poder, mientras siente en sí la energía y la voluntad de obrar. Ya no existen aquellas reuniones en que los jefes de todas las tribus deliberaban sobre el bien de su país y la elección de sus jefes. Han desaparecido los nombres de las pasadas autoridades de toqui tipo ulmenes. Vendidas o arrendadas las tierras de las fronteras, han cambiado las divisiones políticas del territorio. Toda la nación se halla hoy repartida entre la autoridad de los caciques, cuyo número ha aumentado tanto en los últimos tiempos que hay ahora algunos entre ellos que apenas gobiernan diez o doce familias en su distrito. La mayoría posee todavía este título por herencia, pero hay otros que lo admitieron de parte del gobierno chileno en recompensa de los servicios prestados a la República en contra de sus hermanos. Hay algunos que son todavía ricos y poseen muchos terrenos, mucho ganado y muchos caballos; otros, por el contrario, que poco se diferencian de la comunidad del pueblo. Ninguno tiene bastante poder o prestigio para hacer valer su jurisdicción en tiempo de paz y no siempre puede reunir sus vasallos en tiempo de guerra. Sólo un inminente peligro, la invasión del territorio o alguna venganza mortal uniría a los ciudadanos y haría despertar en ellos el espíritu antiguo. Sus parlamentos o congresos, que se juntan de vez en cuando en algunas tribus de la Araucanía, son parciales: las órdenes o voces que los caciques más poderosos hacen correr y transmitir de unos a otros mediante sus enviados, y en aquel mismo lenguaje oficial que se usa en los recibimientos de un huésped, estas órdenes se comunican hoy día sólo entre los tribus más inmediatas y poco efecto tienen sobre las remotas.

Ya desaparecieron aquellos célebres telégrafos de fuego que, repetidos de un cerro a otro, lograban en una sola noche poner en alzamiento a toda la tierra, y concentraban casi en el mismo día todas las fuerzas de los guerreros que el peligro común llamaba a la defensa del hogar doméstico y que, refluendo por diversos caminos sobre un centro común, iban allí a ensayar sus corazones a la creación de

⁹ Molina, *Historia natural y civil de Chile*, tomo 1°.

aquel odio vivo en que cada gota de su sangre se convertía en una ardiente llama de venganza.

Pero, ¿qué mejor prueba de la decadencia política de aquel pueblo constituido en una nación y de la disposición en que debe hallarse para unirse con los chilenos, que la conducta de ellos en la guerra de la independencia de Chile y en las guerras de partidos posteriores a la primera? He aquí algunos que pelean por el Rey, otros por la patria, la mayoría por el interés del saqueo y otros, en fin, que quedan enteramente neutrales; y nadie ha pensado en aprovecharse de aquella época para asegurar la independencia de la antigua Araucanía. Nunca se borra de la memoria de un guerrero el haber tenido por compañero de armas al que consideraban sus antepasados como enemigo de la patria.

Otro síntoma de la decadencia, o al menos de la desaparición de la antigua idea moral que inspiraba a aquellos pueblos el ardor y el extremado celo por la libertad e independencia de sus dominios, es la extinción casi absoluta de las antiguas tradiciones de los más eminentes hechos y héroes de su historia. Las tradiciones, aquel tesoro sagrado de la riqueza nacional, fuente perenne de la inmortal vida de un pueblo, se colocaban siempre en el mismo templo de la fe y de las creencias de los pueblos más heroicos de la antigüedad, custodiadas por los ministros del culto y por sus poetas. El espíritu nacional y el noble orgullo se desvanecían en estos pueblos a medida que se debilitaban la fe y el culto, dejando campo abierto a los sofistas, políticos y oradores. Los araucanos nunca han tenido templos ni sacerdotes, ni tributado culto alguno, e ignoro que hayan tenido bardos o trovadores. Nadie entre ellos sabe hoy quiénes eran aquel esforzado Lautaro, ese sabio Colocolo, el impávido Caupolicán, que sólo viven en la memoria y poesía de los cristianos; poco saben cuál fue el nombre del caudaloso río Imperial, y cómo llamaban sus padres a la memorable cuesta de Villagra; ni se acuerdan de su noble origen los hijos del cacique Pilmayquén. Sólo se conoce la destrucción de las siete ciudades: triste monumento del valor de los bárbaros, más durable que la virtud del brazo que las había erigido.

Se eclipsó el orgullo del antiguo Arauco: amansados con la prudente política española, muchos de los caciques se acostumbraron a recibir obsequios y regalos, armas más funestas para el pecho del bárbaro que el duro acero del adamascado sable de Castilla. Familiarizados hoy con su decaída condición, unos reciben un miserable sueldo de sus antiguos enemigos, otros se complacen en admitir casacas, camisas o bastones como insignias de la poca autoridad que tienen, en pago de sus humillaciones; otros, de balde, claman por los mismos favores que se les niegan por ser hombres menos temibles.

Empero, no cambia ni se abate de una vez el carácter de un pueblo, aun cuando sus jefes se doblen al imperio del tiempo, de las circunstancias y del egoísmo. Despierta de cuando en cuando en medio de aquella degradación, precursora de la nueva era que se le prepara, la soberbia valentía araucana, sembrando terror y desolación entre los suyos y los vecinos. Entonces es cuando aparece con todo su carácter salvaje el indómito indio, como fiera insaciable de sangre y de saqueo. Este mismo indio que, en tiempo de paz, es tan hospitalario, cuerdo, honrado y amante

de sus hogares, sale con todo el horror de la naturaleza del hombre poseído por sus pasiones más brutales y bajas, sin que intervenga para refrenarlas ninguna idea noble y grandiosa. Desnudo el cuerpo, embadurnada la cara y levantando el pelo, es cuando da espantosos gritos y se echa desesperado sobre las enemigas filas, buscando cómo sorprender a sus contrarios en la hora del sueño más profundo y del nocturno descanso. Al valor e ímpetu de sus ataques une la astucia y la crueldad: no perdona a los cautivos y, si respeta al sexo, no es sino por refinamiento de malicia y por efecto de sus torpes inclinaciones.

De esto, sin duda, viene que los chilenos que han militado contra los indios sin haberlos tratado en tiempo de paz, le han cobrado un odio invencible, y los tienen por traicioneros, bárbaros y crueles, sin reflexionar que el indio, en tiempo de guerra, representa lo que fueron nuestros antepasados antes del cristianismo y lo que nosotros somos cuando las pasiones, el egoísmo y la malicia se nos atraviesan.

TERCERA PARTE

CAUSAS QUE SE OponEN A LA CIVILIZACIÓN DE LOS INDIOS ARAUCANOS Y MEDIOS QUE PARECEN SER MÁS OPORTUNOS PARA LA REDUCCIÓN DE ELLOS

Teniendo ahora presente la naturaleza física del país araucano, su situación geográfica, el estado moral en que se hallan sus habitantes y todo lo que acerca de esto acabo de decir en las dos primeras partes, pasemos a examinar las causas que detienen este país en la marcha progresiva de que participan los demás pueblos de Chile, y cuáles pueden ser los medios más adecuados para la civilización y reducción de los indios.

Nótese desde luego que de ningún modo puede ser la situación física de aquel país lo que pone dificultades a la importante obra de la civilización de los araucanos. Las tierras ocupadas por ellos, nada tienen de particular que las distinga de las provincias inmediatas, ya sea del norte de Biobío, ya del sur de Valdivia: la misma naturaleza, la misma configuración del terreno, las mismas montañas, selvas y cordilleras, el mismo océano. Y, aunque la costa no abriga en sus contornos puertos y desembarcaderos tan cómodos como los del sur y del norte de Chile, no faltan, sin embargo, radas y caletas donde se pueden arrimar embarcaciones y soltar gente a tierra. Además de esto, sabemos que la costa de aquella parte de la Araucanía, adonde se mantiene todavía en toda su fuerza la independencia de los indios, se extiende sólo desde la boca del río Lebu o bien desde la del río Paicaví hasta la del río Toltén, y no tiene más de 50 a 60 leguas de largo. Tengamos presente que en el desembarcadero del mencionado Lebu existe una ensenada de bastante profundidad y abrigo, y en la de Meuhín o de Queule (en un lugar marcado en el mapa de Fitz-Roy con el nombre de Chanchancove) hay un ancladero, en que encontré en el mes de febrero una pequeña embarcación de pescadores, refugiados contra un temporal que los había llevado de la isla Mocha. Falta todavía reconocer con prolijidad la boca del río Imperial, para ver qué partido se pudiera sacar de aquel punto de la costa que es la verdadera llave del territorio indio.

En cuanto a las comunicaciones por tierra, ya hemos dicho que el camino de la costa, el que va en línea recta de la plaza de Arauco a Valdivia, pasando por Tucapel Viejo e Imperial, el que en la época actual sirve de principal vía de comunicación entre las provincias de Concepción y Valdivia, tiene sólo dos pasos malos, expuestos a que se intercepten en tiempo de guerra. Desmontando en estos pasos la selva y componiendo algo el camino, quedaría establecida la principal vía militar y comercial, una de las venas en que, desde luego, empezaría a batir el primer pulso de la nueva vida de aquellos pueblos. La obra no presenta grandes dificultades, ni creo que exija gastos extraordinarios. Se trataría, antes de todo, de cortar aquel tejido de coligales, y remover los troncos de árboles caídos desde tiempos inmemoriales, que convierten cada una de las mencionadas montañas en verdaderos fuertes capaces de resistir a cualquier fuerza armada. Creo que los mismos indios se prestarían a este servicio viendo las ventajas que pueden resultarles del comercio de animales y de los diversos productos del país, que por estos caminos se establecería con ellos o con la provincia de Valdivia. Comienza, en efecto, como ya tengo dicho, a tomar mucho incremento el comercio que los habitantes del sur hacen de ganado vacuno de los llanos de Valdivia, haciéndolo pasar en partidas considerables por todo el territorio araucano sin sufrir el menor impedimento de parte de los indígenas. Antes, por el contrario, los indios se acostumbran a ver este tránsito comercial, aprovechan los pequeños regalos que los conductores de ganado les hacen, y aun les ayudan en la penosa tarea de arrear los animales por las selvas y pasajes pantanosos. Podría pues esto mismo servir de un pretexto muy justo a las autoridades fronterizas para abrir el mencionado camino y emplear a los indios en la obra. Sé que mediante la persuasión y buenos medios, y sin necesidad de recurrir a la fuerza y a la violencia, logró el comisario en tiempo del verano pasado obligar a los indios a que compusiesen un camino montañoso, antes intransitable, que conduce de Tucapel Viejo a Los Ángeles. Cuánto más fácil y acertado sería este empeño con ellos, si se tratase de favorecerlos con algún salario, por pequeño que fuera, o con algunos obsequios y regalos: lo que por otra parte sería conforme con la justicia y el bien de todos.

También hemos visto que el inmenso llano que se extiende entre las dos montañas (el llano intermedio), presenta campos abiertos, muy propios para un segundo camino militar y comercial, en que ningún obstáculo físico se opone al establecimiento de comunicaciones. En este camino, que en línea recta va de Nacimiento a San José, nada podría estorbar la marcha y los movimientos de un ejército veterano amaestrado en la táctica y disciplina y cuyo valor, apoyado en estas condiciones del arte, difícilmente podría hacer frente el arrojo brutal del indio, sin más estrategia que la robustez y pujanza de su brazo.

Establecidos de una vez y asegurados estos dos caminos principales, uno de la costa y otro de los llanos, la naturaleza misma se presta al establecimiento de algunas vías de comunicación transversales, como ya hemos dicho tratando de los valles de Imperial y de Toltén, llamados a mantener algún día poblaciones inmensas y a abrigar en su seno hermosas ciudades.

De todos modos, se puede considerar la situación física y geográfica del territorio indio del mediodía de Chile como muy propia para el plantío y progreso de la

civilización moderna. No menos aventajado se halla aquel país, tanto por su clima como por la fertilidad de sus terrenos. Allí no se conoce ni aquel aire ardiente, cargado de vapores y miasmas maléficos que con tanta fuerza y tenacidad luchan contra el hombre civilizado en las inmensas selvas y desiertos de Mainas o del Orinoco, ni aparecen aquellas pestes mortíferas que tan amedrentado tienen al extranjero en las temibles costas del Chocó y Panamá, ni se ven aquellos llanos pantanosos poblados de fieras, que se extienden sobre las embocaduras del Mississippi o del Amazonas.

Un aire sano y vivificante, renovado por las alternadas brisas del sur y del oeste, las estaciones más marcadas que en las regiones septentrionales de Chile, un suelo feraz y todo cultivable, la más bella vegetación selvática, libre de toda fiera y de todo animal ponzoñoso: todo, en fin, parece llamar a ese país a la actividad y vida del mundo cristiano y a la civilización de la sociedad moderna.

Si a esto se agrega la situación política del mismo territorio, comprendido en los límites del territorio chileno, y que no tiene más vecinos que el mar por el occidente y por el oriente la cordillera, fácil será convencerse de que, en general, cuando se trata de averiguar las causas que se han opuesto hasta ahora a la unión de los indios con la nación de que son parte integrante, y los obstáculos que tanto retardan la verdadera civilización entre ellos, no se deben buscar estas causas y obstáculos ni en el exterior del país, ni en su naturaleza física.

Antes de descender a la investigación y señalamiento de estas causas y obstáculos, no está de más que digamos algunas palabras sobre lo que llamamos verdadera civilización.

En efecto, en los tiempos en que vivimos, pocas palabras hay que se repitan con más frecuencia, entre la gente ilustrada, que la palabra civilización, y pocas tal vez cuyo sentido sea menos claro y susceptible de interpretaciones más inciertas y vagas.

Si bajo este nombre comprendemos (lo que muchos civilizadores entienden) el trato exterior del hombre, su modo de vestirse, las comodidades que sabe proporcionarse, un cierto lujo y el uso de los útiles más necesarios para la vida doméstica, su habitación y el modo en que reside en ella; si, en fin, bajo este nombre se entiende la industria del hombre, es decir, cierta inteligencia que le sirve para mejorar su bienestar físico, su modo de pelear y de negociar con sus vecinos, una cierta perspicacia y casi malicia en sus relaciones con sus semejantes, confieso que, si esto solo se llama civilización, los indios araucanos no son salvajes, y tal vez son más civilizados que una gran parte de la plebe chilena y muchos de sus civilizadores de la frontera.

En realidad, mirando con ojos despreocupados, libres del orgullo en que estamos imbuidos desde la más tierna juventud, veremos que la modesta túnica (*chiamal*) de la hija de la selva araucana y su corta mantilla o *ichella* componen, no diré un traje tan gracioso y acicalado, pero sí tan cómodo y tan decoroso y racional como el de las mujeres de muchos pueblos civilizados. Adornadas las negras trenzas de aquella india con brillantes chaquiras y rodeados su cuello y brazos de collares y brazaletes, cuál más inocente y sencillo en hechura, ¿qué tiene que repararle

el hombre civilizado? No menos modesto y grave es el traje del indio: su hermoso pelo unido con una faja bordada a modo de diadema, no tiene nada de bárbaro ni salvaje. En sus casas reina el orden, la tranquilidad, la sumisión al jefe de la familia, en fin, todos aquellos dones que harían la envidia de muchas familias de los pueblos civilizados. Sus campos bien cultivados y cercados, sus ganados gordos, la abundancia de fruta, de legumbres y de bebidas espirituosas, ofrecen con qué asegurar el bienestar de muchos pueblos que se tienen por muy avanzados en usos y costumbres. Y no son menos diestros para el comercio los que entre ellos comienzan a ocuparse de este negocio: porque al decir de los mismos cristianos que con ellos comercian, no se descuidan a veces estos indios en jugarles sus buenas chuecas a sus mercantiles maestros.

Y, en fin, si sus casas, aunque parecen palacios comparadas con miles de ranchos de la parte civilizada de Chile, no tienen todavía la comodidad y el aseo de las casas de nuestras ciudades y haciendas; si en ellas el lugar de las sillas lo ocupan todavía unos banquillos cubiertos con blandos cueros y tejidos; si en sus mesas ningún metal precioso reemplaza todavía los platos y las cucharas de palo; si, en fin, su industria no ha pasado todavía del uso del arado, sus fábricas del tejido de ponchos y de *chiamales*, tienen, por otra parte, con qué aventajar a muchos buenos industriales, con su lanza y vigoroso brazo, con su desprecio a la muerte y su amor a la libertad y a la independencia.

No pueden ser, por consiguiente, las ventajas que ofrece la civilización material, las que dan al hombre verdaderamente civilizado el derecho, diré más, las que le imponen la obligación de aspirar a la reducción de los que él considera como atrasados en su estado social: pues, a decir verdad, no merecerían, a mi modo de ver, estas ventajas el consumo de un cartucho de pólvora, y mucho menos el sacrificio de la vida de uno solo de aquellos celosos filántropos que tanto cariño les profesan a los indígenas: la reducción sería una mera conquista.

Mucho más nobles y elevadas han sido las miras que han movido a los pueblos, a aquellos que en realidad contribuyeron al progreso de la humanidad en la senda de la verdadera civilización y del bienestar moral del hombre, aun cuando una imperiosa o mal entendida necesidad, un alucinamiento momentáneo o exaltación desmesurada les haya hecho apelar a la fuerza. Elevación del alma y del pensamiento, convicciones fuertes, nacionales, la dignidad del hombre y su felicidad moral en éste y en el otro mundo, amor a la libertad y a las verdades eternas, sublimes; en fin, el alto interés por el verdadero destino del hombre, éstos han sido siempre los elementos de toda acción grande en las naciones, cuya única fuerza y única fuente de inspiraciones consistían en la fe y en las creencias religiosas.

Consideremos, pues, bajo este punto de vista la obra de reducción y civilización de los indios; con estos sentimientos ocupémonos de ella, y examinemos los medios que tiene en su poder la nación chilena para incorporar en su nacionalidad católico-republicana el más noble vástago del hombre americano.

Permítaseme en esto hablar sin miramiento de las personas ni opiniones más acreditadas en la época actual: no escribo para lisonjear, quiero decir lo que pienso y lo que creo útil que se diga.

Comencemos antes de todo por confesar que, a pesar del verdadero progreso de que con razón se gloria Chile desde la época de su independencia, muy poco ha hecho hasta ahora esta república para la obra de la civilización y reducción de los indios. Tengamos presente que las guerras que por tantos años desolaban sus provincias meridionales, la civilización cristiana, en lugar de continuar a extender su propaganda entre los indios, no hacía otra cosa más que buscar entre ellos compañeros de armas para armarlos contra sí misma. Peleando en las filas de sus civilizadores, vieron ellos la civilización en su más horrible y más depravado delirio: ayudaron a los cristianos a derramar la sangre cristiana. Cebados en esta misma sangre se echaron después sobre los mismos camaradas que los habían provocado a la lid contra sus hermanos. Quedaron arruinadas las misiones; desoída la autoridad de comisarios y capitanes de indios; huyeron los pocos sacerdotes que había; los campos fueron devastados; toda la Isla del Laja hasta Antuco y Tucapel Nuevo, todas las posesiones litorales del actual departamento de Lautaro quedaron arruinadas; campeaba libremente en la hermosas viñas de las Canteras el desenfrenado y cruel pehuenche.

Estas conmociones tan perjudiciales a la civilización de los indígenas no han podido hacer menos que echar raíces de odios recíprocos y de rencores. Desencantado de aquella idea de superioridad moral con que se había acostumbrado a mirar a los cristianos, el bárbaro no entendía ni podía comprender el verdadero motivo de la guerra: la consideraba como una buena y muy oportuna ocasión para descargar su pesado brazo sobre los que pretendían serle superiores en ilustración. Ciego a las cualidades más nobles y morales de sus instigadores, no tenía ojos y oídos sino para copiar sus vicios y remedar sus extravíos.

Harta sangre les ha costado después a los chilenos el trabajo de detener a aquella furibunda gente que a gritos desaforados pedía la continuación de la guerra en lugar de la civilización y de la paz que se le ofrecía. Largas y molestas campañas, dirigidas por los más ilustres jefes de la república, apenas bastaron para sosegar la Araucanía. Hubieron de organizarse las milicias de la frontera y las guarniciones de veteranos, a fin de mantenerla en respeto; y gracias a este aparato de fuerza, ha quedado el indio quieto, sufrido, disimulando su pasión a la guerra y sus antiguos rencores.

¿Debería, pues, la nación chilena permanecer en esta actitud pasiva con respecto a sus hermanos y limitarse a ostentar aquel aparato de fuerzas, cuando su misión es tan elevada y sus obligaciones la llaman a emprender otra tarea más sagrada y civilizadora?

Seguro estoy de que no hay un solo chileno que diga *sí*. Varias medidas aun ha tomado en esos últimos tiempos el supremo gobierno para empezar esta importante obra. Con razón sus primeros pasos se dirigen hacia los indios fronterizos y sus primeros esfuerzos consisten en restablecer las antiguas misiones, en organizar las autoridades competentes y en asegurar la paz y la tranquilidad a la población cristiana que se halla en contacto con ellas. Puede la época actual considerarse como la más propia y ventajosa para llevar adelante tales empresas. Cada día es más sensible para las provincias del sur la falta que les hace la reducción y la civilización de

los araucanos. El gobierno como los particulares, todo igualmente dirigen su atención hacia este punto que va a decidir la suerte del sur de Chile; solamente hay, según parece, disidencia en las opiniones sobre los medios que se han de poner en práctica para lograr el fin, porque por su parte clama la humanidad.

Tres son las opiniones o, diré, sistemas de opiniones que he oído repetir, hablando sobre este asunto con las personas que tenían conocimiento del país y de sus habitantes. Estas opiniones no son puramente modos de pensar o teorías emitidas verbalmente, sino que también son el eco de sistemas distintos, cuya aplicación se ha tratado de poner a prueba en diversas ocasiones.

El primer sistema se funda casi exclusivamente en la fuerza, en el terror, en la propaganda por las armas. Es menester confesar que la mayor parte de los que participan de esta opinión son los que han peleado contra los indios, muchos de los antiguos campeones. Esta opinión merece que nos detengamos a examinarla por cuanto es la expresión de los sentimientos de varias personas moderadas, de talento y probidad, de militares valientes y buenos patriotas.

Los partidarios de este sistema sostienen que el indio, por la naturaleza de su carácter, es indomable, enemigo encarnizado de los cristianos, traicionero, feroz, opuesto a todo orden y disciplina, altanero y atrevido. Pero observemos que estas mismas personas son las que lo han visto y conocido en la guerra, tratándolo a punta de sable e ingeniando arbitrios para exaltar su furor belicoso; y preguntemos, a los que lo saben, si el hombre aun civilizado dista mucho de lo que es una fiera, cuando le tocan el tambor y le hacen sonar la trompeta en el campo de batalla.

Nada por cierto hay en este mundo más noble, más hermoso ni más elevado que el valor de un soldado, cuando le sirve este valor para sostener una causa santa y meritoria, para hacer triunfar algún principio vital de la humanidad, para defender la fe y la libertad de los pueblos contra sus opresores. La moral de estos mismos principios, fundada en el genio del cristianismo, fue la que ennobleció al mismo valor y lo decoró con virtudes caballerescas, que son la generosidad, la lealtad, el honor, el desprendimiento. Pero estos principios no los conoce todavía el indio: ciego a la luz divina y a la fraternidad de los pueblos cristianos, y esclavo de sus pasiones impetuosas, para él la guerra es la única ley, el código que le permite hacer todo lo que puede en daño de sus enemigos. Traten pues de introducir primero esta luz entre ellos, procuren con caridad abrirles la vista y el corazón, denles a conocer la verdadera fuerza y el poder de la civilización moderna, y verán entonces lo que son el carácter indio y su alma.

Este carácter, si se le examina en su estado normal, es decir, en tiempo de paz, porque el hombre ha sido creado para la paz y no para la guerra, este carácter es afable, honrado, susceptible de las más nobles virtudes, hospitalario, amigo de la quietud y del orden, amante de su patria y por consiguiente de la independencia de sus hogares, circunspecto, serio, enérgico: parece nacido para ser buen ciudadano.

Los hombres de este temple no se convencen con las armas: con ellas sólo se exterminan o se envilecen. En ambos casos la reducción sería un crimen cometido a costa de la más preciosa sangre chilena.

Otra opinión, la que con frecuencia he oído repetir a los hombres de la frontera y aun en otras partes a muchos buenos e ilustrados chilenos, es que en realidad la fuerza armada no sirve sino para exasperar a los indios y para causar un atraso muy grande en su civilización; que se les debe dejar en paz, sin meterse a imponerles *frayles* que son *cosas de verdadera intolerancia*; que, en fin, el mejor modo de reducirlos consistiría en tratar de suavizar sus costumbres mediante el comercio y la política.

¡Mediante el comercio y la política! Dos palabras muy en boga en nuestra época, muy del siglo, como suelen decir los que poco estudian este mismo siglo tan fecundo en acciones y pensamientos grandes. En efecto, ¡qué idea tan seductora es el hacer cesar el ruido de las armas, respetar las creencias (por más torpes y absurdas que sean) e ilustrar, moralizar y suavizar a la gente mediante el comercio y la política! Queda sólo por saber lo que entienden los partidarios de este sistema por las palabras comercio y política.

El comercio con los araucanos consiste hasta ahora en el que hacen algunos buhoneros sueltos que, con una carga de pacotilla, se llevan traficando por el territorio de los indios de una casa a otra, cambiando con ellos el añil, la chaquirá, los pañuelos e infinidad de otras frioleras por los ponchos, piñones, bueyes y caballos. Muy pocas producciones de su industria tienen todavía los indios que puedan ofrecer a cambio de aquellos objetos de pequeño lujo y comodidad con que los tratan de amansar los negociantes. La moneda casi no se conoce todavía entre ellos, y todo el cambalache se hace de un modo tan grosero que la ventaja queda siempre para el más diestro. Yo quisiera preguntar a los que han tratado a aquellos tenderos ambulantes si de veras los consideran capaces de civilizar a los indios y, sobre todo, de amaestrarlos en la moral y la justicia. Quisiera preguntar a los que se entregan a ese pequeño comercio, ¿hasta qué punto se hallan interesados en la civilización de los indígenas, cuya incredulidad e ignorancia tanta cuenta les hace explotar, sea cual fuere el destino moral del hombre y su estado social?

Sé que en los últimos tiempos, a consecuencia de unos abusos y engaños cometidos por los traficantes que se internaban en el territorio indio, por causa de unos chismes y falsedades que ellos mismos esparcían entre los araucanos, la autoridad creyó que era oportuno prohibirles la entrada en dicho territorio, pensando que con esta prohibición se hallarían obligados los indios a irlos a buscar a las ciudades fronterizas para el cambalache de sus productos.

Mucho se ha censurado aquella medida, sin que hubiese quien negase la existencia del mal que aquellos misioneros financistas dejaban en el ánimo de los indígenas con su propaganda mercantil.

Más sutil y susceptible de diversas interpretaciones es la palabra política, tomada en el sentido relativo a la obra de la reducción de los indios.

Esta palabra, si se hace un estudio particular de los hombres que la usan, viene muchas veces a tener el mismo significado que lo que en el lenguaje del mundo llaman diplomacia, y lo que a veces, en el idioma vulgar, sencillito, claro, no quiere decir otra cosa sino engaño legal o pillería. Insinuarse en el ánimo del indio fomentando en él el amor al lujo y a las comodidades que lo afemenen, lisonjear su

amor propio, excitándolo a que entre en competencia con sus hermanos, sembrar discordia entre ellos mismos y echar, si se puede, a unos sobre otros para que se destruyan mutuamente o que vayan siquiera a solicitar protección a sus vecinos, quitarles sus tierras por una nada, una friolera, y bajo el pretexto de compras o arriendos, irlos arrinconando blanda y suavemente, sin asegurarles ventaja alguna proporcional a las nuevas adquisiciones de los unos y pérdida de terrenos de los otros; en fin, ir ganando el espacio y manteniendo cuidadosamente la ignorancia y la superstición, procurando sobre todo adormecer la antigua energía y el valor pasado: he aquí lo que muchas veces llaman *política* y lo que se aconseja poner en práctica, lo que desgraciadamente se practica de cuando en cuando por los pretendidos civilizadores.

Es excusado que me extienda en probar que este modo de proceder, esta especie de política, no es compatible con el carácter franco y generoso de una nación como Chile e indigno de un cristiano. Toda acción inmoral en sí misma es perjudicial a la humanidad, por más que sus resultados inmediatos prometan algún bien momentáneo y ficticio: el castigo llega tarde, a veces, pero nunca falta. Terrible es la tentación a que se expone un hombre poderoso y diestro, cuando se le presenta la ocasión de sacar ventaja de la inferioridad moral o física de su vecino, y nunca le falta la razón capciosa y engañadora que allí está siempre para paliar y disculpar cualquier injusticia con las pérfidas palabras de necesidad y conveniencia. Pero las naciones tienen su conciencia como los individuos, y no se calman los remordimientos con palabras.

Me abstendré, por consiguiente, del trabajo de analizar o disecar aquel sistema de civilización: sistema menos racional y eficaz y no menos inmoral que el primero.

La tercera opinión, o el tercer sistema, que prevalece entre la gente llamada a pensar y a ocuparse de este asunto es un sistema de reducción, está fundado en la educación religiosa e intelectual de los indígenas. Este sistema es el que, según entiendo, ha adoptado el supremo gobierno de la república, y único que merece un examen serio y detenido en cuanto a los medios.

En virtud de este sistema, lo que se propone es conservar el vigor y el temple del antiguo carácter araucano, realzando su dignidad moral e intelectual mediante el cristianismo.

En realidad, sin este medio, ¿qué vínculo firme y durable puede unir a la gente indígena con los chilenos? ¿Qué modo de entenderse con ella? ¿Y de qué otro modo se dejaría ella, tan ciega y altanera, arrastrar tras el orgulloso carro de la civilización? ¿Puede haber acaso paz, fraternidad, fusión de intereses y nacionalidades entre pueblos que no adoran al mismo Dios?

La repuesta es clara y conocida. No ha sido porque desconfíe yo del buen sentido y del sentimiento nacional de Chile, que la he provocado, sino para indicar un punto de partida para el examen del asunto que nos ocupa.

El objeto principal que se propone, en la reducción de los indios, no debe ser el de crear desde luego entre ellos buenos comerciantes, artesanos y fabricantes; tampoco el de hacerles olvidar el manejo de armas, de acobardarlos o afeminarlos

con el lujo y la molicie; en fin, el de empobrecerlos para que sean sumisos. El objeto no puede ser otro que el de reformar aquellas ideas, costumbres e inclinaciones de la población india, que más se oponen a su verdadera civilización. Y ahora, si no buscamos los principales medios para esto en la fe y la luz divina, ¿de qué modo conseguiremos que el indio, libre y voluntariamente, se desprenda de su vida de serrallo, de sus juntas y borracheras, de sus brujos y adivinos? ¿Con qué motivo renunciaría él a sus leyes de venganza y a su natural derecho de dañar a su enemigo sin reparar en medios ni arbitrios? ¿Y con qué argumentos, promesas o raciocinios se le haría emancipar a sus mujeres, hijos y esclavos?, y mientras existan estas leyes y costumbres, ¿podrá un indio llamarse chileno?

No nos engañemos con falsas apariencias: un hombre salvaje es más consecuente con sus falsos principios, o con su falta de principios, y con lo que le acomoda más, que un hombre civilizado cuando a este último le faltan la fe y los principios que en ella se fundan. Aquél no hace nada por imitación, por conveniencia o no sé por qué miseria del siglo: mata a lo que odia, da gusto a sus apetitos, goza de lo que le agrada; capaz mil veces de morir por sus antojos y convicciones, que en él ni se alteran ni se debilitan por algún sofisma o artificio de palabras.

Es pues necesario obrar en lo más profundo de su corazón, penetrar en los secretos recónditos de su alma, ablandar su natural dureza y hacerle participar de la verdadera luz. Hay obligación, de parte del hombre civilizado, de presentar al indio a esta misma civilización por su lado más lisonjero, más noble, más humano, procurando, en cuanto sea posible, apartar de su vista lo inmoral de las miserias que forman su triste séquito.

Se ve que todo esto puede conseguirse, en primer lugar, mediante una propaganda de misiones, desempeñadas por un clero enérgico, virtuoso, instruido en el idioma de los indígenas, paciente y trabajador; en segundo lugar, mediante una estricta justicia y buenos ejemplos de parte de las autoridades y de los hombres que se pongan en contacto inmediato con los indios.

En realidad, comenzando por estas últimas consideraciones, figurémonos a un indio cargado con todos los vicios que se le atribuyen, borracho, ladrón, traicionero, pillo, desconfiado, cruel, material en sus goces e inclinaciones; y désele por capitán de indios, por agente de autoridad y de policía, por maestro, por comerciante, en fin, por vecino, a un cristiano que sea también adicto al licor, carnal en sus apetitos, no muy creyente en su propia religión y que no piense en otra cosa más que en sacar utilidad del mismo indio, engañándolo, quitándole sus terrenos, sus bueyes, sus caballos, pronto a tomar venganza con inaudita crueldad, por la menor seña de lo que él llama traición en un indio, pregunto si en tal caso podrán avanzar la reducción y la civilización del indígena. Los dos beberán juntos, se embriagarán con un mismo licor, quizá robarán en compañía, pelearán y, al cabo de algún tiempo, en vez de ser el indio el convertido por el cristiano, saldremos con que en realidad el cristiano será el que se habrá pasado a la condición del indio.

Hay algo más que decir en esto. Un cristiano se entrega al juego, a la embriaguez, a la corrupción a pesar de los goces más nobles y elevados que le proporcionan su religión y el estado de civilización en que vive; un indio va a buscar

sus juntas, sus juegos, sus malones, trata de aumentar su serrallo en virtud de los principios y de las leyes que sus antepasados le transmitieron, y en virtud de esta misma convicción de que no hay otros mejores goces en este ni en el otro mundo; ni tampoco conoce mejor modo de honrar la memoria de sus padres o de adquirir buena fama entre los suyos que el imitar el ejemplo que éstos le dejaron. Un cristiano roba un caballo a pesar de los principios y mandamientos de su religión y, por consiguiente, lo hace movido por un sentimiento de depravación que en su propio concepto rebaja su condición moral; un indio cometerá esta misma acción en virtud del derecho que cree tener para apoderarse de un caballo ajeno en reemplazo del que le habían robado. Y con todo esto, se ven en tiempo de paz más desarreglos, borracheras, robos y pillerías de toda clase en las fronteras del territorio indio que en su interior.

Con frecuencia oirá el viajero que visite Concepción y los pueblos fronterizos de Arauco,

“que hay entre los cristianos de la frontera hombres mil veces peores que los indios, y que inspira más confianza la palabra de éstos que la escritura de un cristiano”.

No me atrevo a adherirme a esta opinión, que por su exageración misma lleva el carácter de las pasiones y del descontento de los que la emiten. No hago otra cosa más que señalarla con el objeto de indicar que, el mal de que hablo, no debe ser enteramente infundado y ha de llamar la vigilancia de las autoridades.

Los vicios se pegan al hombre con más prontitud y eficacia que la peste y las enfermedades contagiosas. La enmienda de sus desarreglos sólo puede lograrla en vista de la frugalidad y moderación de otro semejante suyo, que sea de mayor fuerza de ánimo y de alma más elevada. No se cura un ciudadano malo de su propensión a la traición, a las venganzas y a la rebelión contra todo orden, sino mediante la lealtad, la generosidad y la sumisión a las leyes de los que se hallan en contacto con él. Y tal es el destino de toda lucha entre los vicios y las medias virtudes, que muchas veces no triunfando estas últimas, son los primeros los que se apoderan de los dos partidos beligerantes, para sumirlos, sin distinción de vencedores y de vencidos, en un mismo precipicio de perdición.

Resulta, de lo expuesto, que las principales medidas que se han de recomendar al supremo gobierno deben ser:

- 1° La de organizar del mejor modo posible la población cristiana limítrofe, proveyéndola de buenos curas, escuelas y gobernantes;
- 2° La de buscar entre ellas o en otras partes de la república, hombres honrados, sobrios, desinteresados y valientes para ponerlos al mando de las capitánías de indios, dotándolos con buenos sueldos y buenas instrucciones.

Con esto se empezaría una campaña larga, justa y pacífica, en la cual, mientras los misioneros y los escogidos capitanes de indios con sus respectivos jefes formasen la vanguardia y el único cuerpo militante, organizadas entre la población fronteriza las milicias sirvieran para tener en respeto a los reducidos y a los que quedasen por reducir.

Habría aquí mucho que decir sobre el asunto de los curas y en particular sobre la escasez de iglesias y buenos sacerdotes en la frontera de los indios. Pero sé que este asunto ha llamado la atención particular de las autoridades y que se han tomado varias medidas de importancia sobre esto, se han exigido exámenes de los curas y se han hecho indagaciones sobre su conducta y celo. Nótese que en toda la población cristiana litoral que se extiende desde San Pedro sobre el Biobío hasta Tucapel Viejo, es decir, en una extensión de 35 leguas, no ha habido hasta ahora más que un cura y un misionero en la plaza de Arauco y un cura en Colcura. Con una misión recién establecida en Tucapel y un curato que quedaría por establecerse en la boca del río Lebu, avanzaría mucho la civilización moral de aquella parte. En toda la isla, en aquellos llanos comprendidos entre el río del Laja y el Biobío, agregando a esto, situadas en frente de dichos llanos, las cordilleras de Antuco y de Santa Bárbara hasta la frontera de los pehuenches, no ha habido, si no me equivoco, más que un sacerdote en Los Ángeles, uno en Nacimiento y otro en el pequeño pueblo de Antuco, a la entrada de las cordilleras de este nombre.

Ya hemos dicho de qué importancia es para la república este último punto, y de esto se puede inferir cuánto empeño han de tomar el gobierno y la autoridad eclesiástica de aquella provincia en proveer el indicado pueblo con sacerdotes de alta virtud y religioso celo y, sobre todo, cuánto respecto a esto debe estimularse la atención de las autoridades de la villa de Los Ángeles, destinada tal vez a ser la capital de una de las más hermosas provincias de Chile.

En un estado más aventajado se halla la población de la frontera meridional del mismo territorio indio, la que pertenece a la provincia de Valdivia. Establecidas desde muchos años en esta provincia las misiones, han suplido en parte la falta de los curatos. Una población india que no baja de cuatro a cinco mil almas, reducida y casi toda ganada para el cristianismo, se ve allí repartida y mezclada con la gente blanca, sometida a las mismas leyes y, con poca diferencia, al mismo común régimen administrativo. Ocho misioneros, establecidos en las diversas partes de esta provincia con la dotación de 348 pesos cada uno, y ocho escuelas agregadas a estas misiones con preceptores pagados por el gobierno, forman por ahora un cuadro bastante halagüeño para el porvenir de los indios de Valdivia; atendiendo sobre todo a lo que en este ramo, con tan justos motivos, se espera de la cooperación y del conocido celo del ilustre prelado que ocupa actualmente la silla del obispado de Chiloé. Solamente sería de desear que, desde luego, las misiones se concentrasen más al norte, hacia la frontera de los indios de Villarrica, donde por ahora no hay más que un misionero en el pueblo limítrofe de San José; y que haya la mejor armonía posible entre los misioneros y los curas, no debiendo reinar entre ellos otra competencia más que la de aventajarse unos a otros en el celo con que todos indistintamente han de cooperar al mismo fin y objeto.

En cuanto a las misiones y los misioneros, poco hay que agregar a lo que desde los tiempos de la conquista ha enseñado la experiencia. Con justicia, se ha distinguido siempre a los curas y al clero destinado a ayudarlos en el desempeño de sus curatos, de los verdaderos misioneros ocupados exclusivamente en la propaganda de la fe entre los gentiles. Aquellos velan especialmente en la moral y religión de lo

que en la frontera llaman comúnmente gente española, y de cuyas relaciones con los indios pende en gran parte, según mi modo de ver, la moral y la civilización de estos últimos, mientras que los misioneros tienen que hacer un estudio particular del carácter y del idioma indio, requieren para su vida una regla más estricta, se hallan bajo distintas leyes y distintas autoridades, y con razón deben estar unidos bajo la dirección de un solo jefe o prefecto de misiones.

Dos colegios de misioneros, o colegios de propaganda, establecidos uno en Chillán y otro en Castro, proporcionarán sin duda sujetos inteligentes para aumentar el número de misiones que no pasa por ahora de doce. Cuatro de éstas se hallan, como ya he dicho, en la frontera septentrional (en Tucapel Viejo, en Arauco, Santa Juana y Nacimiento) y ocho en la provincia de Valdivia, habiendo solamente una de estas últimas, la de San José, en la frontera meridional de los indios no reducidos. En ninguna de estas misiones hay más de un sacerdote y sería de desear que, al menos en las más avanzadas hubiese, en cada una dos. Con el mayor placer he visto en una de las misiones de Valdivia una pequeña escuela compuesta de unos quince indios de edad de diez a doce años, y a cuya mantención contribuye mucho el sueldo de 40 pesos anuales que el gobierno paga a cada cacique que mande a cualquier escuela doce alumnos de su reducción. Es también de advertir que a todos los niños en las escuelas tienen la obligación de mantener de balde los misioneros, a cuya mantención contribuye también el Estado.

No cabe duda de que todas éstas y muchas otras disposiciones que se han puesto en práctica, harían acelerar mucho la obra de la civilización moral y religiosa de los indios, si, en primer lugar, los misioneros actuales se adiestrasen mejor en el idioma araucano, imitando en esto el ejemplo de los antiguos misioneros españoles y, en segundo lugar, si se pudiese traer de Europa algunos misioneros de aquellos colegios de propaganda de León y de París, que todos los años suministran tantos sabios y valientes varones a las misiones de Cochinchina, de las Indias Orientales, de las islas del Pacífico, etcétera.

Partiendo entonces de la línea de las misiones actuales, establecidas por el lado del norte en Tucapel, Arauco y Nacimiento, se comenzaría por extender esta línea hasta la cordillera colocando una misión en Santa Bárbara, en donde, desde tiempos muy antiguos, ha habido un misionero. Afirmando en seguida el punto más importante y más avanzado que es el de Tucapel, se levantarían consecutivamente misiones en Angol, en Purén y en algún punto entre los indios subandinos (por ejemplo, entre los quechereguas), para ponerse en una misma latitud con la misión de Tucapel. Entonces habría tiempo para pensar en extender estas misiones a la desgraciada Imperial, que es el corazón de la nación india, el lugar donde las misiones del norte darían la mano a las del sur, que simultáneamente hubiesen avanzado ocupando los importantes puntos de Villarrica, Maquegua, Boroa y Cholchol.

Pasemos ahora a la parte gubernativa y al régimen interior que convendría establecer en aquella parte del territorio en que habría de colocarse el teatro de la indicada campaña.

Siendo las relaciones entre los indios que están reduciéndose y los cristianos muy distintas de las que existen entre los ciudadanos de una nación civilizada, es

justo que también el gobierno interior, la administración y las leyes a que se sometan dichos indios sean por ahora de distinto orden de lo que se pone en práctica en las demás partes de Chile. Este orden de cosas sería interino, aplicable a las circunstancias y necesidades del tiempo.

Atendiendo a que para toda acción enérgica, pronta y eficaz, lo que se requiere más es la unidad del poder y la sencillez de los medios, conviene que toda la obra de la reducción de los indios, como también todo el país comprendido entre los ríos Biobío y Cruces, compuesto por las nuevas reducciones de indios, y aun los pueblos de la frontera, se pongan bajo el mando de un solo jefe militar y civil, que sea al mismo tiempo comandante de las milicias de la frontera, jefe de las guarniciones y comisario general de indios. Este jefe, que además de tener conocimiento del país y de poseer otras cualidades que exige un puesto tan elevado e importante, debería ser un verdadero creyente, celoso por la civilización moral y religiosa de los indígenas, debería tratar de entenderse directamente con el jefe de las misiones y mantener con él, en la mejor armonía, las relaciones más estrechas.

Este jefe gobernaría en las *reducciones* mediante los misioneros y los capitanes de indios.

En cada reducción, o cada dos o tres reducciones, debe haber un misionero y un capitán de indios: dos autoridades que, hallándose de acuerdo una con otra, servirían al mismo tiempo de jueces del lugar. Sólo en caso de haber entre ellos divergencia de opiniones (se entiende en materias de pleitos y disensiones entre los indios) acudirían al jefe civil y militar para remediar el mal lo más pronto posible.

Fácil es presumir que, estando en todo caso el mencionado jefe al cabo de la conducta pública y privada tanto del capitán de indios como del misionero, guardaría la más estricta imparcialidad con ellos.

Insisto mucho sobre la necesidad y la suma importancia que hay en que la autoridad civil trate de guardar siempre la mejor armonía con los misioneros y los auxilie cooperando, en cuanto sea posible, a la obra de la propaganda con una fe y convicción sincera y no por cálculo o consideraciones de política. Por culpa de la desarmonía que la mayoría de las veces proviene, según entiendo, de la falta de caridad y de la mencionada fe, años enteros de trabajo se pierden con una sola medida desacertada, sea cual fuere su origen. Citaré un hecho que tengo de uno de los más celosos misioneros del sur.

Hace algunos años que, por haberse prolongado el mal tiempo por el espacio de veinte días en la estación de las cosechas, los indios de una reducción, por grandes temores se vieron sobrecogidos, recelando que se les echasen a perder sus mieses. Viéndolos afligidos, el misionero los reúne y les hace rogativas; pero no cesaba de llover, como para probar la paciencia y la fe de los hombres. Se juntan entonces los principales de dicha reducción y van a pedir a su misionero que les permita hacer una junta a la manera antigua, con borracheras y mil prácticas supersticiosas en honor de Pillán, de quien esperaban más que del Dios de los cristianos. ¿Qué tristeza y angustia causaría en el corazón de buen misionero semejante solicitud de sus feligreses? Horrorizado con tal pensamiento, los reconviene, los tranquiliza, les hace ver la enormidad del crimen a que los arrastra la ignorancia y les manda

asistir a sus rogativas. Pero llovía y los indios, con la vista vuelta hacia sus campos anegados, fluctuaban entre la fe en el Dios verdadero y la esperanza en sus antiguos dioses. Movidos en esto por el ente malo de sus antepasados, acuden a la autoridad civil, se humillan, ostentan su docilidad, sumisión, cordura; alegan que una junta, una ceremonia tan inocente no puede hacer perjuicio ni al gobierno ni al padre (misionero); que sólo por una vez piden el favor de que se les permita renovar las ceremonias de sus padres para aplacar el enojo del antiguo Dios a quien habían servido antes. Conmovido con tanta sencillez de los pobres indios, el jefe, admitiendo que no podría causar males de mucha trascendencia cosa tan inocente y, antes bien, podría asegurar la fidelidad de aquella gente, les da permiso para hacer la junta sin decir nada al misionero. Corren los alborotados indios a sus casas, convocan al instante una numerosa junta, hacen sus sacrificios, se embriagan y con sus profanos gritos y alaridos, que hacen estremecer las selvas y espantarse la tempestad misma, invocan a sus falsas divinidades y al demonio.

El hecho es que después de una lluvia de más de treinta días se aclaró el cielo y, cuando encantado con la hermosura del día salió el misionero para dar gracias al Dios infinito por su misericordia, se encontró con los indios que en voz firme y altanera celebraban el haber conseguido con su Pillán lo que no habían podido conseguir con el Dios de los cristianos. Harto trabajo después costó al padre sosegar a los indios, y nunca desde entonces pudo quitarles la impresión que este acontecimiento ha causado en sus ánimos.

Muy a menudo pueden reproducirse ejemplos de esta naturaleza. Los indios, en general, son hábiles y diestros para entender las relaciones que ligan a su misionero con su capitán de indios y el comisario. No cabe duda de que uno de los principales deberes del misionero debe ser el de inspirar al indio un verdadero respeto y sumisión a las autoridades civiles; pero también debe ser de obligación para estas últimas tratar de rodear al misionero de muchas consideraciones; las que lejos de perjudicar la dignidad de estas autoridades, le dan mayor realce a los ojos del indígena.

Es necesario distinguir entre los indios que permanecen en el estado de una independencia completa, de los que ya se hallan medio reducidos o acostumbrados a someterse de cuando en cuando a las disposiciones de los capitanes de indios, del misionero o del comisario. Ahora existe, y desde mucho tiempo ha existido entre estos últimos indios, la costumbre que en caso de alguna desavenencia entre ellos, de algún robo o de alguna muerte, pelea o disputa, van primero a sus respectivos caciques, los que fallan y les imponen la obligación de conformarse con la sentencia. De estas sentencias, cuando no quieren conformarse con ellas, apelan los indios al misionero o a los capitanes, y después todavía les queda el recurso de acudir al comisario.

Esta costumbre, admitida en la mayoría de las reducciones de la frontera, indicaría, a mi modo de ver, el mejor sistema para un arreglo interino de la jurisdicción en todo el territorio indio sin necesidad de recurrir a la autoridad de los subdelegados y jueces ordinarios.

El misionero y el capitán de indios podrían ser los únicos jueces en la sociedad naciente de aquel pueblo, y sus fallos, en materias civiles y criminales, deberían

ser revisados sólo por el jefe civil y militar de aquel territorio, evitando cuanto sea posible las tramitaciones y demoras que puedan perjudicar a los litigantes y dar motivo y pábulo al engaño.

Los pleitos y las contiendas entre aquella gente sencilla, y en realidad poco avanzada en la civilización, son como sus enfermedades y males físicos: no presentan aquella complicación refinada en malicia y pasiones que hace multiplicar al infinito las leyes de una nación culta. La mayoría de las causas y diferencias que entre ellos se suscitan, deben tener su código de leyes y sus procedimientos en el buen sentido y el buen corazón de sus misioneros y capitanes.

Estas consideraciones me han sido sugeridas por el estado de los indios de Valdivia, los que, hallándose ya reducidos y en la mayor parte bautizados, pero todavía sumergidos en la ignorancia y en los vicios, se hallan sujetos a la jurisdicción ordinaria de los subdelegados, que muchas veces no omiten ocasión alguna para sembrar entre ellos gérmenes de discordia, haciéndose después pagar por los escritos y documentos que los indios no saben leer ni entienden. En realidad, ¿qué garantía puede ofrecer a un indio cualquier procedimiento judicial que tanta latitud da a la malicia y astucia de los jueces, cuando éstos se hallan sumergidos en los mismos vicios que el indígena y protegidos por la misma complicación de leyes y procedimientos? A esta causa he oído atribuir la pobreza de dichos indios de Valdivia y su abatimiento, cuyo estado lamentable muy mala impresión produce en el ánimo de los independientes del otro lado de Toltén, recelosos de la justicia de las leyes y de los jueces de sus vecinos.

En general, el estudio de la condición en que se encuentran actualmente los indios de Valdivia, y la indagación de las causas de sus males y de sus sufrimientos, pueden suministrar al gobierno muy importantes datos para el arreglo de la conducta que de aquí en adelante se deberá observar para con los indios araucanos.

Una instrucción clara y sencilla, relativa a la administración de la justicia para los casos más comunes entre los indios, y un arreglo del orden judicial que se debería observar entre el misionero, el capitán de indios y el jefe supremo, bastaría, por ahora, para allanar a este respecto las dificultades e inconvenientes de que nunca han cesado de quejarse tanto los indígenas como las autoridades. Pasemos ahora al otro asunto no menos importante que el anterior, cual es el modo de adquirir y poblar los terrenos pertenecientes a los indios.

Nadie ignora que uno de los modos más eficaces para avanzar la civilización entre los indios consiste en ir adquiriendo terrenos incultos que, sin destino alguno para ellos, al paso que no les ofrecen la más pequeña utilidad, podrían quedar siglos enteros en sus manos sin que llenasen para con la humanidad el objeto a que han sido destinados por la Providencia. ¿Qué cosa hay, por otra parte, más racional que el tratar de poblar los terrenos desiertos que por su fertilidad y situación prometen grandes ventajas? Pero no olvidemos que estos terrenos tienen propietarios, hijos de los dueños que los poseían desde tiempos inmemoriales, y que, por lo mismo, estos terrenos han de ponerse bajo la garantía de las leyes llamadas a plantear la civilización en aquel suelo. De allí, me parece, viene la necesidad de someter las compras de los indicados terrenos a un arreglo fijo, el

más justo posible, y sentar todo trato con los indígenas en el pie de una igualdad racional.

Dos cosas en este asunto han de llamar particularmente la atención de las autoridades: el precio y los límites. El precio debería resultar de un convenio libre entre los propietarios y los compradores, y ninguna compra habría de hacerse sin participación de las autoridades, tratando, si fuese posible, de que se verificase la tasación del terreno a tanto por cada cuadra y no de un modo vago e incierto como ha sucedido hasta ahora. Cerrado el trato, se han de fijar los límites del terreno vendido por un hombre inteligente, un agrimensor, delegado para este efecto por el mismo jefe o comandante.

Convendría que el gobierno mismo interviniese en estas compras, de tal modo que él de su cuenta fuese comprador de los terrenos y los vendiese al contado o los repartiase según creyere más conveniente, como lo hace, si no me equivoco, el gobierno de Estados Unidos en la compra de los terrenos abandonados por los indios. Tengo solamente que agregar algunas observaciones a este asunto.

En primer lugar: siendo del mayor interés para Chile que todos los terrenos de que pudieran desprenderse por ahora los indios, se poblasen lo más pronto posible con gente cristiana, trabajadora y capaz de defender las fronteras contra cualquier alzamiento de aquéllos, sería, a mi modo de ver, cosa muy perjudicial para la república que se formasen desde luego en las fronteras del territorio indio y en medio de las nuevas reducciones, haciendas de muchas extensión, pertenecientes a uno solo o a unos pocos individuos. Todo el esfuerzo del gobierno, en vez de proteger la aglomeración de estos terrenos, debe dirigirse a que se formen propiedades numerosas, pequeñas, habitadas cada una por su dueño que las cuide, cultive y saque de ellas toda la ventaja de que sean susceptibles.

En efecto, veamos qué cosa son las haciendas que ya se forman en algunas partes de la frontera y que con el tiempo irán tomando probablemente un incremento desmesurador si no se toman antes precauciones para remediar el mal en su principio. Estas haciendas no otra cosa más que unos grandes potreros regados por la naturaleza, destinados para la crianza de los animales. Unos tres o cuatro vaqueros, abrigados en otras tantas miserables chozas, están allí para cuidar quinientas o mil vacas, únicos habitantes de un hermoso desierto, de donde huirá el pobre trabajador ya por no ponerse bajo la dependencia del rico hacendado, ya porque no se le permite tampoco establecerse adentro, por causa de que no haría cuenta al propietario tener inquilinos en aquel lugar donde el trabajo cuesta más que el terreno. ¿Cuál sería, por consiguiente, el resultado que con el tiempo producirían dichas haciendas, colocadas unas al lado de otras? La única ventaja que sacaría de ellas el Estado, sería que, por fuerza, tendría que mantener guarniciones en ellas para defender a unos pocos ricos que habrían descubierto el modo de apropiarse un terreno feraz cultivable para poblarlo con animales.

Es por consiguiente justo y necesario que el Estado fije el *máximo* del terreno que un individuo o una familia puede poseer en la frontera y en la parte del territorio indio que se vaya poblando. Sé que estas disposiciones, por más que se vele en su observancia, no estarán exentas de fraude, y que sería difícil impe-

dir que en casos extraordinarios se eluda la ley. Sin embargo, una prohibición de comprar y poseer terrenos de mayor extensión que los que indicare la ley, ejercería indudablemente una saludable influencia en aquel país, y serviría para refrenar la codicia y el interés personal de los empresarios.

En segundo lugar: debiendo encontrar los primeros pobladores de aquel territorio menos seguridad y sosiego, y más trabajo que en cualquier otra parte de la república, y debiendo resultar al Estado inmensas ventajas de la mezcla de las poblaciones cristianas con las indígenas, es igualmente justo que se exima a aquéllas por un tiempo indefinido, o por un cierto número de años, de toda clase de imposiciones y diezmos, como se hallan hasta ahora eximidos y libres de todo gravamen los indios reducidos de la provincia de Valdivia. La única obligación que se les impondría sería la de formar cuerpos de milicias destinados a mantener la paz y seguridad del país.

En tercer lugar: por un sistema o una costumbre que observaban los indios que vendían o arrendaban sus terrenos a los cristianos, casi toda la población indígena se retiraba adentro a medida que los cristianos se iban estableciendo en el territorio cedido. Con este motivo, la adquisición de los terrenos se hacía cada día más difícil, y la población de la frontera de menos influjo en la civilización del interior del país. Creo, pues, que sería muy ventajoso para Chile si, mediante el influjo de las autoridades y de los hombres relacionados con los indios, se pudiesen comprar terrenos en medio de las propiedades de los indios sin que éstos se moviesen de sus antiguas posesiones que habitan actualmente.

Por último: me parece que la mayor parte de las indicadas medidas se pondrían verificar con muchas otras ventajas inherentes a ese negocio, si el gobierno, consultando la economía, la justicia y la seguridad del país, pudiese realizar un pensamiento que en varias ocasiones he oído insinuar a los chilenos. Hablo de la oportunidad que podría tener el Estado para premiar los servicios y el buen comportamiento de los militares que han servido un cierto número de años en el ejército de la república, con los terrenos comprados a los araucanos. No quiero confundir esta idea con las de las colonias militares, tomadas en el sentido que se les da en partes orientales de Europa, en donde se hallan puestas en práctica desde más de treinta años. Esta institución, siendo incompatible con el régimen republicano de Chile, estaría expuesta a incalculables males y abusos. No hablo del proyecto de colonizar a los militares en batallones y compañías; no hablo de ninguna clase de colonias. Lo que quiero proponer es que, atendiendo al buen comportamiento, la honradez y lealtad de los mejores soldados veteranos, se escoja entre ellos a los más destacados para dar a cada uno, en premio de cierto número de años de servicio, una propiedad de tantas cuadras de terreno, con herramientas y las cosas más necesarias para el establecimiento de un agricultor. Nadie puede negar que la vida del soldado es la que acostumbra más al hombre al orden, a la disciplina y al respeto debido a las autoridades. En ningún destino tampoco se hacen conocer mejor el carácter y las cualidades personales del hombre que en éste. Fácil, por consiguiente, será escoger todos los años un cierto número de militares honrados, en cuya probidad pueda confiar el Estado, y que sean dignos del favor de que hablo. Entre ellos podrán encontrarse algunos

hombres adecuados para capitanes de indios; los demás formarían un cuadro de milicias en cuyo valor descansaría la seguridad y tranquilidad del país.

En cuanto a la colonización propiamente dicha, y sobre todo a la que se quiere efectuar con la gente extranjera, creo que esta medida de ningún modo podría ser aplicable al territorio araucano, y todavía menos a aquella parte de dicho territorio que se extiende desde la embocadura del río Imperial hasta la arruinada ciudad del mismo nombre. Esta parte, por más fértil y hermosa que sea, se halla, como he dicho, pegada a una playa sin puerto, guardada al sur y al norte por dos montañas de difícil acceso y cubierta por el lado del este con toda la población india de los llanos. Ésta, sin duda, ha sido la causa por la que aquellos indios imperialistas, aunque de genio quieto y afable, y todos agricultores nunca han querido admitir en su seno misioneros ni capitanes de indios, y en general son muy desconfiados, suspicaces y celosos de su independencia. Ellos quedarán en paz y tranquilos, mientras se respete su tranquilidad; pero, tan pronto como vieran a los extranjeros establecerse en su territorio, empezaría las hostilidades, las que serían probablemente auxiliadas por todas las indiadas de Boroa, Cholchol, Purén, etc. Me parece que antes de que llegue el caso de pensar en el *rescate* de la antigua Imperial, sería menester tener medio reducidos los llanos de Angol y de Purén, y asegurado el país por el lado de Tucapel y de Tirúa.

Además de esto, los terrenos que se extienden por las orillas del río Imperial hasta la ciudad arruinada, los tienen sus dueños por ahora mejor poblados que las nueve décimas partes de la provincia de Valdivia. Para colonizar estos terrenos sería tal vez preciso destruir la mitad de aquella población india que los cultiva actualmente, y hacer perecer en los combates tantos americanos cuantos colonos vinieran de Europa, y esto en caso de que vinieran, porque habría, a mi modo de ver, imposibilidad de traer a esta parte agricultores, no pudiendo ocultarles que los primeros que allí viniesen tendrían que forjar de sus arados y azadones lanzas y machetes para pelear y empapar el suelo con la sangre de sus vecinos, antes de empezar a regarlo con el sudor de su trabajo.

No entiendo tampoco qué necesidad habría por ahora de obstinarse en querer colonizar las tierras que no pertenecen al Estado sino a una gente trabajadora, honrada y valiente, mientras hay en la provincia vecina más al sur terrenos inmensos pertenecientes al Estado, tan desiertos como los dos polos del globo terrestre y no menos fértiles y feraces que los del Imperial.

En efecto, la provincia de Valdivia abunda en selvas y montañas cuya lozanía convida al colono a traer allí su industria. La mayor parte de la costa de esta provincia, desde Queule hasta la desembocadura de Maulín y a la distancia de diez a doce leguas del mar a la cordillera, como también la mayor parte del llano intermedio, ofrecen un campo vasto para la colonización. La mayor parte de los terrenos, según entiendo, son de propiedad fiscal, aunque nadie conoce su extensión ni su inmenso valor. Colocados los colonos a gran distancia de las indiadas independientes y protegidos por la población cristiana que se extiende por todos los confluente de Valdivia y por los llanos de Valdivia hasta Osorno, tendrían asegurada la paz y la tranquilidad que es lo que más apetece el agricultor. Además

de esto, el clima, por más que la excesiva abundancia de lluvias lo desacredite en el concepto de los habitantes del norte, es el que de todas las provincias de Chile más se asemeja al clima de la parte septentrional de Europa. Por esta misma razón creo que allí nunca podría avanzar la agricultura mientras no se introduzcan métodos europeos para reemplazar los que se observan actualmente en imitación de los agricultores del norte. Mencionando estos métodos no quiero hablar de los métodos científicos, de modelos y escuelas de agricultura muy perfeccionados, o que pidan auxilio de máquinas y de hombres de mucha instrucción: hablo aquí de los métodos prácticos y más generalizados entre la clase trabajadora en toda la Europa, relativos al cultivo y abono de las tierras, al modo de cosechar y guardar las cosechas, al arreglo de los trabajos durante el invierno, al modo de edificar las casas y, sobre todo, a lo que comprende la economía doméstica y la vida interior de un agricultor.

Es fácil de convencerse de que todo esto no se aprende ni se introduce en un país lejano mediante los libros o los preceptos mejor escritos y publicados; tampoco mediante las escuelas y sociedades, sino mediante los ejemplos de unos centenares de familias honradas y trabajadoras que viniesen de las partes mejor pobladas de Europa.

Uno de los efectos más benéficos que pudieran resultar de la colonización de aquellas selvas y montañas, consistiría en la mejora del clima de toda la provincia de Valdivia, mejora que se debería al corte de los árboles y al cultivo de los terrenos que hasta ahora no hacen otra cosa más que atraer y conservar la humedad y exhalar miasmas maléficos. Mucho más ingratos que el clima de Valdivia habían sido los de la antigua Galia y Germania en tiempo de los romanos, y cuando inmensos bosques y pantanos cubrían una gran parte del centro de Europa. Aun se nota que en el estado actual de la provincia de Valdivia, su parte central compuesta de los departamentos de La Unión y de Osorno, la única parte algo poblada, cultivada y libre de las espesas selvas que la rodean, es la que hoy goza de mejor clima, más templado y mucho menos lluvioso que el de la montañosa costa de la misma provincia¹⁰.

¹⁰ Aquí tengo que recomendar al celo y actividad del supremo gobierno el proyecto que en relación a este asunto le presentó el señor Philippi, establecido actualmente en el departamento de Osorno y tan celoso por el bien de su adoptiva patria. Este proyecto que se refiere a hacer traer de la parte católica de Alemania unas doscientas familias y a establecerlas, ya sea en unos terrenos situados en el llano intermedio frente de Osorno, ya en alguna parte más a la costa entre Valdivia y Chiloé, este proyecto, digo, dos importantes ventajas promete al país: la primera resultaría del aumento de población y del cultivo de aquellos terrenos desiertos; la segunda (todavía más importante que la primera) consistiría en aquel influjo benéfico que los colonos alemanes, tan conocidos por su laboriosidad, sobriedad y moral, ejercerían indudablemente sobre una gente tan descuidada, perezosa y llena de vicios como la que habita los campos de la citada provincia. Realizado este proyecto, juntamente con otro meditado por el mismo señor y relativo a una empresa que consistiría en hacer navegable el río Maulín o, bien, en abrir comunicaciones entre los llanos de Valdivia y el golfo de Ancud por la laguna de Llanquihue (cuyas márgenes, según dicho señor, se hallan a cinco leguas de la costa), estas obras harían desde luego avanzar la prosperidad de las dos provincias vecinas y les afianzaría un porvenir brillante. No tengo la menor duda de que estos objetos llamen particularmente la atención de los dos ilustres jefes a quienes

Pasemos ahora al asunto del *comercio* y de la industria, considerados como medios civilizadores. Nadie ignora cuán pronto y saludable efecto producen esos medios en la civilización de los pueblos salvajes, sirviéndoles de poderoso aliciente e indicándoles ventajas materiales. Se trata sólo de saber de qué modo se han de introducir estos medios, para que en su primer plantío concurren a la educación moral del indio.

Ya hemos mencionado los males e inconvenientes que se han notado en estos últimos tiempos como resultado de algunos hombres que, con motivo de venta o de cambalache de efectos, viajaban entre los indios, abusando de su ignorancia y predispóniéndolos en contra de los misioneros y de las autoridades. Sería sin duda injusto, y por lo mismo impolítico, impedir enteramente a los comerciantes la entrada que se les tolera, cortando de un modo brusco y absoluto todas las relaciones entre los pueblos cultos y salvajes. Tampoco sería fácil obligar a los indios a que se acostumbrasen a visitar las ciudades fronterizas para surtirse de objetos que en ellas pudieran cambiar por los productos de sus tierras y de su poca industria.

El mejor medio que para remediar estos inconvenientes he oído proponer por hombres prácticos y conocedores de aquel país, consistiría en tratar de establecer despachos o pequeñas tiendas en cada misión al lado de las casas del misionero y del capitán de indios, dando permiso para que establezcan este negocio a los hombres conocidos y honrados, y procurando impedir que lo hiciesen de su cuenta los de mala fama y de conducta sospechosa. Estos hombres, colocados bajo la inmediata inspección de las autoridades, se abstendrían de sembrar odios e intrigas entre los indios y no podrían engañarlos impunemente ni perjudicarles con la misma facilidad con que lo hacen los comerciantes ambulantes.

Creo también que una de las obligaciones de los hombres a cuyo cargo se confíe esta obra de la civilización de Arauco, debe ser la de buscar medios para introducir todos los ramos de aquella pequeña industria de que vive y se sostiene la gente del campo en diversas partes de la república. Sería útil, para esto, el observar y estudiar la vida doméstica de dicha gente y tratar de proporcionar a los indios todo lo que en ella se encuentre de uso fácil y cómodo, tanto en las herramientas y los útiles más ordinarios, como en los trabajos y operaciones más sencillos del campo.

No ignoro que infinidad de otros asuntos relativos al mismo objeto se deberían examinar para sentar los principios fundamentales que hubiesen de servir de base a un reglamento general para la civilización y reducción de los araucanos. No tengo la pretensión de creerme en aptitud de profundizar esta materia, faltándome datos prácticos y un conocimiento exacto del país. Quiero solamente dedicar algunos renglones al asunto de la formación de los fuertes y poblaciones en el territorio indio, como también ocuparme algún tanto de los medios de poblar de nuevo las antiguas ciudades y agitar una cuestión que tanto ha preocupado al público en estos últimos tiempos.

se halla hoy confiado el gobierno de las dos provincias, de cuya prosperidad pende en gran parte la futura grandeza y el poder de la república.

El objeto es sin duda grave e imponente, y se presta mucho a la imaginación y al celo de los que quieran llevarlo adelante. ¡Qué cosa, en efecto, más grande y gloriosa que el fundar ciudades, delinear calles y espaciosas plazas para poblaciones, trazar y levantar fuertes! Pero tengamos presente que este lujo y aparato de la actividad del poder ha sido con harta frecuencia funesto a la humanidad, y que ha echado a perder las mejores obras y las acciones más respetables del hombre. Admitido una vez el principio de que la reducción de los indios ha de consistir en su unión en una misma familia con los chilenos, mediante una civilización moral y religiosa, y no una conquista, creo que en toda esta obra se debe evitar lo que pudiera sin necesidad despertar los celos y temores del indígena y suscitar la guerra.

Fácil es prever que, al levantar algún fuerte entre ellos, bastaría este hecho para hacerles recordar antiguos odios y temores; se alarmarían, se alzarían frustrando de una vez cuantas ventajas se hubieran sacado mediante la propaganda y una conducta justa y moderada de parte de los chilenos. No me parece tampoco que haya necesidad absoluta de tener fuertes en el interior del territorio araucano, manteniendo en buen estado los que existen actualmente en la frontera para almacenes de víveres y pertrechos de guerra. La principal fuerza destinada a imponer respeto, a proteger a las misiones y las autoridades y a amparar a los nuevos pobladores, como también a escarmentar el pillaje y la barbarie, consistirá siempre en una milicia bien organizada en las fronteras, sostenida por una pequeña guarnición veterana; y los verdaderos fuertes en el interior serán las misiones e iglesias que, con el favor de Dios, el Estado irá levantando a medida que avance la obra.

Tampoco me parece prudente y necesario el apresurarse en fundar, entre los indios que se vayan civilizando, villas y poblaciones a la manera de los antiguos conquistadores. Es notorio que los indios temen y aborrecen las poblaciones o toda especie de aldeas, villas y ciudades. En toda la Araucanía no he visto dos casas de indios edificadas una al lado de la otra, todas se hallan separadas entre sí por bosques y cerrillos de tal modo que de la puerta de la una no se divisa la del vecino, aun cuando hubiese dos habitaciones vecinas, una del padre y otra del hijo o del hermano.

Ese odio a las poblaciones que se nota en ellos proviene en parte del hábito que es común a todos los pueblos salvajes, en parte al carácter natural de los araucanos, que es poco sociable, algo melancólico, triste y pensativo, en parte a la reminiscencia de los tiempos en que una aldea, villa o ciudad eran para ellos símbolos de la conquista, de la reducción y de la esclavitud.

¡Cuánto más odio, alarma y horror no suscitaría en ellos un celo inmoderado de parte de los que quisiesen poblar desde luego aquellas mismas ciudades, de cuyas ruinas se vanaglorian los indios como de trofeos más augustos de sus antepasados!

Es menester evitar que ellos confundan a los hermanos, que tratan de incorporarlos en su familia, con la memoria de los antiguos conquistadores. Sería tal vez más fácil conquistar de una vez todo el territorio indio, exterminando una gran parte de sus habitantes, que rescatar, como se ha dicho, Imperial y Villarrica. Basta echar una mirada en el mapa y ver la situación de las dos ciudades para convencerse de esta verdad.

Es, por consiguiente, justo y prudente respetar por ahora en los indios aquel odio natural a las poblaciones y renunciar a la noble vanidad de fundar ciudades, habiendo más gloria y mérito en la introducción de la verdad cristiana y de la moral evangélica en un pueblo salvaje, que en todas las conquistas y fundaciones de capitales.

Se podría, a mi modo de ver, imitar en esto el modo como se han formado la mayoría de las poblaciones cristianas en Europa; o mejor diré, que se debería, por ahora, dejar esa obra de fundar las poblaciones al orden más natural de las cosas y al desarrollo progresivo de la civilización en aquel país. Este orden es el siguiente. Se levantan primero la iglesia y la casa del sacerdote; al lado de ellas se hace la habitación del juez o del capitán; vendrá después la del comerciante, su tienda y el despacho. Mejorándose el bienestar de los vecinos más inmediatos, a este primer cimiento de la sociabilidad naciente se arrimará otro grupo de negociantes, movido por el interés de entrar en competencia con el primero, y poco después no tardará en llegar algún artesano, medio-herrero, o medio-carpintero, a los que se irán después aproximándose los mismos agricultores con sus chacras y sementeras.

De este modo se formará por sí sola una pequeña aldea, parecida a la de Colcura, Antuco, etc. ¿Qué importa a la moral o a la civilización del pueblo que sus calles sean derechas o sinuosas, anchas o angostas, y que concurran a una plaza simétrica y espaciosa?

¡Ojalá vieran los que admiran la simetría y lo vistoso de las ciudades españolas en América, las más de las antiguas ciudades de Alemania, los barrios más poblados del centro del país y la famosa *city* de Londres! Más de cien mil trabajadores sepultó, en la fundación de la muy hermosa y simétrica Petersburgo, el bárbaro civilizador de los rusos.

Al terminar estos apuntes, recuerdos de mi viaje y de las muchas conversaciones que con los vecinos del sur de Chile he tenido, voy agregar unas pocas palabras más, como resumen y complemento de mi escrito.

Parece que el día de la emancipación de la América meridional, complacida la Providencia con este tan fausto como glorioso acontecimiento, dejó a cada una de sus repúblicas un hijo de sangre no mezclada, indígena, para que lo criase con el amor de una madre y lo educase en los principios de la única y verdadera moral, que es la religión de nuestros padres. Para poner a prueba la paciencia de estas buenas madres, consintió que no fuesen sus hijos del todo buenos, y aun que no les tuviesen todo el respeto debido, ni las confianzas en las palabras que ellas les dirigiesen: pero dotó a estos hijos del valor y les dio un alma susceptible de impresiones fuertes y de poderosas creencias.

Con este fin recibió la más relacionada con el antiguo continente, la República de Plata, al rebelde hijo de las Pampas y a su cruel hermano el Gran Chaco y de los feraces llanos de Santa Fe; al cuidado de las cultas y opulentas repúblicas del Alto y bajo Perú quedó el morador de las impenetrables selvas de Maynas y el flechero de las pampas del Sacramento; a la esforzada y heroica, bañada en la sangre de sus patriotas, Venezuela, le dio al indomable jinete de las sabanas del

Orinoco, descendiente de los caribes, y al pensativo guarauno, que anidado en sus aéreas casas, en la cima de la gigantea palma *mauricia*, debe su libertad al fangoso y movedizo suelo que habita.

En esa providencial herencia cupo la suerte a la más juiciosa, la que en toda su guerra de emancipación supo conciliar el valor del buen patriota con la moderación del campeón generoso, a la que salió victoriosa sin manchas de crueldad y de sanguinarias venganzas, que recibiera a su cargo al más noble y valiente hijo, al que más sangre costó a los conquistadores y más sacrificios a la poderosa España.

De la educación pues moral y religiosa, de la cultura del antiguo carácter araucano y de su porvenir glorioso se debe tratar en la reducción de estos indios, y no de su conquista. La república tiene sobrado poder, fuerza y medios para contener al mencionado hijo sin recurrir al rigor y a la severidad de una madrastra, bastantes hombres de probidad a quienes confiar esa meritoria obra. Allí está el hermoso campo en que ejercitará sus virtudes y su religioso celo el sacerdote chileno; allí tendrá el hombre de Estado el más noble objeto para sus meditaciones y desvelos, el soldado ocasiones bellas para ensayar su valor cívico y su patriotismo y la juventud chilena un espacio inmenso para sus más nobles inspiraciones.

¡Dios quiera que ninguna sombra de egoísmo, o de falsa e hipócrita política venga a oscurecer aquel horizonte verde, sembrado de flores, embalsamado con la fragancia de las inmensas selvas y praderías!

INCLUIR IMAGEN DESPLEGABLE 0003

INCLUIR IMAGEN DESPLEGABLE

0032

MEMORIA

SOBRE LA

COLONIZACION EN CHILE.

RESUMEN.

Introduccion.—§. 1. El verdadero carácter del colono i de la colonizacion.—§ 2. Diferencia de la colonizacion entre los Estados-Unidos i Chile.—§. 3. Verdadero objeto de la colonizacion en Chile. §. 4. Historia de los hechos relativos a la colonizacion chilena.—§. 5. Necesidad de una mensura exacta de los terrenos fiscales en las provincias del sur.—§. 6. Division de los colonos en tres categorias; sistema que se debe adoptar para cada una de ellas.—§. 7. Resúmen de las medidas de que se trata en esta Memoria, i que se proponen para formar un sistema de colonizacion sobre bases fijas i seguras.

La colonizacion de los terrenos baldíos, mediante una inmigracion europea, es una de las cuestiones vitales para Chile: de ella puede el porvenir de las provincias del sur, porque las del norte nunca llamarán a sus campos, áridos o regados con mucho costo, a los colonos propiamente dichos.

Esta cuestion ha ocupado en estos últimos tiempos a todos los hombres de estado en Chile, i hoy día forma el asunto jeneral de las discusiones en la prensa i de las conversaciones en todos los círculos de la jente interesada por el bien público. Con ansioso celo se miran los centenares de miles de emigrados que anualmente salen de Europa, i los que, arrastrados por la corriente, van a establecerse en las inmensas llanuras de Wisconsin, Iowa, Missonri, Hinois, Michigan i Ohio: con razon se pregunta ¿acaso nuestros campos, nuestro cielo, nuestra jente i gobierno, valen ménos que lo que sirve de incentivo a los colonos europeos, para buscar la patria en los desiertos situados a mil millas de la costa?

Desconocida la causa, o mas bien, no estudiada suficientemente la cuestion bajo el punto de vista local, práctico, óyense clamores i declamaciones; i se pierde la ocasion que en la época actual hace activar las emigraciones europeas mucho mas que en ningun otro período de la historia moderna. Atribúyese la culpa, tan pronto a la falta de actividad, de proteccion i de estímulo de parte del Gobierno; tan pronto a la apatia e indiferentismo de los grandes propietarios i capitalistas de Chile, que con sus propios recursos pudieran llevar adelante ese gran negocio; ya a la imperfeccion de nuestras leyes; ya a la falta de conocimiento del pais en los emigrados i hombres que protejen la emigracion en Europa. Se acusa al Gobierno, el Gobierno a los particulares, se acusan nuestras leyes, se las desacredita a los ojos de los emigrados, i, entre tanto, 200,000 emigrados solamente pasaron el último año trascurrido por el estado de Nueva York; una gran parte de ellos jente de la misma fé i creencia que nosotros.

Importa, pues, examinar esta cuestion profundamente: i para ello 1.º estudiar las razones que han impedido hasta ahora verla bajo su verdadero punto de vista; 2.º echar una ojeada sobre las leyes existentes, relativas a la colonizacion, i medidas que hasta ahora el Gobierno i lo particulares han tomado para atraerla a Chile; 3.º indicar los casos mas importantes que se han presentado hasta ahora en las primeras tentativas que se han hecho, para establecer las primeras colonias en Chile; 4.º en fin, buscar medios mas prácticos i racionales para dar a esta empresa la direccion que le conviene.

EL VERDADERO CARÁCTER DEL COLONO
I DE LA COLONIZACION.

Al entrar en la discusion del primer punto jeneral de la cuestion que nos ocupa, es menester fijarnos en ciertas verdades que muchas veces el público desconoce.

No toda emigracion, aun de jente industriosa, sóbria, moderada, sirve para la colonizacion. La inmigracion europea, aunque lenta i no mui numerosa, no ha cesado ni por un año de arribar a Chile desde la guerra de la independencia: ella ha contribuido a poblar las ciudades, a infundir la industria, el comercio, las artes. Dios quiera que continúe i vaya en aumento; mas, con la jente que ella nos proporciona, no se dará un paso para la colonizacion propiamente dicha: nos faltan colonos.

Un verdadero colono es ante todo agricultor, hijo del campo i no de las bulliciosas ciudades: aldeano, ajeno de los grandes talleres de industria; es hombre de quien toda la civilizacion moderna, aun en su mayor exuberancia, no ha podido hacer un instrumento ciego i mercenario de algun ramo de industria especial i esclusiva: llano e independiente, nunca ha consentido en ser cincel, sierra o martillo en las manos de un capitalista; nunca ha sido esclavo de envidia o de una desmesurada competencia: su principal oficio es manejar el hacha i conducir los bueyes por su propio terreno.

El emigrado-colono que pasa el Océano i va a desmontar las selvas para incorporarse en la gran nacion norte-americana, no es un hombre vago, no es un infeliz que huye en su mayor apuro del hambre o de un tirano:—es un propietario que vende su escaso patrimonio, realiza sus bienes i se retira de un pais demasiadamente poblado, llevando consigo a su patria i su Dios tutelar, su mujer, sus hijos i, muchas veces, a sus padres ancianos. Movidó por un presentimiento i esperanza de mejores dias, con resignacion se somete a los incomprensibles decretos de la Providencia, la cual, como un buen jardinero, en lugar de contar con algunas semillas que por acaso dispersa el viento, o con los debiles brotes de un árbol envejecido, toma las puas de las mas vigorosas plantas, i las injerta en tiempo i lugar oportuno.

Es tambien notorio, que sin embargo de que los grandes acontecimientos políticos, son los que por lo comun determinan la emigracion de los pueblos en un tiempo mas que en otro, no es el buscar mejores instituciones i mayor libertad personal, mejores garantias para la propiedad i la persona, lo que princialmente impulsa al emigrado-colono a abandonar su propio pais i buscar una nueva patria. Un agricultor, un aldeano, siempre se acomoda mejor a las antiguas instituciones, que le han trasmitido sus antepasados, que a las innovaciones que no entiende.

“El influjo de las instituciones americanas, dice Pouthoz (1), obra de una manera mui secundaria sobre la emigracion europea”; i, en otro lugar, “en los Estados-Unidos el aldeano europeo (verdadero colono) prospera, adelanta, mientras el emigrado que trae teorías turbulentas perece o retrocede”. (2)

En las populosas aldeas de la Alsacia, aquel vigoroso tronco del jermanismo, la emigracion tiene un carácter verdaderamente patriarcal i pacífico: es obra de paz i acto sumamente voluntario.—Verificadas las cosechas i terminados los trabajos del verano, sepárase por lo comun de cada familia mas numerosa, donde al lado del padre viven dos o tres hijos casados, un hijo con su mujer i niños; se le entrega una parte del patrimonio que le corresponde, i, reunido cierto número de emigrados, se fija el dia de la partida. Llegado este dia, se aprontan los carros, donde, a mas de las mujeres i niños, se recojen los útiles i herramientas, aun los muebles viejos i algo de víveres para el viaje. Toda la aldea se junta en la

(1) Recherches sur la situation des émigrans aux Etats-Unis de l'Amérique du nord, par le Baron A. Vander Stratun Pouthoz.

(2) En el mes de junio de 1833 pasaba por las llanuras de Baviera una numerosa partida de emigrados polacos, soldados de la guerra de la independencia; i en su marcha encontraban a cada legua partidas mas numerosas de emigrados alemanes que iban a Rusia para colonizar las inmensos desiertos de la Provincia de Cherson e inmediaciones de Odessa. No fué por cierto la fama del liberalismo ruso la que llamó a estos últimos hacia el Oriente: ni la vista de las nuevas vicisitudes del despotismo, ni los avisos e invectivas mas vehementes de la prensa alemana contra el sistema gubernativo ruso, han detenido a esos desgraciados en su marcha.

iglesia, a cuya puerta va a pararse la caravana, i concluido el oficio, recibida la bendición del párroco, va toda la jente, con el sacerdote a la cabeza i al repique de las campanas, a dejar los emigrados en la frontera de los terrenos pertenecientes a dicha aldea. Allí es donde se despiden i se separan para siempre las familias, parten los carros, i los aldeanos vuelven a sus casas en paz i silencio.

Importa, pues, que toda nacion, deseosa de promover en sus dominios la colonizacion europea, sepa ante todo respetar el verdadero carácter de un colono i sepa distinguirle de otros inmigrados, cuyo oficio, aunque no ménos importante i benéfico que el de los colonos propiamente dichos, es de otra naturaleza.

§. II.

DIFERENCIA DE LA COLONIZACION ENTRE LOS ESTADOS-UNIDOS I CHILE.

No ménos importante para nosotros es saber distinguir bien la diferencia que hai entre el estado físico i político de los Estados-Unidos i el de Chile, con respecto a la colonizacion extranjera; i los medios que debe emplear la nacion para promoverla i protegerla.

La diferencia esencial a este respecto proviene de la estension, forma i situacion de los terrenos destinados a la colonizacion.

El territorio destinado para la colonizacion europea en los Estados-Unidos abraza actualmente unos 15 grados de longitud i 9 a 10 de latitud: no tiene límites al oeste.

El contorno de este territorio parte desde Buffalo, situado en la estremidad del lago Erie; va al sur hasta el Ohio, sigue el curso de este rio hasta su confluencia con el Missisipi, i pasa al otro lado de este último por el paralelo de 36° de latitud; mientras que al norte toca el mismo territorio a la cadena de las grandes lagunas hasta la estremidad del Lago Superior, dejando una abertura como de 900 millas por el lado del Oeste.

En este espacio se hallan comprendidos los cinco Estados occidentales, i dos territorios colocados bajo la tutela del Congreso Federal: ellos tienen 395,350 millas cuadradas inglesas de superficie. Separados de los

Estados occidentales por la cadena de los Alleghanys, pueden estenderse ácia el Océano Pacífico casi indefinidamente, i tienen comunicacion abierta por un lado con los lagos septentrionales i el rio de San Lorenzo con el Atlántico, por otro lado, por el Missouri i Missisipi con el golfo de Méjico.

No hai, pues, en el globo un campo mas vasto para las emigraciones europeas. En este campo tienen donde diseminarse los pueblos de diversas razas i distinto origen, de diferentes idiomas i religion, de diversos usos i costumbres. En este inmenso espacio, elemento físico de la libertad e independencia, se olvidan o se entibian los odios i rencores patrios, se ponen a prueba las ideas i concepciones mas estrafalarias, i cada cual, siguiendo los impulsos de su fe i su corazon, no se halla en la estrechez de estar oprimido física o moralmente por su vecino, no depende sino de su propio trabajo, del suelo i de aquel generoso cielo que a todos igualmente dispensa sus bienes, a todos inspira la esperanza.

Agréguese, que la forma federativa del gobierno, bajo cuya proteccion esas nuevas familias de pueblos empiezan a constituirse, ayuda poderosamente a desarrollar el sistema de aglomeraciones políticas, sistema opuesto a la unidad i centralizacion que son los elementos indispensables para cualquiera otra nacion de límites ya determinados i de porvenir trazado. Hablando de la parte nor-oeste de los Estados-Unidos, el ya citado autor Pouthoz dice: "el pais está formándose: políticamente pende de la Union americana, i manifiesta tendencia hácia la supremacia; bajo cualquier otro respecto debe ser considerado como distinto del Este de los Estados-Unidos."

Ahora, ¿cuán diferentes son las condiciones físicas, políticas i morales en que se halla la parte destinada en Chile a recibir los colonos!

En lugar de aquel pais inmenso, colocado en el interior del continente, casi tan estenso en su longitud como en su anchura, e ilimitado por una parte, tenemos un territorio angosto, arrimado en toda su estension a la costa, de uno a dos grados de longitud jeográfica en su mayor anchura; i aunque muy prolongado en la direccion del meridiano, sin embargo, si se atiende a la parte que no necesita riegos artificiales, la única verdaderamente colonizable (por ser tambien

la única que no exige del colono mas que su trabajo e industria individual (no el capital), se reduce a unos 6 grados de longitud.

De esta parte hemos de eliminar, en primer lugar, la cadena de los Andes, la cual tiene en el sur 7 a 8 leguas de anchura en sus declives occidentales pertenecientes a Chile; en segundo lugar, las lomas mas elevadas de la Cordillera de la Costa, las cuales no en todas rejiones pueden ser cultivables; en tercer lugar, las estensas playas i algunas ensenadas que entran en el interior del continente; en cuarto lugar, los bosques que por la buena calidad de sus maderas i la proximidad a los puertos merecen que se conserven; en fin, debemos, a lo ménos por ahora, hacer abstraccion del territorio indio que comprende como dos grados de latitud: territorio que, por la mala vecindad de los pueblos salvajes, no es accesible a la colonizacion extranjera, capaz mas bien de espantar que de atraer hácia sus riberas a los pacíficos inmigrados agricultores.

En lo demas que resta tenemos diseminadas: 1.º las poblaciones de las provincias de Concepcion i de Ñuble, que ascienden probablemente a mas de cien mil habitantes de campo; 2.º los ocho a diez mil habitantes de la provincia de Valdivia; 3.º unos 50 mil pertenecientes a la provincia de Chiloé, de los cuales la mayor parte habita las islas.

Ignoro qué parte de la isla de Chiloé i qué islas del archipiélago de los Chonos pudieran desde luego destinarse para la colonizacion: tampoco se sabe de qué estension serian los terrenos cultivables en la isla de Juan Fernandez, la Mocha i otras mas pequeñas. Puede ser que toda la parte isleña de Chile sea la mas a propósito para este destino, i que convenga tratar de poblarla desde luego con colonos pertenecientes a las naciones que no tienen marina. El hecho es que en lo que toca a la parte continental, si se exceptúan las inmediaciones de la laguna de Llanquihue i del Maulin, pocos son los trechos de 4 a 5 leguas de terreno, donde no haya propiedades particulares, siembras, potreros, campos cercados; debiéndose contar entre ellos haciendas de mas de 20 a 30 mil cuadradas de estension.

Nótese tambien que los pueblos que viven en esas propiedades o las amparan de

cualquier modo posible, forman una poblacion homogénea, de una misma religion i nacionalidad, ajena a todo elemento que no sea chileno: ella, en su mayor parte, se halla diseminada, i aunque sociable, hospitalaria, le gusta tener casas aisladas i llevar vida independiente. A cualquier punto, pues, que se dirija el colono, cualquiera que sea el lugar donde se trate de establecer una colonia, hemos de topar necesariamente con propiedades ya ocupadas, con habitantes pertenecientes en cuerpo i alma a la familia chilena: por todo el territorio hallará el inmigrado, si no caminos, a lo ménos senderos trajinados desde la conquista, i trechos de suelo desmontado.

Tampoco debemos tomar a la letra i en un sentido demasiadamente jeneral aquellas exclamaciones tan frecuentemente repetidas, que casi son proverbiales, sobre la feracidad del suelo chileno: no debemos alucinarnos, ni alucinar al colono con promesas exajeradas. El habitante del sud sabe mui bien que casi toda la parte litoral del continente meridional i los declives occidentales de la cordillera de la costa, son de un suelo lijero, que necesita abono i se debilita luego si no se le cultiva debidamente. Solo en aquellas llanuras que se estienden en la prolongacion del Llano intermedio, se hallan campos feraces que tan jeneralmente cubren las provincias del norte.

§. III.

VERDADERO OBJETO DE LA COLONIZACION EN CHILE.

De todo lo referido en el artículo anterior debemos sacar por resultado, que puesto que la estension de los terrenos valdíos, destinados a la colonizacion en Chile es limitada, i el gran porvenir de la nacion no consiste tanto en el acrecentamiento rápido de su poblacion como en la homojeneidad i el progreso moral e intelectual de ella, es natural que el objeto principal de la colonizacion en Chile no deba ser tanto el poblar desde luego el pais, como la mejora de sus hábitos i costumbres, el progreso de su industria i laboriosidad.

“El gran problema social, político i económico en Chile, dice un escritor chileno, no está tanto en que se multiplique su po-

blacion, como en que ella se eduque, se moralice i adquiere la capacidad de producir.» (1)

En realidad, si se tratase de aumentar a todo trance la poblacion chilena ¿no seria mas justo, seguro i humano principiar por quitar los obstáculos que impiden dicho aumento en la poblacion indijena del pais? ¿no seria mas racional invertir todos los sacrificios i avances que la nacion hiciera para atraer la poblacion extranjera, en obsequio de la suya?

Sabemos que una de las causas que influyen en que la poblacion del pais no aumente, es la gran mortandad en los chicos i en la plebe, particularmente en las ciudades, efecto del desarreglo en la vida doméstica, de la falta de las medidas hijiénicas i del bienestar asegurado. La otra no ménos notoria es la emigracion de los chilenos a las Provincias Argentinas, a Bolivia, al Perú i a California. Esta emigracion parece cada año aumentar en número. Los hombres del campo, los que no tienen propiedades en Chile van a establecerse en los estensos campos de Mendoza, de San Juan i de la Rioja, i allí cultivan los terrenos, o bien van a trabajar i ejercer alguna industria en la despoblada costa de Cobija o en las grandes ciudades i haciendas del Perú, buscando un porvenir que les parece prometer mas que el estado precario de un inquilino en las haciendas de Chile.

Es de presumir que una apreciacion, aunque aproximativa, del número de emigrados que salen todos los años de Chile, i una investigacion prolija de las causas de esta emigracion, como tambien de los medios de remediarla, nos suministrarían datos mui importantes para el bien del pais i echarian nueva luz sobre el asunto de la colonizacion misma.

El objeto, pues, principal de la colonizacion en Chile, mediante la inmigracion extranjera, no puede ser el aumento numérico de la poblacion, sino la educacion práctica, la moralizacion del pueblo, la introduccion entre la jente trabajadora del orden doméstico, del espíritu de economía, del amor al trabajo, de los métodos prácticos en la agricultura, adecuados al temperamento i el suelo de las provincias del sud: en fin, la

inoculacion de aquella actividad propia de los pueblos septentrionales de Europa i el asegurar las ventajas que resultan del cruzamiento de las razas, i del hecho de relacionarse una nacion con otras lejanas por la sangre i el jenio de sus hijos.

Partiendo de este principio, una vez admitido, siguese luego, que si en el acto de traer colonos i establecer colonias extranjeras, la nacion se propone ante todo introducir mejores hábitos i costumbres, i plantear escuelas prácticas para la educacion de la jente campesina; se ha de evitar que en lugar de introducir semillas buenas, provechosas, se traigan a nuestro suelo malezas i plantas venenosas del suelo ajeno, que en lugar de moralizar el pueblo le preparen un porvenir dudoso, hostil a la unidad nacional, a la fé i a todo principio que da la verdadera fuerza moral al pueblo.

Resulta tambien de la indicada diferencia entre los Estados-Unidos i Chile, que si en aquellos, el colono, llamado las mas veces por sus compatriotas que le han adelantado en América i relacionado con ellos, puede con toda libertad internarse en la inmensidad del espacio, i, como un buque en alta mar, seguir el rumbo que quiere, seguro de encontrar por todas partes hombres que lo guien, terrenos sin dueño i el suelo que lo aguarda; aquí en Chile una mano tutelar ha de recibir al colono a su llegada al puerto, le ha de prodigar proteccion i auxilio, i le ha de poner en el mismo terreno que se le destina. Mientras que en los Estados-Unidos hai lugar para todos los elementos aun subversivos a la sociedad, para el ensayo de las utopias i teorías mas erróneas, debiendo servir de leccion a sus adeptos el mismo espacio, aislamiento i el trabajo mas duro del mundo; aquí el campo limitado, i el contacto inevitable i necesario de los colonos con los hijos del pais, hacen variar enteramente la resolucion del problema.

IV.

HISTORIA DE LOS HECHOS RELATIVOS A LA COLONIZACION EN CHILE.

Hagamos ahora una breve reseña de las tentativas que el Gobierno i algunos particulares han hecho hasta ahora en obsequio de la colonizacion, i tambien del resultado que dichas tentativas han tenido.

(1) Revista de Santiago.—La Emigracion Europea por D. Marcial Gonzales páj. 299.

El primer paso que el Gobierno de Chile ha dado en el asunto de colonización, data desde 1843, época en que se nombró una comisión compuesta de los SS. D. Mariano de Egaña, D. Ramon Errázuriz i D. Pedro Palazuelos, para el exámen de los diversos proyectos de colonización en el sur de la República. (a)

Pedido el informe i presentado a las Cámaras el proyecto, se dictó una lei sancionada el 18 de noviembre de 1845, (b) por la cual se autoriza al Presidente para que en 6,000 cuadras de los terrenos valdíos pueda establecer colonias de *naturales* i estrañeros que vengan al país con ánimo de avendarse en él i ejerzan alguna industria útil; les auxilie con los útiles, semillas i demas efectos necesarios para cultivar la tierra i mantenerse el primer año; i últimamente, para que dicte cuantas providencias le parezcan conducentes a la prosperidad de la colonia. La misma lei dice que el costo que tengan las espresadas especies i el transporte de los colonos, desde el punto del territorio chileno donde se hallen a aquel en que resuelvan establecerse, se cubrirá por el tesoro público con la calidad de devolverse en el tiempo i forma que el Presidente determine;—i tambien la misma lei dice que “dentro de los límites de cada una de las colonias que se estableciesen entre el Biobío i el Cabo de Hornos, i dentro de los límites de las que se estableciesen en los terrenos valdíos al norte del río de Copiapó, no se pagará, por el término de veinte años contados desde el día de su fundacion, las contribuciones de diezmo, catastro, alcabala ni patente.”

En virtud de esta lei, por un decreto del 27 de julio de 1848, comisionó el Gobierno a D. Bernardo Philippi para traer colonos de Alemania, i se le dieron *instrucciones* en el mes de agosto del mismo año, instrucciones cuyo tenor es el siguiente:

Se faculta a D. Bernardo Philippi para traer a las orillas australes de la Laguna de Llanquihue de 150 a 200 familias alemanas católicas de agricultores i artesanos de aldea, prometiéndoles a nombre del Gobierno a cada padre de familia de 10 a 15 cuadras de terreno en propiedad, *de valde*, con la exencion de pagar por doce años las

contribuciones, i con la obligacion de costear el viaje i pagar el sueldo por el término de ocho años a dos sacerdotes alemanes católicos, dos maestros de escuela i un médico. Las principales obligaciones que se han exijido de los colonos, han sido la de depositar por cada cuadra de terreno 15 ps. destinados a formar un capital que sirva esclusivamente para costear los gastos de su transporte, la manutencion del primer año, las semillas, el ganado i las herramientas: dicho capital debe ser administrado por una Comisión compuesta del comisionado D. Bernardo Philippi, de los dos curas i de los demas individuos que tuvieran a bien diputar los mismos colonos. Los demas artículos se refieren al cultivo de los terrenos, al régimen interior de la colonia, i a la precisa condicion que se impone a los colonos de renunciar su primitiva patria i ser chilenos. El último artículo de las intrucciones faculta a D. Bernardo Philippi para prometer, a nombre del Gobierno en Alemania, que todo colono industrial que a su propio costo quiera venir a avendarse en Chile, hallará tierras fiscales que comprar en subasta pública para su establecimiento;—i que, en caso de tener que desmontar i preparar para el cultivo los terrenos que adquiera, gozará por el término de seis años de la exencion de las contribuciones de diezmo, catastro, alcabala i patente.

Con estas instrucciones partió a fines de dicho año D. Bernardo Philippi a Alemania, i el año siguiente se dieron iguales *instrucciones* a D. Eujenio Macnamara para traer 300 a 500 familias irlandesas católicas, elejidas “entre los agricultores, artesanos de aldea i los que ejercen alguna industria que desde el principio pueda plantearse con buen fruto en la colonia.” Se destina para esta colonia el interior del departamento de Osorno.

En ambas *instrucciones* el Gobierno declara libre de derechos la internacion de los viveres, herramientas i demas efectos que trajeren los colonos para su uso propio i el de sus familias al tiempo de su venida.

Ninguna de las dos Comisiones ha producido resultado hasta ahora. La correspondencia del comisionado a Alemania no indica (c) las dificultades que haya podido

(a) Decreto de 5 de julio de 1843.

(b) Boletín, lib. 13 pág. 164.

(c) En sus últimas cartas anuncia el señor Philippi que en los meses de junio i julio de este año partirán de Alemania los colonos.

encontrar para el desempeño de su principal encargo, relativo a la obligación de traer de 150 a 200 familias alemanas católicas, destinadas para la colonia que se intenta establecer en las orillas de la laguna de Llanquihue. Mas, repetidas veces ha pedido dicho comisionado *instrucciones mas amplias* para tratar con los emigrados que, a su costo, sin grandes sacrificios de parte del Gobierno, quieran venir a Chile; como tambien para tratar con algunos empresarios capitalistas que desearan invertir sus fondos en compra de grandes estensiones de terrenos para colonizarlos con sus paisanos a su costa i riesgo. En esta ocasion el comisionado hace presente que los aldeanos de Alemania temen aventurarse a ir a las desconocidas para ellos costas de Chile, sin saber de antemano positivamente la situacion i el valor de los terrenos que se les destina; i añade que ellos temen la competencia que se les pudiera hacer en la venta de los terrenos en subasta pública.

Es de notar, que aunque en los Estados Unidos la venta de los terrenos valdíos se efectúa en subasta pública, los colonos no temen que resulte de ella perjuicio alguno para sus intereses: 1.º por la inmensidad misma de los terrenos que se ponen en venta: 2.º por la prolijidad con que dichos terrenos se hallan de antemano mensurados i divididos en secciones: 3.º por la práctica ya establecida desde tiempos remotos, de que todos los terrenos, que, puestos en subasta pública por dos semanas no se han podido vender, cada cual pueda comprarlos por fraccion de $\frac{1}{4}$ de seccion (o 40 acres) al precio mínimo de 1 peso $\frac{1}{2}$ al contado;—en fin, un colono puede aun sin haber comprado el terreno, internarse por los campos ya mensurados pero no vendidos todavía, i puede desmontarlos en el lugar que mejor le parezca, teniendo en su favor asegurado el derecho de *preempcion*, bajo las condiciones que la lei previene.

Tomando en consideracion la consulta del comisionado relativa al modo mas conveniente de enajenar los terrenos a los colonos, el Gobierno declaró que estaba dispuesto a poner un precio fijo de 4 a 6 reales (d) por cuadra para los colonos alemanes;

(d) En oficio del 28 de mayo último se le dieron instrucciones mas amplias sobre los diversos puntos de la colonizacion de Valdivia.

i al mismo tiempo insinuó a D. Bernardo Philippi, que intentase proponer a los colonos las condiciones relativas a un sistema de colonizacion particular conocido en algunas partes de Norte América, especialmente en Canadá. Dicho sistema consiste en dividir los terrenos que se destinan para los colonos, en lotes de 10 a 12 cuadras, en número doble de los colonos que vienen a avencindarse. A cada colono se da un lote de valde, dejando entre cada dos lotes dados en propiedad a los colonos, uno sin dueño, de propiedad fiscal. Los colonos, al tomar en posesion sus lotes, se obligan a tenerlos, dentro de un término señalado, desmontados, cercados, i un camino hecho por el interior de la colonia. Se entiende que los lotes intermedios adquieren de este modo al cabo de pocos años un valor mas que suficiente para compensar cuantos gastos i sacrificios liciera la nacion en favor de los colonos, los cuales serian los primeros para comprar dichos lotes mas inmediatos a sus propiedades.

No se sabe qué suerte han tenido en Alemania estas nuevas propuestas. Entretanto, varias partidas de inmigrados alemanes, aun que poco numerosas, llegaron a Chile como para sondear el terreno i dar aviso a sus compatriotas sobre el nuevo pais de su eleccion.

Ya hace como tres o cuatro años que unas pocas familias de agricultores i artesanos de aldea vinieron a Valdivia de cuenta de una compañía alemana, que tiene propiedades en el departamento de Osorno. Estos primeros colonos escribieron cartas a sus compatriotas elogiando *sobremañera* el temperamento, el suelo i el jenio de los habitantes de su nueva patria; i estas cartas publicadas en Alemania contribuyeron a llamar otros nuevos inmigrados de la misma nacion. De resulta de esto, otros treinta emigrados vinieron el año pasado a Valdivia, traídos a costa de la citada compañía, i unas 12 a 15 familias auxiliadas por una sociedad filantrópica en Baviera arribaron al puerto de Valparaiso. Los primeros ya se han establecido en el centro de la provincia de Valdivia, mientras que los últimos se avencindaron en una de las haciendas mejor situadas de este lado del Biobío, de cuenta del dueño de la hacienda.

Estos últimos, a pesar de que les cupo la suerte de recibir las condiciones mas venta-

josas posibles, luego empezaron a desmandarse, cediendo a la tentación de buscar trabajo en las grandes ciudades.

El mismo año pasado se presentaron otros empresarios alemanes con el deseo de comprar grandes extensiones de terreno para colonizarlo de su cuenta.

En fin, a principios de este año, en el mes de enero, llegaron a Valdivia treinta i cuatro personas de Alemania, las mas pertenecientes a las profesiones ajenas a la agricultura, i por lo mismo no se les pueden reputar por colonos. Mas, casi a un mismo tiempo el Gobierno ha recibido una carta del reino de Wirtemberg, de un alemán empleado en la administración de los bosques: carta digna de toda consideración. Su tenor es el siguiente:

Treinta familias de artesanos, labradores i hombres de diferentes oficios se comprometieron de emigrar a Chile, solamente por lo que han oído hablar del país, de sus recursos, instituciones i gobierno. Aun no sabían si los terrenos se les daban de valde o a qué precio se vendían. Piden que se les cedan los terrenos en la provincia de Valdivia, a fin de estar mas cerca de sus compatriotas. Confiados en la buena fama de la nación, mandan en vanguardia unos 20 mocetones, i tras ellos encaminan los demas. Previenen que nunca se han mezclado o gravemente comprometido en los disturbios políticos, i, en lo que toca a las buenas costumbres, declaran ser responsables todos por cada uno i cada uno por todos. El inventario de objetos que llevan consigo, poco les deja que desear; sin embargo, cuentan entre sí algunos mas pobres i en favor de ellos interceden pidiendo que el Gobierno Chileno les auxilie en caso de necesidad con viveres, poniéndose todos de mancomun responsables por la restitución de lo que se les adelantare. En fin, dice la carta: "nuestra sociedad se obliga no solo a establecer un verdadero modelo de colonia i promoverla con incansable celo i empeño, conservando su propio carácter fielmente, aplicando cada uno sus fuerzas intelectuales i físicas al servicio de su nueva Patria, i desplegando toda actividad para el bien de su prójimo i de sí mismo, como conviene a todo hombre honrado; sino tambien, a guardar tanto en la comunidad, como respecto al estatuto orgánico de ella, como en relaciones privadas entre sus miembros,

la mas perfecta armonía posible con las excelentes instituciones de Chile;—i esto les induce a suplicar que se les designen los terrenos cerca de alguna Misión, a fin de que puedan cumplir con los preceptos de la Iglesia i promover una escuela que se proponen establecer en su colonia para el estudio del idioma del país."

Al leer esta carta sería imposible no advertir, cuán íntima i estrechamente se halla ligada en el corazón del hombre la unidad de la fé con el deseo de simpatizar i ponerse desde luego en la mas perfecta armonía con los hombres, a cuya patria se quiere pertenecer.

§. V.

NECESIDAD DE UNA MENSURA EXACTA DE LOS TERRENOS FISCALES EN LAS PROVINCIAS DEL SUR.

En este estado queda por ahora el asunto de la colonización, el cual, por cierto, carece todavía de sistema i de método. Las pocas tentativas que se han hecho hasta ahora ya sea de parte del Gobierno, ya de parte de los particulares, bastan, sin embargo, para alumbrar el camino i son otros tantos hechos adquiridos a la experiencia.

El mas esencial de estos hechos es un cierto desengaño que el Gobierno debe haber sufrido respecto de la extensión i el lugar de los terrenos baldíos que creía ser de propiedad fiscal. Una lijera averiguación del asunto ha hecho ver que, tanto los terrenos situados en el interior del departamento de Osorno, especialmente al nord-oeste de la Laguna de Llauquigüe (a), como los de las márgenes del Rio Bueno, del Rio Cruces, etc., tienen en gran parte dueños, i es de toda necesidad principiar por deslindar las propiedades del Estado con las de los particulares. Esta necesidad determinó al señor Ministro de Hacienda, a comisionar en el mes de julio del año pasado al Ingeniero Olavarrieta i al señor Frick de Valdivia, para la mensura de los terrenos fiscales. La deplorable muerte del primero ha dejado hasta ahora este enorme trabajo a cargo del señor Frick, quien en una Memoria, (b)

(a) En el Araucano n.º 1065 hai una Memoria sobre expedición hecha a esta laguna i la de Nahuelcapí, por el cap. Muñoz Gamero.

(b) Número 1028.

publicada en el *Araucano* del año pasado, ha hecho ver la incertidumbre que reina respecto de los terrenos baldíos de propiedad fiscal, i la facilidad con que el Estado pudiera adquirir grandes extensiones de terrenos mas adecuados para la colonizacion.

Es innegable que si el levantamiento de un mapa exacto de las provincias de Valdivia i Chiloé, que es indispensable para un buen gobierno jeneral i la administracion de ellas, es tambien urjentísimo para la colonizacion, i tan esencial, que mientras no se efectúe, ninguna medida jeneral i estensa podria tomarse para activar i atraer la emigracion europea a Chile.

Tengamos presente que en los Estados Unidos, la mensura i el levantamiento de planos de los terrenos destinados a la colonizacion, como tambien la reparticion de las contribuciones relativas a la mensura, i en jeneral, la administracion i la venta de dichos terrenos, cuestan 407,728 pesos anualmente. En Chile este ramo de administracion no ha costado todavía nada, a pesar de que en las circunstancias en que nos hallamos, este ramo es todavía mas importante para nosotros que para el Norte-America, tanto por la situacion de los mencionados terrenos en Chile i su limitada extension, como por los graves perjuicios que el fisco recibe de parte de los particulares que tratan de estender sus dominios a costa del Estado. En realidad, ha habido quejas i denuncias de parte de la autoridad que, bajo el pretexto de que todos los terrenos habian pertenecido antiguamente a los indíjenas, los particulares compran por una nada de cualquier indio los terrenos que no le pertenecen, i que en medio de la embriaguez, con los testigos falsos, se firman contratos de gran perjuicio para el Estado. Estos hechos, por su notoriedad, llamaron ya la atencion del Gobierno i piden un remedio pronto i eficaz.

A estas circunstancias se une otra por la cual se hace todavía mas urjente la mensura de los terrenos, circunstancia que se debe tener presente cuando se trate de entregar a los colonos las hermosas selvas del sur. Ya hemos dicho que por ninguna consideracion de los intereses del colono se ha de desconocer la importancia i utilidad de aquellos bosques, que por su proximidad a los puertos i la buena cualidad de sus ma-

deras deben conservarse para las construcciones. Sabemos que este es el artículo principal del comercio de las provincias del sur, i que de él pende en gran parte el progreso de las ciudades del norte i la suerte futura de la marina de Chile. Es, pues, claro que no se puede formar un plan de colonizacion en grande sin combinarlo con el de la administracion de los bosques, i que para ambos se necesita un mapa jeneral de las provincias de Valdivia i Chiloé.

En atencion, pues, a lo espuesto, es indispensable que el Supremo Gobierno pida a las Cámaras:

1.º Fondos suficientes para establecer una oficina de agrimensora, compuesta de tres a cuatro agrimensores con dos a tres asistentes encargados esclusivamente del levantamiento del mapa de las provincias de Valdivia i Chiloé, debiéndose principiar este trabajo por las partes que se creen mas aptas para la colonizacion i donde se hallan en mayor extension los terrenos baldíos pertenecientes al fisco.

2.º Que se mande un juez especial, si no un miembro de los tribunales superiores, facultado para resolver, sin apelacion, todas las contiendas entre el fisco i los particulares suscitadas con ocasion de las compras ilegítimas.

§. VI. DIVISION DE LOS COLONOS EN TRES CATEGORÍAS; EL SISTEMA QUE SE DEBE ADOPTAR PARA CADA UNA DE ELLAS.

Pasando ahora al examen del sistema mismo de colonizacion, sistema que mejor conviene al país; se ve que, en jeneral, en tres categorías podemos colocar a los emigrantes europeos, llamados a formar colonias en Chile:

En la primera, pondremos a los que el Estado mismo trae a su costo i peligro;

En la segunda, a los que vienen de cuenta de los particulares o de empresas particulares;

En la tercera, los que vienen espontáneamente, ya aislados, ya en sociedad de muchas familias,

Principiaremos por la primera.

En el acto de traer el Gobierno los colonos de cuenta del estado, tiene el derecho i la obligacion de escojerlos. Pues el objeto

de la colonización en Chile no es poblar los terrenos incultos sino introducir buenos hábitos i costumbres es natural que en la elección de los colonos se ponga cuidado i de no preparar para el país un porvenir azaroso e inquieto, guerras i discordias entre las diversas razas i creencias. Se sabe que no hai principio que tienda mas a unir los hombres, a extinguir las diferencias de raza i a crear nacionalidades compactas i homogéneas, que la unidad de la fé: ella es la que crea i mantiene entre los hombres los vinculos mas poderosos i las simpatías mas duraderas.

Es, pues, forzoso que pudiendo el Gobierno escoger a su arbitrio los colonos que mejor convienen al país, la elección recaiga en los pueblos de la misma relijion que los chilenos. Mas de 20,000 católicos Alemanes, Belgas e Irlandeses emigran todos los años de Europa; imposible es, por consiguiente, que asegurándoles el terreno de valde, exención de toda contribucion i la dotacion de sus párrocos i maestros de escuela, no vengan de estas mismas familias unas 200 a 300 cada año a Chile para vivir bajo un clima templado i en medio de un país lleno de recursos.

Si en lugar de traer a los católicos, el Gobierno diese preferencia a los colonos protestantes, es natural que, al traer estos últimos, seria de su obligacion no solo tolerar el culto de ellos, sino tambien traer para ellos ministros protestantes i edificar templos; porque un hombre de campo, un agricultor, hombre llano i de alma inaccesible a dudas i sofismas, nunca se contentaria con un culto disimulado, permitido o tolerado: él mas bien abandonaria su relijion, la olvidaria, se haria incrédulo, impío. El Gobierno, pues, el que lo trae, seria obligado, en conciencia, a velar en sus intereses morales i relijiosos, tendria que traer i dotar a los ministros protestantes, edificar templos para ellos, organizar consistorios; i todo esto ya no seria tolerancia, libertad de culto, seria una verdadera propaganda protestante en un país católico; para lo cual, sin tocar la cuestión dogmática, podemos asegurar que no lo faculta la Constitución.

Tambien es incuestionable que no se debe traer colonos en partidas de pocas familias, enganchadas en diversas partes del antiguo continente, sino buscadas cuanto sea posible en las poblaciones mas com-

compactas i homogéneas, en partidas de 80 a 100 familias, por lo ménos.

La esperiencia ha probado, como lo demuestra el duque de Abrantes en su preciosa obra sobre la emigracion, que entre los diversos métodos puestos en práctica para la colonización en América, no ha producido siempre los mejores resultados el de dar los terrenos de valde a los colonos. El emigrado, al pagar por su terreno cualquier precio, por mas pequeño que sea, toma cariño a su nueva propiedad i mejor la aprecia. El Gobierno de Chile, facultado por las Cámaras para distribuir de valde 6,000 cuadradas de terreno, ha creído oportuno exigir de los primeros colonos que tratada de traer a Chile que depositasen cierta cantidad de dinero necesaria para cubrir los gastos de transporte, la manutencion de ellos por un año, etc. De este modo, aunque el colono no pagaba nada directamente por su propiedad, la adquiriria por los gastos de su viaje i de un año de trabajo que no le produce nada.

Si este sistema, adoptado por el Gobierno en sus instrucciones dadas a Don Bernardo Philippi, es mejor que el de exigir del colono cierta cantidad por la propiedad del terreno i de invertir estas cantidades en auxilios para ellos mismos, o bien si el mejor de todos sea el de division en lotes dejando la mitad de los lotes intermedios de propiedad del Estado; esto solo la esperiencia puede indicar, siendo útil ensayar los tres sistemas igualmente, i adoptar en seguida el que dé mejores ventajas.

¿Qué diremos ahora de los colonos que vienen o pueden venir a Chile de cuenta de los particulares o empresarios capitalistas, de los que tienen o quieren adquirir para este fin del Estado grandes estensiones de terrenos?

En esta categoria hemos de distinguir en primer lugar los particulares hijos del país, propietarios de grandes haciendas, empeñados en cooperar i ayudar al Estado en la grande obra de la colonia; en segundo lugar los empresarios extranjeros relacionados con los pueblos de donde nos vienen los colonos, empresarios ya establecidos en Chile, ya recién llegados o que están por llegar con este objeto.

En cuanto a los primeros, me parece que la empresa de nuestros hacendados debe considerarse bajo todo punto de vista como empresa nacional, eminentemente patriótica;

i por lo mismo, los colonos traídos de cuenta de los particulares han de gozar de las mismas franquicias e inmunidades que los colonos traídos por el mismo Gobierno: hablo de la exención por doce años de pagar contribucion alguna, de la de pagar derechos por los efectos que traen consigo para su propio uso i el de sus colonias, de la exención del servicio militar por el término de 12 a 15 años, i de cualquier otro privilegio que se conceda a los colonos establecidos en los terrenos fiscales. Mas, se entiende que para esto, es necesario que los particulares cumplan tanto en la eleccion de sus colonos, como en el cuidado de ellos, con las mismas condiciones que las que el Gobierno se propone adoptar con respecto a los suyos. Estas condiciones, como ya hemos visto, son: que los colonos vengan en partidas que sean a lo menos de 30 a 40 familias tomadas de aldeas de un mismo pais, si se puede de un mismo lugar, i no recojidas en las ciudades; que sean de la religion católica, i que el hacendado se obligue a mantener para ellos por cierto numero de años un sacerdote del mismo pais que los colonos, i un maestro de escuela. Todo emigrado venido accidentalmente, solo, i aisladamente establecido en una hacienda, se considerará como se consideran hasta ahora los emigrados artesanos que vienen a nuestras costas; se le aplicarán las mismas leyes que en general sirven para todos los extranjeros. Todo colono que se separa de su colonia debe cesar de ser acreedor a las referidas franquicias o inmunidades.

En lo que toca a los empresarios extranjeros compatriotas de los mismos colonos i relacionados con los paises de donde estos vienen, ellos sin duda ofrecen al Estado ciertas ventajas particulares que importa aprovechar, i tambien algunos inconvenientes que no se deben desconocer.

Primero, con respecto de las ventajas, no se puede negar que un empresario alemán a quien se vendieran grandes trechos de terreno para la colonizacion, a precios bajos i privilegios anexos a dicha venta, estaria capaz de escoger bien los colonos que a su empresa conviene; sabria tal vez mejor que un agente del Gobierno tomar las precauciones necesarias; i conecedor del jenu i carácter de sus compatriotas, sabria tratar con ellos; estaria desde luego al cabo de infinidad de consideraciones mas minuciosas que re-

quiere el bien material del colono. La empresa tambien costaria a él mas barato que al Gobierno; la colonia rejida i administrada por él ofreceria datos i ejemplos preciosos para el manejo de otras colonias; él mismo estaria interesado en mantenerla buena fama de su colonia en los paises de donde vienen los colonos; serviria de intermedio entre el Gobierno i los colonos; en fin, cuidando sus intereses o cuidaria los de la colonizacion misma.

Por otra parte, no se debe disimular que entre los inconvenientes mas graves que este sistema de colonizacion pudiera presentar, el peor es que si un empresario, dueño de alguna grande estension de terreno, hombre de diversa creencia de la nuestra, trajese a sus dominios colonos esclusivamente protestantes, con sus ministros i maestros de escuela, podria, en su colonia, formarse un espíritu de cuerpo bastante poderoso para incomodar a los pueblos vecinos, o para sembrar disputas i contiendas religiosas. Tambien es de temer que, siendo para él la colonizacion una especulacion ante todo financiera, no trate de sacar ventajas excesivas de sus colonos, no les hostilice, no les explote a su gusto i antojo. En fin, podria suceder que un empresario, habiendo obtenido del Gobierno terrenos baratos destinados para la colonizacion, i viendo despues que le hace mas cuenta destinarlos al pastoreo que no al cultivo de cereales, haga lo que han hecho los mas dueños de terrenos fronterizos de los Indios, que en lugar de pensar en poblarlos, echan ganado, cierran los caminos, cercan sus propiedades toscamente con árboles volteados en el mismo lugar, i no dejan a nadie establecerse en ellos.

A pesar de lo referido, no deben despreciarse los medios i recursos que bajo este sistema los empresarios extranjeros pueden ofrecer al Estado en obsequio de la colonizacion.—Antes bien creemos que el Gobierno ha de acoger con benevolencia i de proteger e interesar en este asunto a todo empresario de esta categoria, que a juicio del mismo gobierno pareciese digno de confianza. Una colonia alemana, dirigida por un alemán dueño de los terrenos, i particularmente interesado en la prosperidad de ella, podria ser muy útil i servir de modelo a otras colonias: los colonos traídos para ella merecerian la misma proteccion de parte del

Gobierno, las mismas ventajas que los colonos traídos de cuenta del Estado. Mas, para que el empresario extranjero i sus colonos tengan derecho a dichas ventajas i a una protección particular de parte del Gobierno, debería someterse a ciertas condiciones como las siguientes:

1.º Obligación de colonizar los terrenos concedidos dentro de *cierto término* en razón de una familia por cada 25 a 30 cuadras.

2.º Los colonos deberían ser de religión católica i el empresario se obligaría a traer un sacerdote del mismo país de los colonos, sacerdote que sería rentado por el Estado.

3.º Los colonos deberían desde luego renunciar a su antigua patria i declarar que querían ser chilenos.

4.º El empresario comunicaría al Gobierno la contrata que ha hecho con los colonos.

Llegando, en fin, a los emigrados que hemos colocado en la tercera categoría con respecto a la colonización, es decir, a los emigrados que vienen espontáneamente en poco numerosas partidas i casi por acaso, hemos de advertir que en general, ellos, por ahora, poco prometen a la colonización, i mas bien deben considerarse como artesanos u obreros destinados para las ciudades. Esta emigración, aunque la única, que es verdaderamente *emigración natural*, (mientras aquella que se refiere a los colonos pertenecientes a las dos primeras categorías podría llamarse *emigración artificial*); esta emigración, mientras la colonización chilena no se acredite suficientemente en el antiguo continente, se compondrá en gran parte de aventureros u hombres impelidos por hambre i miseria a huir de su país.

El sistema que se ha de adoptar respecto de ellos ha de ser necesariamente algo diverso i las obligaciones distintas.

En primer lugar, si los colonos venidos espontáneamente no aspiran a las ventajas e inmunidades que se conceden a otros, es decir, a la compra barata de terrenos, a la exención de toda contribución, etc. se recibirán como se recibe cualquier extranjero que arriba a nuestras costas: no se le preguntará ni por la religión que profesa, ni por sus antecedentes ni por las razones que lo han impelido a buscar una nueva patria. La hospitalidad i las leyes del país le amparan con su bienhechora protección: él es libre de buscar o ejercer cualquiera industria útil a la cual tenga mayor aptitud e inclinación.

En segundo lugar, si los colonos venidos espontáneamente quieren ser partícipes de las mismas ventajas e inmunidades que se aseguran a los colonos traídos por el Estado, el Gobierno ha de tener el poder i la facultad discrecional para concederlas o negárselas, i usará de esta facultad con preferencia.

1.º En favor de los emigrados que vendrán en número considerable a un mismo tiempo, como por ejemplo, en número de 30 a 40 familias salidas de un mismo lugar o de los lugares vecinos.

2.º En favor de los emigrados católicos.

3.º En favor de los que truerán recomendaciones especiales, ya sea de los agentes del gobierno chileno residentes en Europa, ya de los gobiernos europeos o de algunas sociedades conocidas que protejen la emigración europea.

§. VII.

RESUMEN DE LAS MEDIDAS DE QUE SE TRATA EN ESTA MEMORIA, I QUE SE PROPONEN PARA FORMAR UN SISTEMA DE COLONIZACION SOBRE BASES FIJAS I SEGURAS.

1.º La medida mas esencial i urgente es la mensura de toda la parte cultivable de las Provincias de Valdivia i Chiloé, especialmente de los terrenos i propiedades fiscales.

2.º Se declaran todas las islas destinadas para la colonización.

3.º Se declaran todos los terrenos valdíos pertenecientes al Estado en la parte meridional del continente de Chile, destinados para la colonización, a excepcion de los bosques que por su proximidad al mar i la buena calidad de sus maderas se juzgan por los mismos agrimensores dignos de conservarse.

4.º Pedirá el Supremo Gobierno al Congreso la facultad de traer hasta 150 familias i colonizarlas, dándoles terrenos de valde, o vendiéndoles terrenos al precio fijo mas bajo posible e invirtiendo las cantidades que se reciben por la venta de los terrenos, en auxilios para estos mismos colonos.

5.º Se han de eximir de toda contribución i del servicio militar por el término de 12 a 15 años no solo los colonos traídos de cuenta del Estado, sino tambien todos los colonos ya sean traídos por los particulares, ya venidos espontáneamente, los que cum-

plan con las condiciones espresadas en la pag. 12.

6.º Se pedirán tambien fondos para gastos indispensables de la colonizacion: como por ejemplo, para viajes i sueldos de los agentes del Gobierno, para compra de viveres i efectos que el gobierno tendrá que adelantar en forma de empréstito a los colonos, etc.

7.º Creo que se necesita pedir a las Cámaras la facultad de vender los terrenos fiscales a los colonos o empresarios de colonizacion, no en subasta pública sino por contratas, observando las condiciones indicadas, pag. 12.

Seria tal vez conveniente que se nombrase un consejo de colonizacion, anexo al Ministerio del Interior i encargado esclusivamente de los asuntos de esta naturaleza. Este Consejo mantendria comunicaciones continuas, tanto con los agentes enviados a Europa, como con los que el Gobierno tuviera a bien de nombrar en los principales puertos del Sur, i cuidaria, sobre todo, los intereses de los colonos, i les serviria de intermedio con el Gobierno.

Yungai, 10 de mayo de 1850.

Ignacio Domeyko.

Traduccion

DEL ALEMAN AL CASTELLANO,

DE LA CARTA DEL SEÑOR MUSCHGAY,
EMPLEADO EN LA ADMINISTRACION DE LOS
BOSQUES EN EL REINO DE
WIRTEMBERG.

(La carta está dirigida al mismo tiempo al Sr. Presidente i al Supremo Gobierno de la República.)

Habiendo llegado a noticia mia i de mis amigos, de un modo seguro e indudable, que el Gobierno de V. E. toma un interes decidido por la suerte de las incesantes emigraciones de los europeos honrados e industriosos, particularmente por la de los hábiles trabajadores alemanes; i que tambien vuestro jeneroso Gobierno procura suavizar la amarga condicion en que se ponen necesariamente los que, obligados a abandonar su suelo patrio van a terminar su penosa vida en las lejanas riberas del nue-

vo mundo, me decido a tomar la libertad de dirijirme respetuosamente a V. E. en nombre mio i de mis amigos.

Al remitir a V. E. junto con esta un doble ejemplar de la detallada descripcion del estado de nuestra desgraciada patria, no me detendré en hablar de lo que toca a ese punto tan triste como penoso para nosotros.

Varios artesanos, labradores, hombres instruidos i de diversos oficios, determinados a espatriarse, han escogido para su nueva patria el Estado que tan dignamente rige el Gobierno de V. E., i le suplican se sirva hacer designar desde luego una suficiente estension de terrenos baldios (urland) para unas treinta familias, escogiéndolos, si se puede, en la provincia de Valdivia o en la parte mas inmediata a ella, a fin de que nos sea posible entrar en relacion con los alemanes ya establecidos en aquel pais: relacion tan útil como provechosa para nosotros.

Si los terrenos que el Supremo Gobierno se digne destinar para nosotros, se dan de valde, no lo sabemos. Si así fuera, suplicamos humildemente que nos haga acreedores a tan insigne favor; en el caso contrario confiamos en que los precios i los términos de aplazamiento para los pagos se nos concedan del modo mas equitativo i llevadero.

Hay en nuestra sociedad jente honrada, pero sin recursos, la cual carece aun de medios para costear su viaje i cuenta solo con los auxilios de sus compañeros, a quienes tampoco sobra lo superfluo.

En la primavera o al principio del verano de 1850 (hablo de las estaciones de nuestro hemisferio) partirá nuestra vanguardia compuesta de unos 20 fuertes, activos i empeñosos jóvenes.

Nadie entre nosotros es empresario o jefe de nuestra compañía, sino que toda la empresa descansa en el comun celo i recíprocos servicios entre todos: todos son jente de buena reputacion (von gutem Läu-munde), libre de cualquier vicio radical, ménos de la disculpable falta de recursos en que valer su trabajo; nadie de nosotros se ha mezclado o gravemente comprometido en nuestros disturbios políticos, i en lo que toca a las buenas costumbres nos hacemos responsables todos por cada uno i cada uno por todos.

Al suelo que deseamos poseer, no lo des-

ANEXO

VIAJE A LA ARAUCANÍA EN EL AÑO 1845*

* Reproducido de *Mis viajes. Memorias de un exiliado*, que Ediciones de la Universidad de Chile publicó en 1978. Editado primero en su idioma original por la Universidad de Cracovia en 1962. El texto fue traducido del polaco por Mariano Rawicz para la edición de 1978.

CONCEPCIÓN, VALDIVIA,
OSORNO, VOLCÁN ANTUCO
REGRESO A VALPARAÍSO
ENERO, FEBRERO, MARZO Y ABRIL DE 1845

1. PARTIDA DESDE COQUIMBO

Otro viaje lejano. ¿Te parece poco el vagabundeo con que recorriste medio mundo como si corrieses en pos de un negocio urgente? ¿No te basta con lo que ya has visto?

¿Estás seguro de que, cruzando tierras extranjeras, conservarás ese tesoro de caros recuerdos y esperanzas de las que te vanagloriabas al abandonar la patria, tal como se ufana el rey de su séquito de príncipes y guerreros cuando sale a un desfile? Oh, recuerdo lo que había en el fondo de tu desenfrenado afán de visitar países lejanos y desconocidos para mitigar la tristeza ocasionada por la separación con los tuyos: era la esperanza de un cielo más despejado que permitiera el regreso a la patria y la certeza de relatar más tarde a la familia y a los amigos lo que has visto, lo que acumulaste con el corazón y con la vista en el ancho mundo. Hoy, ya una gran parte de la familia y de los amigos pertenece al mundo que sólo cabe alcanzar mediante la oración, sólo mediante el ruego a Dios por su eterno descanso. Otros deambulan en el extranjero como yo, sin camino, sin meta, o se mueren en estepas inhabitadas; pero lo que impide el regreso es la reflexión de que “sería indigno” hacerlo. La familia, la servidumbre y los vecinos de asustarían como ante un fantasma si uno, tras burlar la vigilancia del enemigo, entrase clandestinamente en el hogar.

¿Qué es lo que te inquieta de tal modo que no puedes, quedarte en un sitio y disfrutar con paciencia de la hospitalidad de gente a quienes Dios dio fuerza, seguridad de parte de los vecinos, una hermosa patria y un buen corazón frente a los peregrinos? Te inquieta, te impide el descanso la ausencia de aquélla, de la que dice Skarga¹ que, si te la quitan, nadie te dará otra y mejor que ella; sin ella la paz

¹ Piotr Skarga, famoso predicador y sabio polaco del siglo XVI.

es una quimera, la riqueza es miseria, los honores una nimiedad y hasta el trabajo es estéril.

Pero, señor Zegota², si tantas son tus ganas de viajar, ¿por qué adiestrar a otros en esta actividad dinámica, para qué separar de su hogar a quienes recibieron de Dios para toda la vida un hogar y la tranquilidad?

En efecto, al prepararme para el viaje, y para amenizarlo, animé a uno de mis discípulos, a don Miguel Munizaga, para que me acompañara; y la finalidad principal de este nuevo viaje es para mí visitar la Araucanía, país de indios semisalvajes que conservaron hasta ahora su independencia después de tres siglos de combates con los españoles, cuyas hazañas canta Ercilla en su epopeya. No se oponían a mis persuasiones los padres de Miguel; por el contrario, estimaban provechoso este viaje para su hijo y aceptaron agradecidos mi proposición, aunque vi lágrimas en los ojos de la madre, porque ésta iba a ser la primera separación, aunque breve, de su hijo predilecto.

El 23 de diciembre, al atardecer, salí de la casa de los señores Munizaga al puerto de Coquimbo, donde debíamos esperar el vapor que se dirigía a Valparaíso. La despedida de Miguel resultó triste también para mí. El haber visto a su madre y a sus hermanas enternecidas me recordó mi última separación de la familia, hace ya veinticuatro años, y mi alma se apesadumbró en este instante, aunque esta vez yo no me separaba de nadie y nadie podía echarme de menos ni pasar pena por mí.

Al día siguiente, hacia el mediodía, llegó el vapor y ya antes del atardecer celebré las vísperas con un grave mareo que no se me quitó durante todo el día de Navidad que pasé en el angosto camarote.

El 26 de diciembre asistí a la ópera italiana en Valparaíso. Estaban dando mi obra preferida, *Romeo y Julieta*, que me retrotrajo a mi estadía de algunos meses en Dresde, cuando con Adam, Odyniec y Garczyński nos entusiasábamos con esa obra, entonces reciente, de Bellini, y nuestro provenir era todavía una incógnita.

En Valparaíso encontré cartas del Presidente y de los ministros que me recomendaban ante las autoridades gubernativas en el sur. Conocí al ex presidente Prieto, un patriarca insigne y muy respetable; compré en una librería el poema *La Araucana* de Ercilla y en la mañana del día 28 de diciembre partimos con Miguel rumbo a Concepción.

2. TALCAHUANO

El 30 de diciembre, a la salida del Sol, nuestro vapor entró en la bahía de Talcahuano. Es preciso haber pasado, como yo, siete años en una región costera seca, sin árboles, para apreciar la belleza de esta bahía de tres o cuatro millas de longitud y un par de millas de profundidad. A su entrada está la isla Quiriquina, coronada de bosques siempre verdes, a lo largo de la cual pasó lentamente nuestro buque por

² Sobrenombre de Ignacio Domeyko.

un estrecho llamado Boca Grande, y llegamos a una especie de sereno lago. Esta bahía está protegida a su alrededor por orillas rocosas, adornadas por hermosos bosquecillos. Sólo a lo lejos, al este, se ve una orilla más baja, sobre la cual se eleva el puerto de Talcahuano. Al sur se extiende una cadena de cerros cubiertos de bosques de encinas, y en la costa norte hay tres pueblecitos: Tomé, Lirquén y el vetusto Penco. Este último iba a ser la capital del sur de Chile y fue fundado por los primeros conquistadores españoles, entre los cuales figuraba el famoso Pastene, brazo derecho y asesor del valeroso Valdivia. Tres veces destruido por los terremotos y tres veces restaurado, el pueblito cuenta actualmente con pocas edificaciones. Sólo le quedan angostas callejuelas, algunas ruinas, una iglesia con su torre y un pequeño castillo de piedra labrada erigido sobre el agua, que hoy ya no tiene nada que defender ni proteger.

El puerto toma su nombre del pueblecito de Talcahuano y es uno de los mejores y más seguros del océano; una docena de buques mercantes, estaban allí anclados; en botes y chalupas estaban transportando sacos con trigo a algunos buques, y de otros descargaban mercancías. Una gran agitación en el puerto y en el pueblo que cuenta hoy hasta tres mil habitantes y que, si bien todavía nuevo y poco conocido en el mundo no comercial, pasó ya por tristes vicisitudes. En los primeros años de su existencia fue tres veces saqueado y destruido por los indios araucanos; al finalizar la guerra de la independencia fue también saqueado por el cruel Benavides, el cabecilla de los realistas, y en el año 1835 fue totalmente destruido por un terremoto y por la inundación del mar.

Entretanto fue reconstruido, aunque en forma incompleta, pero sus habitantes se echan todavía a temblar cuando hablan de esa última catástrofe. Délano, dueño de una casa recién construida, en donde me hospedé, un rico comerciante oriundo de Estados Unidos, me contó que en el momento del terremoto se encontraba con su padre y toda la familia en la orilla de la bahía, en el mismo lugar en que reconstruyó hace poco la misma casa, tal como estaba antes del terremoto.

“Un espantoso estrépito subterráneo precedió en algunos segundos el terremoto; el suelo temblaba y oscilaba bajo los pies de tal forma que uno no podía tenerse en pie. De pronto el mar empezó a alejarse de la orilla y, habiendo retrocedido un par de estadios al interior de la bahía, refluyó con un tremendo estrépito y fragor al continente hundiéndose muchas chozas y casas de la costa. Al verlo el capitán de un buque, amigo del señor Délano, envió a toda prisa un chalupa en la que, aprovechando el instante, la familia medio muerta de terror logró huir a tiempo y llegar al barco. Porque a los pocos minutos el mar comenzó de nuevo a agitarse y alejarse de la orilla, dejando todo el fangoso fondo de la bahía sin agua hasta el lugar en que los buques empezaban a soltarse de las anclas y de nuevo retornaba, al comienzo lentamente y luego con creciente violencia a su lecho. Pero no se detuvo en la orilla; por el contrario, se abatió sobre la ciudad con tal fuerza y empuje que casi de un solo golpe hundió todas las casas hasta el cerro más próximo. El espantoso llanto y griterío de mujeres, niños y de casi toda la población refugiada en ese cerro nos llegaba a través del fragor de las olas que chocaban contra las casas y las rocas. Pero no llegaron hasta la cima del cerro y,

al refluir, sólo dejaron tras de sí montones de ruinas, de objetos y a trechos sólo desnudas paredes inclinadas. Una gran parte de la bahía quedó nuevamente sin agua, pero el terror y el espanto llegaron al clímax cuando se vio por tercera vez el cúmulo de olas verticales y espumosas que avanzaban como al salto. La gente ya no tenía dónde huir y quedaba poco por destruir. Esta vez las olas subieron un poco más lejos que la vez anterior y, al alejarse con más ímpetu del pueblecito totalmente derrumbado, barrieron con todo lo que quedaba por el camino, con todos los enseres de los habitantes y no pocos cadáveres”.

Siete años más tarde se reconstruyeron en el mismo lugar las casas, la iglesia, los comercios, las aduanas y los almacenes, como si no hubiese habido un terremoto y como si la gente ya estuviera segura de que una calamidad similar jamás volvería a producirse. El propio señor Délano, hombre al parecer precavido, reconstruyó sobre los mismos fundamentos en que estaba la casa de la que sus padres escaparon milagrosamente con vida, un espléndido palacio, y trabajaba tranquilamente en él, aun cuando desde las ventanas de su despacho se veía Penco tres veces destruido. Pero pensaba vender el palacio.

Pasé un día en Talcahuano visitando los yacimientos de carbón natural que se encuentran aquí en la misma orilla de la bahía y un poco más lejos de ella, en Andalién, en formación terciaria, en gran cantidad. Emplean ya ese carbón en los vapores y constituye uno de los rubros de la riqueza de esta provincia. Encontré aquí a un compatriota, emigrado como yo, oriundo de Volinia, el señor Lachowski, contratado desde Francia por el gobierno chileno para explorar esos yacimientos de carbón. Pero no le fue bien; como sucede a menudo con nuestros compatriotas violentos de genio, se peleó con el intendente y su secretario y tuvo que renunciar a su puesto. Más tarde le fue mejor en el norte, en la provincia de Santiago, donde se ocupaba de la fundición de minerales de cobre; se enriqueció, se casó y murió, estimado por todos los que lo conocía.

3. CONCEPCIÓN

A un par de millas de Talcahuano está la ciudad de Concepción, capital de la provincia del mismo nombre. El camino pasa por vegas a trechos fangosas, memorables por la batalla en que los patriotas fueron derrotados por los españoles en la guerra de la independencia.

La ciudad está situada a orillas del Biobío, cerca de la bahía de San Vicente, a los pies de cerros graníticos que forman parte de la cadena occidental de la cordillera. En su loma quedan todavía restos de bosques de la época de Cristóbal Colón.

Desde la cima del cerro llamado Caracol, inmediatamente detrás de la ciudad, se descubre una vista maravillosa, como no verá otra igual el viajero en las costas de Chile. Por el oeste es fácil, de una sola ojeada, abarcar todo el golfo de Talcahuano y a su entrada la isla Quiriquina. Una estrecha banda de cerros cubiertos

de bosques separa esta bahía del río Biobío, en cuya desembocadura se alzan pirámides de granito, llamadas Tetas de Biobío, rocas arrancadas de los cerros adyacentes, en las que con el buen tiempo yacen calentándose anfibios, focas, llamadas también lobos marinos. En la parte meridional de la ciudad, el río Biobío, de una anchura de media milla, desde cuyas orillas se extiende un verde prado hasta la ciudad. Por el norte protegen la ciudad unos montículos cubiertos de arbustos menos espesos. Toda la ciudad está edificada simétricamente, con calles que se entrecruzan en ángulos rectos, como en todas las ciudades o pueblos fundados por los españoles.

La ciudad estaba aún en su mayor parte en ruinas por el último terremoto del año 1835. Muchas casas sin tejados, las murallas agrietadas, la plaza mayor desierta, poblada a trechos de maleza, los montones de piedras y ladrillos señalan dónde estaban los palacios y los comercios de lujo. Donde estuvo la catedral, losas dispersas de piedra labrada, fragmentos de viejas murallas, restos de torres y de anchos zócalos; gran parte de los escombros fue ya transportada a las afueras de la ciudad.

Parece como si desde los primeros años de su existencia esta ciudad estuviera destinada a sufrir grandes calamidades y destrozos, heredados de su antecesora, la primera población española, Penco. Peleadora, rebelde, jamás satisfecha de sus rigores y consejos tradicionales, amenazada por los indios araucanos, varias veces se construía y se derrumbaba por los incendios y terremotos. Siendo sin embargo, la capital de una provincia bastante rica y aprovechando la paz de que disfrutó durante muchos años antes de la caída de la dominación española, se había levantado y enriquecido, tenía muchas iglesias y conventos, y contaba con una población piadosa y trabajadora. Muchas familias antiguas, los Mendiburu, los Benavente, los Rivera y los Cruz tenían aquí sus palacios y no lejos de allí sus propiedades. En los tiempos de la guerra de la independencia, la ciudad pasó durante diez años alternadamente a manos de patriotas, realistas y diversos partidos, y con la libertad y los sangrientos encuentros, cundían las ambiciones y el deseo de imponerse a los demás. Pero no había mucho campo para ello. Vinieron la paz, la república, las elecciones. Y como los últimos combates con los españoles tuvieron lugar en el sur, aquí y en Chiloé, quedaron aquí acaso en mayor cantidad que en otras partes de Chile, soldados y guerrilleros, y la lucha entre los partidos se trasladó al campo de las elecciones republicanas. Los penquistas (que toman su nombre de Penco, la primera ciudad de los españoles en el sur) tenían la pretensión de figurar en primera fila y de competir con Santiago para tener allí, en el gobierno y en la presidencia, a los suyos.

Pero, por obra de los habitantes más laboriosos y sosegados, la ciudad empezaba ya a contar con gobiernos más duraderos y con bienestar, tenía ya casi mil casas y de diez a doce mil habitantes, un obispado, tribunales y escuelas cuando le sobrevino la gran calamidad: el terremoto.

Sucedió en el mes de febrero (el 17 o 18, si no me equivoco) a eso de las once de la mañana, poco después de las misas en las iglesias. Ninguna señal o augurio en el cielo o en el aire precedieron la desgracia. La gente se divertía, disputaba, compraba en los comercios o estaba tranquilamente en las casas. El calor y el cielo

despejado tentaban a la población a bañarse en el Biobío; el viento no soplaba ni el mar estaba demasiado agitado; los niños jugaban en el prado.

De pronto rugió un espantoso estrépito subterráneo, la tierra tembló y el viento aulló sobre la ciudad. Toda la población salió corriendo a las calles y plazas con gritos y llantos, golpeándose los pechos y exclamando: “Misericordia, misericordia”. Pocos minutos después un segundo temblor sacudió con más fuerza la ciudad y una granizada de tejas se precipitó a todas las calles: las casas comenzaron a desmoronarse, las torres de las iglesias oscilaban como juncos, y las campanas tañían solas; la gente no podía mantenerse en pie. Con la tercera sacudida, más fuerte que las anteriores, la catedral y la mayor parte de la ciudad estaba ya en tierra, y la espesa polvareda producida por lo muros deshechos, cortaba la respiración y tapó en ese momento el cielo y el Sol de tal modo que, pese a que era mediodía, cayó la noche; las madres no veían a sus hijos huyendo; la gente se tambaleaba cual borrachos.

Fue una hora terrible y quienes la vieron me decían que hasta el día del juicio no habrá otra igual o parecida. Antes de que esa infernal nube de polvo comenzara a desvanecerse, en muchos sitios se iniciaron incendios y pasó mucho tiempo antes de que un sol rojo oscuro y cobrizo pudiera ser vislumbrado por la población que clamaba piedad a Dios.

Pero los cataclismos subterráneos no cejaban con sus amenazas; cada cuarto de hora, cada media hora se renovaban, aunque más débiles, nuevos temblores; oscilaban las altas agrietadas murallas de vetustas torres y conventos, cayendo con estrépito como robles derribados a hachazos. Y cuando después del mediodía se desvaneció del todo la nube de ese sofocante polvo de las casas deshechas, se descubrió la vista del espantoso destrozo, sobre el que sólo a trechos se elevaban los humos de los incendios; miles de familias quedaron sin hogar y sin salvación. En los suburbios sólo se salvaron pobres chozas de adobe, techadas con paja, los llamados ranchos, a los que tenían que acudir los más ricos en busca de refugio.

Las más pobres y más dignas de lástima eran las monjas que, en este revuelo y entre las llamas, tenían que huir de los conventos y lanzarse en el oleaje de la plebe, donde no había distingos de rango, honor ni riqueza, y la igualdad sólo estaba en la desesperación. El pueblo vivaqueó toda la noche al aire libre ante fogatas, y no bien comenzó a clarear, para colmo de males, cayó una fuerte lluvia como no se había conocido en muchos años.

Lo que el terremoto, el fuego y la lluvia no pudieron destruir, lo hicieron hombres malvados. Inseparables compañeros de calamidades y desgracias, los ladrones, entraban en las casas destruidas, desenterraban entre los escombros todo lo que podían y se lo llevaban, alegrándose de la catástrofe como el demonio de la caída del primer hombre.

No hubo muchos cadáveres en este terremoto, porque la primera sacudida subterránea no fue muy violenta, previno a los habitantes y dio tiempo para huir a plazas y calles. Sólo dos albañiles que trabajaban en lo alto de la torre de la catedral y el sacristán murieron bajo las ruinas del templo.

Parecía que después de tan terrible calamidad, los antiguos dueños de las casas destruidas iban a pensar en reconstruir la nueva ciudad en otro lugar. Porque la

triste experiencia que tuvieron con la triple destrucción de Penco, una prueba de que los fatales efectos del terremoto dependen más de la naturaleza del suelo en que se erigen las casas que de la fuerza de la sacudida, debió haberlos prevenido de que la ciudad de Concepción, construida sobre un terreno arenoso a un par de pies sobre la superficie de la tierra, podría sufrir en el futuro similares destrucciones. El mismo terremoto que derribó miles de casas en Concepción, no ocasionó daño alguno en los pueblos de Hualqui o Rere, erigidos sobre un terreno granítico, a pocas millas más al este, pero arruinó muchas casas en Yumbel, y más todavía en Chillán y Talca, situadas en terreno terroso y arcilloso del ancho y alargado valle entre dos cordilleras.

En efecto, inmediatamente después de la desgracia sólo se pensó en elegir un lugar más seguro para la nueva ciudad. Se barajaron hermosos lugares en la cordillera de la Costa, cerca del río, con un duro suelo de piedra. El Consejo Municipal procedía con energía y no permitía a nadie construir nuevas casas sobre los cimientos de las que no habían resistido la sacudida.

Pasó un año, pasó otro. Primero, los comerciantes y tenderos apuntalaron las paredes más o menos inclinadas, taparon los hoyos, edificaron con carácter provisorio todo lo que pudieron. La municipalidad y los propietarios más acomodados disputaban entre sí con creciente violencia, debatían y peleaban, viviendo como de paso en casitas más modestas, no del todo arruinadas, pero tratando con cada vez menos rigor a quienes sin esperar el resultado de la disputa, se lanzaban a restaurar o reedificar sus antiguas viviendas. El tercer y el cuarto año, ya hubo en los debates una mayoría de votos en contra de la elección de otro lugar para la ciudad. Se impuso el partido de los comerciantes y de los propietarios de grandes terrenos. Uno de los ciudadanos más ilustrados y honestos, el ex funcionario Zañartu, construyó, con el permiso del gobierno, una casita de madera, de tablones livianos, junto a las ruinas de la catedral en la plaza, y lentamente, siempre con carácter provisional y a base de un permiso (en tanto que el gobierno y el Consejo Municipal no adoptasen una decisión consistente) se inició la construcción de edificios.

No pasaron ni diez años, la gente se habituó a la desgracia y el terremoto fue perdonado. Aun cuando la catedral continuaba en ruinas, los conventos seguían sin repararse, y en la plaza Mayor nadie abordaba la construcción, en otras calles ya estaban preparando ladrillos y toda clase de materiales para erigir palacios. El obispo Elizondo, como para dar un ejemplo y demostrar que no había que tener miedo, erigió cerca de la catedral una alta casa de ladrillos, pero al centro del patio construyó para sí mismo un liviano pabellón de madera. Encontré restaurada casi toda la calle del Comercio y cuando le pregunté a un señor acomodado que estaba construyendo para su numerosa familia y muchos hijos pequeños con murallas de casi 5 metros de altura una espaciosa casa:

“¿cómo puede usted construir una nueva casa tan alta en el mismo sitio en que el terremoto derrumbó su antigua vivienda? –me contestó–: no importa, es sabido que terremotos tan grandes como el reciente se dan sólo cada 70 o 75 años, y los menos violentos no nos preocupan”.

Así es la precaución de los hombres que construyen trampas de ladrillo para sus bisnietos.

Los habitantes de la provincia de Concepción, y en especial de esta ciudad que se estaba levantando de las ruinas, parecen llevar en su carácter violento huellas de las guerras con los vecinos indios, de frecuentes temblores y revoluciones, que experimentó esta provincia desde la llegada de los españoles. Levantiscos, impulsivos, suspicaces y poco propensos a olvidar ofensas, no muy solidarios entre ellos mismos, pero más solidarios cuando se trata de atacar a los vecinos más alejados de las provincias del norte, son acaso más propensos a las guerras civiles que los chilenos del norte. Hombres de la clase alta, hermosos, bien plantados, mujeres altas, de tez más blanca que las nortinas y, en general, de carácter menos equilibrado, son más propicios a la ofensa, al pelambre y a injustas sospechas contra los suyos, incluso contra sus compatriotas, que los nortinos. Entre la clase baja, entre la plebe, se ven a menudo las facciones, el color y la mirada salvaje de los araucanos.

El clima de aquí es sumamente moderado, pero menos agradable que el de Coquimbo. En el verano no llueve con frecuencia, pero el invierno y la mayor parte de la primavera y del otoño es lluvioso. Los atardeceres son frescos. No conocen aquí nuestras noches tibias, y de día predomina siempre el viento sur, más bien sureste, a veces bastante fuerte. En julio el agua suele congelarse, pero no nieva casi nunca. A falta de calor, las frutas no son de buena calidad; los durazneros con hojas arrugadas por los insectos son casi estériles; los manzanos y naranjos son árboles hermosos y grandes.

La industria agrícola está aquí, hasta ahora, poco desarrollada. No hay canales para regar los sembrados y por eso no hay hasta ahora muchos cultivos. Incluso para la engorda de las reses y caballos siembran aquí poca lucerna, de modo que en el mes de enero, cuando en el norte el país abunda en pastos y en pastizales regados, cubiertos de espesa lucerna, aquí traen chirriantes carros atados de hierba y los venden muy caros como alimento para caballos.

Pero esta provincia cuenta con grandes reservas y muchas fuentes de riqueza para el futuro. Extensos bosques con buenas maderas, donde escasean árboles que pierden sus hojas en invierno; viñedos que producen vinos similares al oporto, y numerosos rebaños de reses, caballos y ovejas permiten a los habitantes de esta región no preocuparse en exceso por mejorar su nivel de vida, mientras las pasiones, la afición al lujo que invade la sociedad de repente, el ejemplo de los extranjeros y de la vida capitalina en Santiago, no los incite a una vida más activa y a un trabajo más intenso.

Sólo es de temer que junto con este –como lo llaman– *progreso*, se debilite entre la gente la fe y la piedad de sus antepasados, los conquistadores; muchos de los patriotas que tomaron parte en la guerra de la independencia no dieron buen ejemplo con sus conductas, como si creyesen que una persona liberal no pudiese ser creyente. Los más jóvenes ya alardean de ateos, y otros de indiferencia en materia religiosa. Sólo el pueblo, la pequeña burguesía y la clase artesanal conservan la fe gracias a la influencia del clero. Las mujeres –puede decirse– montan la guardia de conventos e iglesias. Muchas costumbres y ritos religiosos se conservan puertas adentro.

Es justamente la época de los llamados nacimientos que celebran aquí entre la Navidad y el día de Reyes, y que en muchos aspectos corresponden a nuestros “jaselki” y Belén. Antiguamente adornaban aquí, en los grandes palacios, salones para instalar –como decían– el Nacimiento del Señor, pero ahora emplean para ello casas en los suburbios. Tres de esos nacimientos, bastante bien hechos, visité a mi llegada a Concepción.

Imaginen ustedes: toda la casa iluminada, adornada con flores, con ramas de mirto y laurel recién cortadas. A la entrada, pequeños tenderetes, dulcerías y pasteles, y dentro, el salón más grande profusamente iluminado, con puertas y ventanas abiertas. Al centro, una gran mesa con multitud de figuritas de cera, de madera o porcelana. Algunas representan a santos o ángeles, pero al lado de éstas hay otras, mundanas y hasta reprobables; hay también figuras de aves, caballos y reses. Uno de los aficionados a la historia natural, el cónsul inglés, prestó para este nacimiento toda su colección de aves e insectos, y hasta minerales, conchas y serpientes. Al medio, entre todas estas cosas, dentro de una vitrina protegida por un vidrio, estaba el nacimiento propiamente tal: el Niño Jesús en el pesebre, la Virgen Santísima y San José.

Durante dos semanas, a cada atardecer se abren las puertas al patio y a la casa, se prenden velas y acude tanta gente que resulta difícil penetrar el salón con el nacimiento. Allí, unos rezan el rosario, otros observan, los niños juegan, y no hay desorden pese a que no hay policía.

Pasé ocho días en Concepción en preparativos para el viaje al sur, a la Araucanía, el país de los indios independientes, con el propósito de llegar hasta Valdivia, o incluso más allá, hasta el lago Llanquihue y el volcán Osorno. Me facilitaron este viaje las cartas del Presidente de la República, general Bulnes y el ex presidente, general Prieto, recomendándome al intendente de la provincia de Concepción, el coronel Bulnes y al comisario de los indios, quien se hallaba entonces entre los salvajes. El gentil Intendente me dio un intérprete, guías, un soldado ordenanza, dos caballos y dos mulas. Yo compré, además, cuatro caballos, provisiones y, siguiendo el consejo de ciudadanos más expertos en esa región, muchos abalorios, campanillas, pañuelos rojos y azules, tabaco, índigo y otras bagatelas como regalos para los araucanos.

4. FRAGMENTOS DEL VIAJE AL PAÍS DE LOS SALVAJES.

ARAUCANÍA

El río Biobío. Recuerdo de las tres primeras batallas araucanas en los campos de Andalién y Hualpén. San Pedro y un episodio de la Guerra de la Independencia. La Batalla de Lagunillas. Colcura. El cerro Villagrán.

El día 8 de enero, habiendo comprado caballos y todo lo necesario para el viaje, partí a eso de las nueve de la mañana de Concepción a la región de los araucanos salvajes, animado por la curiosidad y el deseo de verlos en su propia patria.

¿Acaso no es digno de ser visto un país libre, independiente, aunque salvaje, que permaneció hasta el día de hoy tal como fue hace tres siglos, antes de la llegada de los conquistadores de alma de fuego, vestidos con aceros? ¿Por ventura no es asunto de interés conocer al americano indígena, hasta ahora independiente, amo y señor de su tierra? ¿La crónica precolombina viviente?

Si es lícito que los turistas, por aburrimiento, recorran las capitales del mundo civilizado por su diversión, con comodidades, para ver lo que cada país dejó en herencia, ¿no es mejor y más noble conocer a personas que, por su congénito amor a la patria, medio desnudas, con arcos y mazas, se resistieron a la fuerza castellana, conservando hasta el presente sus almas primarias y lo que sus antepasados les legaron?

Ésos fueron en verdad mis pensamientos cuando al mediodía, en un día hermoso, aunque con viento, estuve cruzando el más grande de los ríos chilenos, el Biobío, que casi hasta la emancipación de esta parte del Nuevo Mundo del gobierno de rey, era la frontera entre la salvaje y pobre Araucanía y el país otrora más poderoso y más rico, sobre cuyas posesiones jamás se ponía el sol.

El río hermoso y no muy rauda, tiene media milla de anchura. Mis caballos y las mulas con su cargamento estaban en dos balsas. Yo y mi joven compañero Miguel estábamos sentados al lado del viejo y fornido timonel.

A causa del fuerte viento suroeste, la travesía nos tomó más de una hora; tuvimos que navegar al bies, contra la corriente y cambiando a menudo de rumbo.

Una vista espléndida sobre la cordillera de la Costa y sus seculares bosques se descubría ante nosotros por el este, y por el oeste hasta donde alcanzaba la mirada, la ancha desembocadura del río en el mar. La hermosa planicie verde en que está erigida la ciudad se extiende desde la misma orilla hacia el norte, llegando hasta la bahía portuaria de Talcahuano, al que separa del río, en su propia desembocadura, un montañoso terraplén, poblado de hayas. En la orilla opuesta del Biobío se ve el pueblecito de San Pedro, una pequeña iglesia y al fondo montículos rojizos.

Cuando estábamos justamente gozando con este maravilloso paisaje, el anciano timonel llamó nuestra atención sobre aquellas dehesas en el norte, que llaman hoy Vegas de Talcahuano por el hecho de que descienden hasta la misma orilla del golfo, siendo que hace pocos años eran pantanosas.

“Allí –señalando con el dedo, dijo el viejo– fue la primera batalla de los godos (así es como suelen llamar a los españoles los patriotas de la época de la Guerra de la Independencia) con nuestros araucanos”.

Por su mirada, su tono y acento, reconocimos que debió haber sido militar, y, además, de los buenos veteranos.

De pronto, como en virtud de un conjuro, revivió en mi memoria lo que ya sabía de esa batalla por el poema de Ercilla y por las viejas crónicas.

Fue en marzo de 1550. De igual fama que Pizarro y adiestrado en el arte guerrero en batallas europeas, el honesto y se diría dotado de fuerza y valor sobrehumanos fundador del estado chileno, don Pedro de Valdivia, no bien hubo instalado

y fijado un poco de orden en la recién construida capital, Santiago, ya ardía en deseos de nuevos triunfos de conquista. Pensó en extender hacia el sur el nuevo Estado, hasta donde alcanzara la tierra. Estaba informado de que allí no había oro, pero sí, gente batalladora y tierras fértiles.

Muy exiguo era entonces el número de los conquistadores en Chile. Algunos de ellos se dedicaban a la agricultura en sus encomiendas, otros a la extracción de oro con ayuda de los indios; los restantes debían defender la ciudad y la pequeña fortaleza. Y, aunque todos estaban día y noche armados, y dispuestos al combate, don Pedro sólo logró reunir a 50 jinetes y 100 soldados de a pie para la nueva expedición. Pero, con bondad, ingenio, suavidad y, hasta donde le fue posible, con trato justiciero, había atraído a su lado a no pocos indios de los alrededores y los empleaba para transportar, en la marcha, los víveres, las municiones y otros enseres indispensables.

Con este puñado de soldados y ayudantes, Valdivia cruzó felizmente todo el país desconocido, habitado por los indios, de cien millas de longitud, hasta ese golfo de Talcahuano, cuya importancia adivinó enseguida la despierta mente del español. En sus orillas fundó la ciudad de Concepción del Nuevo Extremo y un pequeño fortín.

Pero allí ya lo esperaban multitudes de indios del Biobío, ávidos por entrar en combate para repeler la agresión y defender la tierra. De ocho a diez mil de ellos se reunieron en la orilla izquierda del Andalién, sobre estas espléndidas dehesas. Se efectuaron allí consultas acerca del modo de atacar al enemigo. Esos hombres que –según cuenta unos de los cronistas de la época– jamás reconocían a un superior entre ellos, se pusieron de acuerdo para elegir un jefe, bajo la condición de no otorgarle ninguna autoridad ni preeminencia, excepto la de conducirlos al combate, pues irían adonde él les ordenara.

La elección recayó en Aillavilú, y los hombres mantuvieron la palabra. Sin duda, Aillavilú no reflexionó mucho sobre la táctica, y tampoco don Pedro se hizo esperar mucho tiempo. Se enfrentaban por primera vez –como si hoy estuviera viéndolos– hombres que jamás se habían visto ni odiado anteriormente. Por el lado del mar, ciento cincuenta mozos de hierro, relucientes de pies a cabeza, armados con sables, lanzas y armas de fuego; al frente, cuarenta caballeros, cada uno de los cuales parecía a los indios un gigante cuadrúpedo labrado de un solo bloque; por el lado del Sol que asomaba detrás de los Andes, miles de salvajes desnudos de piel cobriza, de ojos negros como el carbón y con moños de grueso pelo negro muy erizados, armados con arcos, flechas de pedernal y tremendas cachiporras.

Para no faltar a las reglas de cortesía castrense castellana, don Pedro mandó izar primero una bandera blanca y envió junto con ella a Aillavilú a uno de los prisioneros, ofreciendo la paz y el favor del rey y exigiendo para sí únicamente el terreno para un fortín. Como es natural, el prisionero no regresó con la bandera.

Breve fue la alocución del Valdivia a sus huestes; “Buen ánimo. ¡Morir peleando si así pide la suerte!”. No más larga fue sin duda la arenga de Aillavilú. Éste, sin recurrir a fintas, ordenó lanzarse en masa, como una nube, contra el enemigo, y dice la leyenda que contuvo la primera embestida de la caballería, pero les asustó

el estruendo de los disparos, a los que contestaron con su chivateo, es decir, un tremendo chillido lanzado por miles de gargantas, que hacía retroceder a los conquistadores más valientes.

Después del primer encuentro, el jefe araucano ordenó a sus huestes atacar al enemigo por la retaguardia. Los españoles hubieron de pelear en dos frentes, porque los araucanos los sitiaban por el sur y por el lado del Andalién. La sangre de los defensores de la tierra corría a chorros, y más de un conquistador era pisoteado por la indiada y rematado con el mazo. Cayó el caballo bajo el propio don Pedro y su situación se tornó grave, cuando en ese mismo instante la captura de Aillavilú y la muerte de varios de los principales caciques provocaron pánico entre los araucanos, quienes comenzaron a huir en todas direcciones.

En esta desbandada una multitud de indios fue muerta por la caballería española, y la carnicería no habría terminado, si no fuera por Valdivia, el cual, corriendo tras los suyos, los contenía gritando: “Perdonad, perdonad a estos miserables”.

El joven Miguel contemplaba arrobado esos campos históricos y, entre los dos, recordábamos lo que los cronistas españoles dicen en son de alabanza de los araucanos, sobre esa batalla del Andalién. El veterano nos escuchaba con atención y, maniobrando el timón, señaló con la cabeza hacia el mar y fijándose en el promontorio de Gualpén que parece montar guardia en la misma desembocadura, exclamó con voz ronca: “Allí, señores, lo pasaron peor los godos; allí no se habría salvado ni uno solo si no fuera por la ayuda de Santiago”.

Recordemos, en efecto, lo que dicen de esto Ercilla, Goyenechea y otros de aquella época. Dicen que inmediatamente después de la batalla del Andalién, Valdivia reanudó la construcción de la ciudad y del fortín, instituyó el Consejo Municipal, nombró a Diego de Oro primer alcalde y al letrado De la Peña juez. También repartía terrenos entre sus guerreros, prometiendo a cada uno asignar bastantes indios para los trabajos; incluso se apresuró a enviar a su lugarteniente predilecto al frente de un pequeño destacamento montado para explorar el Biobío, cuando los araucanos, expulsados de esas dehesas, sin perder tiempo llamaron a sus hermanos de raza a una nueva insurrección. Si hemos de creer a los españoles, se reunieron casi cuarenta mil hombres acaudillados por Caupolicán, Tucapel y el gigante Rengo, famoso por su fuerza muscular.

Aún no había pasado un año desde la batalla del Andalién. El ejército araucano se apostó en la loma rocosa del Hualpén cubriendo los valles contiguos como si fueran una nube de langostas. Los jefes escogieron ese lugar por ser menos accesible para la caballería española. Es cierto que Valdivia contaba con trescientos hombres, pero, ¿cómo iba a lanzarse con ese puñado de soldados contra el hormiguero de defensores de su patria, acaso habituados ya al estruendo de los disparos y a la bravura de los caballos?

Pero no había tiempo para reflexionar. Los indios habrían tomado la vacilación del gobernador como señal de temor y debilidad, y en sus compañeros se enfriaría el entusiasmo. Así, pues, siguiendo la costumbre de los conquistadores, se aprestaron todos al combate, comenzando por aliviar las conciencias mediante la confesión y la comunión. Después les habló con calor don Pedro; no prometía

oro, porque ellos sabían ya que el país era pobre, la tierra en la costa no muy fértil y sus defensores eran gente brava y valiente; de manera que sólo les hablaba de la patria, del Rey, de la fe, de la gloria y del mérito que tendrían al conquistar las nuevas almas para la gloria de Dios y del Estado tan extenso.

Cuando a la salida del sol relucieron en las colinas del Hualpén las armaduras de acero de Aragón y Castilla, los araucanos, aunque desordenados, estaban ya preparados para el combate. Alderete, al frente de veinticuatro caballeros, fue el primero en atacar la a muchedumbre de arcos tendidos y cachiporras alzadas. Don Pedro le había ordenado que se dedicara sólo a pequeñas escaramuzas, rompiendo y confundiendo las filas enemigas. Él mismo, al poco rato se lanzó tras él con toda la fuerza y el fuego de sus mosqueteros. Cruel y sangriento fue el choque en medio del estridente griterío de miles de araucanos; corrieron chorros de sangre y se nubló el cielo cuando después de la primera repelida, y sin que se sepa por qué, comenzaron a huir las primeras filas escogidas araucanas, seguidas pronto por las segundas y terceras.

De esta batalla tan peligrosa para los españoles, conocida como la batalla del Biobío, quedó en la historia de Chile una leyenda, según la cual, en el instante más enconado del combate, apareció en la nube Santiago sobre un caballo blanco. El pueblo le atribuye hasta hoy día la victoria, y la nación escogió a este santo como patrono de la capital actual.

Bien sabía de todo esto nuestro timonel, y comenzó a hablar de esa batalla y de la aparición de Santiago; aseguraba que ese día todos los españoles junto con su gobernador habrían perecido hasta el último si no fuera por Santiago. En ese momento llegamos a la orilla del río. Pasó una hora antes de que ensillaran los caballos y cargaran las mulas. Mientras tanto, paseábamos por el pueblecillo con nuestro parlanchín timonel. Éste nos llevó a la iglesia y nos refirió la siguiente historia de ella:

“Vea usted, esos mismos araucanos que durante trescientos años peleaban con los españoles por su independencia, más tarde, cuando se trató de emancipar el país del dominio del Rey, se pusieron de parte de éste e, incitados por uno de sus partidarios, Benavides, luchaban con saña contra nosotros y, armados esta vez no con arcos y macanas, sino con lanzas y sables, lograron un triunfo sobre los patriotas. Fueron ellos quienes, apoderándose por asalto de este pueblecito de San Pedro, incendiaron las casas, se atrincheraron y atentaron contra esta iglesia. Yo mismo veía cómo colocaban teas ardiendo bajo las vigas de la iglesia, bajo las puertas y altares, pero el fuego se apagaba y sólo ardía sin daño, pues Dios la protegía. Después saquearon también Talcahuano. Benavides era chileno, oficial de las fuerzas reales, y creyó que el honor no le permitiría pelear por la libertad de su país, pero no era honorable, sino un verdadero demonio. Hizo daño. Por fin fue derrotado, apresado junto con su hermano, por los patriotas y fusilado, yacía en tierra, y los soldados, acaso sintiendo asco —¿quién sabe?— ante el cadáver del traidor, se fueron sin enterrarlo. Cayó la noche. El hermano de Benavides, menos culpable, estaba inconsciente, pero en el vil miserable ardía un resto de vida. El frescor de la noche lo despertó, incitó a la contrición; el hombre se arrastró lo mejor

que pudo y antes de la madrugada llegó a la espesura en la orilla del arroyo, donde una compasiva anciana le lavó sus heridas y lo escondió en su pobre casucha. ¿Cree usted que el hombre se corrigió? Volvió a los indios, se proclamó caudillo de los realistas y cometió crueldades inauditas. Finalmente, acabó siendo un vulgar bandido y, capturado por los campesinos, colgó su honor en la horca”.

El veterano tenía aún ganas de volver a la historia de la iglesita, pero el tiempo apremiaba; montamos en los caballos y tomamos el camino hacia el Sur. Este camino pasa por una llanura que, por el oeste, se extiende a través de dos o tres millas hasta la misma orilla de verdes arbustos, en tanto que por el este se alzan los primeros eslabones de la cordillera del Este.

En esta llanura, en la misma orilla del Biobío, a los siete años de la batalla del Andalíen, se libró la tercera batalla, la más sangrienta, conocida en la historia con el nombre de la batalla de Lagunillas, en que los araucanos prodigaron al máximo su valor. La canta mejor que otros Ercilla, porque él mismo tomó parte en ella como soldado raso, y no es de extrañar que sus estrofas me evocaran en ese instante la imagen de las huestes araucanas combatiendo en esos campos con los españoles.

Ya no vivía Valdivia, y el ejército real, que contaba 400 caballos y 360 infantes, era mandado por el joven hidalgo don García Hurtado de Mendoza, el marqués de Cañete, recién nombrado gobernador de Chile. Tenía apenas 22 años de edad, pero igualaba en fuerza, valor, celo conquistador, astucia y fe a los conquistadores más famosos de la época. Le acompañaba el historiador poeta Ercilla, como para transmitir a la posteridad cuán innato es al hombre el amor patrio, y con qué fuerza y nobleza anida en el pecho del bárbaro más salvaje.

Caupolicán era el jefe de los araucanos. Ese mismo año (1557) se había lanzado a comienzos de agosto con algunos miles de indios contra el fortín que don García estaba construyendo en Penco, y si bien fue rechazado y derrotado, reunió dos meses después a dieciséis mil nuevos defensores y tomó posiciones en estos campos en espera de refuerzos procedentes de más lejos.

No era propio de los españoles dar demasiada tregua al enemigo. Caupolicán, confiado en el número abrumador de los suyos, no se opuso al cruce del Biobío por los españoles, contando con que el río sería un obstáculo para quienes huyeran ante las masas araucanas y de su tumba.

Todo el día duró la batalla. Los indios ya se habían habituado al ruido de los disparos y a la bravura de los caballos; se lanzaron de inmediato en masa contra la formación, o mejor dicho, contra la férrea muralla de los invasores, como una ola de mar contra las rocas. Después, salieron por las dehesas, dividiéndose en grupos más pequeños para, de este modo, romper las filas del enemigo y obligarlo a encuentros aislados.

Ahora cada español tenía que luchar cuerpo a cuerpo contra diez araucanos. De nada sirvieron la pólvora y los mosquetes. Canta Ercilla cómo se enfrentaron a lanzazos allí el salvaje Lincoyán con Hernando Pérez, Tucapel con el bravo Osorio en duelo de espada y maza, y de cómo lucharon Cortés, Avendaño, Peña, Aranda



Entierro de araucanos en el Monto, siglo XIX. Mauricio Rugendas.
Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

y tantos otros heridos y muertos, mientras que aquel Reinoso con sus cincuenta jinetes recorría en varias direcciones todo el campo de lucha impregnado de sangre, sembrando la muerte y dejando tras sí montones de moribundos.

Ya comenzaba el Sol a inclinarse hacia el mar, cuando los grupos de araucanos, siguiendo las órdenes de sus jefes y avanzando hacia los montículos y arbustos, atrajeron al enemigo enfurecido a los lugares pantanosos de un pequeño lago. De nada servían allí los caballos, pero la lucha de a pie no cesaba y se volvió más furiosa que en el campo seco. Allí –según dice el poeta– “la sangrienta maza floreaba”; “florear” quiere decir adornar, embellecer algún objeto con flores, pero también agitar, y, cuando se trata de la espada, “blandir”. Allí, más de un hidalgo metido hasta la cintura en el barro luchaba a muerte con dos o tres salvajes. Allí, aquel gigante Rengo, “cual un jabalí enfurecido, acosado por la entusiasmada jauría, jadea, ruge, se agita, empuja, hiere y derriba”. Cayó allí de un solo tajo el traidor Yanacona, hijo renegado de esa tierra, cuando pretendió acercársele; tras él gimió bajo el mazazo Chilca, otro renegado y aliado del Rey; al joven Zúñiga, Rengo lo apretó como con tenazas y lo metió en el barro hasta las orejas.

*Jamás los alemanes combatieron
Así de firme a firme y frente a frente;
ni mano a mano dando, recibieron
golpes sin descansar a manteniendo
como el de un bando y otro, que vinieron
a estar así en el cieno estrechamente.*

ERCILLA, CANTO XXII

La noche, defensora de los afligidos, puso fin a la lucha desigual y fiera de los defensores del país. Quedó la leyenda y el propio Ercilla como testigo ocular (yo presente) dice que esa noche llevaron al campamento de los españoles a uno de los enemigos más encarnizados, a Galvarino, jefe de la supuesta rebelión, porque los españoles ya comenzaban a calificar de este modo toda la resistencia que les ofrecían los araucanos. Con orgullo y desprecio miraba el indio al soberbio marqués y su séquito. El consejo de guerra decidió, para escarmiento e intimidación de los rebeldes, cortarle al prisionero la mano derecha y devolverlo a los suyos. Galvarino extendió con calma y gravedad el brazo sobre el tronco de un árbol, y cuando se lo cortaron, lo alzó alegremente y colocó en el mismo tronco ensangrentado su mano izquierda. Y cuando también ésta cayó a tierra, miró a la luz de la fogata con desprecio a los asombrados españoles.

“Sin torcer ceja ni arrugar la frente”, alzó la cabeza, extendió el cuello y dijo: “Cortad también esta garganta sedienta de vuestra sangre; ¿de qué os sirve mi diestra si miles mejores que la mía os guardan?”.

Me detuve para mirar un tiempo estas dehesas, hasta ahora poco habitadas, poco cultivadas, como si el trigo no quisiera crecer en esta tierra impregnada con sangre de sus antiguos dueños legítimos.

Y al cabo de un rato, como defendiéndome de pensamientos sombríos, dejé rienda suelta al caballo para correr por la desierta llanura; el viento del poniente

soplaba, un cóndor negro revoloteaba sobre nosotros, cuando siete millas más adelante divisé inesperadamente, junto al camino, un fundo muy parecido a los nuestros de Lituania: una casa enjalbegada, no muy grande, con porche de dos columnas y puertas abiertas; al lado, un anexo para huéspedes, al otro lado un edificio con tejas rojas, delante de la casa un jardín con flores y detrás de la casa un huerto de perales y manzanos; el rebaño regresaba del campo; había cerca de allí un verde prado y un trigal casi maduro. Era el fundo de Coronel, propiedad del meritorio general Rivera, de la Guerra de la Independencia.

Antes de que el sol se pusiera, se descubrió ante nosotros el océano con la hermosa bahía llamada Playa Negra, en cuya costa fueron descubiertos ricos yacimientos de carbón. En torno, se ven colinas adornadas de arbustos, chozas de mineros y pequeños huertos.

Antes de caer la noche descendimos al valle de Colcura, cerca de las minas de carbón. Aun cuando yo llevaba una carta para el administrador de estas minas, preferí pasar la noche junto a la casa de un hospitalario campesino, bajo un frondoso manzano. La tarde era tibia, serena y hermosa; el rocío brillaba en el césped, y en el aire revoloteaban millones de insectos luminosos en miles de direcciones, igual que nuestros mosquitos, sólo que estos inocentes bichitos –se diría nuestras luciérnagas con alitas– no zumban, pican ni molestan como nuestros mosquitos; en cada uno de ellos hay tres puntitos de luz tan suave como la que emite el fósforo para la diversión de los niños. ¿Cómo se llaman? No lo sé, no soy entomólogo.

El 9 de enero, por la mañana, hice una excursión geológica a la mina de carbón de Lota. Hallé a su dueño quejándose de que el agua entró en las galerías y las anegó, y de que no había demanda de carbón, de cuya bondad no se fiaban todavía nuestros fundidores de cobre, quienes preferían emplear la hulla inglesa. Pero visité una gran parte de los trabajos subterráneos mineros y me convencí de que, si bien en toda esta formación sólo había una bancada de carbón, ella puede, sin embargo, proveer en el futuro inmensas cantidades de este valioso producto para la industria minera de Chile. De hecho, esta bancada se encuentra en una formación terciaria, tiene más de un metro de espesor, su carbón pertenece a la clase de las mejores lignitas, no contiene piritas, es puro, se enciende y arde fácilmente con una larga llama y no deja tras de sí más de dos a tres por ciento de ceniza. Lo acompañan greses, arcillas, capas gredosas sedimentadas, ricas en restos de conchas e improntas de hojas y tallos de vegetación terciaria y cuaternaria. Toda esta formación sostenida por un fondo granítico se adentra en el fondo marino, mostrando en sus recortadas e interrumpidas bancadas, huellas de grandes dislocaciones que esta costa debió sufrir y sufre hasta hoy día. Pero, ¿no será mejor y más correcto tratar este tema por separado y con más detalle en algún rato libre?

Esta visita geológica me ocupó toda la mañana hasta el mediodía. Enseguida, sin pérdida de tiempo, continuamos nuestro viaje.

La ruta desciende a un hermoso valle de poca anchura. A lo lejos, por el este, un fundito, un molino de agua, bosques en los cerros, y en la costa algunas chozas de pescadores. En frente de nosotros se alza el cerro de Mariguéñu, famoso por las guerras araucanas, llamado hoy Alto de Villagra, en recuerdo de uno de los más

combativos invasores. Francisco de Villagra, quien sostuvo aquí en el año 1554 una sangrienta batalla para vengar la muerte de Valdivia, sufriendo una derrota aplastante.

Hubo que escalar lentamente las empinadas estribaciones de este cerro y detenerse para dar descanso a los caballos y a nuestra mula. El día era sereno, de calma en el ambiente, y el cielo azul; saqué del bolsillo la *Araucana* de Ercilla y leí el modo en que relata aquel triunfo de los indios independientes. Me admiró ante todo la exactitud con que el poeta conquistador reprodujo la forma de este cerro, pues, aunque no participó en la batalla de Marigüeño, le tocó recorrer esa ruta en los posteriores encuentros con los araucanos.

*Porque se tome bien del sitio el tino
quiero aquí figurarle por entero;
la subida no es mala del camino,
mas todo lo demás despeñadero:
tiene al poniente el bravo mar vecino,
y en la cumbre y más alto de la cuesta
se allana cuanto un tiro de ballesta.*

CANTO IV

Allí, en la aplastada loma del Marigüeño, hallé un parapeto de esa botella, intacto desde hace tres siglos, y sin que se sepa si ese sencillo monumento de gloria fue erigido por los españoles o por los indios (que ya habían aprendido ese arte).

¿Será lícito pasar por ese lugar sin recordar la hazaña?

Las cosas ocurrieron así: don Francisco de Villagra fue uno de los guerreros más insignes, a quienes el fundador del estado chileno, don Pedro de Valdivia, designó en su testamento como dignos de heredar el cargo de gobernador. Alderete, uno de esos tres, viajó a España por asuntos de gobierno. Aguirre estaba combatiendo allende la cordillera, a un par de centenares de millas de distancia, en Tucumán. Así pues, después de la muerte de don Pedro, en 1555, el ayuntamiento de Santiago, no sin resistencia, eligió a Villagra gobernador provisorio de Chile mientras llegara la confirmación del rey, a condición de que no se inmiscuyera en los asuntos locales de la capital, Santiago.

Al gran guerrero no le importaba mayormente el gobierno. Reunió rápidamente –como para aquellos tiempos– un poderoso ejército compuesto de ciento ochenta jinetes (algunos cronistas creen que fueron 300) y cruzando con esa tropa más de cien millas de un país en eferescencia, llegó en abril de 1554 a Concepción, donde encontró a los colonos asustados y carentes de toda protección.

Sin detenerse, siguió hasta más allá del Biobío. Los araucanos banquetearon todavía en las dehesas del Carampangue, festejando su reciente victoria sobre los españoles. Lautaro ya se había distinguido por su valor y conocimiento del arte militar en los campos de Tucapel; los indios lo nombraron jefe. Era un joven araucano a quien don Pedro de Valdivia tuvo a su lado, desde su llegada a Chile, como paje de cámara y lo quería porque era bien parecido, servicial, vivo y alegre. Jamás se apartaba de su amo en las expediciones de guerra y siempre

observaba atentamente las filas de los españoles, su forma de ir al combate, sus maniobras y armas, fue hábil con el caballo y fiel hasta que aprendió lo que necesitaba.

En cuanto se enteró Lautaro de que Villagra venía con la tropa desde Santiago, quiso inmediatamente atacarlo con todas sus fuerzas. Pero el viejo Colocolo era de otra opinión:

“permitámosles –dijo– cruzar el río y penetrar en nuestros pantanos y bosques, pues así nos será más fácil aniquilarlos y salvar nuestras tierras; ese Villagra debe ser fuerte y valiente si lo eligieron gobernador”.

Así, pues, Villagra avanzó, sin resistencia, cien millas más al sur hasta Valdivia, la ciudad recién fundada, visitando también sobre el río Cautín la ciudad de Imperial, recién fundada y destinada como capital de la diócesis. Se volvió después al oeste esperando encontrar todavía a los festejantes indios en la valle del Carampangue.

Pero ya no estaban allí. Diez mil de ellos estaban acampados en el cerro Marihueño esperando allí el regreso de los españoles fatigados por la larga marcha.

Lautaro dispuso sus fuerzas en orden, de espaldas al mar, asegurándolas de frente por una ancha empalizada, tras la cual acumuló un gran montón de piedras y apostó allí a sus mejores arqueros y a los mozos más fuertes armados de lanzas y cachiporras. Otro destacamento de araucanos al mando de Ticanhueno ocupó el cerro Laraquete, en tanto que Caupolicán, con numerosas tropas, estaba al acecho en los bosques del Carampangue.

No esperaba Villagra mañana batida en su contra. Avanzaba por la ruta que pasa empinándose por el cerro Laraquete y lo conquistó con cierta dificultad; más adelante, ya sólo a punta de espada debió abrirse paso a la cumbre del Marigueño, donde lo saludó Lautaro con una granizada de flechas y pedradas.

No hubo tiempo para pensar; Olmos atacó inmediatamente el ala derecha, Alvarado a izquierda, y Cano, el centro, las empalizadas. Villagra ordenó a los mosqueteros hacer tres disparos y otros tantos con los cañones contra los araucanos que ya comenzaban a desbandarse. El propio Olmos mató a tres gigantes caciques, y Cano al cuarto, llamado Curimanque. En medio de la mayor confusión, Lautaro no pierde la presencia de ánimo y ordena a dos de sus mejores destacamentos que tenía en reserva, lanzarse desde el ala izquierda al mando de su hombre de confianza Lebutún, sobre la artillería, y la conquista, si bien a un precio elevado. Más de un español huía del campo de batalla; Villagra logró una vez más establecer el orden entre los suyos, cuando en medio de la confusión el caballo cayó sobre él aplastándole una pierna; no podía defenderse. Olmos y Bernal lo salvaron, lo montaron sobre la silla y, aunque herido y debilitado, siguió combatiendo. Ya no eran más que trece los jinetes que lo rodeaban y junto con ellos hubo de huir al valle de Colcura, donde se juntó con los restos de su ejército, habiendo perdido la mitad del mismo. También los araucanos perdieron a todos sus jefes y caciques con excepción de Lautaro y Lebutún.

Veinte años después de esta batalla cayó en el mismo cerro, a manos de los araucanos, el valeroso Pedro de Villagra, hijo del anterior, combatiendo contra los indios atrincherados en el mismo lugar donde estuvieron las empalizadas de Lautaro, esta vez al mando de Antehueno. Probablemente procedían de esa época los restos del parapeto de tierra en que me senté para, desde la cima de este cerro que –si bien perdió su antiguo nombre– no dejaba de ser un monumento de la caballería de los defensores de la patria, lanzar una mirada en torno al hermoso paisaje que se descubría desde allí. Por el norte el verdor del valle y de las colinas, por el este la selva virgen, por el sur la elevada costa rocosa, por el oeste el mar.

Sentado sobre el parapeto trisecular y pensando en esos conquistadores que prodigaron allí su valor, no por el oro, porque ya sabían que en el país no abundaba, y que introdujeron la fe en el Dios verdadero, aportando a su patria la gloria y extensas posesiones, me acordé de lo que leí hace poco en ciertas crónicas sobre ese valeroso Francisco de Villagra, quien sufrió allí tan mala fortuna, cuando más tarde, en otra batalla, habiendo vencido a Lautaro, volvió a la capital y era ya dueño de todo un Estado que se extendía desde Copiapó hasta el estrecho de Magallanes (ocupando veinte grados de latitud). Este hecho lo ensoberbeció, y tenía un adversario en la persona de Aguirre, aun más orgulloso que él mismo, y que ya había conquistado regiones situadas allende la cordillera y gobernaba en Coquimbo. Al Virrey, el marqués Hurtado de Mendoza en Lima, llegaron malas nuevas anunciando la inminencia de conflictos internos en Chile. El Virrey nombra a su joven hijo, don García, gobernador de Chile, y éste, reconocido sin resistencia como gobernador por voluntad real, apresó a ambos conquistadores, enviándolos encerrados a una pequeña cabina de una galera a su padre. “Se saludaron cortésmente” los dos prisioneros, los conquistadores más conspicuos de esta parte de América. Se sentó un junto al otro y dijo Aguirre a don Francisco de Villagra:

“Señor de Villagra, ¿qué le parece este cambio en el mundo? Ayer este gran reino era demasiado estrecho para nosotros dos, y ahora don García nos hizo caber a los dos en este banquillo”.

No es mala esta lección para quienes se quejan de tener poco espacio en el mundo.

Desde este cerro descendimos por un hermoso bosque de hayas y mirtos al ancho valle de Carampangue, teatro de incontables batallas entre indios y españoles casi hasta fines del último siglo, habitado actualmente por cristianos.

Dos ríos bajan por este valle al mar: Laraquete y Carampangue. Las orillas del golfo, bajas y arenosas, de dos a tres millas de longitud, tienen en ambos extremos altas y empinadas rocas que protegen, aunque no del todo, esta bahía y el puerto de los vientos del norte y del sur. Las desembocaduras de estos ríos son poco profundas, el mar se agita a menudo, y no pocos buques se estrellan en esta costa. Comúnmente, el viento suroeste predomina durante el día, y los pequeños buques se protegen contra él junto a la roca meridional en el pequeño puerto cerca de la

desembocadura del Carampangue, pero los peores temporales suelen venir desde el norte.

En la parte sur de la costa se extienden en forma paralela cadenas de terraplenes arenosos traídos por los vientos suroeste, de igual formación que aquellas montañas andantes (dunas) que, incrementadas con la arena arrojada por el mar y empujadas por los vientos, cubrieron muchas aldeas y pueblos en las costas de Gasconia. Sólo que aquí, en la ribera del golfo, los terraplenes son bajos y no pudieron durante muchos siglos ir creciendo en el mismo lugar, debido a que esta costa continental se eleva lentamente y el mar retrocede. Y como en este movimiento del continente, en esta permanente elevación secular, según lo demuestran numerosos vestigios, debieron haber existido épocas de descanso alternadas con las de movimientos más rápidos, se produjeron interrupciones en la formación de esos terraplenes de tal suerte que, no bien (en el transcurso de uno o varios siglos) se formaba un terraplén sobre la costa producido por la arena arrojada por las olas, la costa emergía del mar dejando tras de sí ese terraplén no terminado, y en el continente recién desecado empezaba a formarse otro. Entre éste y el anterior siempre quedaba una concavidad, una especie de foso de cierta anchura, en cuyo fondo, gracias al clima húmedo y caluroso, pronto comenzaba a germinar la vegetación. Y como esa misma formación de terraplenes arenosos e interrumpidos se iba repitiendo, resulta que hoy la superficie de ese ancho valle se ve como plisada paralelamente a la orilla del golfo por esos antiguos terraplenes arenosos, separados por cintas de estrechos bosquecillos. La ruta pasa por uno de esos terraplenes aplastados, entre dos filas de espesos mirtos.

Eran ya más o menos las tres de la tarde cuando nos detuvimos en la orilla del río Laraquete, no lejos de su desembocadura. Y como era la hora de la marea alta, y el río era profundo, tuvimos que esperar a que las aguas bajaran. Allí, en la orilla, me hizo gracia la vista de una choza de madera, sumamente parecida a las nuestras de Lituania; la techumbre de vegetales ennegrecidos, el humo salía por una ventanita, la puerta cerrada con un pasador de madera, el patiecito circundando con un seto, el portal chirriante, los niños pequeños vestidos sólo con camisas en el umbral, un gato, un perrazo negro y greñudo que dormitaba, y un frondoso manzano que arrojaba su sombra sobre ese grupito tranquilo.

Vademos felizmente el río. Los criados transportaron nuestras cosas en brazos alzados, porque el agua llegaba más allá del vientre de nuestra mula cargada. Enseguida comenzamos a galopar por uno de los caminos recién descritos, y antes de oscurecer llegamos a la orilla del río Carampangue. Este río tiene orillas bajas y fluye lento entre verdes dehesas pobladas de manzanos silvestres. Su fondo es pedregoso y el agua cristalina. En primavera y en la época de las grandes lluvias y en las horas en que la marea alta eleva considerablemente el nivel de esas aguas, el río se vuelve intransitable. Se transporta por él la madera de las selvas araucanas, e incluso pequeños barcos llegan hasta aquí a veces desde el mar.

Al oscurecer, llegamos al pueblo de Arauco, antiguo fortín español, del que toda la provincia toma su nombre. Está construido al pie del cerro Colocolo, apoyado en rocas escarpadas que protegen ese valle por el sur. Allí estuvo, en efecto,

durante los primeros doscientos años desde el descubrimiento de América, el punto central de reuniones, asociaciones y vida nacional de los araucanos, mientras todo ese valle del Carampangue, impregnado de sangre, estuvo poblado por ellos. Tres veces construido, tres veces derrumbado, sólo pudo llegar a ser un pueblo, cuando toda la población indígena se extinguió o se trasladó más al sur. Actualmente ya toda esta parte de la Araucanía, habitada por cristianos, se dedica a la agricultura, a la cría de ganado y al comercio. Una pequeña guarnición de unos treinta soldados basta para el mantenimiento del orden.

En ese extenso valle del Carampangue hubo numerosas reuniones y asambleas araucanas en las que siempre se deliberaba sobre la manera de hacer la guerra contra los invasores. En una de esas asambleas, cuando desde los parapetos del nuevo fortín el español ya extendía su dominio sobre las provincias vecinas, se produjo una especie de desavenencia entre los caciques más importantes, una gran disputa sobre quién debería ser el jefe de la expedición, para la cual iba a convocarse desde todas las partes del país el ejército más numeroso posible y compuesto por los soldados más valerosos. De la disputa se pasó a encuentros con arcos y piedras, cuando el viejo Colocolo, viendo lo que se preparaba, acalló el griterío y dijo:

*Pares sois en valor y fortaleza;
el cielo os igualó en el nacimiento;
de linaje, de estado y de riqueza
hizo a todos igual repartimiento.*

CANTO II

Por lo tanto ¿qué discutir? Que sea jefe el más fuerte; el que, sin apoyarse, se mantenga más tiempo en pie con una viga en la espalda. Que pruebe cada uno ser más fuerte que los demás.

Agradó a todos este consejo, y el famoso Caupolicán, cacique del clan de Pilmaiquén, superó a todos en esta difícil prueba.

Una vez elegido jefe, comenzó a pensar cómo atacar aquel castillo erizado de armas de fuego, al que nadie podía entrar ni acercarse, excepto los que abastecían al enemigo con alimentos, madera y forraje para los caballos. Escoge pues entre los hombres más hábiles y fuertes de su tropa a ochenta araucanos y les ordena ir, a la hora acostumbrada, al fortín con atados de leña y de forraje, tal como suelen a esa hora mostrarse ante los españoles los subyugados indios, en quienes recaía todos los días ese infamante servicio. Pero, les ordenó esconder en esos atados sus macanas y, una vez que les dejaran entrar, lanzarse sobre los españoles y combatir con la mayor saña, sin dejarles tiempo para cerrar el portal, por el cual pasaría en ese mismo instante todo el ejército araucano. Les dio como jefes a dos mocetones bien aguerridos, Cayeguano y Talcahuano, y él mismo con toda su indiada permanecía desde la mañana al acecho en el bosque.

Ocurrió tal como lo había ordenado. Los indios con sus pesadas cargas se acercan lentamente. Los españoles abren el portón y bajan el puente levadizo.

*El puente, muro y puerta atravesando,
miserables, los gestos afligidos,
algunos de cansados cojeando,
mostrándose marchitos y encogidos;
pero dentro las cargas desatando,
arrebatan las armas atrevidos,
con amenaza, orgullo y confianza
de la esperada y súbita venganza.*

CANTO II

Ya se lanzan a la lucha. La escasa guarnición se defiende con denuedo, la sangre corre a raudales y más de un cristiano cae muerto. Pero Caupolicán no llegó a tiempo. Antes de que llegara el ejército araucano, el portón fue cerrado. No pudo salvarse ni uno solo de los que habían penetrado al fortín.

Pero ello no desanimó a las numerosas huestes de indios de los cacicatos aledaños. Caupolicán sitió Arauco y tuvo tanto éxito que los españoles, exhaustos en breve de víveres y municiones, debieron, al amparo de la noche, abrirse camino peleando, y refugiarse en Tucapel, habiendo sufrido muchas bajas.

Veinte años más tarde, Bernal, sitiado en ese mismo fortín restaurado, con un puñado de españoles, tuvo esa vez a su lado a un aliado. Eran araucanos renegados que como suele suceder, habiendo disputado con los suyos, buscaron entre extraños la manera de satisfacer su orgullo y ambición, porque para ello no se necesita mucha ilustración. O tal vez para vengarse de los suyos o, lo que sería peor, por cálculo buscaban ante el más fuerte la salvación para su tierra y fueron a servir al invasor. Vanos fueron los asaltos de los araucanos; caían muchos, y su furia era mayor todavía por tener que reñir el combate con los de su propia sangre, con hijos de la misma madre patria. Los comandaba el fuerte y astuto Antehuenú. Cierta día rodea el fortín con tropas más numerosas que en cualquier otro tiempo y envía a Bernal a un hábil parlamento con la advertencia de que está seguro del triunfo, totalmente convencido de la victoria, pero no quiere que se atribuya su triunfo a medios ilícitos, es decir, a la traición, pues ya se había entendido con la guarnición y contaba con aquellos renegados aliados. Añadía confidencialmente que los aliados de Bernal ya en varias ocasiones habían prometido a su jefe entregar el fortín con tal de que los perdonara. Agradó a Bernal esa aparente nobleza, le creyó y, para no mostrarse menos caballero, expulsó del fortín hasta el último de sus aliados indios, a quienes Antehuenú hizo asesinar a la vista de Bernal.

Desde esa época el fortín fue tres veces destruido por los indios y otras tantas levantado por los españoles. Vive en él la historia de los primeros años de la ocupación de la Araucanía y a medida que ese combate incesante iba trasladándose al interior del país y la población india comenzaba a ralearse, la colonia española en ese valle iba en aumento. En el lugar de los parapetos se elevaron murallas fortificadas, al interior de las cuales se formó la ciudad habitada por cristianos.

Esta ciudad sufrió a comienzos del siglo XVII el mismo destino que otras ciudades de fundación reciente: fue totalmente destruida y sólo veinte años más tarde,

por orden del Rey, se erigió en el mismo lugar una fortaleza más fuerte rodeada de elevadas murallas, que comenzó a poblarse.

Hasta hoy día están en pie las murallas y los parapetos, aunque ya inservibles; el tiempo los arruina y demuele lentamente; permanece aún el portal, aunque sin puertas, y los habitantes desde hace ya tiempo construyen las casas lejos de las murallas.

En una de las piedras ennegrecidas del portal, el musgo invade las letras labradas, ya apenas legibles:

A. H. Y. G. E. D. Y. OS
NS. SO. R. LAMB ED CARIOS
DE LAS ESPAÑAS Y DE LASYN D
Y Gdo JUAN ENRYQUE SCABO
DEL ORDEN DE SANTYAGO REEDYFYCO
ESTA PLACA Y SU MR
RALLAYA + EN LOS AN:D
1628

Esta inscripción indica que en 1628 el fortín fue reconstruido durante el reinado de Carlos por su gobernador Juan Enrique, caballero de la Orden de Santiago.

La forma de este fortín es cuadrada, y cada uno de sus lados no mide más de 600 codos de longitud. Por el lado del valle está rodeado en tres partes por murallas y fosos, y por atrás se apoya sobre un alto y rocoso cerro, al que los propios españoles dieron el nombre de Colocolo, en recuerdo de su peligroso enemigo. En dos esquinas, por el lado del valle, se elevan dos abandonados bastiones algo estropeados, y en el cerro Colocolo un parapeto de piedra, algo como una segunda fortaleza, dentro de la cual se ven hasta ahora cavados en la roca, y en parte sobre ésta, antiguos almacenes casamatas, o sea, prisiones. Cosa curiosa, los españoles debieron haber sido muy instruidos en el arte carcelario, puesto que los gobernantes de otras naciones no sólo aprendieron de ellos la construcción de prisiones fortificadas, sino que tomaron de ellos también el bello término de casamata, que aún hoy produce un estremecimiento. ¡Cuántos hombres, Dios mío, sufrieron en estas casamatas de Colocolo el tormento y hallaron la muerte o la invalidez por su amor y fidelidad a sus bosques, ríos y rocas patrios!

Debo agregar que doscientos años después de la restauración y casi tranquila posesión de esta fortaleza por los españoles, a comienzos del presente siglo, Arauco hubo de sufrir un grave asedio, pero ya no por los araucanos, no por los salvajes indígenas, sino por los realistas, por los restos del ejército real al mando del ya mencionado Benavides, pero los patriotas defensores del fortín triunfaron.

El anciano y grave comandante de la ciudad y de la fortaleza de Arauco, oficial de la Guerra de la Independencia, con rostro oscuro, ancho y cobrizo de origen indio, me saludó gentilmente y me invitó a su casa. Llevaba un amplio poncho con listas rojas, una gorra con galón dorado, un sable al cinto que tintineaba, y tenía a su mando 26 soldados regulares y además la milicia, es decir, la guardia nacional compuesta por habitantes de esta ciudad y sus alrededores.

El propio comandante me acompañó por los terraplenes y principales calles; me invitó después a cenar, y en el patio de su casa me mostró, en un rincón, una losa de piedra en que aparecían, todavía con bastante relieve, los escudos reales de Castilla y Aragón, la cadena del Toisón de Oro y otras insignias hoy invadidas por la maleza, pero que veinte años atrás, colocadas en el frontis del fortín, infundían a todo el país miedo y respeto.

Poco puedo decir sobre la ciudad misma; tiene casi mil habitantes, callejas angostas, casas modestas, sin adornos, y la población como de una colonia recién fundada. Fácil es distinguir en los rostros, indumentaria y figuras de variados matices, desde el tipo español blanco hasta la pura raza india. La población es, en general, mixta, mestiza; tiene poca sangre puramente española.

La parte de los habitantes de la Araucanía que conservó hasta ahora su independencia, está asentada cerca de allí, a pocas millas de la ciudad; sus posesiones comienzan a siete u ocho millas hacia el poniente, en los bosques, y si un indio viene a Arauco, es sólo para vender algo y comprar chuchería, azúcar, aguardiente o tabaco. Ninguno de ellos, sea hombre o mujer, viene vestido a la europea, sino vestido a su manera, o sea descalzo, destocado, con el pelo trenzado, teniendo como vestimenta dos trapos de negro tejido de lana, de los que uno, con una abertura al medio, por la cual se pasa la cabeza, sirve de poncho, y el otro, sin corte, es para envolver las caderas y las piernas (chilipa); para un indio libre sería una infamia, un deshonor y señal de dependencia llevar pantalones o la cabeza cubierta con algo. Las mujeres –como tendré ocasión más adelante de describirlas en otra etapa de mi viaje– llevan comúnmente una multitud de abalorios, campanillas y sonajeros. La antigua iglesia de la época del gobierno real fue destruida por un terremoto, en su lugar erigieron otra más pequeña, parroquial, con la vivienda del párroco al lado. Cerca hay otra capilla menor y la casita del misionero. Funcionan aquí dos autoridades eclesiásticas: la del párroco, quien atiende a toda la población católica –y como la llaman aquí– española, y quien depende del obispado de la diócesis de Concepción; y la del misionero, que comprende a toda la población india, a cuya conversión está dedicado, dependiendo él mismo, en virtud de una bula papal, directamente del superior de la misión franciscana, cuyo convento está en Chillán y quienes, por mandato del Papa, ejercen el apostolado desde el Biobío hasta el río Imperial. Estas dos autoridades, la del párroco y del misionero, no siempre están de acuerdo.

Son también dos autoridades civiles y militares las que gobiernan en esta región araucana (que pertenece a la provincia de Lautaro, cuya capital se encuentra lejos de aquí, en Santa Juana, sobre el Biobío). El gobernador (o el llamado intendente de la provincia) tiene la autoridad civil y militar sobre la población cristiana, sometida a las leyes del país; en cambio los indios, tanto la parte ya bautizada y totalmente leal a la república, como la que se aferra aún al paganismo, pero que está más o menos dominada por los caciques que perciben un sueldo del gobierno, dependen del comisario los indios, nombrado por el gobierno y que tiene a su mando a los llamados capitanes de amigos, quienes no siempre proceden amistosamente con los indígenas; ni el comisario ni los capitanes amigos reciben órdenes

del gobernador civil o intendente de la provincia, sino que se comunican directamente con el gobierno. De ahí que también estas dos autoridades no siempre están de acuerdo, no siempre prestan ayuda.

Para observar mejor a los araucanos más primitivos, con quienes me topé aquí por primera vez, se me aconsejó ir a una de las mejores tabernas, donde suelen parar los indios que vienen desde lejos y se quedan hasta la noche bien avanzada. Fui allá y vi una gran sala, parecida a las de nuestras posadas, con bancos alrededor, iguales que en nuestras tabernas judías, y la iluminación no mejor que la de un candel. En torno se sentaba, en los bancos, la indiada, algunos en tierra, con piernas encogidas a la turca. No había disputas ni escándalo; tampoco había mujeres. Casi cada uno de los indios estaba sentado cabizbajo, callando o murmurando en voz gruesa y gutural. Sorbían tranquilamente unos chicha (es decir, sidra de manzana) y los otros aguardiente. A ratos resonaba de un rincón una voz medio cantarina, pero salvaje, ingrata al oído, y luego enmudecía.

Sólo uno de los indios atraía particularmente mi atención; se levantaba más a menudo de su sitio, bebía más que los otros, se sostenía muy firme en pie, se paseaba por la sala, a veces me lanzaba miradas y de nuevo charlaba con los araucanos como si disputara con ellos. Luego se apartó y habló un rato con mi criado. Volvió a reunirse con los suyos, bebió, charló y finalmente se me acercó diciendo:

“J'ai été a Moscou - oui, - Davout - Ney - Varsovie - j'ai été”.

Por su aspecto me di cuenta de que no era araucano, ni chileno, sino francés, o uno que lo fue en otro tiempo. Comencé a preguntarle por su origen y de dónde venía;

“Moi, français, de la gloire de Napoleon- vive Napoleon! Sainte Helene”.

Tras una larga conversación de esa clase, en que mi interlocutor alternaba los acentos español, indio y francés con lengua zarrapastrosa, me di cuenta de que era, en efecto, un europeo del sur de Francia, pero posiblemente él mismo ya se había olvidado de qué parte.

Inquiriendo al día siguiente en el pueblo noticias sobre este singular araucano, me enteré de que se trataba efectivamente de un francés, llegado a esa parte hace treinta años y dedicado a la curtiembre. Según decía, había sido oficial de Napoleón. Al comienzo le fue bastante bien, era alegre y estimado, pero sin que se sepa por qué, su negocio quebró. Anduvo de parrandas y no había en el mundo hombre más divertido que él. Hasta los indios, con quienes comerciaba, lo querían. Él les llevaba aguardiente y tabaco, y para las mujeres abalorios y cintas, y traía a Arauco para vender los ponchos indios y otras bagatelas, sin engañar jamás a nadie. Luego hizo amistad con uno de los caciques más ricos, vivió en su casa y según dicen disfrazado de araucano, tomaba parte en sus borracheras y malones (o sea, asaltos con asesinatos), y finalmente raptó a la hija del cacique y huyó a Arauco. El iracundo cacique lo siguió y lo habría matado, pero el franchute era tan listo que hizo las

paces con el cacique y vive con él entre los salvajes y hoy ya es difícil distinguirlo de un auténtico araucano.

Me quedé un par de días en Arauco para comprar algunas cosas, sobre todo los alimentos necesarios para el viaje, y muchos pañuelos, abalorios, sonajeros, tabaco y azúcar como regalos para los indios. También tenía la intención de visitar a un docto francés –según me aseguraron– ex alumno de la Escuela Politécnica, llegado hace 20 años a Santiago, contratado por el entonces Presidente de la República, el general Pinto, como profesor de matemáticas y rector de instituto. Había traído consigo una biblioteca con muchas obras excelentes; por primera vez se conoció en Chile la *Mecánica celeste*, de Laplace, *El análisis* de Lagrange, las obras de Cuvier, etc. Gozaba del aprecio general, pese a que no ocultaba su volterianismo, lo que estaba entonces de moda entre los liberales en el gobierno. No tenía paciencia ni vocación para la docencia, y el cargo de rector lo aburría. Al enterarse, por los demás, de la clase de país que era la Araucanía, de su clima, fertilidad, hermosos bosques y el carácter de los araucanos cantado por Ercilla, abandona Santiago y, llevándose toda su biblioteca, se va a vivir entre los salvajes, donde –según decía– la naturaleza todavía no está corrompida y el hombre libre no tiene los vicios ni prejuicios que le impone la civilización.

El sabio de marras es el señor Lozier. Durante muchos años no se supo nada de él. Llegaban noticias de que vivía en los bosques como un buen araucano, que fertilizó y acondicionó una hermosa granja y era un ejemplo para sus vecinos salvajes que le pedían para todo sus consejos, le obedecían e imitaban. En Concepción me informaron que Lozier venía, de vez en cuando, a la ciudad, vestido a la araucana, pero con un gran sombrero y acompañado por una joven sucia araucana de tez oscura, montada detrás de él en el mismo caballo, y que se había vuelto extravagante.

Así, pues, yo sentía una gran curiosidad por conocer a ese tipo original. Cuando comencé a informarme por el lugar de residencia del señor Lozier y buscar un guía, el notario, el gobernador y otro me decían:

“No tiene usted para qué viajar a casa de ese loco, espere, porque él viene aquí casi a diario por asuntos que tiene con los indios ante el juez, es un buscapleitos que pelea con todos; con malas artes sacó muchas tierras de sus vecinos araucanos, pero ellos lo engañan como quieren”.

Me enteré también por los ciudadanos más serios de la ciudad de que el señor Lozier no se ocupa desde hace veinte años de otra cosa que de adquirir grandes cantidades de terrenos y de la poda de bosques. Contra un modesto pago, a cambio de una res, el aguardiente o cualquier nimiedad, el indio le vende un pedazo de tierra aparentemente suya, pero después otro indio, vecino del anterior, vende la misma tierra a otra persona, a un chileno que, por ser más hábil y mejor enterado, sabe mejor cómo ganar los procesos, ayuda a los indios y así pleitean de consuno con el pobre gabacho, exponiéndolo a gastos y al odio del pueblo salvaje. Nadie sabe aquí que ese francés fue un gran sabio y matemático, y sólo es de dominio

común que quiere hacerse de una gran propiedad. Con ese fin formó una sociedad con otros franceses que le facilitaron fondos para la adquisición y puesta en marcha de un gran fundo. Pero, según me contó uno de los ciudadanos, ese caballero jamás pensó en la agricultura, en introducir métodos modernos y menos todavía en civilizar a los araucanos, y en vez de enseñar algo a sus silvestres vecinos, él mismo se volvió salvaje y vive como cualquier indio³.

Esto me quitó las ganas de ver a ese salvaje filósofo, para lo cual habría tenido que apartarme algunas millas de la ruta e internarme en los bosques entre los salvajes.

De modo que opté por proseguir el viaje.

5. TUCAPEL NUEVO

Por recomendación y con los buenos oficios del comandante, tomé como guía e intérprete a un ciudadano de aquí, de apellido Peña, el cual se comprometió a acompañarse no más allá de Tucapel, a la misión situada a veinte millas de distancia, donde ya comenzaban las tribus totalmente libres e independientes del gobierno de la república. En Tucapel debí hallar al comisario, para el cual llevaba desde Santiago órdenes y recomendaciones del Presidente y del Ministro, para que me ayudara y facilitara los medios para viajar.

10 de enero

A una milla del fortín, donde la cadena de colinas que envuelve por el sur el valle del Carampangue desciende hasta el mar, la ruta tuerce hacia la izquierda, entre arbustos y bosquecillos cruzados por prados y, a trechos, con tierras de labranza; junto a éstas se ven también cortijos de madera parecidos a los nuestros, lituanos, cubiertos de techos de paja y cercas como las que no he visto desde que salí de mi querida patria. Los bosquecillos me alegraban particularmente y me trasladaban a mi tierra natal.

³ Algunos años más tarde, Lozier murió miserablemente y sus acreedores, no sabiendo qué hacer con sus libros, los enviaron para su venta a Santiago, donde al pasar yo casualmente al lado de un negocio de vinos, noté las obras de Laplace, de Lagrange y de Cuvier con anotaciones de Lozier, y adquirí algunas. Pero recuerdo que una señora que conocía a Lozier en Arauco y tenía una mejor opinión de él, decía que a juicio de ella, era un hombre ingenioso, y en prueba de ello contó la siguiente anécdota: Ese francés tenía una joven criada araucana que le servía fielmente y era estimada por él. Seducida por un mozo en casa del señor Lozier, le dijo a éste que el mozo quería casarse con ella. Al francés le venía contrapecho separarse de su fámula, pero no se enojó “¿Crees –le dijo– que mi mozo te quiere?”. “Me quiere y mucho” –repuso la muchacha. “Bueno, te daré en dote un par de vacas, un caballo y ropas, pero mañana en la madrugada fingiré haberme peleado contigo y te echaré con mucho escándalo”. Y así sucedió: al día siguiente expulsa con gritos y golpes a la araucana, ésta llora y busca la protección del mozo. El mozo, que contaba con la dote y el favor de su amo, la rechaza y desprecia. Y así la araucana se quedó con su amo.

Es cosa singular, y ya lo menciono en mis viajes, pues es algo que sucede a más de un amante de la naturaleza que, al cruzar bosques y soñar con el hogar, cree ver los mismos árboles, arbustos y matorrales que los de su infancia y que crecen en su patria. Por fuera es igualmente hermosa la tierra adoptiva, aun cuando la veas bajo otro cielo a miles de millas de distancia. Los mismos colores, las mismas formas en la vida vegetal, aunque varíen en sus matices de acuerdo a la situación en que se hallan; distintas en la costa, distintas junto a los ríos o en los altiplanos, distintas en las colinas o en los cerros. Sólo fijándote más atentamente y con mayor frialdad en las mismas plantas y árboles que te parecían los tuyos, no hallarás entre ellos ni un solo arbolito que te sea conocido.

Experimenté esa sensación a la vista de los bosquecillos araucanos en el camino a Tucapel. A menudo me parecía ver nuestros encinares y bosques de abedules en Nowogrodek, aunque no los pinares, porque aquí faltan los coníferos, los abetos y pinos. En los linderos de estos bosques, al dejar rienda suelta al caballo, me parecía el verdor de nuestros árboles, nuestros abedules, álamos y ramas de avellano entremezcladas con éstos, jóvenes encinas, serbales y, trechos abajo, hiedras, helechos y frutas silvestres.

Varias veces ese día y más tarde experimenté esa ilusión; me detenía, me apeaba del caballo o cabalgando lentamente observaba ese mundo vegetal, en el que los botánicos no descubrieron hasta ahora ni una sola planta de la misma especie que las nuestras.

Acá –como en Polonia la encina–, predomina el inmenso y frondoso roble (*Fagus obliqua*) de madera dura, cuya médula se conserva muy bien en el agua y que es la mejor madera para la construcción. Es casi la única clase de árbol en Chile cuyas hojas se caen en invierno. Bajo la protección de ese rey de los bosques de aquí, sobre todo en sus linderos, crece en abundancia el canelo (*Drimys chilensis*) de la familia de las magnolias, cuyo tronco liso se empina derecho, cuyas hojas son de un lado verde oscuro y brillantes, y del otro lado casi blancas, plateadas; las ramas elásticas y las flores blancas hacen que, al soplar el viento, estos árboles ondulen con matices verdes y argentados. El compañero inseparable de este árbol es menos elástico, pero esbelto y pertenece a la hermosa familia de las *proteaceae*, el avellano (*Guevina avellana*), cuyo fruto, un poco mayor que nuestras avellanas, es redondo e inicialmente de color verde que pasa luego a blanco y al madurar se transforma en amarillo, naranja, carmesí, pardo y negro. Y como esas avellanas no maduran al mismo tiempo, e incluso cuando unas apenas blanquean las otras ya están negras, resulta que estos árboles se ven durante todo el verano y otoño repletos de avellanas de todos los colores y matices, entre los que los blancos y carmesís contrastan con las hojas verde oscuro que no caen nunca. Estas avellanas son el alimento de los indios. Son más duras y no mejores que las nuestras. Los indios hacen con ellas harina o las comen crudas o asadas. Estos dos árboles, el canelo y el avellano, están envueltos por la más hermosa de las trepadoras chilenas, el copihue, cuya flor roja, de varias pulgadas de longitud y de forma cónica, forma largas guirnaldas que trepan y cuelgan de las ramas.

Pero lo que con mayor abundancia llena estos bosques, dándoles ciertos caracteres diferente de los nuestros y que no varía con las estaciones, es la numerosa

familia mirtácea, compuesta de arbustos y árboles de variada especie y que se caracteriza por el grato aroma de su blanca flor y de sus hojas verdes oscuro. En la espesura de los linderos predominan al arrayán (*Eugenia apiculata*) y la murta (*Myrtus ofic*). Más al interior y en los borde de bosques más pantanosos, crece la luma (*Myrtus luma*), de madera dura y excelente, y el temu (*Eugenia temu*).

En lo que más se nota la diferencia entre la vegetación de estos bosques y los nuestros, es en la espesura de los juncos, que crecen muy altos y se asemejan a los bambúes, sin ser tan gruesos y gigantescos como los de China. La más común de estas inmensas gramíneas es la llamada quila o coligüe (*Chusquea quila*), cuyo tallo arbóreo, a veces de dos pulgadas de espesor, elástico, con muchas ramas cargadas de abundantes hojas angostas y blandas como el césped, trepa por los árboles, llegando a veces hasta treinta pies de altura. El araucano emplea esos tallos para hacer sus lanzas de cinco a seis codos de longitud en cuyo extremo coloca una punta de hierro; los tallos más delgados para la construcción de los tejados; y con el follaje, tan bueno como el césped, se alimenta el ganado. Se diría que el forraje se da aquí igual que los robles, llenando a trechos todo el espacio de la selva que sólo una serpiente sería capaz de atravesar. Debajo de esta espesura sólo crecen y se pudren helechos de hoja ancha, diez veces más ancha que las nuestras, y no se ven allí animales, aves ni insectos de ninguna clase.

Los siete años pasados en Coquimbo, una región rocosa, carente de lluvias y vegetación, así como el recuerdo de los campos y bosques entre los cuales floreció mi juventud, evocaron en mí ese día sentimientos más intensos y hondos que los que son el pan de cada día para el exiliado. Muchos objetos y vistas que no tendrían nada de particular para un turista más afortunado o que viaja acaso para matar el tedio, estremecían y encantaban mi ánimo. El suave susurro de los bosques transportaba mi pensamiento a tierras y tiempos lejanos. El aroma de la flor de mirto, algún claro del bosque cubierto de verdor, árboles caídos y troncos quemados como en un colmenar recién colocado, chozas de madera cubiertas de juncos en vez de paja, junto a cada una un aljibe y un abrevadero, el arado bajo un enquinchado y pacíficos manzanos; yo me complacía con esas imágenes. Hasta el cielo de la Araucanía se parecía más al nuestro que al del norte de Chile, y las nubes, preñadas de lluvias e infladas como las nuestras en verano antes de la tempestad, eran como en mayo en Lituania, de las que alegran al agricultor.

El sol se estaba poniendo, cuando, al salir de un bosque a los campos, nos topamos con una joven india que cabalgaba en un caballo negro y sudoroso y que, al vernos, se apartó del camino y se detuvo bajo una frondosa haya. La acompañaba un viejo indio de aspecto salvaje. Eran los primeros salvajes con quienes tropezaba en su propio país. La mujer tenía la tez algo más clara que la común araucana, que es cobriza. Su aspecto era suave; tal vez era una de esas muchachas raptadas que esos salvajes roban en sus asaltos al otro lado de la cordillera. Gruesas trenzas negras, entretejidas con hileras de abalorios blancos y azules, envolvían su cabeza a modo de un espléndido turbante que ensombrecía su frente baja, de dos pulgadas de ancho, y sus ojos hechiceros, aún más negros que las trenzas. Toda su indumentaria era tan simple que resultaría difícil imaginar algo más primitivo: no interve-

nían en ella la aguja ni las tijeras. Dos gruesos paños de lana, como las bufandas o chales de nuestras señoras, cubrían su talle desde las rodillas hasta el cuello, cada uno de una sola pieza, tal como salieron del telar casero. La manta, abrochada sobre el hombro derecho, le caía suavemente sobre el pecho y la espalda, en tanto que las caderas estaban envueltas con la chilipa, unida al cinturón con una ancha cinta. Sólo estaban a descubierto un brazo y las piernas hasta más arriba de la rodilla. En el brazo y en las piernas llevaba brazaletes relucientes de cuentas azules, y en el pecho una multitud de colgajos abigarrados, corales, campanitas y sonajas entremezcladas con atados de cintas de colores chillones. Montaba el caballo a lo hombre, sin silla, tocando apenas con un dedo los livianos estribos atados con cordelitos al pedazo de una especie de gruesa estera en que estaba sentada.

No sé quién de los dos miraba con mayor curiosidad: yo a esta araucana montada en el caballo negro en medio del verdor de los mirtos, o ella a mí, volviéndose a cada rato con timidez hacia su compañero y fijándose en mí de reojo, con mirada salvaje aunque no amenazadora.

El cacique que la acompañaba, montado en un corcel blanco, tenía el rostro severo y sombrío; su moño de pelos gruesos como cerdas, atado con una angosta cinta, estaba echado hacia adelante alzándose sobre su testa. El poncho de lana negra, de una sola pieza, con una apertura al centro para pasar por ella la cabeza, y otro del mismo color de igual tejido, la chilipa en la parte inferior, eran todo su vestido. Estaba descalzo pero en sus desnudos y musculosos pies llevaba atadas grandes espuelas de plata, y en las riendas y en la brida lucía hebillas de plata.

Tras un breve examen mutuo efectuado con cierta desconfianza, mi intérprete habló con voz gruesa y gutural, contestándole el cacique con voz más gruesa aún y salvaje, pasando del soprano al bajo. Se trataba –según me explicó enseguida mi compañero– del mutuo saludo y de una ceremonia ritual de la que nadie puede zafarse. Estas gentilizas nos tomaron un cuarto de hora, pasado el cual cada uno siguió su ruta.

Paramos ese día en Quiapo, cerca del lugar donde el gobernador Quiroga había construido un pequeño fortín del mismo nombre, famoso por las numerosas batallas y destinado a mantener comunicación militar entre Arauco y Cañete.

Me hospedé en casa de un cristiano que era pariente de mi intérprete y que nos recibió gentilmente. Éste arrendaba a los indios medio salvajes y medio civilizados, extensos terrenos en los que pacían más de quinientas reses, y no les pagaba más de 20 piastras de arriendo. Me decía que en toda esa región había una mescolanza de indios que se aferran aún a sus tierras, y de cristianos o, como los llaman aquí comúnmente, españoles, que tratan mediante diversos trucos y engaños de apoderarse de ellas. Pero mi anfitrión me aseguraba que, pese a la inmediata vecindad de los indios, no era objetos de sus ataques ni robos. Y cuando sucede que pescan a un ladrón, ellos mismos lo apalean y dejan libre, o lo llevan a Arauco.

Pero observé por el camino –y me lo confirmó mi anfitrión– que a medida que los especuladores más civilizados se van asentando en esta parte de la Araucanía, el país, en vez de poblarse, se despuebla. Porque no bien un chileno logra comprar o sacar mediante engaño algún terreno a los indios, no tarda en expulsar de sus ca-

sas a los indios más pobres, derriba sus chozas, rodea de empalizadas lo mejor que puede todo el terreno que le pertenece y mete dentro 200 o 300 reses que pacen todo el año al aire libre, no necesitan vigilancia, porque aquí no hay lobos y ni el león se aleja tanto de la cordillera, y la cría de ganado no requiere ningún gasto.

11 de enero

Amaneció con neblina, como en nuestro otoño, pero el viento, desde el mar, no tardó en dispersar las nubes y el cielo se despejó. Seguimos el viaje. La ruta pasa primero por cerros más bien abiertos y luego aparece por el lado de la cordillera una ancha cadena de bosques que, a medida que se acercan al mar, se van transformando en bosquesillos y matorrales, surgiendo entre ellos más de un prado verde parecido a los que ribetea nuestros ríos.

Hacia el mediodía, se descubre ante nosotros, por el oeste, un horizonte más amplio hacia el mar y la desembocadura del río Lebu, y por el este se divisa la espesa y negra selva que cubre la cadena de las cordilleras menos altas, la llamada cordillera de la Costa o Marítima.

El río Lebu es uno de los más grandes de esta costa. En su desembocadura hay un pequeño puerto, no muy seguro, pero que puede adquirir gran importancia cuando quede más poblada esta parte de la región, rica en bosques y tierras fértiles. Muchos ríos menores y arroyos vierten sus aguas en el Lebu, pero sus fuentes, así como las del propio Lebu nacen en la cordillera llamada occidental, y no en los Andes.

Pasamos a nado el río Cupaña que, en su curso inferior, toma el nombre de Lebu. Su fondo es puro y pedregoso, el agua como del cristal más puro, las orillas pobladas a trechos con manzanos y chacarería. Las chozas indias en las estribaciones de los cerros, se ocultan bajo la sombra de frondosos peumos. El río corre por una profunda quebrada y en su accidentada orilla se ven tumbas y trincheras, parecidas a las que quedaron en Polonia de la época de las invasiones tártaras.

Hacia las cuatro de la tarde llegamos a Tucapel, el lugar en que está la misión de los padres franciscanos. Llamen a este lugar comúnmente Nueva Tucapel, para distinguirlo del Tucapel situado junto al río Laja.

Aquí estamos ya entre las posesiones de los indios libres e independientes. Muchos de ellos, sea por la curiosidad o por el temor de alguna agresión de nuestra parte, salen hacia nosotros y nos saludan diciendo: “mari, peñi”, lo que significa más o menos, “¿cómo estás, amigo?”. La primera impresión que causan en el viajero civilizado, que sólo sabía por los libros y relatos datos sobre hombres salvajes, ofuscados por el paganismo, es la sensación de superioridad, de dominio sobre el hombre ajeno a la verdad superior y a la ciencia. Se sienten enseguida ganas de civilizar, como si ello fuera tan fácil.

Desde hace 300 años se está riñendo aquí la lucha de la orgullosa civilización con el salvajismo, de la fuerza armada con la fuerza muscular del hombre casi desnudo, y lo que es más, de las palabras de fe con la obstinación del oscurantismo. Y mientras en todo el espacio de cuatrocientas millas, desde el desierto de Atacama

hasta este río Lebu los indígenas ya están a tal punto transformados en cristianos y republicanos que se olvidaron totalmente de la lengua de sus tatarabuelos y se convirtieron en nación, aquí, un puñado de habitantes primitivos conservó el espíritu, la severidad y la hombría de sus tatarabuelos, los Lautaro, los Tucapel y los Colocolo, cuyas hazañas canta Ercilla.

Es hermosa la región de ese Tucapel, al que los españoles dieron el nombre de uno de los valientes araucanos, sus enemigos más feroces. En la verde colina cerca del bosque se ve una iglesia blanca con tejas rojas y al lado un campesino; al otro lado está la casita de misionero. Al pie del cerro fluye por el valle abierto un límpido arroyo, y en todo el espacio de esta región de algunas millas de extensión, desde la oscura selva cordillerana al este, hasta el mar, se suceden cerros y quebradas en los que crecen individualmente hayas, peumos y manzanos que parecen plantados allí a modo de adorno. A lo lejos, entre esos árboles, aparecen chozas indias, tan diseminadas, tan distantes unas de otras, tan separadas por cerros y arboledas, que las familias que viven en ellas no se ven unas a otras y viven aisladas. Considerarían un signo de esclavitud formar aldeas o pueblos, por la aversión que heredaron de sus antepasados a los asentamientos en grupo, y cada uno busca para sí la mayor libertad e independencia de los demás, para defenderse de los invasores, para quienes –según creen– es más fácil quemar, destruir o adueñarse de toda la aldea que ocupar, unas tras otras, viviendas muy distantes entre sí. Para ellos, la aldea y el pueblo son señales de esclavitud. Con todo, procuran que sus casas no estén excesivamente distantes unas de otras; las viviendas están ubicadas de forma que a la primera señal de alarma o a la orden del cacique en caso de ataque del enemigo común de su país o de un proyectado malón, o sea un asalto doméstico de unos contra otros, puedan antes reunirse y presentar combate.

Las casitas de los indios, dispersas como por capricho por toda la región, con sus huertos de verduras, campitos de maíz, habas o porotos, otorgan a esta región un carácter más civilizado de lo que realmente es.

Justamente en la época de mi llegada a Tucapel, tuvo su cuartel general en casa de un medio indio, medio español, el comisario gubernamental Zúñiga, famoso por su fuerza y valor, para el cual yo llevaba órdenes y una carta confidencial del Presidente de la República recomendándole que me facilitaran intérpretes, guías y toda la ayuda que yo le pidiera y que tratara de asegurar el orden en toda la Araucanía.

¿Qué hace aquí el comisario del gobierno? ¿Cuál es su autoridad y fuerza? No tiene a su lado un solo soldado, la guarnición más cercana, pero débil, tiene sus cuarteles en Arauco, a más de veinte millas hacia el Norte. El comisario es como una especie de enviado gubernamental para tratar en pie de igualdad con los caciques medio domesticados, con la civilización que les es hostil. Pero lleva consigo algo peor y más peligroso para estos indios independientes que los soldados: lleva consigo regalos del gobierno para los ancianos, para los caciques, los adula y asusta, reparte una modesta mesada para los más adictos y más influyentes entre los suyos y, a veces, a cambio de algún mérito de más monta para la república, trae para uno de los caciques más conspicuos un uniforme carmesí, con bordados de oro, o una

casaca de húsar (pero no los pantalones, pues sería una ofensa a la independencia araucana). Imagínense ustedes al rústico cacique, con el uniforme carmesí bordado, descalzo, con la inmensa melena negra de pelos erizados, sin camisa, sin pantalón, con rostro severo y grave. Es un progresista entre la clase más ilustrada india, próximo a rendirse al gobierno; aunque, cuando se presenta la ocasión, arroja el uniforme, se viste con manta y chilipa, toma una lanza de cuatro codos de longitud y conduce al combate contra los invasores a quinientos salvajes armados.

Para el puesto de comisario, el gobierno debe buscar a un hombre poco común. El comisario, además de otras cualidades que requiere su carácter oficial, debe ser fuerte, ancho de hombros, astuto, hábil en el manejo del sable, cuchillo, lanza, lazo y los laqui, o sea, tres bolas atadas a tres cordeles, con los que sabe, desde lejos, maniatar hábilmente a un caballo o a un hombre. No importa que proceda de la raza araucana y que hubiera participado antes en malones entre los araucanos, es decir, en asaltos de unos contra otros, y ni siquiera contra los españoles, los chilenos y el gobierno.

Zúñiga poseía todas esas cualidades. Hijo de mujer india y un buen español, se crió en la frontera araucana, en Los Ángeles, entre gente semisalvaje y tomó parte en malones y asaltos de unos caciques contra otros, y cuando los patriotas de la Guerra de la Independencia se apoderaron de Concepción, él, reuniendo a los indios bajo el mando de Pincheira, siguió por largo tiempo fiel a la agonizante causa monárquica y combatía a los patriotas con toda la furia del salvaje. Después se mantuvo por algún tiempo junto a Pincheira, acompañándolo en sus saqueos, pero finalmente lo entregó al general Bulnes, el último vencedor de los realistas y bandidos, que se declaró fiel al gobierno.

Era famoso entre los indios por su fuerza y valor; con un puño arrojaba a tierra al cacique más fuerte, a doscientos pasos de distancia alcanzaba y apresaba con sus laquis al caballo de un bandido en fuga, manejaba con igual destreza el sable, la lanza y el cuchillo y se lanzaba él solo contra diez. Los araucanos lo apodaban, en su lengua, Corazón de León.

Tenía también a sus órdenes, como ayuda y para mantener a raya a los indios fronterizos, a dos o tres llamados capitanes de amigos, pagados por el gobierno y dotados de más o menos las mismas cualidades que el comisario.

Me dirigí directamente al cuartel del comisario. Bajo una frondosa encina había una casita con techos de juncos, y delante de la casa, sobre cuatro primitivos pilares había un enquinchado formando una especie de porche. Bajo este enquinchado se sentaba en un banco el fornido Zúñiga, algo corpulento, con rostro lleno, redondo y oscuro, y ojos chispeantes cuyo color competía con la melena negra y los bigotes. Vestía un poncho con listas azules y rojas, bajo el cual asomaban el cuello y las solapas de un uniforme rojo; más abajo, amplio pantalón de montar de igual color, espuelas de plata y el sable. Delante de él, sobre la mesita, había un gran vaso casi vacío, y en el suelo se sentaban diez caciques con piernas cruzadas y las cabezas gachas. Zúñiga se acodaba sobre la mesa con el brazo derecho, y con el izquierdo sostenía un humeante puro. En el patio había una gran multitud de indios y caballos.

Zúñiga, sin moverse del lugar, me tendió su mano tan gruesa y ancha que no pude asirla, y tan seca y dura como una tabla. Le entregué en medio del silencio general las cartas gubernamentales provistas de lacres rojos.

Después de leer la carta, el comisario se levantó a medias del banco y habló a los caciques en araucano, con voz gruesa y ronca, diciéndoles que de la capital acababa de llegar un gran caballero, amigo del Presidente. Ello no causó una impresión visible en los oyentes.

Declaré que me agradaría continuar el camino al día siguiente y que necesitaba un intérprete y guías. Zúñiga llamó a uno de los capitanes de amigos que estaban en pie a un lado, ordenándole que me condujera a la casa del misionero. “Allí –dijo– tendrán ustedes mejor cama y todo lo que necesiten”.

A la puesta del sol desmontamos ante la iglesita, en donde nos acogió cordialmente el misionero, fray Cherubini Brancadori, frailecito de la orden franciscana, menudo, flaco, un italiano ágil como las llamas, con hábito gris que llegaba hasta el suelo, descalzo y encapuchado. Lo enviaron acá desde el principal convento de misioneros de Chillán para terminar la construcción de la casa de misiones y de la iglesia, y por eso era más albañil, carpintero y ladrillero que exégeta de la fe. Tenía muchos obreros, hacía y cocía ladrillos, y preparaba la madera para la construcción.

Al poco rato trabamos con él amistad y confianza. La iglesita estaba aún vacía, sin terminar por dentro; en el convento estaba lista una sola celda, a la que nos invitó a mí, a mi compañero Miguel y al guía Peña. Entre los obreros, había muchos jóvenes indios, remisos en el trabajo, pero según me dijo inteligentes. También lo visitaban otros de más edad, para que dirimiera sus pleitos. En el umbral, ante la sala, había dos indios que venían al misionero para quejarse por algún asunto. Estaban con las cabezas agachadas, hablaban con calma, sombríamente, pero sin arrebatarse. Brancadori no conocía la lengua araucana y hablaba con ellos a través del intérprete.

Pude observar a esos hombres más de cerca: el color de sus rostros, no muy oscuro, era algo más claro que el de las tribus indias de las regiones nortinas de Coquimbo y Huasco, donde, como ya lo dije, la plebe olvidó totalmente su lengua y es católica sin excepción. El rostro del araucano es ancho, los labios, sobre todo el inferior, son gruesos, la frente tiene apenas dos o tres pulgadas de alto, el pelo negro, grueso, en los ojos un salvajismo difícil de describir, pero no repelente. Los ojos chicos, pero no rasgados, grises oscuros o negros, de mirada aparentemente tranquila, indiferente, pero desconfiada; a veces penetrantes, más a menudo secos y fríos, como no despiertos todavía ni llamados a la vida. Lo que más llama la atención en ellos, es que ni siquiera los ancianos y canosos tienen pelo en la barba; no conocen la navaja de afeitar, y sin embargo, no se ve en su rostro ni una huella de pelo, no se ven bigotes ni patillas. Me dijeron que los indios se arrancan los pelos de la cara, y tal vez por eso observé, en algunos, una contracción del rostro un tanto lleno de agujeritos. En algunos caciques observé la nariz algo encorvada, aguileña, con ventanas abiertas, pero no tanto como en los negros. Su talla, por lo común, no llega a la de los patagones, pero jamás son tan bajos como los indios bolivianos de La Paz o Potosí.



Joven mapuche.
Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

Esa misión de Tucapel, actualmente tan abandonada, estuvo casi desde el descubrimiento de esta parte de América, cuidadosamente mantenida en la época del gobierno real, varias veces destruida y restaurada, y nunca le faltaron celosos misioneros, por lo común frailes españoles. En los últimos tiempos, cuando los patriotas se adueñaron de Concepción y casi todo Chile quedó libre del ejército real, estuvo aquí el último terreno al que los españoles se aferraban con toda su furia bajo el general Sánchez que contaba con muchos aliados entre los araucanos y con más de un buen soldado entre los chilenos, como por ejemplo Benavides y Pincheira que estaban a sus órdenes. También muchos ciudadanos de Concepción, muchos sacerdotes y hasta monjas se habían refugiado aquí y en la cercana selva.

Aquí se produjo la última derrota continental de las fuerza reales. Y cuando los patriotas se apoderaron de la misión, destruyeron la iglesia y el convento, los misioneros y las monjas huyeron, y sólo quedaron desnudas murallas, derrumbadas en 1835 por el último terremoto.

Durante casi treinta años permanecieron intactas esas ruinas, como si fueran trofeos de la Guerra de la Independencia. Nadie se acordaba de la misión. El gobierno de la república tenía muchos asuntos que atender; los indios, civilizados por los antiguos misioneros, nuevamente volvieron a su estado salvaje, y de entre los bautizados, apenas algunos conservaron sus nombres de pila.

Hace un año, los indios, sea por su propio impulso, sea por consejo de los caciques fronterizos y de los capitanes de amigos, fueron al intendente de la provincia que estaba entonces en su fundo de Santa Fe, con el ruego de que les restaurase y devolviese su antigua misión en Tucapel. No poco contribuyeron a ello el actual comisario Zúñiga, sus dos hermanos capitanes de amigos, el cacique de Tucapel y otros, Colipí, Pinoleu, etcétera.

No vaciló en satisfacer esta petición el ministro de Culto Montt, quien envió inmediatamente a fray Pacífico, un franciscano de Chillán, a las autoridades para que se abocasen sin tardanza a la construcción de la iglesia, del convento y de la escuela para los pequeños araucanos, en el mismo lugar donde estuvo la antigua misión española.

Pero no bien se propagó esta noticia por la Araucanía, despertó en los descendientes de Lautaro, el viejo encono y el temor de una invasión. Se reúne –como quien dice– su senado, acuden caciques de las partes más lejanas, de Imperial, de Toltén, de las cordilleras, y tras una breve deliberación declaran que no quieren misión ni misionero. En vano los ancianos de las tribus fronterizas, el comisario y los capitanes amigos los persuadían de que la misión jamás les había hecho daño alguno, que los frailes, o, como ellos los llamaban, padres, siempre recomendaban la paz e intercedían por los indios ante el gobierno, que ellos habían traído antaño la cruz (y es cosa digna de mencionar que hasta los más salvajes entre los araucanos, incluso aquellos que no saben ni preguntan qué es lo que significa la cruz, sienten hacia ella una especie de respeto y temor), que la iglesia en Tucapel estuvo en pie desde hacía más de 200 años y que no la destruyeron los indios sino los propios españoles y que ahora los propios españoles, al darse cuenta de la ofensa que infringieron con ello a “sus amigos”, han decidido restaurar la misión, tener una

escuela para los niños y enseñar a los indios cómo se deben construir casas y cultivar tierras.

“Sí, sí, vienen a enseñar! –respondían los más enconados. Llegará el padre, y tras él el comisario, los batallones y hombres que nos sonsacarán las tierras y erigirán fortines”.

Ello dio lugar a una gran discordia y malentendido entre indios y españoles. Se sucedían disputas y amenazas; ya estaban a punto de separarse los caciques, cada uno con los suyos y colocar puntas de fierro en los coligües y encender la guerra civil, cuando Colipí y otros que tenían fuerza y popularidad entre los suyos, propusieron: “¡Hermanos, que decida la chueca!”.

¿Qué es la chueca? Es el juego araucano predilecto, casi nacional, transmitido, por vía de la tradición, desde los más remotos tiempos, anteriores a la conquista de América. Los indios le atribuyen una virtud fatal y que la chueca puede decidir con plena razón sobre todo cuando no se trata del mero juego, sino del fallo en un asunto que atañe al bien común. Los que participan en este juego se dividen en dos bandos contrarios, cada uno de los cuales se aferra a su opinión, como por ejemplo, en el caso presente, uno por la restauración y acondicionamiento de la misión en Tucapel, y el otro incluso contra cualquier asomo de insinuación en este sentido por parte de los caciques y el comisario. Comienzan por escoger una amplia llanura de más o menos una milla, lisa y bien desbrozada de arbustos y piedras. Colocan al centro una bola de madera, no mayor de las que sirven comúnmente para el juego de bolos, y en dos direcciones opuestas a igual distancia de los palos, señalan en tierra por cada lado dos o tres límites o rayas. Cada bando escoge a los jugadores más fuertes y mejor entrenados, y cada jugador actúa con un palo no más grueso que nuestros bastones comunes, pero un poco encorvado en el extremo inferior para poder con él rechazar mejor la bola. Semejante palo encorvado se llama chueca. Tras una breve y prejuiciosa ceremonia para conjurar la bola y las chuecas, comienza el juego, que consiste en cuál de los dos bandos, golpeando la bola con la chueca, la lleva a la parte contraria, a la primera, segunda y tercera raya (meta). Así, pues, este juego se parece al “palant” de nuestra juventud, sólo que los araucanos ponen en este juego tal entusiasmo y encono, como no los hay ni siquiera entre nuestros estudiantes más desenfrenados.

Hay también a los costados, unos límites marcados en tierra, más allá de los cuales no es permitido lanzar la bola, y si un bando lo hace de casualidad o adrede temiendo la derrota, el juego se considera como nulo y hay que comenzar de nuevo. Pero a un buen jugador le sucede que en vez de golpear con la chueca la bola, da con ella a la pierna o a la cabeza del adversario para obligarlo a recomenzar el juego cuando haga falta. No pueden faltar los gritos para ensordecer, asustar y atontar a los menos diestros en ese arte. Más de uno, en el instante en que, seguro de su brazo, rechaza al vuelo la bola que cruza la raya, recibe del adversario un fuerte golpe en la paletilla o en el codo y cae en el campo de batalla, quedando la venganza siempre infalible, aunque a largo plazo.

Pues bien, un año atrás, cuando la iglesia y el convento de Tucapel yacían todavía en ruinas desde la destrucción de esa misión por los patriotas, se decidió en la magna asamblea de los araucanos someter al árbitro de la chueca y averiguar: si el padre (misionero) que el gobierno iba a enviar tenía acaso malas intenciones tendientes a quitarles las tierras o si, por el contrario, es como eran los antiguos padres que venían sólo para enseñarles cómo han de vivir y llevarse los unos con los otros, cómo cultivar hortalizas, pero no para quitarles la tierra.

Así, pues, en la fecha señalada se reunieron en Tucapel muchísimos caciques de toda la Araucanía y los más famosos jugadores con sus chuecas. Se escogió una plaza próxima a la misión. Se recurrió a vaticinios y a prácticas infernales. Cada uno de los dos bandos trajo el cráneo de uno de los jugadores más célebres y lo colocó en su raya para que el espíritu del muerto que en vida conoció la gloria de muchos triunfos, se alegrara del buen ánimo de los araucanos y dirigiera los destinos del juego. Cada uno de los bandos trajo consigo a los jugadores de más confianza, a los vaticinios y brujos más acreditados, los llamados machis, y también a médicos cuyo deber era curar a los heridos y magullados.

Desde tiempos inmemoriales no hubo entre los araucanos un juego tan solemne y porfiado. Dos días duró la chueca, varias veces interrumpida por peleas y siempre el final del juego resultaba inseguro y discutido; los viejos caciques y adivinos decidían que siempre había algún vicio en el triunfo, los derrotados protestaban, pero casi siempre la balanza de la justicia se inclinaba hacia el bando de los adversarios de la reconstrucción de la misión. Sólo al tercer día el triunfo favoreció al bando adicto al misionario. Del juego y del triunfo de los partidarios de la misión se desprendió que no había nada que temer de parte del gobierno y que había que ayudar en la reconstrucción de la iglesia y del convento.

Justamente aquí, en Tucapel, cerca de la misión donde se ve todavía el parapeto del antiguo pequeño fortín, se libró en los primeros tiempos de la conquista una sangrienta batalla entre españoles y araucanos que culminó con la muerte de Valdivia.

Lo que fue Cortés para México y los Pizarro para Perú, lo fue Valdivia para Chile. Con la diferencia de que Valdivia no era cruel ni violento. En hombría, laboriosidad y fe no lo igualaba ningún guerrero. Obediente al Rey, llevaba en el pecho la gloria de la patria, ese lema que conducía a los conquistadores a través del océano al Nuevo Mundo: "conquista de las almas". Era el auténtico fundador de este Estado que goza hoy de tanta superioridad y bienestar entre las naciones libres de América del Sur. Guerreando fundaba ciudades, y en cada una erigía primero una iglesia y al lado de ésta la municipalidad y el concejo municipal, elegido por los mismos conquistadores, al que confiaba el gobierno y el orden, sometiéndose él mismo, a menudo, a sus decisiones y sentencias. Doscientos cincuenta años más tarde, estos concejos municipales, a la manera de instituciones liberales, dieron origen a la Guerra de la Independencia, al desprendimiento del árbol de la fruta ya madura. En la convivencia con los guerreros que trajo consigo y con quienes compartía fatigas y peligros, se comportaba cordialmente y con camaradería, pero cuidaba del orden, reinaba más bien con el ejemplo y no con severidad y mente

fría, y tenía en vista, no tanto la conquista como el desarrollo del país ocupado. Se sabe por la tradición con qué alegría recibió de España las primeras semillas de trigo, de cebada y el murgón de cepa, y su correspondencia con el rey es ejemplar. Le solicita el envío de buenos soldados que no deben guerrear por el oro y la plata, sino para agrandar el reino, por la gloria divina y el servicio de su alteza real; solicita el envío de buenos carpinteros, herreros y agricultores que, sin despojarse de la armadura, sepan manejar igual de bien la espada y el arado, pide el envío de monjes, apóstoles de la fe, pero agrega: “no envíen letrados, es decir, abogados adiestrados en esgrimir leyes escritas, porque esos podrían trastocar todo nuestro orden, embaucar a la gente, propagar disputas y desobediencia”. Hasta hoy día se conserva al pie del cerro de Santa Lucía la casita en que vivió aquel gran adelantado (el cargo más elevado en España); una casita baja y modesta en la que hoy no cabría un simple tabernero con sus enseres. Junto a esta casita, de la que sólo se conserva una pieza, fue erigida hace poco una hermosa iglesita, para la cual, la reina Isabel envió un retrato de Valdivia.

De él dice Ercilla:

*La ley, derecho, el fuero y la justicia
era lo que Valdivia había por bueno,
remiso en graves culpas y piadoso,
en los casos livianos riguroso.*

CANTO I

Ahora citaré de la historia de Goyenechea la descripción de la batalla librada en Tucapel.

Al frente de cincuenta jinetes, iba Valdivia en socorro de la pequeña guarnición española sitiada en el pequeño fortín de Tucapel, donde hoy, en vez de mosquetes y humo de pólvora, sólo crecen el trigo y la cebada. Llevaba pocas armas de fuego y sus hombres sólo estaban armados de sables y lanzas. Previamente había enviado un mensajero a Purén pidiendo que le enviaran de allí un refuerzo de catorce españoles, y sin esperarlos siguió hacia Arauco. Por el camino perdió catorce soldados en misiones de exploración, y antes de que llegara a Tucapel, la guarnición debió abrirse paso entre multitudes de indios y se refugió en Purén.

Desde lejos vio Valdivia los muros del fortín destruidos, y en torno ingentes multitudes de salvajes armados de largas lanzas, mazos, hondas y lazos. Distribuyó al puñado de los suyos en tres grupos: en el ala derecha colocó al famoso Bobadilla y en el izquierdo a Reinoso. Antes de que diera la orden de atacar, se lanzaron contra él, con espantoso griterío, miles de araucanos y comenzó el largo y terrible combate del que hablan todos los cronistas.

Es cierto que tenía a su lado a algunos indios aliados, quienes con fidelidad y encono ayudaban a los españoles contra los de su propia sangre, pero cada español, cubierto de pies a cabeza de acero, era como el bastión de una fortaleza asediado por más de cien indios desnudos; porque cada araucano, para aprestarse al combate, se desnuda y peina su gruesa trenza hacia arriba haciendo que ésta

parezca una escoba, trata de asustar con la mirada salvaje y de ensordecir al enemigo con sus alaridos.

Con el campo de batalla rociado de sangre, la victoria comenzaba ya a inclinarse a favor de los cristianos, y los araucanos ya se estaban dando a la fuga, cuando cierto indio que combatía hasta ese momento al lado de Valdivia contra sus compatriotas, el joven Lautaro, hijo de un cacique, educado y muy apreciado por Valdivia, al ver la huida de los araucanos y el debilitamiento y agotamiento en los españoles, corre hábilmente para cerrar el camino a sus hermanos de sangre que huían, los anima a la lucha, les asegura que las fuerzas de los españoles están desfalleciendo y que más vale morir que entregar las tierras al enemigo.

Renacen los bríos de los indios, se reagrupan en torno a Lautaro, al mando del cual atacan al puñado de españoles casi agonizantes por sus heridas. Cuenta la tradición que en ese grave momento, cuando los montones de cadáveres hacían difícil el acceso a los vivos, el fraile confesor, inseparable de su jefe, lo conduce, entre el combate y la confusión, cubierto de heridas a la cercana espesura; allí se confiesa Valdivia, y poco después el valiente confesor entrega su alma a Dios bajo la granizada de las flechas pétreas araucanas, en tanto que el moribundo Valdivia era colocado ante el consejo de caciques.

*Murió el clérigo luego, y maltratado
trujeron a Valdivia ante el senado.*

CANTO III

Cuenta la leyenda que el viejo Caupolicán, que formaba parte de ese consejo, era partidario de perdonar la vida a Valdivia, quien prometía paz y libertad a la Araucanía, cuando Leocato, un pariente de Caupolicán, sin intervenir en la disputa, exclamó: “no perdamos tiempo ni ocasión” y con un golpe de mazo en la canosa cabeza del español, lo derrumbó y mató. Por esa ofensa al senado, Caupolicán pidió muerte de Leocato.

Tal fue la muerte de ese conspicuo conquistador, cuya proclama a los soldados que partían a la conquista de Chile, conservada hasta ahora en las actas del archivo de la capital de Santiago, dice a la letra:

Llevemos la fe de Cristo a esos numerosos paganos; de entre ellos surgirán adoradores del Dios verdadero, daremos a la santa iglesia romana millones de servidores, ensancharemos los límites de la diócesis de Cuzco, agregaremos muchas regiones a nuestro rey español, a la geografía nuevos países, nuevas regiones, a nuestras espadas, nuevos triunfos a nuestra gloria, nuevas ventajas de estas tierras indias, y para nosotros mismos el orgulloso emblema de descubridores, de primeros conquistadores y colonos que traen la paz y el orden en estos extensos estados.

Tales fueron el espíritu de la época y la grandeza de aquellos soldados, tal fue el fin elevado que los llevaba al descubrimiento y conquista de las inmensas tierras del Nuevo Mundo, tal el noble orgullo, el amor a la gloria, a la patria, al Rey, el

celo católico, en una palabra, el concepto de lo que en efecto es grande y hermoso y por lo que vale la pena derramar la sangre y dedicar la vida.

Hasta muy avanzada la tarde recorrimos con el fraile Brancadori el campo de esta gran batalla, donde hasta ahora los lugareños enseñan una frondosa haya bajo la cual se habría efectuado la confesión y el apresamiento de Valdivia.

A este campo, cuando gracias al feliz triunfo en el juego de la chueca –según ya lo dije– los indios aceptaron la restauración de la iglesia y de la casa para el misionero, fue convocado el segundo y definitivo parlamento, en el cual hubo de decidirse de qué modo, con el acuerdo de los caciques de la región, se abordaría la reconstrucción de la iglesia. A ese parlamento acudieron muchos de los principales caciques, sus subordinados y, entre ellos, solitario, descalzo, pobre, con una cruzcita de madera y un rosario, compareció en el consejo de la vociferante indiada el padre Pacífico, siendo recibido por ella con gran respeto. Se comenzó por erigir una gran cruz en el centro de la plaza de la reunión en señal de la mutua confianza y paz, pues así lo aceptaban los araucanos, pese a que no los iluminaba la fe.

Comenzaron las negociaciones. Los araucanos no querían aceptar, de ningún modo, que el sacerdote hiciera venir obreros chilenos cristianos para construir la iglesia y el convento; temían que esos obreros podrían más tarde asentarse en sus tierras y aprovechar la ocasión para fundar aldeas y pueblos.

“¿Y quién me va a servir para la construcción –dijo fray Pacífico– siendo que vosotros no servís para ello?”. “Tú nos enseñarás a construir y nosotros os facilitaremos gentes para el trabajo” –respondieron los caciques. “Está bien –repuso el monje–, acepto, pero os prevengo que los obreros que me vais a mandar estarán obligados a trabajar toda la semana y sólo los sábados recibirán la paga; y si alguno de ellos se marchara antes, perderá el derecho al salario, incluso por los días trabajados”.

Tras una larga hora de reflexión y desconfianza, los caciques aceptaron lo dicho por el misionero y sólo le permitieron traer para el trabajo al carpintero y al cocedor de ladrillo, comprometiéndose el padre Pacífico a pagar a los indios a razón de dos reales por cada día de trabajo.

Asistió a ese parlamento, con importante participación, un indio, no de los caciques, sino de origen plebeyo, un tal Colipí, el cual, gracias a su fuerza muscular, valor y astucia, adquirió renombre y cuantiosos bienes. Durante la Guerra de la Independencia fue partidario del Rey y cometió crueldades con los patriotas. Antes de que acabara la guerra, se pasó al lado del gobierno nacional y le prestó grandes servicios. En recompensa el gobierno lo nombró cacique, tal como nuestros reyes nombraban a condes, y le otorgó una pequeña pensión, y a falta de condecoraciones le regaló también una casaca carmesí con bordados de oro, pero no tuvo necesidad de gastar plata en galones para el pantalón, porque –como ya lo mencioné– los descendientes de los Lautaros y Caupolicanes desdeñan esa vestimenta inferior que estiman señal de servidumbre. Pero ello no impide a Colipí servir fielmente a los enemigos de su tierra. Alcanzó cierto renombre, tiene muchas mujeres y caballos y es dueño del famoso Purén, donde (en 1586) se dirimió el duelo del cacique Cadegual con el español García Ramón.

(Nota) Sucedió que al poner Cadegual, en un sangriento encuentro con el orgulloso Sotomayor, en fuga a su pequeño grupo de caballeros y a su propio jefe obligándolos a refugiarse en Angol, se ensoberbió a tal extremo, que bajo los muros del pequeño fortín Purén, insultaba y se mofaba de los guerreros allí sitiados. García Ramón lo retó a duelo particular, salió de Purén con cuarenta jinetes enfrentándosele Cadegual con otros tantos. Pero García, según se sabe por las crónicas de la época, en el primer encuentro con el cacique derribó de un solo sablazo a ese gigante del tal forma que no sólo puso en fuga a todo su séquito, sino que todo el ejército araucano desistió del asedio.

Un rival y adversario de Colipí en el parlamento era el cacique de rancio abo-lengo Painemal, un gran señor, amado por los suyos y rico. Dicen que de niño fue bautizado y él mismo se considera cristiano. El gobierno le paga la misma mesada de diez piastras que a Colipí; los halaga por igual, se aprovecha del antagonismo, acrecentando el orgullo y la envidia entre ellos; se diría que es una historia de Viena, Berlín o de las riberas del Neva.

Pues bien, al parlamento de marras acudieron ambos caciques con casacas carmesí, cada uno con varias decenas de jinetes. Según me contó fray Pacífico, el primero en llegar fue Colipí, quien, paseando por los pasillos, murmuraba por envidia hacia el cacique tucapelino:

“Mírenlo –repetía– este cobarde roto se cree muy grande, porque van a plantar la cruz en su campo. Si yo lo quisiera, el presidente me construiría una misión mucho más grande que ésta”.

El no menos envidioso Painemal, que estaba con los suyos al lado, replicaba: “Ya veremos cuál de los dos será el primero en viajar a Santiago”.

Sacando provecho de esas recíprocas rencillas y envidias entre los caciques, el comisario y el padre Pacífico recibieron de ellos, en ese mismo parlamento, la solemne promesa de que pondrían en libertad y devolverían a muchas jóvenes muchachas que habían raptado en sus asaltos a casas de aquende y allende las cordilleras y que mantienen en la esclavitud. En efecto, pasado un mes, los indios acompañaron al cuartel del comisario a diez jóvenes mujeres, dos de las cuales fueron raptadas siendo niñas al otro lado de los Andes y que procedían de conspicuas familias argentinas; todas ellas fueron inmediatamente enviadas a sus padres. Y de las ocho restantes que ni siquiera sabían nada de su procedencia, tres regresaron a los indios donde habían dejado a sus hijos, y una –según se decía– la conservó para sí el comisario.

Por esa época se efectuó también otro sedicente parlamento en Tucapel, en el que los mencionados caciques convinieron un tratado con Inglaterra y Francia. El asunto era el siguiente: las costas de la Araucanía son bajas, planas y abiertas, expuestas a frecuentes tempestades y a naufragios. Los indios siempre reclamaban para sí el derecho a lo que el mar arrojaba a sus costas: se llevaban las mercaderías, los víveres, la madera, y las personas tenían que pagar un rescate. Era un espectáculo curioso ver a los diplomáticos europeos, al señor Rowe, inglés, y al

señor Roret, francés, negociando de igual a igual con los araucanos, con los indios independientes, a trescientos cincuenta años del descubrimiento de América. Aunque no hubo cancillerías ni fórmulas diplomáticas, se estableció que los estados europeos pagaran a los araucanos una onza de oro por cada náufrago salvado en sus costas y llevado por ellos a Concepción. Hasta la fecha los indios jamás faltaron a ese tratado y creo que las grandes potencias, por su parte, tampoco hallaron por esa vez el modo de romper el convenio.

6. VIAJE DE TUCAPEL A IMPERIAL

12 de enero

Era un domingo. El Sol asomó con el rostro risueño detrás de las cumbres codilleras cubiertas de oscuros bosques. El tañido de la campana puso una nota alegre a la región.

Rodeado de un tropel de indios y acompañado de dos capitanes de amigos, el comisario galopaba por la dehesa dirigiéndose al convento. Llevaba un poncho de vivos colores, una gorra con un ancho galón plateado, al cinto un sable y, atados a la silla, el lazo y las boleadoras.

Aunque corpulento y pesado se apeó con agilidad del caballo y me saludó cortésmente. Enseguida declaró que, de acuerdo a la orden del intendente Bulnes, pone a mi disposición a su hermano Manuel Zúñiga, capitán de amigos, buen conocedor de la lengua araucana, y que en todo mi viaje a Valdivia y en el regreso, siempre me acompañarán, turnándose de un lugar a otro, dos caciques y dos indios de menor categoría, y que, además, para mi seguridad personal, tendré junto a mí a un soldado del arma de caballería. En efecto, inmediatamente se presentaron, prestos a servirme, el citado capitán hermano del comisario, un fornido dragón, y dos caciques; los dos primeros armados de sables y carabinas, y los caciques con cuchillos.

Tras una breve conversación con el comisario, nos despedimos de los padres Brancadori y Pacífico y montamos los caballos, rodeados por un numeroso séquito de indios llegados de los alrededores.

Ante mi solicitud de visitar el lugar del histórico fortín de Tucapel, el comisario ordenó a su hermano que me condujera allí, y él mismo cabalgó, anticipándose nos, al cacicazgo de Paicaví, distante cuatro millas de aquí, donde me esperaría y daría las últimas instrucciones a los caciques sobre el viaje.

No hay ni una milla desde el convento a ese fortín, situado sobre la elevada orilla del río. Se aprecian hasta ahora las trincheras, el foso y el pequeño parapeto, e incluso, al interior, restos de murallas de alguna construcción. En las trincheras crecen inmensos árboles, y en el suelo libre de escombros había un sembrado de trigo.

Esta pequeña fortaleza española fue durante más de doscientos años el punto central militar, desde el cual los invasores incursionaban a menudo al interior del

país y a donde regresaban cuando la suerte les era adversa. Desde allí, a través de una accidentada y pantanosa selva, conducía la ruta a Purén, donde había otro fortín similar, desde el cual extendían sus expediciones por toda la llanura central entre ambas cadenas cordilleranas hasta Villarrica. Allí según cuenta la leyenda halló la muerte el más valiente de los jefes araucanos, Caupolicán. Este célebre cacique atacó durante siete años la fortaleza que encerraba, a menudo, una escasa guarnición. Muchas veces derrotado, no aceptó jamás un compromiso con el enemigo.

Es sabido que, adiestrado en los incesantes combates con los españoles, se había atrincherado con catorce mil indios en el lugar bastante boscoso y bien defendido de nombre Quiapo, desde donde hostigaba sin cesar a los ejércitos reales y preparaba hábiles emboscadas. Lo atacó con doscientos jinetes García Hurtado de Mendoza, el marqués de Cañete. Por primera vez los españoles combatieron con araucanos bien atrincherados. El propio Hurtado fue el primero en lanzarse, entre la granizada de flechas y piedras, desde el lado de Tucapel contra las trincheras, en tanto que su maestre de campo Alonso Reinoso atacó con insistencia por el otro lado. Largo fue el combate de las armas castellanas de fuego y acero contra los desnudos araucanos que se defendían con estridentes alaridos y grandes cachiporras. Chorros de sangre americana se vertían en las trincheras. Debilitados y diezmados, los españoles inician la retirada, tras ellos los envanecidos araucanos, desdeñando los consejos del viejo Colocolo, se lanzan a la llanura, y allí, peleando en desorden y a ciegas, sufren una terrible derrota. Dos mil indios venidos de varias y alejadas partes de la Araucanía, cuncos y hülliches, cayeron muertos ese día.

Pero eso no desanimó a Caupolicán. Éste reúne a los dispersos y envía mensajeros por toda la Araucanía anunciando, según canta el poeta:

*Que habiendo de morir, todo nos sobra,
y todo con vencer después se cobra.*

CANTO XXIX

Antes de que los españoles descansaran de ese triunfo pagado a tan alto precio, ya los amenazaba Caupolicán al frente de innumerables combatientes en tres lugares a la vez: en Tucapel, Lebu y Cañete. Caupolicán, esta vez más cauto, envía para la exploración a Purén, hombre de astucia probada, quien sirvió algún tiempo entre los españoles, para que averiguara el número de sus efectivos y sus emplazamientos. Purén, al encontrar entre la servidumbre de Alonso Reinoso al indio Andreo, de cuya lealtad estaba seguro, le hace confidencias. Andreo lo engaña con noticias falsas; Caupolicán, fiándose de ellas, sufre una nueva derrota y, obligado a huir, se refugia en los bosques, en su región natal de Pilmaiquén. Allí lo traiciona su hombre de confianza, Ongolmo, entregándolo al capitán Avendaño, quien lo envía maniatado al fortín de Tucapel.

En este lugar donde hoy madura el trigo, hace menos de trescientos años, sufrió una muerte gloriosa el amante de la patria, varias veces traicionado por los suyos y más noble que su jefe, quien no vaciló en firmar el decreto; el poeta Ercilla, como queriendo lavar la mancha de su nación, canta así esa muerte:

*Descalzo, destocado, a pie desnudo,
dos pesadas cadenas arrastrando,
con una soga al cuello y grueso nudo,
de la cual él verdugo iba tirando
cerrando en torno de armas, y el menudo
pueblo detrás, mirando y remirando,
si era posible aquello que pasaba,
que visto por los ojos aún dudabas*

CANTO XXXIV

Al plantarse ante la afilada estaca, sobre la cual iba a empalarlo el negro Galofo, le indignó a tal punto el aspecto del vil verdugo que, pese a que estaba aherrojado, de una sola patada arrojó a tierra al negro y por poco lo mata. Después, una vez aplacada su ira, se sentó él mismo, con rostro sereno, en el filo del ensangrentado madero.

*Sin que labio ni ceja retorciese,
sosegado quedó de la manera
que si asentado en tálamo estuviera.*

Pronto seis hábiles arqueros empezaron a disparar al moribundo jefe.

*Y en breve, sin dejar parte vacía,
de cien flechas quedó pasado el pecho,
por do aquel grande espíritu echó fuera
que por menos heridas no cupiese.*

CANTO XXXIV

En el lugar donde sufrió esa muerte el salvaje defensor de la nación a manos de invasores aún más salvajes que él, se alzan hoy –como ya lo dije– restos de las paredes del cuartel de Alonso Reinoso; se ve un montón de escombros, mieses de trigo maduro, y en torno, antiguas trincheras donde crecen las seculares encinas araucanas, y los propios españoles bautizaron ese lugar con el nombre de Tucapel.

No sé si fue la muerte de Tucapel o el crujir de espigas trilladas y el susurro de las encinas, los que me estremecieron en ese momento y me trasladaron a un país lejano donde también crece el trigo y susurran las encinas sobre las tumbas de antiguos guerreros.

7. TIRÚA.

SELVAS ARAUCANAS

Después de dar una vuelta en torno a ese abandonado fortín, proseguimos el viaje.

El vecino más cercano del asesinato es el castigo y, por desgracia no siempre conduce hacia él la ruta del arrepentimiento. No hemos recorrido ni una milla y

ya junto al camino vimos ruinas de muchas casas, calles llenas de escombros y restos de una iglesia. Hubo aquí una ciudad bastante grande, fundada a mediados del siglo XVI por el famoso caballero don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete e hijo del virrey de Perú. Esta ciudad, una entre siete, fue destruida a comienzos del siglo XVII por los indios y durante doscientos años, nadie, ni cristianos ni hijos de Tucapel, osaban habitar en ella; sólo se conservaba el nombre de su fundador, Cañete. Es un lugar sumamente hermoso y tranquilo. Poderosos árboles crecieron entre las ruinas y sólo un raudal arroyo, parecido al que fluye cerca del fortín de Tucapel, rodea las ruinas de la vieja Cañete. Ambos riachuelos se juntan, no lejos de aquí, con un tercero, mucho mayor, llamado Paicaví; los tres tienen purísimas aguas cristalinas.

Desde Cañete nos dirigimos hacia el mar; van desapareciendo árboles y matorrales, y se abre una llanura de varias millas de ancho. Es la pampa de Taulén, en que hay tanta abundancia de pastizales que en otoño deben quemar la hierba que todavía queda para que al año siguiente crezca de nuevo.

Hallamos aquí al comisario, a muchos indios y caciques inspeccionando una manada de caballos pertenecientes al comisario y a los indios. En esa inmensa dehesa me encontró el comisario; no había otro que lo igualase en fuerza, corpulencia y presencia; estaba recorriendo las manadas de sus caballos y tal vez también los del gobierno, en medio de araucanos que cabalgaban en todas las direcciones. Se me acercó y seguimos trotando juntos con un gran tropel de indios a nuestras espaldas.

Por el camino se habló de las medidas prácticas que era menester aplicar para dominar a este –según decía– pueblo salvaje.

“El indio –dijo Zúñiga– es astuto, traicionero, engañoso, odia al cristiano y al español, y jamás se someterá de grado, es un animal al que no se pueden aflojar las riendas, sino que tratar con severidad y hasta exterminar si es preciso, y sobre todo obligarlo por la fuerza a todo, sin darle paz ni descanso”.

Y cuando le mencioné la necesidad de mantener el mayor número posible de misiones y de darles protección, replicó: “conozco a los misioneros, yo mismo seré su misionero y les enseñaré todo” y dio un manotón al sable. Se vía que era partidario de la autoridad dictatorial y que no le agradaba compartirla entre el sacerdote y el soldado. El camino misionero le resultaba demasiado largo.

Eran ya más o menos las dos de la tarde cuando llegamos a la casa del cacique de Paicaví, sobre un río del mismo nombre. Antes de apearnos, nos detuvimos ante el patio al que nadie, ni siquiera de la más alta jerarquía, puede entrar antes de que salga el dueño. Salió el cacique y gruñó con voz gruesa y como atemperada: “mari, mari peñi” (o sea; cómo estás, amigo); repitió lo mismo estirando el cuello y la mano hacia cada uno de nosotros por separado. Era la señal de que nos invitaba a pasar. Cada uno, comenzando por el comisario, se apeó y ató al caballo a la viga sostenida sobre dos palos que sirve de límite al patio.

En el porche, bajo el enquinchado, en un banco cubierto de pieles de cordero se sentó el comisario, a su lado yo, don Miguel y algo más lejos, con el rostro vuelto

hacia nosotros, el anfitrión. El resto de la comitiva, el soldado, nuestro criado y los caciques que nos acompañaban, se sentaron en el suelo delante de nosotros; los indios con las piernas cruzadas, la vista gacha y las manos escondidas debajo de los ponchos, un tanto encogidos, como si fueran el pueblo más sumiso del mundo. Tras un breve rato de silencio, comenzó a hablar el dueño de casa, con voz ronca y triste, como si llorara a alguien en un velorio; bajaba y alzaba el tono, estirando a veces las últimas sílabas hasta la octava, un poco así como los judíos canturrean sus rezos en la sinagoga, y enseguida bajaba gravemente el diapasón al bajo y pasaba a una especie de recitativo, pronunciando muy rápidamente centenares de palabras, no exentas de cierta armonía que, si bien salvaje, no se parecía a la de nuestros idiomas europeos, más civilizados. Del mismo modo le contestaba al anfitrión el cacique de Tucapel, que había venido con nosotros y quien parecía competir con aquél tanto en eso de elevar y bajar los tonos, como en la velocidad de los recitados y en la modulación de la voz.

Se turnaban en hacer uso de la palabra los dos caciques, sin mirarnos ni mirar el uno al otro y sin reforzar su parlamento con gestos; seguían la vista baja hasta el suelo y las manos escondidas debajo del poncho. El sonido de su lengua no es desagradable; hay muchas sílabas guturales y algunas otras se pronuncian como en inglés *the* y *they*, de modo que, de lejos, parece escuchar a los yanquis conversando con campesinos renanos, y sólo cuando se trataba de emitir un tono muy alto y prolongado, el cacique estiraba y alzaba un poco su cuello como un gallo cuando canta.

Más de media hora duró esa declamación cantante de ambos caciques, y antes de que uno terminara, el otro ya recomenzaba. Nadie osaba interrumpirlos; el comisario permanecía aparentemente pensativo; al interior de la casa, las mujeres caminaban sin hacer ruido, atendiendo la inmensa fogata cuyo humo penetraba por la puerta hasta los huéspedes; a pocos pasos estaban trozando un cordero recién sacrificado.

Yo no podía aún entender de qué se trataba en ese largo diálogo entre los dos caciques, cuando ambos se callaron, se levantó el anfitrión, se quitó su puntiagudo sombrero de paja que llevaba puesto según la costumbre de los indios acomodados, se acercó al comisario y lo saludó ceremoniosamente, apretando su rostro al brazo del comisario tres veces, la primera al brazo derecho, la segunda al izquierdo y la tercera de nuevo al derecho. Luego hizo lo mismo conmigo, con don Miguel y con el capitán. Al resto de nuestra comitiva y a los indios que llegaron con nosotros saludó desde lejos, tendiendo, su sombrero a cada uno para que lo tocaran con la mano derecha.

El cacique anfitrión volvió a su lugar, y el comisario comenzó a hablarle con igual voz que los dos primeros, en puro dialecto araucano, prolongando como ellos las últimas sílabas, en tanto que los dos caciques y otros dos indios contestaban al comisario de un modo más cantado, pero en voz queda.

Al poco rato toda la reunión enmudeció, y dos bellas mujeres de rostros de colores algo cobrizos, todas relucientes con cuentas y abalorios de muchos colores en la cabeza, pecho, brazos y piernas, sacaron en fuentes de madera harina tostada de trigo y colocaron en el suelo un gran cántaro de agua. Tal como habían entrado,

salieron con la mirada gacha, y ninguno de los presentes indios, ni los jóvenes ni los viejos, se dignó mirarlas.

La porción más grande fue para el comisario, quien –según lo pude ver– era un gran tragón. Mezcló una olla de harina con agua y mientras comía me explicaba el significado de esas largas ceremonias y oraciones de los dos caciques.

“Es una costumbre de los tiempos más remotos –dijo el comisario– que cuando se recibe en casa a un huésped distinguido, el dueño de casa debe preguntar no sólo por su salud y bienestar, sino también por los de su padre, madre, hermanos, esposa, hijos, allegados, y hacerlo por cada uno por separado según fórmulas fijas. Después debe preguntar por la salud y el bienestar de los vecinos y sus parientes, por el bienestar de las personas con quienes se topó por el camino y de los poblados que cruzó. A cada una de estas preguntas el huésped o su acompañante deben contestar y preguntar de un modo análogo por la salud del anfitrión, de sus padres, esposas, etc. Pero no termina ahí la cosa: el anfitrión pregunta por la salud de los rebaños, reses y manadas de caballos, sin olvidar las aves domésticas, y luego debe preguntar por los sembrados de trigo, de cebada, lino, maíz, porotos, etc.; y a todo hay que dar respuestas categóricas”.

Y como sería descortés hablar de asuntos tan esenciales de un modo corriente, deben para estos recíprocos efluvios emplear un tono ceremonioso, una pronunciación florida y cantarina, que aprenden desde niños y que emplean en sus reuniones o asambleas, llamadas parlamentos mientras no pasan de la retórica a los hechos. Cuenta la fama que esos famosos guerreros, los Lautaro, Caupolicán y Colocolo, fueron también los más elocuentes en las asambleas nacionales y sabían arengar tanto con la palabra como con el ejemplo.

Sorprende y puede no agradar esa artificial melopea de su retórica que a veces parece el aullido de un animal salvaje, pero esa lengua ceremonial que aprenden y usan para recibir al huésped, ¿no demuestra acaso que, desde los más remotos tiempos precolombinos imperaban aquí la hospitalidad, el amor familiar, la cordialidad mutua y el interés por la suerte del prójimo? ¿Es acaso mejor cuando en palacios más hermosos y con un lenguaje más rebuscado la gente comienza a menudo en las visitas por los chismes de última hora y por destacar con malicia los defectos y las malas acciones de los demás?

Este modo de recibir a los huéspedes, empezando por mostrar el deseo de enterarse de las personas y lugares más gratos al corazón, no podía ser una simple invención humana, introducida artificialmente o bajo presión entre los salvajes; debe ser la herencia de un nivel moral de la Araucanía del que ya se perdieron las tradiciones, de un estado de cultura y afecto más elevados de como los hallaron los españoles. Tal vez también de esa época prehistórica de mejor régimen, junto con esa tradición de hospitalidad y amor al prójimo, heredó este pueblo el valor, la hombría, el amor a la libertad e independencia, tan emparentados con el amor al prójimo y con la hospitalidad, y ese espíritu de sacrificio y ferviente patriotismo que los defendió y sigue defendiendo de los invasores, de esos famosos conquistadores que llegaron a adueñarse de la mitad del mundo.

Esta forma declamatoria que parece canto sirve también a los araucanos desde hace siglos para otorgar vigor a todas las comunicaciones oficiales entre los caciques, así como también entre cada cacique y sus súbditos; ocupa el lugar de escritura, sellos u otras formas tan indispensables para el mundo civilizado. El mensajero enviado por un poderoso cacique a otros, sea para comunicarles una asamblea, un parlamento o una expedición guerrera, recorre el país de casa en casa, y con el mismo tono del que no abusan en el trato corriente, a menos que lo requiera la hospitalidad, anuncia órdenes e instrucciones. Únicamente cuando se presenta la necesidad urgente de una reunión, por ejemplo, cuando se trata de repeler una invasión enemiga, encienden fuegos que les sirven de telégrafos naturales, y aunque no poseen hasta ahora leyes impresas, códigos, constitución, rey, presidente ni dictador para toda la nación, hay entre ellos más unidad y acuerdo contra el enemigo común que en otras partes. Pero esto no les impide disputar entre sí ni efectuar malones, ya sea hacia el exterior, contra las adyacentes aldeas chilenas y allende la cordillera, o bien unos contra otros cuando la paz se prolonga y el país no aparece amenazado por un enemigo de afuera.

No fue preciso esperar largamente el segundo plato. Partimos en pedazos, lo mejor que se pudo, un grasoso cordero asado; sólo quedaron los huesos. Luego se levantó el comisario y nos levantamos todos, caciques e indios comunes, y el señor Zúñiga anunció con voz oficial, estentórea, imitando a ratos la retórica araucana, y en puro dialecto indio que dominaba muy bien, en nombre del Presidente de la República y del gobierno, la orden de que en todo el país araucano los caciques y sus súbditos estuvieran a mi servicio y me protegieran contra asaltos. Ordenaba al cacique tucapelino que me acompañara con dos mocetones desde su cacicazgo hasta Tirúa y que transmitiera esas órdenes al cacique de allí, a fin de que, de esta manera, estas órdenes fueran comunicadas de un cacique a otro a lo largo de toda la ruta hasta Valdivia. Y así sucedió.

Después de la breve respuesta del cacique de Tucapel, pronunciada con voz oficial, sus dos jóvenes compañeros, con el pelo peinado hacia arriba y atado con cordeles, estuvieron prestos para el viaje. El comisario me despidió gentilmente, y en prueba de estima y amistad desprendió del cinturón y me regaló sus laquis, es decir, las boleadoras. Se trata de tres bolas de plomo, no mayores que los huevos de gallina, sujetas con tres cordeles cuyos extremos están anudados, siendo uno de los cordeles más largo y una de las bolas más pesadas que las dos restantes. Un ágil araucano, sosteniendo en la mano una de estas bolas, hace girar en torno a ésta las otras dos y mientras permanecen en este movimiento, suelta de la mano la tercera bola en una determinada dirección (creando así, como diría un mecánico, un sistema de tres bolas que giran en torno a un punto que corre en una dirección dada). Las bolas arrojadas de este modo, vinculadas entre sí y girando, al llegar a las piernas del hombre, del caballo u otro animal en el campo, lo atan y hacen caer a tierra. Entonces viene corriendo el indio y lo mata. Esta arma en manos de un hombre hábil y fuerte como Zúñiga es terrible y quién sabe cuántos años la usó; en cuántas expediciones, combates y cacerías le fue útil. Agradecí de todo corazón al bizarro comisario su valioso y singular obsequio.

Hacia las tres de la tarde vadeamos el río Paicaví; como el agua llegaba hasta la cintura de los jinetes hubo que desvestirse, y los indios transportaron sobre sus cabezas nuestras cosas, sin que nada se perdiera. Tres millas más adelante atravesamos por el mismo procedimiento el río Lleulleu. Ambos ríos nacen en la cordillera de la Costa y no en los Andes.

De cinco a seis millas de aquí (que son tres de las nuestras) recorrimos ese día antes del anochecer, siguiendo la orilla del mar. Nuestra caravana iba en el siguiente orden: primero corrían las mulas cargadas y uno de nuestros criados, luego yo, don Miguel y el soldado; una docena de pasos detrás de nosotros iba el capitán de amigos, Zúñiga y dos caciques, y atrás los dos mocetones indios y el otro criado. En el resto del viaje observamos el mismo orden. El Sol ya se había puesto, un fuerte viento soplabá por el oeste y amenazaba con un chaparrón. Nos detuvimos en un húmedo prado, separado del mar por una duna. Hallamos allí tres indios que viajaban desde Imperial para ver por algún asunto al comisario. Nuestro capitán se sentó bajo un arbusto con las piernas cruzadas, frente a él se sentaron los caciques y cinco indios, y comenzó la plática, es decir, la declamación recíproca, similar a aquella de Paicaví; porque así lo exigía la etiqueta de mi corte.

Se encendió una fogata, se ataron los caballos y mulas. Tras una breve cena acompañada del ruido del mar, los relinchos de los caballos y el griterío indio, me dormí.

13 de febrero

Ya en la madrugada estábamos cabalgando, porque ese día debíamos pernoctar en la selva y había que encontrar a tiempo un lugar adecuado. El camino a Tirúa pasa por la misma orilla del mar, tan baja que las olas se estrellaban contra los cascos de los caballos, y a ratos invadían tan profundamente la tierra que debíamos galopar por el agua. No habíamos recorrido ni una milla cuando nuestro capitán, al toparse con el cacique de Tirúa, nos detuvo para comenzar con él una ceremoniosa plática, después de la cual, el cacique tucapelino, con la misma voz oficial, pasando del bajo profundo al soprano y volviendo a la pronunciación en tonos más bajos y quedos, comunicó la orden y la recomendación amistosa del comisario. El orador lo hizo muy bien, pero estuvimos más de una hora al viento. No siempre y no fácilmente podía el fuerte pecho araucano acallar el ruido y fragor de las olas embravecidas, porque ese día el océano estaba violentamente agitado, negras nubes corrían por el oeste y se avecinaba una tempestad.

El cacique de Tirúa tenía junto a sí un hijo y dos acompañantes, y era –según se veía– de muy avanzada edad. Debajo del puntiagudo sombrero de quebay (sic) bajaba sobre su espalda una enorme trenza de gruesos cabellos encanecidos. Una gran nariz algo encorvada, anchos pómulos salientes, ojos hundidos de mirada salvaje, grueso y carnoso labio inferior; era el tipo de raza araucana pura, de color cobrizo, pero no muy oscuro, sin la menor huella de pelo en la barba, como si estuviera recién afeitado. Estaba sentado en una piel de oveja, a la que estaban atados con cuerdas ligeros estribos; descalzo, pero con inmensas espuelas de plata; también el caballo llevaba muchos adornos de plata.

Terminada la plática, se quitó el sombrero, nosotros hicimos lo mismo, y acercándose a cada uno de nosotros, comenzando por mí, tocaba con su sombrero tres veces el sombrero de la persona a la que saludaba, repitiendo en casa ocasión las palabras: “mari, mari, peñi”, lo que significa; “salud, salud, amigo”.

Después despidió a su hijo con la orden de que nos recibieran bien en su casa, y de que su hijo mayor nos acompañara hasta Imperial. Regalamos al viejo cacique un poco de tabaco y un pañuelo rojo y nos separamos; él siguió su ruta y nosotros la nuestra. Todavía un par de horas continuamos por esa baja orilla, y nuestros caballos galopaban alegremente. Nadie cabalga aquí al trote.

Nos acercamos a un elevado cerro gnéisico que forma parte de la cadena de la cordillera de la Costa, llega al mismo mar y hunde en él su escarpada pendiente. Detrás de ese cerro, hay una pequeña bahía redonda en la que desemboca el río Tirúa. Este lugar es uno de los más hermosos en la ruta a Imperial. El río, en su desembocadura, tiene unos doscientos pies de anchura; su fondo es arenoso, su curso lento y las aguas cristalinas. A ambos lados hay verdes praderas, algunas chozas indias, pequeñas plantaciones de maíz, habas, porotos y papas bastante bien cultivadas y todo ese rincón, que apenas mide dos millas, está protegido desde el este por bosques que descienden de los altos cerros.

En la orilla izquierda del río está la casa del cacique; al mediodía cruzamos sin novedad el río en botes. Aunque el dueño no estaba en casa, su hijo, un fornido mozo, salió a recibirnos. Tal como lo exigía el rito, nos detuvimos ante un grueso madero que, a pocos pasos de la casa, a un codo y medio del suelo, apoyado horizontalmente sobre dos horquillas, constituye el límite, una especie de umbral, que nadie cruza sin el permiso del dueño. ¡Ay del que se atreviere!

Junto a la casa del cacique había una ramada y como hacía mucho calor y el hijo del cacique no parecía muy preparado para la declamación oficial en honor del huésped, se nos invitó a la ramada, porque, si bien las puertas de la casa estaban abiertas, nadie se habría atrevido a entrar al interior, pues estaban allí las mujeres del cacique.

Inmediatamente se nos agasajó con un excelente ulpo de harina de trigo, y en lugar de agua se nos dio una jarra de chicha, o sea, de sidra de manzana. Con el permiso del hijo del cacique, pude recorrer la granja e incluso echar una ojeada a la casa.

Junto a la entrada, bajo el techo de juncos, había un telar compuesto ingeniosamente de delgadas tablillas, junto al cual una de las mujeres, sentada en el suelo, tejía un poncho para su despótico marido. Al interior de la casa se veían muchas mujeres jóvenes; algunas hilaban, otras cuidaban de las ollas sobre el fogón que ardía al centro de la casa, otras, finalmente, daban de comer a los niños; todas ellas vestidas y peinadas del mismo modo, con la vista gacha, humildes y silenciosas.

De lo que he visto y de la conversación con el capitán y con algunos indios que hablaban un poco el español, pude formarme una idea del modo de vivir de este pueblo.

La casa del cacique, igual que todas las casas indias que vi hasta ahora por el camino, tiene de 18 a 20 codos de longitud y 10 a 12 de ancho. Tiene la forma de

nuestros pajares. Sólo que los soportes están hundidos en tierra y los cabríos son de madera más gruesa. El resto de las paredes y los techos están cubiertos por fuera de gruesos juncos que crecen aquí con abundancia en las quebradas y en las llanuras pantanosas. No hay cornisas, porque el techo se une directamente a las paredes. Pero junto a algunas casas se ven enquinchados apoyados sobre dos pilares y abajo asientos de tierra. Las paredes de la casa del cacique de Tirúa tienen de 6 a 7 pies de altura. En las cuatro esquinas se ven gruesas vigas bien labradas, como las de nuestros graneros en las casas del fundo. Entre éstas, hay palos de madera clavados verticalmente en tierra, con separación de tres a cuatro pies entre uno y otro, y vinculados con largas cañas, coligües, y cordeles de madera, llamados boques (una especie de gruesas lianas). Los cabríos unidos con juncos y boques forman una trabazón bastante firme y duradera, y las cañas atadas a ésta dan a estos techos la apariencia de los nuestros de paja. El grosor de estos techos también es igual al de los nuestros, y, en general, las techumbres tienen tal pendiente y lisura que la lluvia no se detiene en ellas ni las atraviesa.

No es fácil averiguar quién les enseñó esta arquitectura. Sin duda los españoles, porque las casas campesinas de las partes más ricas de Chile y hasta las que hay en los suburbios de ciudades mayores, se construyen análogamente, sólo que son más pequeñas que las indias, y las paredes también son de cañas, pero cubiertas con barro.

En cada casa hay una sola entrada y una abertura en el techo para la salida del humo. En el interior y al centro, hay dos o tres gruesos pilares unidos arriba por una viga horizontal en la que se apoyan los cabríos del techo. Entre estas columnas se ven, en el suelo, uno o dos fuegos, en torno a los cuales se agrupan los niños y todos los de casa, y sobre el fuego hay ollas negras de humo. En uno de los rincones está el camastro del dueño, hecho de coligües, y aislado por una reja hecha de cañas. En otro rincón suelen estar los telares. De la viga y los cabríos cuelgan atados de maíz seco, riendas, pieles de cordero, etc. y a un lado está la artesa para preparar la chicha, *necul-ki* y otros trastos.

La mujer araucana presenta un cuadro de rebajamiento y esclavitud. Su vestimenta –como ya lo dije– de dos piezas de tejido negro de lana, es triste y deprimente. Cada una de estas piezas es cuadrada y de más o menos un metro en cada sentido; la parte superior, el chamal, que se echa a la espalda y con que envuelve el cuello, la cierra sobre el pecho con un gran broche de hojalata o plata, cuya cabeza es a veces del tamaño de un platito o como una gran bolita, de 8 a 10 centímetros de diámetro, colgando de ella o del chamal sonajas y campanillas de latón, de modo que no puede dar un paso dentro o fuera de la casa, sin que su despótico marido o padre la oiga. Con la pieza inferior del mismo tejido o color envuelve las caderas y afirma con un cinturón, de manera que todo su cuerpo está bien cubierto, excepto brazos y piernas en los que relucen brazaletes de cuentas verdes o azules. Hileras de esas mismas cuentas azules, blancas y rojas constituyen su principal adorno en la cabeza y cuello. Mujeres de más edad hacen una especie de turbante con sus negras y pesadas trenzas, entrelazadas con hileras de abalorios azules y rojos, al envolverse con ellas sus cabezas; las de menos edad dejan caer por la espalda su cabellera suelta, la que en algunas llega casi hasta el suelo.

Por lo común son de baja estatura, caminan inclinadas, con la cabeza y la vista gachas; al pasar al lado de un extraño lo saludan con voz tenue, cantarina y acariiciadora: “mari, mari”. Laboriosas y pacientes, realizan todos los servicios domésticos, crían a los niños, hilan y tejen vestidos para el marido y los niños; no conocen las ruecas, y sus telares se parecen a los nuestros del campo. Cuando tejen, se atan al brazo izquierdo la madeja y al lado derecho el husillo. Saben teñir lana y por eso el mejor regalo que se les puede hacer es un poco de índigo.

Llevan todos los pesos sobre la cabeza y tienen un modo extraño de fajar y llevar los bebés. No conocen las cunas. Antes de que el bebé comience a caminar, la madre le tiene una tablita, a veces revestida de paja, de igual longitud que el niño. Sobre esa tablita faja y ata un pañal de lana al gritón bebé, pero de tal modo que sus bracitos y piernecitas queden libres. Cuando las faenas de casa o alguna orden del marido no le permiten ocuparse del niño, coloca esa tablita con el bebé en el suelo, adosada casi verticalmente a la pared, o la cuelga como un cuadro en la pared, sin preocuparse mucho del grito y llanto de la guagua. Cuando sale de casa, se pone la tablita con el bebé en la espalda, atándola a su cabeza, de modo que el bebé siempre tiene la suya vuelta en dirección opuesta a la de la madre. A veces, como protección contra el sol, hay en la tablita sobre la cabeza del bebé un arco de junco, y sobre éste un paño de lana. Observé cómo una mujer en la casa del cacique de Tirúa estaba lavando un niño nacido pocos días antes. Lo sostenía en la mano izquierda colgado en el aire, con la carita vuelta hacia el suelo, le echaba desde arriba agua fría y luego le restregaba con un áspero trapo de lana. El niño se atragantaba y chillaba. Después, para tranquilizar y hacer dormir al bebé, lo envolvió con un grueso pañal, lo ató a la tablilla de marras y se puso a mecerlo, pero no como lo hacen nuestras nanas. La araucana, colocó la tablita verticalmente en el suelo, la cabeza del bebé en la parte superior, y asiendo con la mano derecha el borde superior de la tablilla, la abanicaba lentamente, de modo que el bebé se balanceaba como un judío rezando, hasta que se durmió.

Tres horas de gran calor pasé bajo el techo de este buen cacique, observando su casa y hacienda. También tuve ocasión de conversar con mi capitán y con uno de los indios de la casa, que sabía un poco el español.

El capitán de amigos Zúñiga era sumamente feo; sin faltar al amor al prójimo, podría afirmar que era el hombre más feo del mundo. Porque en la mitad izquierda de su cara tenía, hasta la barbilla, un enorme lunar de color pardo oscuro, y en la mitad derecha señales de un corte, cicatrices y la ceja partida. También su lenguaje era tosco y se adivinaba fácilmente que sus costumbres eran licenciosas. Se decía, en Tucapel, que su madre era india, pero él, un feroz enemigo de los indios.

Se inició una conversación con el araucano sobre si su pueblo conocía a Dios. El capitán sostenía que los indios creían en el Satanás, en el espíritu malo, pero no en Dios, lo que trajo a mi recuerdo dos versos de la *Araucana* de Ercilla:

*Gente sin Dios ni ley, aunque respeta
aquel que fue del cielo derribado*

CANTO I

En efecto –según parece–, no conocen ni conocieron jamás la necesidad de algún culto. El indio presente sostenía que ellos tenían en su lengua expresiones que corresponderían a lo que en español significa gran hombre, creador, gobernador, pero que no tenían una palabra para el concepto de Dios, y que esa palabra fue traída por los padres, por los misioneros.

Pero mencionó Zúñiga, sin que el indio lo desmintiera, que cuando matan un cordero, ofrendan a alguien la primera gota de sangre diciendo: “tú nos diste el cordero”, y que la sangre animal es para ellos un gran manjar. También cuando beben la chicha en sus parlamentos, derraman una gota al suelo. ¿Para quién? Tienen en estima la cruz, aunque no saben lo que significa; al cristiano lo llaman huinca, y a Dios, gran huinca.

Dos rutas parten desde aquí a Imperial: una, el camino de Los Ricos, se empina por los cerros que llegan aquí hasta el mismo mar; pasa por elevadas lomas donde un resbalón del caballo produce irremisiblemente su caída, junto con el jinete al mar; la segunda ruta pasa hacia el Este siguiendo la orilla izquierda del Tirúa y a 6 o 7 kilómetros del mar dobla hacia el Sur, atraviesa las famosas selvas araucanas y desciende al valle de Imperial, a pocas millas de la desembocadura de este río en el mar. Tras una breve consulta, optamos por seguir el viaje por esta última ruta, guiados por el hijo del cacique de Tirúa. Todo el valle del Tirúa abunda en manzanos silvestres, y a trechos aparecen, a lo lejos, chozas indias.

La noche nos sorprendió en un pequeño prado, poblado de espesa hierba. La noche era serena y tibia; por primera vez en quince años, desde mi partida de Lituania, dormí en un prado tan hermoso, suave e intacto. Lo llenaba el aroma de flores de mirto, cuyos arbustos rodeaban ese lugar. Sólo me entristecía la total ausencia del canto de los pájaros, que en esa temporada del año, en las madrugadas y en los atardeceres, alegran nuestros vergeles.

14 de enero

Ese día iba a ser el de las mayores fatigas en nuestro viaje, porque debíamos atravesar las selvas vírgenes araucanas, guardianas seculares de la libertad e independencia de ese pueblo, y difíciles de cruzar.

No bien comenzó a clarear, estábamos ya a caballo. El camino, si es que puede calificarse de tal el angosto sendero, medio cubierto de vegetación, pasa a lo largo de la orilla del Tirúa. Su cauce es angosto, tortuoso, con orillas escarpadas, el fondo cubierto de grava y piedrecitas de gneis y de pizarra de talco, las aguas puras y la corriente muy rápida, en las orillas hay mirtos, laureles y manzanos. Nueve veces vadeamos este río metiéndonos en cañaverales y pantanos adyacentes, donde los caballos se hundían a menudo hasta el vientre.

Hacia las diez abandonamos el cauce del Tirúa, escalamos un cerro y entramos en la selva secular que cubre toda esta cadena, llamada la cordillera Occidental o Marítima, para distinguirla de la otra cadena de cerros, separada de ésta por un ancho valle, y que lleva el nombre de cordillera Oriental, es decir, de los Andes.

¡Quién sabría describir esta selva que jamás fue hollada por un hacha y de la que no salió ni un solo árbol para ser utilizado! Se penetra en esta selva como en una inmensa, oscura y húmeda cueva, porque las ramas de estos árboles silvestres y toscos se entrelazan arriba formando una bóveda espesa, el suelo fresco de la capa vegetal, depositada sobre la roca granítica que no deja pasar el agua, es a veces tan pantanosa, que los caballos se hunden a cada paso.

Así como en nuestras selvas el pino y el abeto tienen su principal hogar y sólo en los linderos permiten que se les acerquen especies más verdes, de la familia de encinas y álamos, también en estos bosques cordilleranos imperan, con exclusividad, dos hayas, el roble y el raulí (*Fagus obliqua* y *Fagus procera*) y a trechos el bellissimo coigüe (*Fagus dombei*), excelentes maderas para la construcción. El primero de ellos, el roble, es casi el único árbol de este país que pierde las hojas en invierno, y su médula, llamada pelliú, es tan dura como la de nuestras encinas y se conserva muy bien, incluso dentro de la tierra.

Las más viejas hayas, inmensas, en el mismo lugar en que nacieron, maduran, envejecen, tambalean apoyándose en las más jóvenes, caen junto con éstas al suelo, se secan y se pudren. Las coronas de las más jóvenes ni se divisan siquiera en la espesura.

En los lugares donde la selva se hace más rala, verdean el avellano, el canelo y varias clases de mirto, entre los que destaca por su blanca y aromática flor la enhiesta luma (*Myrtus luma*); a trechos penetra profundamente en la selva un árbol cuya corteza es muy solicitada en Chile por los curtidores: es el lingue (*Persea lingue*).

Un triste y oscuro contraste con estos árboles más verdes y brillantes forman las inmensas hayas que, ni por su forma ni por el color de sus hojas y flores, resultan atractivas. Y cuando se penetra al interior de la selva, donde están sus dominios exclusivos, primero se interponen en el camino espesos cañaverales, cuyas dos especies, bajo la bóveda de hayas sobre el suelo pantanoso, alcanzan enormes dimensiones. Una de ellas, el coligüe (*Chusquea colen*), crece derecho, tiene el tallo duro, de tres a cuatro pulgadas de espesor, y hojas largas; la planta alcanza varios metros de altura y por su forma y color se parece al bambú chino. Sus tallos fuertes y gruesos sirven –como ya lo dije– para construir casas, y los araucanos las usan como picas, que son actualmente su principal arma, de modo que cuando llegan desde aquí noticias de que se están preparando para la guerra o para lo malones, se dice que están colocando puntas en los coligües; pues su pica es de coligüe, de cuatro a cinco metros de longitud, y en su extremo atan fuertemente un afilado clavo de hierro. Los envejecidos y secos tallos de esta caña, unas verticales, otras inclinadas, acechan con sus agudas puntas, escondidas entre las espesas hojas del joven coligüe y son uno de los obstáculos principales y más peligrosos que debe vencer el viajero.

Otra planta, aún más temible para el viajero en estos bosques, es la otra especie de caña, llamada quila (*Chusquea valdiviensis*), flexible, fina, sumamente ramosa, cubierta con finísima hoja toda enmarañada y revuelta, un inmenso césped que trepa por los árboles y por las grandes ramas de hayas hasta 30 y 40 pies de altura. Crece

en la ruta que el hombre debe cruzar con tal prisa que, cortada de arriba abajo, en un par de meses vuelve a ocupar el mismo espacio que antes, formando una maraña impenetrable, a tal punto que impide reconocer la ruta y dar un solo paso.

Lo ayudan a trepar, como los cabos a los marineros, aquellos bosques que mencioné en el valle de Tirúa y que bajan oblicuas o verticales, a modo de cables, desde las copas de los árboles y que son mencionadas por todos lo que han visitado los bosques de la zona calurosa, llamándolas comúnmente lianas, aunque sin duda debe haber en América muchas clases de ella. Se trata de tallos o ramas deshojadas que a veces se entrelazan unas con otras o bajan aisladamente de las ramas altas, oscilando en el aire, agarrándose de los árboles vecinos, a los que se adosa la ampulosa quila y a veces alguna planta parasitaria.

Esta masa de cañaveral enredado, de veinte a treinta metros de altura, ocupa inmensos espacios y –según me contó un compañero, el soldado– es un forraje que crece en el aire, porque agrada a las reses y constituye un excelente alimento para ellas. El suelo a trechos pantanoso, y la abundancia de lianas y cañaverales hacen esta espesura intransitable, y crean una especie de parques de nuestras selvas de Polesie, en las que, según se sabe, se ocultan alces y osos. Aquí no hay ni huella de animales, el bosque está vacío.

Con uno de esos parques nos topamos a poco de entrar en la selva, después de haber abandonado el valle del Tirúa. Los indios iban adelante, cortando en la ruta los coligües y las quilas; los ayudaban el capitán, el soldado y mis criados, y a cada paso fue menester detenerse y averiguar por dónde seguía la ruta. No era ninguna carretera, aunque por ese camino pasaron los primeros conquistadores y desde hace trescientos años sirve de vía de comunicación con la provincia meridional chilena de Valdivia. La ruta es angosta, marcada con una serie de hoyos en el suelo, cada uno de los cuales, por lo común lleno de agua, no es más ancho que el casco del caballo, y tiene una profundidad de un cuarto, medio o un codo entero. El caballo, habituado a esos viajes araucanos, aparentemente no busca suelos secos, no se desvía ni a derecha ni a izquierda, porque teme hundirse en un pantano del que difícilmente podría salir; sólo se guía por las huellas de esos hoyos, cuyo fondo ya está apisonado; mete el pie lentamente en el hoyo, no se apresura, no teme al agua, saca lentamente el casco e introduce el pie en el hoyo siguiente, y así, paso a paso, sigue avanzando. Toda nuestra caravana iba en fila india, un jinete tras otro, y los caballos y las mulas de refresco eran tiradas por cordeles.

Podrían todavía soportarse esos cañaverales y el suelo pantanoso, si no nos aguardaran obstáculos aún mayores en forma de antiquísimos árboles caídos que atravesaban nuestra ruta. Se comprende fácilmente que no se trataba de los troncos desmochados a punta de hacha en los colmenares lituanos, sino de árboles caídos son sus raíces al descubierto. Algunos de estos enormes troncos yacen en tierra y, aunque con dificultad, el caballo podía pasarlos; otros, inclinados, apoyados con sus copas sobre árboles vecinos, apenas permitían al caballo pasar por debajo de ellos, debiendo los jinetes bajar a los charcos; otros tuvieron que ser sorteados dando un rodeo y cortando ramas y cañas, porque no había otra manera de pasar por arriba ni por debajo, y sucedía que, inmediatamente después de ha-

ber saltado por sobre un tronco, había que agachar la nuca y la cabeza debajo del tronco siguiente.

En uno de estos saltos, la punta de un seco coligüe escondida entre las espesas quilas, me atravesó el vestido junto a las costillas, y rompió la cadena de mi reloj. El más joven de mis acompañantes araucanos por poco pierde un ojo y llevaba el rostro ensangrentado por los pinchazos de caña seca. Y al intentar pasar sobre un tronco caído en la espesura, la yegua de recambio de mi cacique recibió una herida tan profunda por un afilado tallo de coligüe, que ya no nos sirvió para nada y tuvimos que dejarla en la selva.

Cuatro horas duró esta difícil travesía. La ruta conducía cuesta arriba y en tres horas apenas recorrimos una milla entre lo andado y lo cabalgado. A eso de la una el bosque comenzó a ralearse, el suelo era más seco y a trechos asomaba en él la roca de gneis.

Pasada una milla, ya no había más quilas ni coligües, sino un hermoso bosque seco, con inmensas hayas, a cuyos pies crecían grandes helechos. Ya estamos cerca de la cúspide de la cordillera. De pronto diviso entre las hayas dos poderosas araucarias, un poco más lejos, más de una decena de estos árboles, y nos internamos en un extenso prado cubierto de un hermoso y espeso césped con araucarias jóvenes, ya crecidas y otras maduras, que parecen plantadas allí adrede, formando un encantador y maravilloso vergel, aún más grato por el hecho de presentarse ante el viajero sorpresivamente.

Hermosas flores multicolores, cuyos nombres ignoro (no hubo tiempo para herborizar) embellecen este lugar, y entre el césped asoman a trechos plateadas pizarras de talco y vetas de cuarzo, rodeadas de rojas frutillas que, como es notorio, son originarias de este país, desde el cual fueron llevadas también al nuestro.

¿Qué clase de árbol es esa araucaria, el pan de los indios de aquí? Para conocerla en todo su esplendor y prestancia hay que verla en su propia patria, en la rocosa cordillera, no más arriba ni más abajo, sino a una determinada altura, porque en otras partes, en los jardines, pese a los más intensos cuidados, a los 20 o 30 años, incluso en Chile, se enferma, deja de crecer y se seca. Esta aristócrata del bosque no permite que se le acerquen otros árboles o arbustos. Donde está ella, raras veces arraiga otra planta, y el suelo en que crece es rocoso, de pura roca, en cuyas grietas mete sus raíces, sin preocuparse de las tempestades.

El árbol araucaria (*A. imbricata*, pehuén, piñón) pertenece a la familia de pinos y por eso la llaman el pino araucano. Los botánicos sostienen que nuestro ámbar fue la savia de la araucaria antediluviana en nuestro país; la hoja de este árbol no es conífera como la de los pinos, sino ancha, verde, lanceolada, dura y de punta aguda. Por su forma, el árbol maduro no se parece al pino. Imaginen ustedes un inmenso mástil aislado, de 20 a 30 metros de altura, y tan derecho y vertical como una columna de la arquitectura más perfecta. En la misma copa hay una melena de ramas, cada una de las cuales, algo encorvada por fuera, está cubierta de hojas coníferas, tiene una piña en su extremo, y casi todas alcanzan la misma altura, formando su conjunto una especie de medio limón cortado horizontalmente en dos. Aunque soplabla un fuerte viento, el tronco permanecía inmóvil, y las ramas

no oscilaban como en los árboles comunes, sino cada una de ellas, alternadamente se extendía y encogía.

Las piñas de estos pinos son redondas, esféricas, de uno y medio a dos centímetros de diámetro; sus escamas no tienen la dureza de la madera, sino que son blandas, harinosas y, una vez maduras, se desprenden y sirven de alimento a los araucanos durante dos o tres meses. Así pues, este representante de nuestros pinos no sólo es magnífico y hermoso, sino también útil.

Las jóvenes araucarias tienen otra forma: del tronco central parten, a un codo del ras de tierra, cuatro ramas dispuestas horizontalmente en cruz, y desde el centro continúa el tronco vertical, también de un codo, rematando con otra cruz de ramas horizontales. A medida que crece el pino, las ramas inferiores se van cayendo y arriba se forman nuevas hasta que en la copa comienza a formarse la testa semiesférica. Es grato observar cómo al costado de las inmensas y fecundas araucarias crecen esos jóvenes pinitos, más verdes que aquéllas.

Fue muy agradable ese descanso de una hora entre las hermosas araucarias, cuya real prestancia –según dije– sólo se puede apreciar viajando a su patria y viéndolas en su propio ambiente. Los caballos se apacentaron en el frondoso césped y el capitán nos relató un percance que habría sufrido aquí un obispo.

Era el deber de los obispos de la diócesis de Concepción visitar cada dos o tres años las parroquias que dependían de ella en todo el territorio de las provincias de Valdivia y Chiloé. Pues bien, hace ya mucho tiempo, en el siglo pasado, el obispo viajaba de Concepción a Valdivia por tierra, porque el viaje marítimo ocupaba entonces mucho tiempo, los buques pequeños agitados por las tempestades de desviaban a veces a la isla de Juan Fernández o erraban tres o cuatro semanas por el océano.

El Obispo de marras, con nutrida comitiva de curas y objetos de culto, estaba atravesando esas selvas por la misma ruta que nosotros, pero la maldita indiada le preparó una emboscada bajo estos pinos. Unos, de los cacicazgos de Purén y Mulchén, querían matarlo inmediatamente y repartirse el botín; otros, de Tirúa, no lo permitieron. Después de largas disputas, por poco llegan a pelearse, mientras el pobre obispo y su gente se abandonaban a la voluntad divina.

Fueron llamados a consulta caciques de partes más alejadas y se convino en que decidiera el fallo de la chueca, o sea, de ese juego predilecto de los salvajes, del que ya hablé antes al describir sus parlamentos. Se dividieron en dos bandos: uno a favor del obispo y el otro en contra. El obispo estaba presente. Ya habían triunfado dos veces los que querían matar al prelado; se repartieron sus pertenencias, se disfrazaron con ellas, uno se puso sobre la cabeza la ínfula, otro agitaba con el báculo como si fuera una chueca, otro se puso la casulla, otro el sobrepelliz, otro calzó sus pies desnudos con zapatos bordados de oro, y todos tragaban chicha, mientras el obispo miraba con calma, esperando la tercera prueba, pues faltaba todavía una victoria más, sin la cual el juicio carecería de validez.

Entonces reunieron fuerzas los bravos tiruenses y, con el favor de Dios, no sólo una vez sino dos y tres veces sobrepasaron con mucho la meta de sus adversarios y volviendo en triunfo a sus puestos, devolvieron al Obispo todo lo que le habían quitado y le permitieron continuar el viaje.

No quedaba tiempo para prolongar el descanso, pues el Sol ya se estaba escondiendo. Al salir de este hermoso pinar araucano, volvimos a internarnos en las pantanosas espesuras sembradas de vetustas hayas caídas. El propio cacique con el machete, el capitán y el soldado con los sables, los indios y mis criados con lo que podían, cortaban las cañas o apartaban las ramas de quilas y coligües. Los caballos se hundían hasta la cintura en el barro, y para no tropezar con la nuca contra los troncos y el grueso ramaje, fue preciso varias veces, afirmándose con un solo pie en el caballo, esconder la cabeza bajo las crines, bajo el cuello del sudoroso y fatigado animal.

Más de una vez me estaba acordando que, hace trescientos años, pasaban por esta ruta las reducidas huestes de los conquistadores cubiertos de acero, los Valdivia, Hurtado, García, Quiroga y Monroy, conducidos por guías fingidos, falsos, que los llevaban por caminos todavía peores hacia emboscadas. Entre estos guerreros que buscaban para España un mundo más extenso y para la iglesia nuevos fieles, estaba el poeta Ercilla, famoso espadachín, quien –según se sabe– escribía su Araucana en estas difíciles expediciones, y cuando se le acababa el papel, escribía en las cañas de sus botas, en pedazos del cuero del calzado gastado. ¡Cuántas fuerzas tenían y cuán templadas eran las almas de esos hombres, cubiertos con armaduras de hierro, cuyo peso difícilmente soportaría hoy un hombre, y cuántas fatigas tuvieron que superar para cruzar esta selva, conducidos por enemigos, cuando trescientos años después, tanto para nosotros como para los araucanos resulta difícil atravesarla!

El camino ya comenzaba a descender por el sur hacia el valle del río Imperial y ya estaba anocheciendo cuando, al salir de la espesura, nos topamos con grandes montones de árboles con los que los indios de ese valle habían obstaculizado a lo largo de algunos estadios el paso, defendiéndose en la última Guerra de la Independencia de los patriotas; porque, ¡cosa singular!, como ya lo mencioné en otro lugar, ellos, que durante casi tres siglos habían guerreado contra el rey, estuvieron en esta guerra por largo tiempo a favor del Rey, y el general Sánchez reclutaba entre ellos legiones contra el gobierno nacional.

Esta última parte del viaje nos costó muchas molestias; perdimos el camino o, mejor dicho, la senda pantanosa en el cañaveral, donde resultaba imposible detenerse o seguir avanzando en la noche oscura. Pero llevados por el solo instinto de mis compañeros, los indios, nos fuimos a una parte más rala de la selva y, tras atar los caballos y mulas a los árboles, acampamos para pernoctar.

Había allí suficiente broza seca; un indio a quien de casualidad hallamos en esa hora oscura en el bosque, sacó una yesca compuesta de dos maderitas duras y, frotando rápidamente una contra otra, encendió un poco de musgo seco; pronto se levantó una poderosa columna de fuego y humo.

Ningún incendio puede generar inmediatamente un fuego tan grande, unas columnas de humo tan inmensas como nuestra fogata. Con cada nueva carga de broza las columnas de fuego subían cada vez más altas y los torbellinos de humo se deshacían y desaparecían en el alto cielo. Es imposible describir las formas extrañas que adoptaban las llamas y el humo en medio de la negra noche, el aspecto sal-

vaje de los negros troncos caídos, erizados, como barbas canosas, con una especie de musgo, y las lianas oscilando por el aire; asomaban a veces fantasmas visibles como los que soñamos en los cuentos infantiles. Agréguese a ello los entizados rostros de mis salvajes compañeros con melenas enhiestas, que lanzan sin cesar nuevas brazadas de ramas secas al fuego, el chisporroteo de millones de chispas y el crepitar del incendio que se propagaba por la negra noche, y tendremos algo que se asemeja a una de las grutas del infierno de Dante.

Cuando toda la gente se acostó y las brasas empezaban a apagarse, llegaba desde la espesura de la selva la ronca y desagradable voz que parecía ser de un ave nocturna. El viejo indio nos aseguraba que era el canto de una especie de sapo con cabeza y pico de pájaro. ¿Es posible que el único habitante de estos bosques sólo fuera un sapo? Porque en todo el recorrido de ese día no encontramos animales, aves ni insectos ningunos, excepto un caracol sobre una hoja.

8. IMPERIAL. TOLTÉN

15 de enero

No bien comenzó a clarear bajo las ramas de las frondosas hayas, mis mulas ya estaban cargadas y nosotros, a caballo. No había para qué perder tiempo en la selva ignorando la ruta. Mis indios no tardaron en hallarla, aunque estaba tan poco visible como las trochas en nuestros grandes bosques, por donde los niños van a buscar callampas y frutas silvestres.

Nos faltaba aún por atravesar un extenso cañaveral pantanoso, similar al de ayer, pero en vez de ascender descendíamos hacia el Sur desde aquel ramal que –según dije– se separa de la principal cadena cordillerana, llega hasta el mar, y separa el valle del Tirúa del valle del Imperial, mucho más ancho y fértil.

Hacia las seis de la mañana se descubrió ante nosotros un extenso prado florido, ceñido por mirtos, brillante del rocío matutino, y sobre los arbustos revoloteaban palomas silvestres y bandadas de pequeños loros verdes, muy chillones. Estábamos ya cerca del valle del Imperial.

Revivimos después de las fatigas del día de ayer. Nuestros caballos pacían. En un fuego alimentado por coligües asaron un cordero que nos habían vendido en Tirúa a cambio de algunas hileras de abalorios, y la introducción para el desayuno fue ulpo con purísima agua de la fuente. Entretanto, uno de los indios jóvenes, habiendo hallado una especie adecuada de caña, hizo con ella una trompetita parecida a las que usan los araucanos en sus malones, y durante toda la mañana soplaba en ella sin descanso.

Ya eran las ocho cuando salimos de los bosques. Frente a mí se extendía el valle de algunas millas de ancho, por el cual corre el río Cautín, llamado por los españoles Imperial, un poco más pequeño que nuestro Niemen en Kowno. Este valle, verde, bajo y abierto tiene el aspecto de nuestros campos sobre el Szczara o el Niemen. Desciende lentamente hacia el mar que, hasta donde alcanza la vista, se

extiende por el oeste, mientras que en el horizonte oriental hay una cadena cordillera orientada de Norte a Sur y cubierta de oscuros bosques. A ambos lados del valle, por el norte y por el sur, se ven chozas indias en las colinas, muy distanciadas entre sí, porque tanto aquí como en toda la Araucanía, los indios sienten aversión por formar aldeas o pueblos. Lo consideran como pérdida de libertad. Junto a cada choza se ven manzanos silvestres y arriates de maíz, habas y papas; estas últimas tan bien cultivadas y plantadas en filas derechas como un cordel, como no las hay mejores en las partes más civilizadas de Europa.

El curso del río Cautín es recto, nada tortuoso, y lento. A una milla de su desembocadura, se divide en dos brazos y en cada uno de ellos hay una barra, es decir, un bahío arenoso que dificulta a los buques la entrada al río, pero éste, a no más de tres millas del mar, es tan profundo que los barcos pueden navegar por él de 10 a 20 millas.

En la orilla izquierda de este río, el más grande de los ríos chilenos y venerado por los araucanos, se encuentran a pocas millas del mar las ruinas de la ciudad que aquí, en el centro mismo de su país independiente, fundaran sus primeros invasores a mediados del siglo XVI. Aquí se fundó el primer obispado, ejercido desde 1571 por San Miguel de Avendaño, famoso por sus virtudes y su ciencia. En honor del emperador Carlos V dieron a esta ciudad el nombre Imperial y debía durar eternamente.

Ese obispo comenzó su apostolado, no por la conversión de los indios, sino de los primeros colonos españoles, codiciosos y perversos, explicándoles que los araucanos eran sus hermanos y que responderían seriamente ante Dios por cada acto injusto que cometieran contra aquéllos.

Yo sé –dijo– que donquiera que llega la espada de los conquistadores, el Rey, reparte entre ellos tierras y a los indios mismos, creando las llamas encomiendas, es decir, propiedades bajo condiciones muy claras y severamente estipuladas según las cuales sus dueños, los encomenderos, cuidarán de los indígenas, les enseñarán agricultura, ganadería, oficios, buenas costumbres, deberán bautizarlos y transformarlos en buenos cristianos, cobrarles solamente tributos fijados por ley, y en todo tratarlos con humanidad y justicia. De esto se deduce que el término encomienda no es lo mismo que propiedad. Los indios no eran entregados en propiedad (como los esclavos negros, que podían ser comprados y vendidos), el indio era libre y súbdito del Rey, pero no del encomendero; y la palabra ‘encomienda’ significa en el idioma español ‘confío’, ‘recomiendo’ y no una dignidad; los ingresos que reportaba la encomienda debían ser restituidos; se dice: “encomiendo mi espíritu a Dios”.

El encomendero honrado y piadoso vivía y trabajaba con los indios confiados a su tutela, era para ellos un misionero, juez (dependiendo él mismo del supremo tribunal real y del gobernador), y hasta comerciante, porque a cambio de su trabajo, de los productos de la tierra y del oro, les suministraba cosas indispensables para la subsistencia. El encomendero malo abusaba de todo esto, oprimía a los indios, era a menudo el causante de sus amotinamientos y el primero en caer víctima de la venganza de los mismos.

En estas grandes extensiones sobre los ríos Cautín y Toltén, ya en la segunda mitad del siglo XVI, hubo encomiendas, y en la ciudad recién fundada, Imperial, funcionaban altos tribunales reales, el obispado, la escuela, los conventos y los comercios. Los encomenderos, armados siempre como para la guerra, se dedicaban sobre todo a la agricultura y ganadería. No había allí mucho oro, y plata y cobre no se han descubierto hasta hoy en día. Los indios vivían tranquilos, dóciles, pero enérgicos, orgullosos, más aferrados a su silvestre libertad y a su vida salvaje que otras tribus chilenas; además, eran fuertes y valerosos.

No habían transcurrido muchos años desde la instauración de esas encomiendas, cuando los propietarios de las fértiles dehesas del valle del Cautín comenzaron a oprimir al indígena. El obispo San Miguel de Avendaño era un celoso protector de los indios; él mismo recorría las encomiendas, reprendía y llevaba a juicio a los ávidos conquistadores y enviaba curas y misioneros a lugares distantes de Imperial. Una crónica de aquella época refiere que, habiendo llegado al fundo del poderoso capitán Pedro Olmo de Aguilera, que tenía en su encomienda hasta 12 mil indios, logró que éste erigiera, a sus expensas, siete iglesias en diferentes lugares de sus posesiones y fundara en Imperial un hospital con cien camas. Ese mismo Obispo mantenía otro hospital fundado por él mismo, tanto para los españoles como para los indígenas, y por las tardes, también él mismo, enseñaba el catecismo a los niños araucanos. Al oír por primera vez su sermón en la iglesia el orgulloso conquistador Diego Ortiz de Gaete, tanta fue su contrición que, después del sermón, confesó al Obispo que adeudaba 27.000 piastras a los indios por su trabajo y se sometía al juicio de tres sacerdotes que eligiera el obispo, para que éstos calculasen y pagasen lo adeudado; después, él mismo se dedicó a una vida piadosa y murió en humildad. Los cronistas de esos tiempos mencionan también al caballero Hernán Pérez, quien en su encomienda de Lebquetal cuidaba personalmente a los enfermos, mantenía una escuelita y enseñaba a leer y escribir.

Cuando descendíamos de los bosques al valle abierto, el sombrío cacique que cabalgaba a mi lado, extendió el brazo como pretendiendo mostrarme algo. El capitán me explicó que el cacique señalaba hacia el Sur, donde estaban las ruinas de Imperial. Parecía enorgullecerse de esos trofeos, del gran triunfo sobre los españoles (en el año 1602). Los araucanos atribuyen tanta importancia a esas ruinas que no permiten a nadie acercárseles. Éstas permanecen desde hace casi tres siglos como después de un incendio; hace poco los indios casi mataron al superior de los capuchinos que pretendió visitarlas.

Ello me hizo recordar el siguiente pasaje del poema de Ercilla, sobre el primer asalto de los indios a la ciudad en 1554. Los salvajes que se habían amotinado ese año, tenían Imperial sitiada. Había hambre en la ciudad y no se esperaban rápidos refuerzos. Caupolicán ordena a los araucanos acampados a tres millas lanzarse al asalto. Corren, y de pronto se inicia la tempestad, un terremoto, truenos, relámpagos, y en medio de la tormenta baja volando el espíritu del mal, Eponamón, una divinidad araucana:

*En forma de un dragón horrible y fiero,
con enroscada cola envuelto en fuego*

y dando prisa a los indios para que penetren cuanto antes en la ciudad, garantizándoles que entrarán sin dificultad y asesinarán a la población debilitada por el hambre.

*Esto dicho, que todos lo entendieron
en humo se deshizo...*

De pronto, el cielo se despeja, las nubes se disipan, pero el miedo no abandona a los pechos más valerosos. Al poco rato el cielo, ya claro y azul, derrama por los campos rociados por la reciente lluvia, fragancias y alegrías, y en una nube transparente aparece una mujer vestida de blanco con tal resplandor que el sol del mediodía parecía a su lado como una estrella junto al Sol. La acompañaba un grave y canosos anciano; se notaba que éste llevaba una vida santa.

Miraba la mujer con tanta dulzura a los indios que éstos perdieron su timidez, y cuando ya se habían tranquilizado, les dijo con voz suave en su lengua:

*...dónde andáis gente perdida?
Volved, volved de paso a vuestra tierra,
no vais a La Imperial a mover guerra.
Que Dios quiere ayudar a sus cristianos
y darles sobre vos mando y potencia;
pues ingratos, rebeldes e inhumanos,
así le habéis negado la obediencia,
mirad, no vais allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.
Diciendo esto, y dejando el bajo suelo,
por el aire espacioso subió al cielo.
Los araucanos la visión gloriosa
de aquel velo blanquísimo cubierta
siguen con vista fija y codiciosa,
casi sin alentar la boca abierta:
ya que desapareció fue extraña cosa
que, como quien atónito despierta,
los unos a los otros miraron
y ninguna palabra se hablaron.*

(Araucana, CANTO IX)

Después se dispersaron en desorden y a prisa, como si los persiguiera el fuego. La leyenda sobre esta aparición de la virgen Santísima y la salvación de la ciudad se conservan tanto entre los indios como entre el pueblo chileno. Los cronistas de esa época están de acuerdo en que la ciudad se salvó de milagro y que los araucanos, ya seguros del triunfo, levantaron voluntariamente el sitio.

Sólo cincuenta años más tarde (1602), aunque los españoles eran más numerosos, más fuertes, ricos y organizados, se formó la Araucanía, y no sólo Imperial

sino otras seis ciudades: Villarrica, Valdivia, Osorno, Purén, Cañete y Angol fueron destruidas, quedando hasta hoy en poder de los araucanos libres e independientes las ruinas de Imperial y Villarrica.

Hacia el mediodía llegamos a la casa de uno de los principales caciques, que vivía a un par de estadios del río, sobre una colina, bajo frondosos manzanos. Nos detenemos frente a la casa. Sale el hijo del dueño, un mocetón fornido, pregunta de dónde venimos y cuáles son nuestros propósitos. Después de nuestra breve respuesta, salieron dos mujeres jóvenes con escobas y se pusieron a barrer el patio. Luego colocaron un banco junto a la puerta con techo de quilas y lo cubrieron con pieles de cordero. Al lado prepararon, en el suelo, un asiento de pieles para el dueño y un poco más lejos otros similares para el resto de nuestra comitiva. Entretanto, nosotros permanecíamos a caballo detrás de la viga que nadie puede cruzar sin permiso. Luego salió el propio cacique y dijo algo con voz gruesa y ronca. Era la señal de la invitación. Nos apeamos, el dueño dio a cada uno de nosotros su mano derecha repitiendo: “Mari, mari peñi” y nos sentamos donde se nos indicó: yo, don Miguel y el capitán en el banco, el cacique delante de nosotros en el suelo cubierto con pieles, con piernas cruzadas a la turca. El criado y el soldado llevaron los caballos a pastar.

Y comenzó la ceremoniosa plática con las mismas formalidades y modulaciones de tono que en Paicaví. En nuestro nombre pronunció una larga oración el hijo del cacique de Tirúa que nos acompañaba y, según me dijo el capitán, fue muy elocuente y un aristócrata muy educado.

Más de media hora duraron discursos y respuestas; como la vez anterior, se pasaba de los bajos más bajos a los tonos más agudos; los oradores se esforzaban como para lucirse con su elocuencia. Entretanto, los sirvientes del cacique trozaban en ese mismo patio un gordo cordero, cuya sangre recogían hábilmente pequeñas muchachas en potecitos. La más vieja de las mujeres tejía sin cesar en un telar no lejos de nosotros, sin prestar atención a los huéspedes ni a otra cosa.

Una vez terminadas las pláticas, un sombrío silencio duró casi media hora. Después de las aventuras nocturnas me vencía el sueño, y los anfitriones, por respeto y hospitalidad, no se atrevían a conversar ni a moverse del sitio. Al mediodía despierto. Salen las esposas del cacique y colocan delante de cada uno de nosotros, sin excluir a los criados y a los indios que vinieron con nosotros, una fuente de madera, llena de harina de trigo tostada (ulpo), una cuchara de madera y un jarrito con agua. Después, como segundo plato sirvieron, habas guisadas en una olla, de la que cada uno tomaba a voluntad con los dedos, después excelentes papas y, de postre, un potaje de cebada y cordero. Don Miguel no se atrevía a comer carne imaginando que ésta era de caballo, porque los araucanos, en efecto, la comen, pero como algo muy caro y exquisito, pues aprecian mucho a los caballos y consideran un lujo matar este animal para comerlo.

Después del almuerzo vinieron dos indios con un pleito al cacique. En todas partes hay pleitistas. Aunque no comprendía lo que decían, por sus posturas, gestos, tono de la discusión y fogosidad, que iba en aumento a medida que se prolongaban quejas y réplicas, veía en ellos el retrato vivo de nuestros pleitistas. El cacique permanecía impertérrito sin mirar a los adversarios; el comisario se inmiscuía

innecesariamente en la disputa. Pronto las partes se enardecieron a tal extremo que temí que llegarían a las manos. Pero después de escuchar algunas palabras del cacique, se tranquilizaron y se fueron, al parecer, contentos con la sentencia. No había leyes escritas, ujier ni escribano; nadie sabía escribir. Pero el capitán me aseguraba que si esos hombres no se daban por contentos con el fallo del cacique, antes o después uno mataría al otro sin apelación.

No nos tomó mucho tiempo el cruce del río Imperial (es decir, Cautín) en el lugar en que tenía la anchura del Vístula en Varsovia, a cinco o seis millas de la desembocadura. El cacique ya tenía preparados para nosotros un bote y algunos indios de la vecindad para nuestro servicio. El bote, hecho de un solo tronco ahuecado, bastante liso y bien construido, era suficientemente amplio y seguro; el curso del río era lento y no había viento. Se desensillaron los caballos y se descargaron las mulas. Estábamos totalmente a merced de esos hombres calificados injustamente de salvajes. Si quisieran, habrían podido impunemente robar y ahogarnos. Ellos mismos bajaron con sus manos al bote nuestras cosas y al otro lado del río entregaron todo a nuestros criados, y cuando el cacique me notó algo preocupado por mi mochila, dijo en castellano: “Aquí no tienes nada que temer, allí te robarán los españoles”.

Dos indios sentados en el extremo del bote junto al timón, halaban mediante largos cordeles, los caballos que nadaban detrás, y no se produjo accidente alguno, a pesar de que al comienzo, lanzados a la fuerza y con gritos al agua, los caballos parecían meterse debajo del bote y habrían podido volcarlo de un solo cabezazo. Y no era cosa de broma, porque el bote se tambaleaba, la profundidad era como para un fragata y yo no sabía nadar.

Con la puesta de sol llegamos a la choza de un cacique medio españolizado llamado Carmona, situada en la orilla izquierda del Imperial y rodeada de un campito de trigo, habas, papas y maíz. Me recibió gentilmente, abrió un poco la ceremoniosa oración, nos dio para pernoctar una ramada y mandó a su hijo con nuestros caballos y mulas para que los apacentara toda la noche, en un prado próximo a la casa.

16 de enero

Antes de amanecer comenzó a llover y tuvimos que buscar refugio en el interior de la choza del cacique. Éste hablaba pasablemente el español, pero su rostro era de pura raza india. Cuando, para halagarlo, le dije que conocía en Santiago a muchos caballeros del mismo apellido que él, contestó que era indio de padre y madre y que el apellido le fue dado en el bautizo por su padrino, el señor Carmona, en Concepción.

“Yo era un niño cuando los españoles nos raptaron a mí y a mi pequeña hermana y nos llevaron a Concepción. Allí nos bautizaron. El propio cura mayor, el máximo (obispo) nos bautizó y educó. Su hermana era muy buena. Yo no tardé en huir y tengo aquí mi puesto, dos mujeres y familia. Mi hermana se casó en Concepción,

donde tiene una hermosa casa. Hace poco, cuando el intendente en el parlamento de Tucapel nos obligó al canje de las mujeres raptadas, viajé a Concepción para recoger a mi hermana. Averigüé dónde estaba su casa y entré inseguro, sin saber si me reconocería. Me reconoció; le resultó doloroso y vergonzoso confesar que era hermana de un simple araucano. Me abrazó, lloró, pero su hija se avergonzó, huyó a la habitación vecina y no volvió a aparecer. Mi hermana no quiso separarse de su marido, y yo volví con los míos”.

Me confesó Carmona que olvidó totalmente el catecismo, que sólo sabía que se le dio el nombre de Carlos, y que todos lo tenían por cristiano. A causa de la lluvia nos retuvo en su casa hasta el mediodía y entretanto envió mensajeros a los indios aledaños para que estuvieran listos para recibir al distinguido caballero recomendado por el gobierno.

Cerca de la casa del cacique había un cementerio indio, donde divisé algunas que parecían cruces y otros maderos esculpidos torpemente con formas humanas. Me enteré de que también aquí, en plena Araucanía, los indios, aunque todavía sumergidos en el paganismo, tienen la cruz en estima, pero no pude informarme todavía de su religión y de si tenían alguna noción de Dios.

Al mediodía despejó y llegaron a casa de Carmona dos graves caciques. Recibidos con la etiqueta ceremoniosa y con la cantarina retórica araucana, declararon al capitán Zúñiga que la población india, reunida en gran número en las cercanas dehesas, esperaba para recibirme y rendirme su pleitesía.

Montamos, pues, en nuestros caballos y, en compañía de Carmona y de una docena de indios, trotamos por la orilla izquierda del Imperial, por un delicioso prado, poblado de espeso césped, entre mirtos y manzanos. Aquí me espera una nueva escena que vale la pena describir (sin duda, el comisario y mi capitán de amigos habían dicho a los caciques que yo era una gran figura, amigo del Presidente y delegado por el gobierno para arreglar importantes asuntos). Recorrimos tal vez una milla hacia el mar, cuando se descubrió ante nosotros una inmensa planicie verde, tras la cual, por el oeste, se extendía el mar, y a nuestra espalda, por el este, cerros cubiertos de negros bosques. En esta llanura había algunos centenares de indios a caballo, ordenados en fila, como para el combate. De esta fila partieron hacia nosotros, a todo galope, dos jinetes que, parando a pocos pasos de nosotros sus sudorosos caballos, los volvieron al instante hacia el sitio desde donde habían venido, nos condujeron a un par de estadios del río a un lugar donde había dos antiguas cruces inclinadas por la edad, adosadas una a la otra como dos viejos amigos. Una de ellas se mantenía algo más derecha, aunque encanecida por el musgo y sostenía el travesaño un poco oblicuo; restos de los brazos de la otra cruz yacían a sus pies en tierra y se veía que eran respetadas. A nuestra llegada, un inmenso cóndor alzó el vuelo desde lo alto de las cruces.

No bien llegamos a este lugar de las dos cruces, cuando esa tropa de araucanos, al comienzo al paso, luego al trote y finalmente al galope, como para un ataque, se lanzó hacia nosotros y nos rodeó totalmente, formando un círculo de algunos centenares de metros de diámetro; nosotros, al centro, permanecíamos inmóviles

junto a las cruces. Tres veces recorrieron los indios el mismo círculo, vociferando a pleno pulmón y golpeándose los labios con las manos para lograr una mayor vibración (lo llaman comúnmente chivateo, una especie de grito de guerra en honor de una persona distinguida). La tercera vez corrían uno tras otro con tal rapidez que formaban casi un aro continuo de ponchos negros, y los caballos casi tocaban el suelo con sus vientres. De pronto todos callaron y se detuvieron, como clavados en la tierra. De su fila parte al trote, montando en un caballo negro y cubierto de espuma, un canoso cacique, seguido en fila india por todos, y desfilaron frente a mí como los soldados ante el general que les pasa revista. Al pasar cerquita de nosotros, cada uno tiende su mano derecha primero a mí, luego a Miguel, luego al capitán, y finalmente al soldado y pasa adelante para formar una fila enfrente de nosotros, detrás de las cruces. Por cortesía, siguiendo el consejo del capitán, pasamos “a lo general” a lo largo de esta fila, dando a cada uno la mano derecha y regresamos a nuestro lugar.

Entonces salió de la fila y se me acercó a caballo el cacique de la desembocadura del Imperial, alto, fuerte, ancho de espalda, con noble rostro de tez cobriza. Largos pelos canosos sobre su espalda, lo que indicaba que era muy anciano, porque –según me dijeron– esa gente sólo encanece a muy avanzada edad. Llevaba un poncho de color carmesí claro, un alto y puntiagudo sombrero blanco, ceñía sus caderas con un chamal negro y llevaba espuelas sobre los pies desnudos. Tras un breve silencio me habló con gran seriedad y energía de la manera siguiente (hasta donde pude entenderlo a través de mi intérprete indio):

“Aquí, en este lugar, hace muchos años hicimos un trato con los españoles; testigos de él son estas cruces que respetábamos y respetamos hasta ahora; queremos paz y la guardaremos fielmente como nuestros padres. La guerra destruye nuestros campos y rebaños, nos perjudica tanto a nosotros como a nuestros enemigos. Di al Presidente, a los intendentes, al comisario y a todos, que deseamos la paz y la mantendremos con tal de que nos dejen en paz y no hagan daño alguno a nuestras tierras, hombres, caballos y reses”.

El cacique recitó este discurso a su manera, saliendo de los tonos bajos hacia los altos y volviendo a los más bajos, con tal fuego que a ratos chispeaban sus ojos. Entonces Zúñiga, el capitán de amigos, le respondió en mi nombre casi con igual tono y modulaciones, diciendo que el Presidente se alegraría por lo que dijo el cacique de que todo hombre ama la paz y odia la guerra, y que el gobierno cumpliría sus promesas, siempre que los araucanos mantengan la amistad y traten siempre con justicia a los cristianos.

Después del capitán nos habló otro anciano de baja estatura, según parecía, por lo menos octogenario, con un poncho negro y un chacó negro con dos galones cruzados, quien sostenían en la mano derecha una bandera blanca atada a un largo palo. Tras una breve oración clavó el palo en tierra y dijo: “he aquí la señal de paz y amistad de los indios”.

Ante ello, don Miguel disparó en alto su pistola, a modo de homenaje y el soldado quiso hacer lo mismo, pero la pólvora estaba mojada. Nuestro disparo

gustó mucho a los caciques, uno de los cuales me preguntó en español: “¿cómo te llamas?” Contesté: “Ignacio” y entonces él repuso: “Yo también Ignacio”, y me abrazó tres veces, del lado derecho, izquierdo y nuevamente el derecho. Porque es costumbre del indio que, cuando desea halagar a alguien, le pregunta por su nombre y contesta que él lleva el mismo nombre, y a menudo lo adopta para siempre.

En este instante otros estaban señalando con los dedos a un araucano que también se me había acercado y cuyo nombre también era Ignacio. Se lo dieron cuando estuvo prisionero de los españoles, y lo conservó pese a haber logrado huir.

A través de mi intérprete mandé decir que deseaba tener una lista de los caciques que me agasajaban tan dignamente, para poder mostrarla al gobierno.

Lo aceptaron complacidos. Saqué la libreta y, sin bajar del caballo, porque ello habría sido en desmedro de mi dignidad, fui apuntando los nombres de los caciques, cada uno de los cuales se me acercaba por turno y me dictaba el suyo. He aquí sus nombres: Culumil, Carmona, Ucracán, Payneán, Guanulán, Deumacán, Bartolo Wanezupal, Nanaleoy, Mateo, Allapán, Wernezán pan, Paulo Donulew, Pichuguala.

¡Cuántos de ellos eran sin duda descendientes de los Lautaros, Rengos y Caupolicanes cuyo heroísmo canta Ercilla!

En la despedida, porque el Sol ya estaba bajando hacia el mar y nubes de lluvia asomaban en el sur, los caciques me rogaron que les trajera de Valdivia una bandera blanca en obsequio, pues la que tenían era muy vieja. En realidad era un trapo de sucio lienzo atado a un grueso palo. Les prometí gustosamente traerles una hermosa bandera blanca en señal de paz, lo que los entusiasmó a tal punto que repitieron su estridente chivateo dejándome por un cuarto de hora totalmente aturdido.

Finalmente partimos, seguidos a galope por los indios, y se formó tal griterío y confusión, que perdí de vista a mis compañeros, no veía a don Miguel, ni al capitán, ni al soldado, y ni siquiera había tiempo para pensar en el paradero de los criados y las mulas cargadas.

Corríamos a lo largo de la orilla a todo lo que daba de sí el centenar de caballos, confundidos con los salvajes, para poder cruzar cuanto antes y con claridad, el río Budi, que pasa a tres millas de allí. Llovía a cántaros; las espumosas olas se estrellaban contra los cascos de nuestros caballos, el viento y los truenos corrían en pos de nosotros y el griterío, el espantoso chivateo araucano, no cesaba.

Oh, si mi querido tío paterno, que siempre me conoció tan amante de la tranquilidad hogareña y tan reacio y hasta temeroso del caballo, me viera ahora galopar como un loco sobre un animal espumajoso, corriendo a todo reventar entre esos endemoniados vociferantes con chamales negros y cabellos erizados se persignaría piadosamente.

El río Budi, más pequeño que el Cautín, tiene su nacimiento en la cercana cordillera boscosa, pero en la proximidad del mar es tan ancho y profundo como nuestro Wilia en Vilna. No bien llegamos hasta allí, los indios se dedicaron a facilitar el paso. Unos corrieron en busca del bote, otros estaban descargando nuestras mulas, dos indios desnudos se metieron en el río llevándose a nuestros caballos y mulas, y los pasaron a nado a la orilla opuesta. No tardaron en hacer lo mismo con

el bote. Antes de caer la noche, estábamos ya en la casa del cacique de Budi, al otro lado del río, y nuestros indios se dispersaron.

Nada se perdió. Al oscurecer llegamos a la choza del cacique Mateo. Éste tenía muchos caballos, reses, algunas fanegas de trigo y un campito con papas. Mandó inmediatamente matar un cordero y, como estaba lloviendo, nos hizo pasar al interior de su espaciosa choza. Las mujeres atendían el fuego, produciendo un incesante ruido con sus cuentas, sonajas y campanillas en los pechos, y, siempre agachadas, no miraron siquiera a los huéspedes.

Para diversión nuestra, el cacique ordenó a su hijo, un chiquillo de diez o doce años, que nos cantara y bailara. Se trataba más bien de un murmullo nasal, ni triste ni alegre, un papiamento, a ratos un tono falso y la total ausencia de melodía. La danza tampoco resultó mejor. El muchacho meneaba la cabeza, alzaba las piernas, taconeaba, se inclinaba a diestra y siniestra con la frente inclinada y la vista gacha. Realmente, este pueblo me parece muy antimusical; probablemente ello se debe al estado de su salvajismo y a la esclavitud de las mujeres.

17 de enero

Como en la casa de un indio no hay tabiques y no dejaba de llover, hubimos de pasar la noche en la misma pieza desaseada en que dormía toda la gente del cacique, inclusive perros y gatos, sin mencionar siquiera la entomología.

Pronto nos venció el sueño, sin dejar tiempo para las observaciones. Apenas comenzó a clarear, hicimos los preparativos para proseguir el viaje. El propio cacique montó su caballo para guiarnos y despedirnos, habiendo expedido previamente las mulas con nuestras cosas a cargo de un guía y del criado. Media hora más tarde partimos en pos de éstos, y cuando estábamos todavía a unos cien pasos de ellos, de pronto el cacique se despidió y se alejó, para –según me di cuenta enseguida– que yo no tuviera que darle las gracias por el cordero que él mandó sacrificar a última hora, a escondidas descuerarlo y atar a nuestros bagajes sin mencionármelo. Realmente, merece destacarse el obsequio y la delicadeza con que lo hizo el cacique y que no es fácil encontrar en los países más civilizados.

En el camino nos topamos con dos indios que venían a nuestro encuentro y cuyo aspecto era extraño y pintoresco. Uno de ellos, hijo de un cacique, de rostro blanco, joven, bien parecido, de pecho y hombros anchos, con negros ojos fogosos, llevaba en la cabeza un hermoso pañuelo carmesí, debajo del cual caía sobre su espalda una gran trenza negra, cuidadosamente entrelazada. Estaba montado en un rápido, inquieto y bufador corcel y parecía como fundido en bronce y tenso como una cuerda. A su lado montaba otro, más salvaje y rústico, que tenía sobre la frente –cual una gavilla– la melena negra erizada y atada con una cinta azul, los ojos como chispeantes de ira, la nariz aguileña, los labios gruesos y el rostro extrañamente pintarrajeado, de tal forma que la frente y las mejillas eran de color ladrillo, dos rayas negras unían los labios con los ojos, y otras dos desde el labio inferior hasta las orejas, y en torno a los ojos había círculos negros que parecían la montura de las gafas. Yo ignoraba lo que todo ello podía significar. El capitán me explicó que ese elegantón,

de una buena familia araucana, se presentaba de esa manera por cortesía y respeto, para saludarme en nombre del cacicazgo cuyos terrenos estábamos cruzando.

Tras una breve y recíproca plática con estos gentiles embajadores, trotamos por las arenas de la orilla del mar, contra viento y lluvia. Una milla más adelante, tropezamos con otra figura, bigotuda, con ojos azules, pipa, chaquetón verde, pantalón de montar amarillento y sombrero gris. Era un prusiano. Nos detuvimos un instante. El viento y la lluvia no nos permitieron una conversación. *Wie geht's?, leben Sie wohl*⁴ –y cada uno siguió su ruta. Hacia las ocho despejó, y para no fatigar sin necesidad nuestros caballos, cabalgábamos más despacio.

Toda la costa, desde la desembocadura del río Budi, a lo largo de ocho a diez millas, es arenosa, baja y recta, sin bahías ni accidentes. Abierta, sin que cerros o rocas la resguarden de los vientos, es teatro de frecuentes tormentas y naufragios. Desde el mar se alza lentamente hacia el Este una desierta y estéril llanura, y a un par de estadios de la orilla se ven despeñaderos de diez a treinta metros de altura, de yacimientos terciarios de arcillas y greses de igual composición que en Coronel, Lota y Lebu, donde esta formación terciaria contiene yacimientos de carbón. Es de esperar que con el tiempo, en toda esa costa araucana, también se descubra carbón mineral.

Más al interior de la región, en las colinas y llanuras de esa formación terciaria, aparecen bosquecillos interrumpidos por campos de labranza, manzanos, mirtos y chozas indias muy distanciadas entre sí. Algunas millas más hacia el Este, comienzan los granitos y gneises, que constituyen toda la cadena de la cordillera occidental (marítima), de la cual, en todo el espacio entre Imperial y el río Toltén, no se separa ramal alguno.

Al mediodía cruzamos el río Toltén del mismo modo que el Imperial: nosotros en bote, y los caballos a nado. Este río es un poco más angosto que el Biobío y el Imperial. Nace en los Andes, al pie del volcán Villarrica, y en su desembocadura en el mar tiene una barra similar a las anteriores, que dificulta el acceso a los barcos, pero que, ya a la distancia de pocas millas del mar, es profundo y navegable.

Al otro lado del Toltén comienzan hermosas praderas y bosquecillos, y ya se nota cierta diferencia en la civilización a favor de los indios que viven en esa región. Muchos de ellos hablan un poco el español y se ve que mantienen relaciones más frecuentes con la población fronteriza española, más civilizada aunque licenciosa.

Mi capitán se enfrascó a tal punto en su charla con los indios del cacicazgo de Toltén que tuve que dejarlo, y yo sólo con Miguel y el criado, tomamos la ruta hacia el Sur. Aquí, a un par de millas del río Toltén, descienden, arrancados de la cordillera occidental materna, eslabones de cerros graníticos hasta el mar. No había tiempo para observaciones geológicas; iba a llover; el capitán seguía con sus indios, estaba oscureciendo y quedaba aún por atravesar el riachuelo Queule. Tuvimos que detenernos y esperar a Zúñiga y al cacique Mateo con su adolescente hijo.

⁴¿Cómo le va?, que siga bien.

Pero ya se hizo de noche. Mateo, conocedor de la ruta, nos llevó a la casa del cacique de Queule que vivía en la orilla derecha del río. Calados hasta los huesos y ateridos de frío, llamamos a la puerta. La lluvia no cesaba y el viento era inmisericorde. Ya eran cerca de las diez, y reinaba tanta oscuridad que uno no veía a su vecino. Es sabido cuán ingrato, incluso en las partes más civilizadas del mundo, es el huésped que llega a la hora tardía, cuando el amo, la señora y los niños ya están acostados y el hogar en la cocina está apagado. ¡Cuanto más en un país considerado como salvaje y donde cada extraño puede ser un bandido, un salteador, y se sabe en todo caso que no es un invitado!

Con lentitud y precaución golpeaba Mateo la puerta, tratando de despertar en voz queda al cacique, llamándolo por su nombre. Esperábamos tal vez media hora. ¡Quién no aprecia el sueño a medianoche, cuando afuera llueve y hay viento! El dueño asomó la cabeza, la escondió, y al cabo de un rato, a través de las rendijas de la puerta, vimos chisporrotear el fuego y salir humo por el techo.

Cuando el indio abrió la puerta, el fuego en el centro de la choza ya ardía con llamas altas y tufaradas de humo subían buscando la salida por el techo. Sin plática ni discursos, el cacique nos invitó a entrar, se trajeron nuestros bagajes, y el pequeño hijo del cacique llevó los caballos a pastar. Entramos a la choza y cada uno se acomodó lo mejor que pudo junto al fuego y, sentado en el suelo, en torno a la fogata, secaba el poncho y comenzaba a dormir.

Sólo una joven india, con grandes ojos negros y largas trenzas que llegaban hasta la rodilla, se afanaba incesantemente, en silencio y sin mirar a nadie. Era ella quien reanimaba la fogata, quien trajo agua para el ulpo, lavó y trozó un pedazo de cordero y lo asó en las brasas. Su déspota marido sólo charlaba en voz queda con nuestro acompañante Mateo. No pasó ni una hora, y ya los inmensos corpachones del cacique de Budi y de los tres indios que llegaron con nosotros, extendidos en torno al fuego, ocupaban la mayor parte del lugar que quedaba para nuestra ubicación. El capitán, el soldado, el criado y mi compañero don Miguel, dormían en el suelo y más de uno de toda la comitiva roncaba con estridencia. La mujer ordenaba y lavaba las fuentes de madera, traía broza y reanimaba el fuego.

La vista era realmente original y pintoresca. Tuve ocasión para observar la disposición interior de la casa de este cacique y ese grupo de araucanos roncando, cuyos rostros salvajes iluminaba por momentos el fuego con cada brazada de ramas secas.

En uno de los rincones y a un par de codos del suelo se alzaba sobre palos clavados en tierra, la cama del dueño, hecha de tablas ensambladas; al lado dormían, junto a la pared, los niños; un poco más allá estaba el telar y la artesa para preparar la sidra; cerca de la pared opuesta colgaban cueros, bridas y estribos con relucientes hebillas de plata así como otros utensilios.

Al ver el dueño de casa que yo no tenía sueño, se me acercó y se sentó para entretenerme. Nuestra charla se prolongó casi hasta medianoche. Le pregunté cuántas mujeres tenía.

“Sólo una –contestó– la que estás viendo. Entonces debes ser cristiano. No –dijo– y aunque se nos permite tener varias, sólo los más ricos tiene más de dos. ¿Por qué? –pregunté. Oh, porque nuestras mujeres nos cuestan más que a vosotros; por cualquier moza hay que pagar al padre y a cada uno de los parientes próximos a razón de ocho y a veces hasta doce prendas (regalos), siendo cada prenda un buey o un caballo, un par de espuelas, bridas o cabezal con herrajes de plata. Y con esto no termina la cosa –añadió gruñendo el cacique de Budi que despertó– porque fíjate en la injusticia que supone el tener que pagar no sólo cuando el indio se casa, sino otro tanto cuando la mujer se muere; viene su hermano, su padre, y a cada uno hay que darle un obsequio por la muerte, y mientras no les satisfaces no te permiten enterrarla. Hmm –agregó el anfitrión escarbando las brasas con un palito–, y cuando sucede que el marido hiere a la mujer, no se dan por contentos ni con quince prendas y lo dejan a uno tan pobre que necesita años para resarcirse. Y, aunque no muera de las heridas –dijo el cacique de Budi– y muera de puro vieja, no te dejarán en paz y tendrás que pagar por la mujer al padre, al hermano y no a sé cuántos parientes más”.

Mientras tanto, la mujer no interrumpía sus labores: corría hacia el niño cuando éste lloraba y volvía para alimentar el fuego cuando éste disminuía, y cada vez que hacía falta sacaba del chamal sus bien torneados brazos envueltos en cuentas azules en forma de brazaletes y los tapaba cuidadosamente con el chamal hasta el cuello. Contrastaba de un modo encantador con su tez oscura y los ojos negros el resplandor de las brasas, cada vez que la trenza negra que llegaba casi hasta el suelo descubría por un instante su rostro.

Se durmió Mateo, el cacique se fue a su cama, se recostó cuán largo era y las tablas crujieron. La joven se plantó junto a la cama del hombre, puso la mano izquierda sobre su cuerpo y permanecía hierática con la cabeza gacha. La luz moribunda de los leños casi extinguidos vagaba aún por la pieza, a ratos una llamarada repentina iluminaba, como en un campo después de la batalla, los inmensos cuerpos de los descendientes de Caupolicán, Rengo, Lautaro y tantos héroes salvajes que no durante cien ni doscientos, sino desde hace trescientos años conservaron su libertad e independencia contra el invasor.

Las brasas moribundas lanzaban ya su postrero resplandor cuando esa mujer, hasta entonces inmóvil como una estatua, al comprobar con una tímida mirada desde debajo de su trenza echada sobre el rostro, que todo el grupo de huéspedes ya estaba dormido, corrió rápidamente hacia la fogata, apagó las brasas con cenizas y regresó donde su esposo.

18 enero

Antes de que el cacique comenzara a desperezarse en su chirriante tálamo, la misma mujer ya se estaba afanando en la pieza, silenciosa y preocupada de no despertarnos; partía afuera la leña, prendió el fuego, trajo agua y daba de comer a la chillona guagua.

Cruzamos el río Queule en bote, y los caballos pasaron a nado. Al otro lado del río, el camino penetra en una espesa selva, del mismo carácter que la que con

tanta fatiga y trabajo cruzamos viajando de Tirúa a Imperial. Porque aquí, de un modo análogo que entre los valles de estos dos ríos, desciende de la cadena de la cordillera principal el eslabón de rocas gnéicas y graníticas hasta el mar.

Cerca de la desembocadura del río Queule hay una pequeña bahía, donde a veces se refugian los barcos perseguidos por tempestades.

Durante casi seis horas cabalgamos al paso y deteniéndonos a menudo en la selva pantanosa y poblada de quilas y coligües, llamada comúnmente por los viajeros montaña de Queule. Pasamos por las mismas frondosas hayas, por las mismas espesuras y árboles caídos, hoyos y charcos llenos de agua, donde los caballos tienen que meter los cascos y, a trechos, se hunden hasta el vientre.

En medio de lo más difícil de la travesía de estas selvas, escuchamos voces y el ruido de cañas rotas y encontramos unos hombres conduciendo un centenar de bueyes de Valdivia a Concepción, para venderlos. Es difícil imaginar cuánta fatiga y esfuerzo tenían que gastar estos hombres en la travesía, pues había que sacar reses empantanadas, liberar otras aprisionadas por el cañaveral, cortando los coligües; muchos, en busca de lugares más secos y abiertos del bosque, erraban por la selva y morían o caían en poder de los indios. Pero se trata del corriente comercio del ganado, que los especuladores compran a vil precio en la provincia sureña de Valdivia, lo llevan al norte y obtienen grandes ganancias. Muchas reses mueren en el paso de la Araucanía, de lo que a menudo se aprovechan los indios. Esta vez, el ganado conducido por la selva pertenecía al intendente de Valdivia y, si no me equivoco, él mismo acompañaba la expedición.

Por esta extensa selva, según sabemos de la historia de los primeros tiempos del descubrimiento de esta parte de América, erraban largo tiempo los españoles, conducidos por falsos guías en la expedición de Hurtado de Mendoza, famoso de aquellas guerras. Padecieron mucha hambre, lluvias y pantanos. Sus armaduras y armas pesaban mucho. Iban sin saber adónde.

El soldado poeta de esa expedición, Ercilla, habla así de estos bosques, que veo todavía hoy tal como estaban hace tres siglos:

*Nunca con tanto estorbo a los humanos
quiso impedir el paso la natura
y que así de los cielos soberanos
los árboles midiesen la altura,
ni entre tantos peñascos y pantanos
mezcló tanta maleza y espesura,
como en este camino defendido
de zarzas, breñas y árboles tejido.*

CANTO XXXV

Por fin salimos de la espesura a un terreno más seco; el bosque está más ralo y tomamos un descanso junto al límpido arroyo Lingue. Algo más lejos notamos en los troncos cortados la huella del hacha, el símbolo del hombre más civilizado, y luego vigas, tablas y cabríos preparados para la construcción.

Estamos en la frontera sur de la Araucanía. Comienza la parte sometida al gobierno: las reducciones. Llegamos a la choza del guardabosque. Una jauría de perros nos acoge con ladridos. El alojamiento no fue malo, pero en la noche los perros mordisquearon el correaje de las sillas y las riendas.

19 de enero

Al mediodía, viajando por bosques, llegamos a la ribera del río Cruces, donde se ven hasta hoy día fortificaciones españolas que, hasta la Guerra de la Independencia, estaban siempre guarnecidas por españoles. Encontramos aquí al juez (subdelegado), en cuya casa dejamos los caballos y mulas, y nos metimos en un gran bote, en el cual navegamos hasta la ciudad de Valdivia.

9. VALDIVIA

19 de enero

No es fácil describir la impresión que experimenta el viajero que, tras la estadía de algunos años en el norte de Chile, desnudo de bosques, pobre en vegetación, se sienta en un bote y continúa el viaje por los ríos de Valdivia.

Estos botes tienen tan poco calado que todos los días, con las mareas alta y baja, las corrientes del mar los alejan en varias millas del continente. Los remeros y los propietarios de botes y chalupas escogen las horas para navegar de tal forma que, cuando han de viajar al puerto esperan la marea baja, y en caso contrario, esperan la marea alta. Las orillas de estos ríos son tan bajas, pantanosas y pobladas de bosques y cañas, que se da aquí comúnmente el nombre de puerto a los lugares en que, sin abandonar el bote, algunos hombres pueden junto a la misma orilla sentarse en un manchón seco y encender una fogata. A trechos se ve en la orilla una choza, como las de nuestros guardabosques, donde pueden refugiarse de la lluvia los leñadores que transportan por flotación troncos al cercano puerto comercial.

En Las Cruces, el juez local (subdelegado) puso a mi disposición, como remeros, a su hijo y a su sobrino, siendo él mismo –según creo– el dueño del bote.

El río Cruces, no mayor que nuestro Szczara, se une a pocas millas de aquí con otro, mucho más ancho y profundo, el Calle Calle, a cuyas orillas, tres o cuatro millas al este del lugar de su confluencia, está situada la ciudad de Valdivia. En el lugar donde el Cruces afluye al Calle Calle, las olas se encrespan, formándose a veces peligrosos remolinos. Los remeros calculan el tiempo, de tal suerte que, aprovechando las horas de la marea baja en que la corriente se debilita, bajan por el río Cruces para llegar al río Calle Calle a la hora en que comienza a subir y la corriente se vuelve hacia el este. Entonces, por lo común, si no hay viento, el curso del río es calmo, el agua quieta como en un lago, y el bote, con remos o incluso sin ellos, avanza con seguridad aguas arriba hasta la hora en que comienza la marea baja.

Muy agradable era la navegación en esa tarde. A la puesta del sol llegamos al río Calle Calle. Maravillosa vista: las aguas quietas como un espejo. Los dos ríos unidos forman un lago de una milla de anchura, y las orillas ribeteadas de altos mirtos y lumas cubiertas de flores blancas, respiraban un aroma delicioso. Sólo el cielo no estaba tan puro y azul como en las cordilleras nortinas de Atacama. Aquí, sobre el fondo turquesa, nubecillas blancas como corderitos se teñían de rojo con los últimos rayos del sol poniente.

Con el crepúsculo comenzó a llegar la corriente de la marea alta; el trabajo de los remeros se hizo más fácil. Apareció la luna. Los indios dormían, el soldado cantaba; el río, a medida que avanzábamos, se hacía más angosto; la noche serena, el frescor y el aroma de mirtos nos refrescaban después de la travesía por las pantanosas selvas.

Hacia las once de la noche llegamos a la ciudad. Un barquito estaba anclado y había algunas chalanas junto a la orilla. La población ya estaba durmiendo. Desembarcamos sin novedad, pero no se veía ni un alma a quien preguntar por un hotel. De pronto aparece una figurita con abrigo, ágil, gentil y servicial, sin duda un francés. En efecto, era *monsieur* Napoleón, médico y, en otros tiempos soldado. Nos ayudó a encontrar alojamiento en casa de dos respetables señoras, para las cuales llevábamos cartas de recomendación del buen canónigo Lorca de Concepción.

Al día siguiente salimos a recorrer este pueblecito que lleva el nombre más instruido de los conquistadores de América del Sur, al que deberé por segunda vez dedicar aquí algunos renglones.

Fue en el año 1551, diez años después del descubrimiento de Chile, cuando el guerrero Pedro de Valdivia, junto a Gerónimo de Alderete y Francisco de Villagra, al frente de un puñado de españoles, cruzaron por tierra toda la Araucanía y fundaron la ciudad sobre este río, a pocas millas de la bahía en que había hallado un puerto bastante seguro. Multitudes de indios cuncos defendían con encono las tierras de sus mayores y la batalla parecía inevitable, cuando –según cuenta la leyenda– una mujer india, llamada Redoma, corriendo de un campamento a otro, y pidiendo concordia, apaciguó a los suyos, permitiendo que el puñado de españoles se asentara allí tranquilamente.

Existen leyendas, aunque no comprobadas, de que en los alrededores de la ciudad y algo más al sur se encontró mucho oro y que los indios estaban obligados a entregar a los invasores un tributo en este metal. Poco tiempo después fue fundada al pie de la cordillera andina otra ciudad, Villarrica, famosa al parecer por sus minas de oro, y a veinte millas más al sur, los mismos conquistadores fundaron la tercera ciudad, Osorno, situada aparentemente cerca de minas de oro. De esas riquezas en oro no queda actualmente noticia alguna en el país, excepto sus huellas en la arena, que contienen tan pocas partículas de oro, que para nadie resulta lucrativo ocuparse de su extracción y prefieren en esos lugares sembrar trigo y papas antes que codiciar el oro.

Hace apenas cincuenta años, cuando –según ya lo dije– estas tres ciudades y otras cuatro en la parte norte de la Araucanía fueron destruidas; durante cien años

no había comenzado la reconstrucción de Valdivia. Los nuevos colonos de Valdivia eran ya más cautelosos y trabajadores; se dedicaban a la agricultura y a la poda de bosques, pero también los indios se volvieron menos reacios a la sumisión. En las postrimerías de los gobiernos reales, Valdivia era el lugar al que se enviaba a los delincuentes y donde se mantenía una pequeña guarnición que sostenía incessantes combates con los araucanos. En la Guerra de la Independencia nacional, esta ciudad se mantuvo a favor del Rey por más tiempo que otras. En el año 1837, un terrible temblor arruinó de nuevo casi todas las casas, salvándose sólo algunas de madera.

Hasta ahora quedan casi exclusivamente casas de madera. La pequeña iglesia fue restaurada. El clima es benigno, jamás nieva, pero las lluvias son incessantes en cada estación del año y tan insoportables para quienes llegan del norte, que entre los chilenos de Coquimbo y Copiapó se ha hecho proverbial que en Valdivia llueve durante trece meses del año. No hay aquí viñas, duraznos ni naranjos, pero en cambio abunda el trigo y los extensos manzanares proporcionan abundante sidra.

Valdivia es la capital de la provincia del mismo nombre, tiene cerca de mil habitantes, y en toda la provincia hay unos diez mil. Más de la mitad son indios, en su mayor parte bautizados.

Los indios están exentos de impuestos, de toda servidumbre, y divididos en misiones, cada una de las cuales tiene su misionero; no dependen de los párrocos. Éstos sólo se ocupan de la población, llamada hasta ahora española, o sea de los colonos, y están bajo la jurisdicción del Obispo, en tanto que los misioneros dependen directamente de la Santa Sede, la cual, todavía en la época colonial colocó a toda la población india de la parte septentrional de la Araucanía hasta Imperial, bajo la tuición de misioneros franciscanos de Italia, y a los de las regiones sureñas, desde Imperial hasta la isla de Chiloé, bajo la tutela de los misioneros capuchinos. Unos y otros fueron enviados por la Santa Sede desde Italia. Los primeros tienen su convento principal en Chillán, y los capuchinos en Santiago. El gobierno del Rey respetó, y el actual gobierno republicano también respeta esta disposición del Papa. Cada misionero en su misión percibe 25 piastras mensuales del gobierno, y tienen la obligación de mantener una escuelita para los pequeños indios. Por desgracia, hay ciertas fricciones entre franciscanos y capuchinos; el gobierno no les ayuda mucho, y hasta el presente sólo hay una o dos misiones permanentes en la frontera septentrional, y dos en la meridional de los indios independientes. En la propia provincia de Valdivia hay algunos misioneros capuchinos dedicados a la labor apostólica y a la protección de indios, ya en gran número convertidos y que aceptan la soberanía del gobierno chileno.

Algunos de entre estos últimos llevan ya pantalones, camisa y sombrero, en señal de sumisión a la tutela gubernamental, pero aferrándose a sus tradiciones, difícilmente y con desgano aceptan la enseñanza.

En general, el defecto de los habitantes blancos y cobrizos de esta provincia es la pereza y la excesiva afición a la bebida. Su bebida preferida es la chicha, o sea, la sidra de manzana que exprimen incluso de manzanas no maduras. Extensos huertos de manzanas silvestres, no cultivados, son acaso, por ahora, la principal riqueza

de los terratenientes. El fruto de estos manzanos se parece mucho a las manzanas normandas. En otoño echan la cosecha de manzanas a inmensas artesas, cada una de las cuales está hecha de un solo tronco de tres a cuatro codos de longitud. Después, dos mozos con grandes garrotes algo encorvados en sus extremos (similares a las chuecas que emplean en aquellos juegos indios) golpean y machacan las manzanas hasta exprimir de ellas todo el jugo. Éste, a medida que es exprimido, sale por un agujero abierto en el fondo de la artesa a grandes vasijas de barro, parecidas a nuestras amasanderas, o a barrilitos de madera, y fermenta allí, para ser después colado. La chicha nueva no tiene muy grato sabor, pero pocos meses después de haber sido filtrada, adquiere fuerza; parecida a la sidra común del norte de Francia, embriaga tan bien como el aguardiente, y la gente de la clase baja, los indios, no quieren trabajar mientras tienen chicha. En una sola isla próxima a Valdivia, producen dos mil arrobas de chicha (cada arroba equivale a 40 botellas), con una utilidad de dos a tres piastras por arroba.

Tienen también bastante ganado los habitantes de esta región; reses de buena raza pacen aquí durante todo el año al aire libre y es muy lluvioso. La industria principal de esta provincia consiste en la poda de bosques y el comercio de maderas que, aserradas en forma de tablas, o sólo desbastadas y transformadas en vigas, palos, cabrios, etc., son atados y transportados por flotación por los ríos Cruces, Calle Calle, Angachilla o Futa hasta el puerto de Valdivia, y desembarcadas luego en toda la costa de Chile y de Perú, y se emplean en la construcción de casas en estos países. En vez de las monedas de metal, las tablas, troncos o vigas desbastadas sirven aquí, en gran parte, de moneda de cambio por las mercaderías procedentes de Valparaíso. Los señores y los especuladores pagan incluso a sus obreros con sal, lienzos y otras prendas, calculando a menudo un precio tres veces superior al corriente.

Por esas causas la provincia de Valdivia aporta pocos beneficios; las aduanas apenas bastan para pagar los haberes de los empleados y la población de la ciudad permanece estacionaria. Terremotos y frecuentes incendios fastidian a los habitantes; las calles se ven desiertas. Al pasear una tarde con el alemán Philippi, hermano del naturalista, divisé entre la hierba que cubría una de las principales calles, algo que brillaba; era un sapo. Philippi lo tomó en la mano y pudimos observarlo bien, este sapo emite en la oscuridad una débil luz fosforescente, pero por su forma se parece a los nuestros. Este detalle puede dar una idea de lo poco poblada que sigue aún esta ciudad.

Al tercer día de nuestra llegada a Valdivia, partimos de madrugada en un bote al puerto. Una hora más tarde estábamos ya en una hermosa bahía, y al pasar al lado de la isla del Rey, divisé a mi amigo de muchos años, Wilhelm Trick, sentado en la orilla. Por su aspecto, vestimenta y ademán sombrío, en este islote deshabitado, parecía un Robinson en la isla de Juan Fernández. Era doctor en derecho y en ciencias naturales de la Universidad de Berlín, conocía a fondo varios idiomas y la literatura antigua; era además un buen químico, físico, carpintero, ensayista y músico. Trajo consigo bastante capital, un montón de libros griegos y latinos, obras de filosofía de Kant y Schleiermacher, un buen gabinete de química, un valioso piano y herramientas de diversa clase.

Mi docto amigo había comenzado a dedicarse a la especulación minera en el norte, en Coquimbo e Illapel. No le gustó el país seco, las faenas subterráneas y la gente; se enfermó, empobreció; su fértil imaginación lo llevó al sur, a los bosques. Se enamoró, pero no tuvo suerte. Le cayó en gracia la isla del Rey, por sus bosques y porque estaba deshabitada. Se construyó allí una casita, taló un trozo del bosque y, según me contó otro alemán, casi taló sus bolsillos, porque el suelo en esa isla es arenisco y apenas sirve para plantar papas. Tenía allí también un jardincito, porque era igualmente fuerte en jardinería.

Con este docto y excelente fantasma bogábamos por toda la bahía. El propio Trick manejaba el timón –porque también esto sabía–, si bien, según me contó, pocos días atrás en un paseo similar por el golfo, en compañía de un amigo suyo de Niebla y de la mujer de éste, de pronto un golpe de viento volcó el bote, por fortuna cerca de la orilla; él, como buen nadador que era, salvó a la mujer, pero su esposo se ahogó.

La bahía de Valdivia es casi circular, de un diámetro de media milla. Las escarpadas orillas, pobladas de mirtos y hayas, son, por el lado del continente, del mismo gres terciario que en Talcahuano, pero por el poniente, donde esta bahía se hace más angosta, dejando una salida al mar de algunos centenares de metros de anchura, se ven rocas graníticas cubiertas de gres.

Junto a la entrada desde el mar a la bahía, en su orilla izquierda, se alza el pequeño fortín de San Carlos, desde cuyos bastiones y parapetos poblados de rosas hay una encantadora vista panorámica.

Algo más lejos, al fondo de la bahía y en la misma orilla hay un pueblecito adornado con manzanos y cerezos, y otro castillito, un poco mayor, Corral, erizado de cañones, frente al cual hay un muelle bastante cómodo. Encontramos aquí al comandante del puerto y a un grupo de obreros que estaban restaurando el castillo. En las capas de gres aparece carbón mineral.

Enfrente de Corral, en la orilla septentrional de la bahía, se encuentra el tercer castillo, más grande que los anteriores, llamado castillo de Niebla, todo labrado y excavado en roca –se diría que de una pieza–, una construcción monolítica.

Estos fortines erigidos por los españoles montan guardia en la entrada al puerto, que es uno de los mejores en el océano Pacífico.

Nada hay más agradable que la navegación por esa bahía. Mientras bogábamos entre un castillo y otro, dos ballenas, cual dos surtidores flotantes, expelían chorros de agua en el centro de la bahía. Tres mercantes estaban anclados bajo las murallas de Corral, y un cuarto, con las velas desplegadas, venía de la parte del mar. También se ven desde este golfo, en el oriente, las crestas nevadas de los Andes y el volcán apagado de Villarrica.

10. EL VIAJE A OSORNO

22 de enero

Ese día dejamos a nuestro cacique, a dos indios y al capitán, bajo la protección del Intendente de la provincia, y solos don Miguel y yo seguimos el viaje hacia el Sur. El gentil Intendente nos dio un bote fiscal, y al comandante del puerto, señor Hanson, para que nos llevara un par de millas fuera de la ciudad, donde nos esperarían caballos de la guarnición militar, pues no encontramos aquí caballos de arriendo.

Primero navegamos aguas arriba por el río Valdivia (o sea, el Calle Calle) hasta el lugar donde vierte en él sus aguas el río Futa, por el cual, con ayuda de tres robustos remeros, arribamos antes de ponerse el sol al pueblo de Futa. Había allí mucha madera en venta, se veía un buen pedazo de bosque talado, y hermosas praderas y chozas sobre el río. Toda la naturaleza se parecía tanto a muchos de nuestros paisajes lituanos, que, distraído y pensativo, me dirigí al dueño de casa en polaco. Me tomó por un inglés.

El hombre nos invitó a mí y a Hanson a su casa, nos ofreció chicha y un buen asado de cordero. La tarde se pasó en una agradable charla. El chileno contaba de los asaltos de los indios y de los frecuentes combates con ellos; Hanson, un danés, habló de Copenhague y luego comenzamos a hablar con él de los tiempos idos; se habló de Czarniecki⁵ y de nuestra fraternidad con los daneses; a Hanson no le agradaban los prusianos.

El susurro de la selva, la lluvia que golpeaba el tejado y el viento que penetraba por las rendijas de las paredes de madera, haciendo oscilar la llama, de por sí no muy clara de la vela de sebo, acompañaban con bastante acierto nuestra conversación, hasta que se inmiscuyó en ella, sin que lo invitaran, el sueño.

23 de enero

Viajamos casi hasta el mismo mediodía por la oscura selva; sobre ella pasaban nubes matutinas rozando las copas de las seculares hayas, mojadas por la reciente lluvia. La arcillosa ruta iba cuesta arriba; a trechos aparecían rocas de granito y de gneis, con los que está forjada –según ya lo dije– tantas veces la cadena de la cordillera occidental.

Hacia el mediodía salimos de esta cordillera poblada de bosques a campos más abiertos y a la llanura que separa a esta cadena occidental de la oriental, o sea de los verdaderos Andes. Aquí se descubren ante nosotros las espléndidas cordilleras andinas con hielos eternos en sus crestas. Por encima de éstas dominan, el volcán Huenahue, apagado y cubierto de nieve; más hacia el Norte, el inmenso cono del Villarrica, y por el sur, dos cerros volcánicos adyacentes, el Osorno y el Calbuco.

⁵ Esteban Czarniecki (1599-1664), famoso mariscal polaco, quien combatió, entre otros, en Dinamarca a favor del rey danés Federico III contra los suecos.

La abierta llanura, adornada sólo de pequeños arbustos y a trechos de grupos de árboles más verdes, tiene de 8 a 10 millas de ancho entre ambas cadenas cordilleranas y lleva el nombre del Llano de la Unión. En su superficie se ven colinas y valles, pequeñas granjas, sembrados de trigo y legumbres. En las colinas, encontré frutillas silvestres, más chicas, pero más dulces que las cultivadas, al igual que nuestras fresas de los pinares son mejores que las del huerto. Porque es sabido que las frutillas o fresones proceden del sur de Chile, desde donde fueron introducidas en Europa, por lo que hasta el día de hoy las llaman, en España y en Inglaterra, frutilla chilena. Hay aquí también arándanos como los de nuestros bosques, sólo que el arbusto de acá crece con abundancia en los linderos de bosques y lo llaman maqui. Sus frutos son más dulces que los nuestros y tiñen más los labios y los dientes. Constituyen un excelente manjar de los indios que, por lo común, los comen a puñados, sin preocuparse de las manchas; por eso tropezábamos en el camino con gente que ya no parecía gente, con sus ojos, mejillas, orejas, bocas y mentones ennegrecidos hasta el cuello.

Un par de horas después del mediodía, llegamos a La Unión, donde deberá estar la capital de la provincia de este nombre. Por el camino nos detuvimos en casa del Gobernador, para quien llevaba yo una carta de recomendación. Se nos recibió bien y se nos invitó a almorzar. El Gobernador, ex soldado y patriota, era gran lector de periódicos y tenía mucho sentido común. Me informó del estado en que se hallaba, en aquel entonces, ese departamento situado en el extremo continental sureño de la república chilena. Cuenta con una población de 6 a 7 mil habitantes cuya mitad se compone de indios que ya reconocen la autoridad política y judicial de la república. Totalmente liberados de impuestos y del servicio militar, conservan su lengua y costumbres, no dependen en causas de primera instancia de los jueces (subdelegados), sino de misioneros capuchinos, bajo cuya tutela se hallan, pero pueden apelar al juez departamental (juez de letras). Toda su población se divide en ocho misiones, cada una con su misionero, capilla y escuela para niños. Cada misionero recibe del gobierno 25 piastras mensuales, debiendo mantener la escuela y propagar la fe, porque todavía la mayor parte de esta población, sumisa al gobierno, se aferra a su salvajismo, no quiere bautizarse, no habla español, vive torpemente y se embriaga con chicha.

Al anochecer llegamos a La Unión (San José de la Unión), un pueblecito fundado ya en la época republicana. No había hotel ni albergue para el viajero.

Me fui a la casa del párroco, pero éste había partido para visitar su parroquia a tres millas de distancia. Su vieja ama no quiso, al comienzo, dejarnos pasar, pero desarmada por nuestros modales, no sólo nos acogió sino que abrió la pieza del párroco para demostrarnos que gozaba de su estima y confianza.

Fuimos a reconocer este pueblecito departamental que estaba aún en pañales. Visitamos la municipalidad en construcción, donde justamente estaban sesionando los ediles, la tradicional autoridad establecida por los españoles desde los primeros años del descubrimiento de América y la única que conservaba hasta ahora su reputación y prestigio, y que –según ya lo dije– dio origen a la independencia del país y su régimen republicano. Había allí ocho concejales ocupados en asuntos locales y, como en la sala no había aún puertas, ventanas ni sillas, la discusión fue

breve. ¡Quién sabe si, para abreviar las frecuentes disputas y llegar a resoluciones más rápidas, el mejor remedio sería no tener sillones en los parlamentos y en la salas consistoriales!

Pasamos la velada en la casa del párroco. La buena y locuaz anciana ama quiso agasajarnos, pero no había pan, y la mujer confesó, con cierta vergüenza, que en todo el pueblo sólo una vez a la semana, los sábados, se cocía el pan. Nos aseguró que ni ella ni el párroco eran de este departamento, sino de Quinchilca, donde ella tenía dos hijastras, una de las cuales estaba casada con un caballero, pero “no como los de aquí (hizo un ademán despreciativo), sino rubio, de tez blanca, muy español, casi inglés”.

20 de enero

Yo tenía la intención de llegar al lago Ranco, situado al pie de los Andes, y seguir desde allí a Osorno. No pude hallar caballos de alquiler y tuve que seguir con los mismos que me dio el intendente de Valdivia, en vía recta, hasta la última meta de mi expedición al sur, la ciudad departamental de Osorno.

Al mediodía cruzamos en un pequeña balsa el río Trumao, y una milla más adelante nos detuvimos en Pelilla, el lugar de los antiguos, precolombinos, lavaderos de oro. Poderosos árboles crecían allí; pero se veían grandes montones de gravilla y escombros de rocas que quedaron de la época de los primeros invasores como residuos del lavado de oro, y hasta ahora pueden hallarse en el fondo del arroyuelo que pasa por allí granos y hojitas de oro. Yo, en vez de oro, preferí coger frutillas silvestres, igual que nuestros niños recogen fresas en los pinares.

Hacia las tres de la tarde llegamos a la misión en Quillaquén, donde me detuve. Una construcción de madera, parecida a las casas de nuestros párrocos modestos, era la vivienda del misionero capuchino. Junto a la casita estaba la iglesia con el campanario, y detrás de éste un gran galpón frente al cual había caballos ensillados, y en el patio, grupos de indios de ambos sexos con sus pequeños.

Fray Hilario, italiano, un misionero joven, alegre y robusto, tenía invitados y les ofrecía chicha. Nos recibió bien, nos hizo pasar adentro y ordenó a la cocinera preparar un buen pedazo de asado de cordero. Enseguida, fuimos con él a visitar la escuela, situada detrás de la casa. Doce muchachitos, de seis a diez años de edad, estaban aprendiendo a leer a voz en cuello; casi desnudos, cada uno llevaba sólo un pequeño ponchito negro en la espalda, sus rostros eran oscuros y los cabellos erizados. A nuestra entrada, los niños callaron asustados. El gobierno paga al misionero diez piastras mensuales por la alimentación de cada uno de ellos, y veinticuatro piastras al cacique que envía a los niños a la escuela. Además, el misionero tiene, de la antigua fundación, terrenos y un huerto de manzanos del que produce algunos centenares de arrobas de sidra.

El padre Hilario acariciaba a los pequeños araucanos, hablando con ellos en su lengua, y me resultaba muy grata esta imagen: el grupo de niños de aspecto silvestre, en medio de ellos el sacerdote, sobre la mesa un crucifijo negro y los catecismos que estos pequeños aprendían a leer.

Al salir de la escuela divisé en el patio a tres jóvenes araucanas en sus vestidos corrientes. Una de ellas atendía el servicio de la casa, y las otras dos estaban hilando en la galería. En el patio algunos indios estaban trabajando en una nueva construcción que erigía fray Hilario. Cuando le pregunté si esta gente estaba trabajando allí por su propia voluntad o por plata, me dijo que, de acuerdo a la costumbre de los viejos misioneros españoles, cuando ha de casarse una joven pareja india, cuyos padres ya estaban bautizados, la joven pareja debía previamente visitar al misionero para que éste examinara si sabían el catecismo, oraciones, ritos y buena conducta. Ésta se conserva hasta ahora. Y como, mientras esa gente vive en casa de sus padres, viven como salvajes y olvidan lo que habían aprendido en la escuela, donde a menudo no aprendieron nada, aunque frecuentaban la iglesia, el misionero debe enseñarles a los novios durante tres, cuatro o más semanas, adiestrándolos para el servicio y para el trabajo; debe alimentarlos, enseñarles y protegerlos, a cambio de lo cual ellos le sirven y trabajan para él. Aunque poco dóciles y perezosos, ocurre con frecuencia que, para casarse cuanto antes, estudian con más diligencia y se conducen bien; luego se confiesan, se casan y regresan donde los suyos. Por lo común estos mismos, y hasta sus padres, acuden voluntariamente o a cambio de una pequeña recompensa a trabajar en la misión en épocas de siembra, siega o fabricación de sidra; lentamente se habitúan a las leyes y a la autoridad del gobierno, poco a poco cambian su indumentaria, los hombres empiezan a vestir pantalones y sombreros, las mujeres visten camisetas, y se transforman en chilenos civilizados. De este modo, sin duda, fue domesticado y salvado de la extinción, el pueblo indio en todo el norte de Chile, hasta el extremo de que, actualmente, hasta entre la plebe se están borrando los rasgos indígenas y se está formando una nación nueva que aporta a la Iglesia millones de nuevos adeptos. Los anglosajones no conocían ese arte de los misioneros y de los colonos católicos.

La capilla del misionero estaba aseada y decentemente alhajada. Desde ella –según me decía fray Hilario– sale en ciertas fiestas un nutrido grupo de indios a pie, en procesión a Osorno, llevando imágenes santas y estandartes, y regresa en orden.

En esta ocasión me contó el misionero muchas cosas curiosas sobre los indios, su carácter, prejuicios y virtudes. Muchas de estas cosas concuerdan con lo que escuché en el transcurso del viaje de los franciscanos en Tucapel, del capuchino fray Roniulo en Valdivia y con lo que pude observar con mis propios ojos.

De modo que no estará de más agregarlo, antes de que se le olvide, a las observaciones que cité antes sobre ellos.

Los indios en toda la Araucanía, tal como lo vi en las dehesas del Imperial, no han cambiado desde el descubrimiento de América; son hoy iguales a como los pinta Ercilla:

*Robustos, desbarbados
bien formados los cuerpos y crecidos
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos*

*ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo y sufridores,
de fríos mortales, hambres y calores.*

CANTO I

Predomina en los araucanos de esta parte meridional del país, el carácter un tanto frío y la simulación. No miran derecho a la cara, no se arrebatában fácilmente de ira, son orgullosos y duros, en general reservados y no dan acceso a los extraños, a los sumisos al gobierno ni a cualquier autoridad.

Hasta ahora no hay modo de enterarse ellos mismos, ni los misioneros ni por los delinquentes que viven entre ellos, cuáles son sus creencias y leyendas religiosas. Sólo se sabe que no conocen rito alguno, no tienen ídolos de ninguna clase, ni templos, ni sacerdotes o sacerdotisas. De ahí viene la idea que se tiene de que carecen de la noción de Dios, que ni siquiera conocen la idolatría, y que el ser humano puede vivir sin Dios, cumpliendo a veces con sus deberes domésticos y sin devorarse los unos a los otros. Pero aun aquellos que opinan de ellos así, no niegan dos cosas:

Primero, que temen enormemente a un espíritu muy poderoso, Pillán, al que está sometido el espíritu malo, Guecubú, el causante de todos los males y de todas las calamidades, y que el poeta expresa con las siguientes palabras:

*Gente sin Dios ni ley, aunque respecta
a aquel que fue del cielo derribado.*

CANTO I

Segundo, que creen muy intensamente en la inmortalidad del alma y en la vida futura que, según ellos, no es otra cosa sino la continuación de la temporal y que no tiene fin. De ahí su gran respeto hacia los muertos y las grandes pompas fúnebres.

En cuanto al primer punto, estimo que la causa de la errónea opinión que atribuye a esa gente la ausencia de toda noción acerca de Dios, radica en que la permanente guerra con la soldadesca en que está envuelta la Araucanía desde la llegada de los españoles, el odio de parte de los chilenos fronterizos, el cruel e injusto trato que se les da y la falta de un apostolado más activo de parte de los misioneros, hasta ahora escasos en número, no permitieron conocerlos mejor, acercárseles y comprenderlos como sería menester. Predomina –según parece– en sus almas salvajes el temor al castigo proveniente del espíritu y no del azar, de la dura naturaleza ni de la materia, como creen nuestros civilizados ateos. Ellos consideran a ese espíritu como malo, tratan de calmarlo con alguna acción buena, se vengán del hombre cuando lo creen sometido a ese mal espíritu en detrimento de los humanos. Ignoran los padecimientos de la civilización moderna, las grandes pasiones, el orgullo, las ambiciones y los refinados placeres, y en cambio la principal y más grande desgracia que puede sucederles es la enfermedad. Por eso, si viene la

enfermedad, la atribuyen al embrujamiento de parte de algún enemigo, por celos, venganza o mala voluntad, y siempre por instigación del espíritu malo que tiene un poder especial sobre los malos para que hagan el mal. Entonces mandan a buscar a una bruja, llamada machi, cuya tarea consiste (porque se la supone en tratos con el espíritu malo) en averiguar quién es el causante de la enfermedad y, en lo posible, romper el encantamiento. La machi emplea para ellos hierbas, enciende el huso, grita, chilla, y lo más frecuente es que el causante denunciado por ella, y que puede ser un hombre o una mujer, cae víctima de venganza.

Conservan, asimismo, desde tiempos remotísimos, ciertas costumbres que casi parecen ritos en honor de una divinidad superior, a la que está sometido el espíritu malo. Ya varias veces durante mi viaje oí decir que cuando están bebiendo en sus asambleas y ágapes, antes de acercar el vaso a los labios, derraman a la tierra gotas de su bebida predilecta, la chicha, en homenaje a la otra divinidad que no es el espíritu malo.

El venerable prelado y actual obispo Orrego, en su *Viaje a la Araucanía*, cuenta que, al ver cómo un indio, después de haber sacrificado una vaca, roció el suelo con la primera gota de sangre animal y rezó en su lengua una especie de oración, preguntó por el significado de ello. Se le explicó lo que había dicho literalmente aquel araucano con las siguientes palabras: “Recibí, señor, la sangre de este animal, pues así como nos agrada comer, también a ti te agrada hacerlo”.

Están en general de acuerdo los misioneros en que los araucanos escuchan con calma cuando se les habla de Dios y que sienten respeto por la cruz. Ante todo creen en la inmortalidad del alma y se imaginan la vida futura como una existencia tranquila, eterna, y que los muertos saben allí lo que está sucediendo en este mundo. Lloran a los muertos y tratan de honrarlos dignamente en los entierros, para lo cual celebran sus juntas en que el indio se revela en toda su rumbosa y extravagante naturaleza.

Cuando muere un viejo cacique, dueño de un considerable rebaño de vacunos y ovejas, que ganó fama por su arrojo y fuerza en los malones y que se distinguió en el juego de la chueca, colocan su cuerpo, todavía tibio, en la artesa en la que en vida hacía la chicha, y cuelgan la artesa de las altas vigas en el interior de la casa. La triste nueva se propaga por toda la región, hasta los caciques más alejados, y en la casa hacen los preparativos en honor al muerto, tanto en vestimenta como en los alimentos, como si fuera para una boda, a fin de que aparezca en la forma más esplendorosa posible. Pero primero, si no es la época de la chicha, deben esperar hasta que maduren las manzanas o el maíz, para exprimir de ellos la bebida para juntas enteras; las mujeres tejen un nuevo poncho y chamal, y al cacique que en toda su vida iba descalzo, le hacen zapatos o los importan del extranjero. Mientras tanto, el cadáver se está pudriendo y ahumando del fuego en que las viudas del cacique hacen los guisos.

Cuando todo ya está preparado para el entierro, durante un par de días retumban por todo el cacicazgo el sonido de trompetas y los alaridos de los salvajes. Varios centenares y a veces hasta un millar de jinetes rodean la casa; sacan la hedionda artesa al centro de una plaza apta para carreras ecuestres y colocan in-

mensas tinajas de greda llenas de chicha, y junto a éstas, terneros y pollos trozados, etc. Directamente sobre el muerto se yergue un inmenso palo con bandera blanca y entre los más cercanos parientes y los de más edad, uno sostiene la lanza del finado, otro su chueca y un tercero su caballo favorito. Cada uno de estos tres, por turno, y a voz en cuello, conjuran al muerto para que diga si vive. Le vierten chicha en la boca, beben del mismo jarro y derraman el resto sobre el cadáver. Después, el más viejo de los caciques proclama que el muerto ya no vive, y comienzan las carreras ecuestres en círculo, a todo galope, acompañadas de gritos y espantosos aullidos de los jinetes. Sudorosos y enronquecidos, se detienen un instante para refrescarse con chicha, y reanudan el galope.

Estas juntas escandalosas suelen durar desde la madrugada hasta la noche, cuando llega la hora en que los hijos y parientes se colocan la artesa sobre los hombros y la llevan entre el incesante trompeteo y chivateo a la tumba, conjurando al cadáver a que no vuelva al hogar donde había vivido mucho tiempo, pues ya es hora de dejar sus bienes a otros.

Al bajar la artesa a la tumba, colocan dentro de ella todo lo que el cacique necesitaba antes de morir; primero, la lanza y la chueca, para que también en el otro mundo demuestre ser digno de la fama de sus mayores; después, el nuevo poncho, el chamal y los zapatos; a los costados, granos de trigo, de maíz y haba para la siembra, y en una olla, un guiso de esos granos, como para hartarse; sucede también que metan en la tumba el arado, el hacha y un jarro con chicha.

Poco después vuelven a galopar en fila los jinetes, ya bien achispados, rodeando en un círculo de varios centenares de metros de diámetro, el sepulcro recién cubierto de tierra, mientras las desconsoladas viudas del cacique, con los cabellos en desorden, y las alquiladas lloronas no cesan de pregonar con voces chillonas las hazañas guerreras del cacique y su gloria.

Debo agregar que, para honrar al muerto, los indios se presentan para estas carreras iguales que para el combate, o sea con el pelo erizado, los rostros pintados con rayas rojas y negras, desnudos y sólo ciñendo las caderas con chamales negros.

Después de cubrir la tumba con tierra, colocan en ese lugar una cruz de madera o de piedra, y durante varios días las mujeres llevan comida para el muerto, mientras sus hijos galopan cerca del cementerio.

Después de cada una de esas juntas fúnebres, el cementerio y el lugar de esas carreras, parecen un campo de batalla; hay gente contusa, caballos heridos y desperdicios. Muchos oscurantismos y prejuicios se agregan al rito y esa gente se emborracha sin medida. Pero –según me contó fray Hilario– hallan tanto placer en esa locura, que ello les impide aceptar la verdadera fe, pues saben que, con el bautismo, tendrían que renunciar para siempre a participar en sus predilectas juntas.

“Un día –me contó el misionero– me enteré de que en mi misión había muerto el cacique, padre de tres hijos cristianos, y que nadie sabía dónde lo habían enterrado. Adiviné lo que ello significaba y, acompañado por dos soldados, entré en la casa del muerto en la mañana, cuando menos podían esperarme. ‘¿Qué habéis hecho

con el cadáver?', pregunté. Todos comenzaron a jurar que lo habían enterrado hacía mucho tiempo. 'No es verdad' -dije. Empezamos a buscar, y encontré la artesa bajo la cama del hijo mayor; dentro sólo había huesos y olor a podrido. Las mujeres empiezan a llorar y a suplicar que aplace el entierro por 15 días (pues todo estaba ya preparado para la junta, pero no había suficiente chicha). 'No -dije- ni una sola hora. Llevad estos huesos a la capilla'. De nuevo empiezan a suplicarme a que espere hasta mañana. '¿De qué os sirve esa demora, acaso no es lo mismo enterrar a vuestro padre hoy o mañana?'. 'Ay, padre, no es lo mismo, todavía nos falta para nuestro padre el nuevo poncho y los zapatos'. Tuve que concederles ese día de demora. Mientras tanto fueron corriendo al gobernador y obtuvieron el aplazamiento".

Un suceso más curioso me refirió fray Roniulo, el misionero italiano en Valdivia:

"Un verano, cuando estuve ocupado en la labor misional en la frontera araucana, los indios, ya a medias domesticados, se hallaron en grandes dificultades a causa de incesantes lluvias que no les permitían segar el trigo, ya maduro, de los campitos que cultivaban. Es su costumbre que, cuando más les molesta la lluvia, convocan a esas juntas, matan un cordero para aplacar al espíritu malo, beben la sangre y pasan la noche emborrachándose".

Pero como había entre ellos muchos bautizados, fueron al cura con el ruego de que les permitiera celebrar ese corderil ágape y la junta, para aplacar a su antiguo dios, al que habían renunciado. El monje se entristeció al ver lo poco que habían cundido sus enseñanzas; les reprochó su falta de fe y la dureza de sus corazones, pero al verles aparentemente ablandados, les anunció que esa tarde haría en la capilla una misa para obtener buen tiempo del verdadero Dios.

Tal como les ordenara el misionero, los indios se reunieron para el rosario vespertino, pero la lluvia no cesaba; grandes fueron la desconfianza y dudas entre los infieles, quienes reprochaban al religioso el haberlos engañado y que por culpa de él perderían todas sus cosechas. El padre se aferraba a lo suyo. Entonces se fueron al gobernador; le prometieron que sólo harían una junta única y, si bien este caso, por su índole religiosa, no era de incumbencia civil, impresionaron a tal punto al gobernador, explicándole que ni siquiera Dios se enojaría si ellos, en última instancia, para salvar sus cosechas mataran un cordero y se embriagaran en la junta, que el gobernador, a despecho del misionero, los autorizó para todo. Después de llover un mes y después de una larga borrachera de los indios, la lluvia cesó, y cuando fray Roniulo salió al campo, se encontró con los araucanos ufanos y triunfantes meneando la cabeza y señalando el cielo despejado por obra y gracia del aplacado Pillán. Después le costó al misionero mucho trabajo y fatiga llevar de nuevo a sus salvajes al buen camino.

Oí muchos relatos parecidos en que el misionero tropieza en su labor apostólica entre los infieles con la oposición del intendente o gobernador, preocupados sólo en asegurar su dominio material sobre aquellos, con la oposición del comer-

ciante que cuida de su propia ganancia, la venta de aguardiente o tabaco a cambio de un pedazo de tierra o algunos caballos y ovejas, y hasta con la de algunos ciudadanos influyentes que ven con malos ojos la protección que el misionero ofrece a los indios.

No menos digno de saber es cómo las primeras nociones de fe que el misionero inculca en el alma del salvaje se vinculan todavía y confunden con grandes prejuicios, con elementos paganos, y con buenas o malas inclinaciones de una naturaleza primitiva.

Un cacique pagano estaba enfermo y próximo a morir. Fray Hilario fue a su choza, y con el favor de Dios ablandó y reanimó el endurecido corazón de aquél, al que anteriormente en vano había apelado varias veces. El cacique tomó el bautismo y en pocos días sanó. Tenía cinco mujeres jóvenes y hermosas, y una sola fea y añosa.

“No está bien –le dijo fray Hilario– que tú, siendo cristiano, tengas más de una esposa. Escoge entre las tuyas una, cástate con ella formalmente y despide a las demás”.

El cacique eligió la fea y vieja, y despidió a las jóvenes y hermosas, recompensándoles los servicios.

Sobre otro indio escuché de boca de un religioso que había pasado muchos años de apostolado entre los araucanos, el siguiente relato: a un indio de la tribu huilliche se le murió su hijo predilecto, bautizado un año antes. El misionero le hizo unas exequias decorosas y aprovechó la ocasión para dar a toda la familia una breve plática sobre los muchos sufrimientos de este mundo y la gran felicidad y gloria que aguardan, después de la muerte, a los que creen en Cristo y entran en la eternidad con las conciencias puras y tranquilas. Trató de describir con los colores más vivos el cielo y la presencia de Dios, arrancando lágrimas al padre y toda la familia.

Terminada la ceremonia, se llevaron el ataúd al cementerio, y el sacerdote volvió a su casa, pues estaba algo indispuerto. Cuando bajaron al muerto a la tumba y comenzaron a echarle tierra, el anciano padre se despidió de los hijos, saltó a la misma tumba y plantándose sobre la tapa del ataúd, comenzó a platicar a los reunidos imitando al misionero, sobre la gloria celestial y sobre los sufrimientos de este mundo. Finalmente, llamando a sus hijos, les dijo que no quería seguir viviendo y que sentía curiosidad por ver ese gran cielo del que habló tanto y tan bellamente el fraile. En vano suplicaban los hijos que no los abandonara. De pie sobre la tapa del ataúd, ordenó a los hijos echar tierra a la tumba y no dirigirle más la palabra.

Los obedientes hijos arrojaron al hoyo la tierra que poco a poco llegaba a las rodillas, al pecho, pero el anciano permanecía impertérrito. Finalmente, cuando ya estaba cubierto hasta el cuello miró a sus hijos y dijo con calma: “Ahora, hijos, echad de una vez muchísima tierra sobre mi cabeza y regresad a casa”. Se aterrorizaron los presentes. Alguien corrió para avisar al sacerdote de lo que estaba ocurriendo, pero de pronto el anciano lanzó a sus hijos una mirada tan severa que

éstos, reuniendo de una sola vez gran carga de tierra, no sólo cubrieron con ella todo el hoyo, sino que erigieron encima un túmulo bastante alto. El misionero viene corriendo, sin aliento, ordenando desenterrar al padre, pero ya era demasiado tarde.

En el gran mundo instruido y tan altamente civilizado encontramos muchos orgullosos y fatuos sofistas. Los niños –según dijo (si no me equivoco) Goethe–, son los rigoristas más lógicos. Los salvajes, en estado natural primitivo, son como los niños. Privados de luz superior, deducen las consecuencias directamente a partir de sus errados y oscuros conceptos. Su vida espiritual y sentimental se manifiesta a menudo en sus prácticas y costumbres llenas de prejuicios. Cuando creen en algo, lo hacen con fuerza y pasión, y por eso el rayo de luz verdadera no penetra tan fácilmente por las grietas del prejuicio a las oscuras profundidades de su alma.

“A pesar de ello –me decía un misionero capuchino, muy empeñado en salvar almas– me es más fácil, después de algún tiempo de convivencia, convencer a un indio cargado de prejuicios, que a un obstinado erudito liberalista que come y bebe como un indio salvaje, no se preocupa de la vida futura y cree sólo en lo que puede ver y tocar. La superstition est un commerce de l’homme avec Dieu, entaché d’inefficacité et de déraison; l’incrédulité est une rupture desespérée de tout commerce de l’homme avec Dieu –dice Lacordaire–. Si en el cristiano el prejuicio es como un envilecimiento del concepto, una rebelión contra la verdad, en el hombre salvaje puede ser una manifestación del espíritu en pugna con la sensualidad y con la vida material, tratando de abrirse camino a una zona más elevada y luminosa. Es innegable que más de un pueblo de los que en la época de la introducción del cristianismo en Europa opusieron la mayor resistencia aferrándose a sus ritos paganos y que más sangre de sus apóstoles derramaron, se trocaron más tarde en los defensores más celosos y más valientes de la santa fe”.

El Sol ya se escondía tras los sombríos bosques de la cordillera de la Costa, cuando llegábamos al pueblito de Osorno, último objetivo de mi viaje al sur. El pueblito se parece mucho a nuestra Lida o Nowogrodek, con sus casas de madera. Me acompañaba fray Hilario que era como un retrato de nuestros bernardinós de Nieswiesz, de la época en que podían vivir y viajar a su gusto. Aunque italiano nacido bajo el hermoso cielo de Florencia, el reverendo y alegre capuchino me tenía por su compatriota y vecino, porque nuestros lares patrios nos parecían muy próximos el uno al otro en comparación con la distancia que nos separaba a ambos de aquéllos.

“¿Es cierto, padre Hilario, que aquí ya termina la tierra y que más hacia el Sur sólo hay pantanos y mares?. No del todo –contestó– mira este sendero que pasa a lo largo de la orilla y se esconde entre arbustos”.

Es la ruta que, cruzando pantanos y ciénegas, conduce a 20 millas de aquí, hasta el estrecho de Ancud, que separa el continente de la isla de Chiloé, y de esa ruta se separa otra, todavía más pantanosa y peor, hacia el Este, hacia los volcanes de Osorno y Llanquihue, cubiertos de hielos eternos, al pie de los cuales está el lago

Llanquihue, y detrás de éste, sólo una zona boscosa de un par de millas de anchura que separa este lago del golfo de Reloncaví. Dichos volcanes están inactivos desde la conquista de América. Entre ambos, en lo alto, está el pequeño lago Esmeralda y se sabe que por allí pasaba la ruta por donde los padres jesuitas llegaron, en el siglo XVI, al otro lado de los Andes, donde fundaron una misión entre los patagones. Hoy es más difícil descubrir este camino de los fervientes apóstoles de la santa fe, de lo que fue para Almagro y sus compañeros descubrir el norte de Chile.

Osorno, pequeño pueblo departamental (40°40' de latitud) situado en la confluencia de los ríos Rahue y Damas, fue fundado en los primeros años de la llegada de los españoles a Chile, en 1553, por orden de Pedro de Valdivia, y recibió el nombre de Santa Marina de Gaete en honor a la esposa de ese famoso conquistador, por iniciativa de otro conspicuo guerrero, don Francisco de Villagra. Cinco años más tarde, Hurtado de Mendoza, con ayuda de su capitán Alonso de Ortiz, construyó allí varios edificios y cambió su nombre por el de su abuelo, San Mateo de Osorno. En esa época fueron erigidos la catedral, un hospital, los conventos dominico y franciscano, el monasterio de Santa Clara para monjas, y a fines del siglo XVI funcionaban allí una fábrica de paños y lienzos y una casa de moneda donde acuñaban monedas con el oro de las cercanas minas de Penzuelo, de las que hoy nadie se acuerda ni sabe dónde están situadas. La gran plaza y las anchas calles entrecruzadas en ángulo recto ya estaban bien pobladas y edificadas, cuando hordas del cacique Pallimachu comenzaron a asaltar esta ciudad, logrando destruirla totalmente en 1602, desde entonces Osorno permaneció casi dos siglos abandonada, y los escombros de las casas destruidas se poblaron de árboles. Según cuenta la leyenda, los propios indios, para no atraer a ese lugar a los codiciosos españoles, dejaron de extraer el oro y cegaron las minas.

Doscientos años más tarde, en el año 1792, durante el gobierno de O'Higgins, oriundo de Irlanda, quien poco después llegó a ser virrey de Perú, los indios se amotinaron en un lugar situado a ocho millas de Osorno y asesinaron a dos misioneros. En aquel entonces, la provincia de Valdivia estaba ya en manos de los españoles. Para castigar la rebelión, los soldados penetraron en las posesiones del amotinado cacique, dueño, junto con sus súbditos, de las ruinas de la ciudad cubiertas de selva bisecular. No perdieron tiempo en investigaciones, colgaron a los indios acusados en el lugar donde aún se veían las murallas de la iglesia, y cuando le tocó el turno al cacique, éste se comprometió no sólo a entregar todas sus posesiones situadas entre los ríos Rahue, Bueno y Pilmaiquén, sino también mantener en sumisión al gobierno a todos los indios de la región. Perdonaron la vida al infame cacique cuyos destinos ulteriores se ignoran, pero los araucanos mantienen hasta el día de hoy mal recuerdo de su nombre, y se conserva entre ellos la leyenda de que ese día el volcán Calbuco escupió lava por última vez, y que fue tal su ira, que toda la tierra tembló de miedo, los propios españoles se asustaron y el cacique fue el primero en temer la muerte.

Se podaron los árboles y en el año 1796, por orden de O'Higgins, comenzó la reconstrucción y repoblación de la ciudad, recibiendo O'Higgins del Rey el título de marqués de Osorno. Cuarenta años después, el volcán Osorno –según preten-

den los indios– se vengó de los nuevos colonos y sacudió con tal fuerza la tierra que destruyó de nuevo la iglesia, el hospital y los principales edificios.

Hoy, a tres siglos de su fundación, no ocupa ni la mitad del terreno que tuvo a fines del siglo XVI, pero la iglesia de piedra labrada está reconstruida, existe una amplia residencia para el gobernador y se conservan restos de fortificaciones antiguas.

Pasamos dos días en casa del gobernador, señor García, quien nos agasajó con largueza y cordialidad.

11. REGRESO DE OSORNO A CONCEPCIÓN A TRAVÉS DE LA ARAUCANÍA

Al abandonar Osorno, contemplé sus alrededores y lancé una ojeada a los dos poderosos cerros volcánicos, Osorno y Calbuco, así como al valle poblado de bajos arbustos que se extiende desde la cadena occidental de la cordillera baja hasta los Andes. A pocas millas de allí –como ya lo dije– está el lago Llanquihue, y más hacia el sur el continente se sumerge en el mar, la cordillera de la Costa se transforma en archipiélago, y la cadena de los Andes constituye la costa de América del Sur.

Aunque la llanura que se extiende desde Osorno por un costado a lo largo de la cordillera de la Costa y por el este hasta los Andes, es pantanosa y sólo cubierta de maleza, me pareció apta para la colonización, lo que, a mi regreso a Santiago, me movió a presentar al gobierno chileno un proyecto que, acogido favorablemente por el Presidente, dio comienzo a la actual colonización alemana en toda la provincia de Valdivia.

26 de enero

Vuelvo a Valdivia. Por el camino nos topamos con algunas decenas de indios que llevaban a la iglesia los despojos de un muerto. Cabalgaban detrás del ataúd en silencio y con digna gravedad.

Al mediodía salimos de la ruta para internarnos en el espeso bosque Catamutún, a fin de visitar los yacimientos de carbón mineral que fueron allí descubiertos. Realmente fue interesante, desde el punto de vista geológico, encontrar entre la cordillera de la Costa una capa de lignita igual que en Talcahuano y Lota, aunque aparentemente no tan abundante y representando aquí un verdadero derroche de combustible. No es fácil hallar en otra parte árboles tan imponentes como éstos, una selva cubriendo el suelo, y debajo de éste un inmenso yacimiento de lignita, de remoto origen terciario.

Después de una cómoda pernoctada en casa del señor Jaramillo en Futa, regresamos a Valdivia, ya no en bote por el río Tuta, sino por un camino más directo, aunque pantanoso, que cruzaba montes y un hermoso bosque de hayas. A trechos la ruta era tan mala, que me recordaba nuestros diquecitos y puentecitos lituanos.

A tres millas de Valdivia atravesamos, en una pequeña balsa, el río Angachilla, a cuyas orillas se ven casitas parecidas a las chozas de nuestros campesinos, protegidas por huertos de manzanos y cerezos. Aquí, debajo del gres, asoma a trechos la roca gnéisica. En los bosques, entre los ríos Angachilla y Calle Calle, hubo antiguamente, en la región de Valdivia, lavaderos de oro en Polillos, Cuesta de Soto y en la isla Manzanares. Actualmente resulta más lucrativo sembrar trigo y papas que lavar arenas auríferas.

30 de enero

Regresamos por el río a Las Cruces. Aquí nos enteramos de que durante nuestra ausencia le robaron a nuestro cacique y a los indios tres caballos, y que al capitán le hirieron el suyo. También hube de esperar mis caballos, los que, por orden del intendente, fueron enviados a un potrero a San José.

Aprovechando el tiempo libre, visité las cercanas trincheras del antiguo castillo español, donde, hasta la Guerra de la Independencia, el gobierno mantenía una misión y una guarnición. “Cuando llegó la patria” (expresión común que significa “cuando la patria obtuvo su independencia”) expulsaron a la guarnición, al misio-nero y se acabó todo –me dijo el funcionario local. El fortín Las Cruces, abierto en parte en dura roca de gres, tiene forma cuadrada, de cincuenta codos por cada lado, con aspilleras en cada esquina. En una quedaba todavía un cañón español; los otros tres se los llevó la patria. El parapeto se conserva bastante bien. En el interior se notan aún los restos de la iglesia.

31 de enero

Trajeron los caballos. Yo tenía proyectado hacer el camino de regreso de la Araucanía por el llano que separa la cordillera de la Costa de la de los Andes, y donde están situados los altos cacicazgos de Villarrica, Maquegua y Boroa. Pero el intendente no me aconsejaba exponerme a peligros y se negó a facilitarme un guía. Mi capitán Zúñiga recelaba de los indios de Maquegua, y corría la noticia de que con motivo del entierro de un cacique, quinientos indios armados de lanzas estaban congregados en una junta. Además, nos faltaban caballos.

No voy a repetir cuántas molestias tuvimos que sufrir en los bosques, donde, para colmo de males, nos topamos con un gran rebaño de reses conducidas desde Valdivia hacia el Norte. Sólo al día siguiente pudimos llegar a Queule y a las arenosas orillas del Toltén, por donde ya pudimos correr a prisa con nuestros fatigados caballos.

En la costa hallamos a dos indios boroanos que sacaban del agua plantas marinas y las secaban al fuego. Dos clases de estas plantas sirven de alimento no sólo a los araucanos, sino también a los habitantes de todo Chile. Pertenecen a la familia de las algas. Una de ellas, llamada cochayuyo (*Durvillea utilis*) forma unas especies de cables gruesos, cuerosos, carnosos, pardos, largos, retorcidos y ramosos; la otra especie, el luce (*Ulva lactuca*) tiene hojas finas, más delicadas. Estas plantas flotan

en el mar y son arrojadas por las olas a las orillas o bien crecen en el fondo del mar entre moluscos y piedras, tienen un olor desagradable y, una vez guisadas, no tienen muy buen sabor. Pero se venden en todo Chile, sobre todo al acercarse el ayuno de Semana Santa, y constituyen el plato general y más barato para todas las clases sociales.

Entre los chilenos existe la creencia de que los indios de Boroa tienen la tez blanca, son rubios y proceden de las mujeres que, en 1602, tras la destrucción de Imperial, fueron raptadas y llevadas al interior de la Araucanía. Aparentemente superan a otros indígenas en ingenio y se obstinan en no permitir bajo ninguna condición que los visite un extraño. Puede que sea así, pero los que yo vi tenían rostros oscuros, meridionales, como la mayor parte de los indios que encontré en mi viaje.

A la puesta del sol llegamos a la casa de un indio, situada en una colina sobre la orilla del Toltén, quien en nuestro viaje a Valdivia, nos había llevado en su bote al otro lado del río.

No encontramos a nadie delante de la casa, cuya puerta estaba tapada con una piel de vaca sin curtir. Respetando el rito, nos detuvimos esperando a caballo. Al poco rato llegaron del campo dos indias jóvenes, dueñas de esa casa y esposas del cacique, diciéndonos que su esposo y todos los hombres de la región se fueron a la junta que estaban celebrando desde hacía tres días con ocasión de la muerte de un cacique ocurrida al otro lado del río.

Humilde y recatada fue la conducta de estas mujeres y de otras dos que llegaron después como de visita. Barrieron el patio y extendieron en el umbral pieles de cordero a modo de asientos. Nos apeamos, y mis compañeros indios, Mateo y su hijo se comportaron con igual mesura y recato. El capitán tuvo que imitarlos.

Con los ojos mirando el suelo, silenciosas y sólo entre el tintineo de sus abalorios y sonajas, las bellas anfitrionas nos atendían gentilmente. Al oscurecer llegó una manada de ovejas balando y, a pedido nuestro, las mujeres nos permitieron elegir una de las más gordas. Ignoraban ellas la existencia y el uso del dinero. Yo, durante el viaje, ya había repartido los mejores pañuelos y cuentas. Zúñiga, para demostrarme la simpleza y limitación de estas mujeres, regateaba con ellas ofreciendo dos hileras de abalorios (de un valor de dos zloty) por la oveja; ellas solicitaban con humanidad por lo menos tres hileras azules, y cuando les di un manojo entero se alegraron muchísimo. Yo quería brindarles un regalo más valioso, porque nos dijeron que nos llevaríamos no sólo la oveja, sino dos corderitos para el camino. Les ofrecí mi chalina de seda, pero ellas prefirieron aceptar otra, de color rojo chillón, de algodón, y que no valía ni un real.

Hasta ahora lamento no haber sabido con qué premiar y alegrarlas por su humilde hospitalidad. Que Dios los bendiga y permita que este pueblo reciba cuanto antes la luz de la verdadera fe y libertad a la mujer de esa servidumbre y humillación, pero defendiendo su sencillez, recato y virtudes domésticas contra la soberbia de la civilización moderna.

Por la tarde estuve observando desde lejos al grupo de mujeres y niños que rodeaban el fuego. Por entre brazos y cuellos, asomaban hocicos de perros, y debajo de las rodillas brillaban ojos de gatos y aparecían rostros cobrizos de niños y niñas.

Algunas mujeres preparaban la cena, dando vueltas al palo con la oveja recién sacrificada; otras se trenzaban mutuamente el cabello; una mecía la guagua atada a una tablita. Después de la cena, la puerta de la choza fue tapada con piel de vaca, y nosotros pasamos esa noche en el patio, al aire libre.

2 de febrero

El bote estaba al otro lado del río. Un muchachito de doce años atravesó el río a nado y regresó con el bote, en el que sin pérdida de tiempo pasamos al otro lado, dejando que los caballos lo hicieran a nado. Debíamos darnos prisa, porque se nos previno que a causa de la cercana junta de los indios embriagados que estaban celebrando, el viaje ofrecía peligros. Dicen, en efecto, que el araucano borracho es como un animal, pero, ¿acaso nuestro campesino, señorito o señorón, cuando está achispado, es mejor?

Me acordé en ese momento de los que había contado el sabio Gay, miembro de la Academia Francesa y autor de una obra inmensa (de 30 volúmenes) sobre Chile. Al visitar, en su calidad de naturalista, la región fronteriza de la Araucanía hacia el año 1835, se enteró de que no lejos de Purén había una gran asamblea de indios para celebrar debates y un entierro. Sintió deseos de verlos de cerca. Con este objeto envió su lenguaraz (intérprete) a los caciques reunidos, con el ruego de que le autorizaran asistir a esa asamblea.

Inmediatamente fueron a verlo algunos indios achispados, en apariencia correctos, para averiguar quién era ese “peñi” extranjero. Para halagarlos, Gay les invitó un buen trago de aguardiente. Después de la primera copa le pidieron la segunda, y después de ésta, la tercera, ya con cierta violencia. Pronto vaciaron la botella y se pusieron a intrusear entre los equipajes del señor Gay. Allí hallaron una botella con alcohol que el naturalista llevaba consigo para conservar diversos animalitos que coleccionaba cuidadosamente, y, lo que es peor, hallaron frascos con alcohol en los que había serpientes, sapos y moluscos recogidos en el viaje y que Gay llevaba al museo de Santiago. Embriagados con el pisco, tomaron a Gay por un brujo, estrangulador, enviado por el espíritu malo para envenenar a los araucanos. Y de no ser por la rápida llegada del comisario con los soldados, tal vez lo habrían matado.

Galopábamos, pues, por la plana y arenosa orilla del mar como si alguien nos persiguiera; el día era ventoso y el mar estaba agitado por la gran tempestad que se había desatado el día anterior en el océano. A mitad de camino entre el río Budi y el Toltén nos golpea un espantoso hedor a podrido, procedente del mar. Tuvimos que dar un rodeo y, al recorrer una milla, vimos una inmensa ballena arrojada a la orilla. Bandadas de buitres, negros como nuestras cornejas, cubrían la carroña. De cuando en cuando las olas los obligaban a levantar vuelo, como si el mar reclamase aún sus derechos a la presa, disputándose los con las voraces aves. Algo más lejos yacían en la arena, en desorden, fragmentos de un naufragio, vigas con clavos y tablas, y el ruido del mar competía con el del viento norte; nubarrones negros pasaban por el cielo pardo.

Durante todo ese día no vimos un alma viva en el camino, excepto una mujer que caminaba de prisa por la orilla. Llevaba en la espalda una tablilla a la que estaba atada una guagua, con la carita vuelta hacia la parte de donde venía la mujer. Sobre la cabecita del pequeñuelo había un aro, del que colgaba una parte del abrigo de la mujer, de tal forma tocaba su frente pero lo protegía contra el viento, lluvia o sol. La tablita con el niño estaba colgada y fijada por un cordel a la frente de la mujer.

Nos empujaba el temor de que los embriagados araucanos del cercano entierro nos dieran alcance y por eso llegamos ese día temprano a casa de nuestro cacique Mateo, quien me acompañó fiel y servicialmente en todo el viaje. Cumpliendo la promesa que había hecho a los caciques de la región, dejé allí una bandera de seda blanca con cintas amarillas y, además, entregué a cada uno de los catorce caciques que me habían recibido tan solemnemente en las dehesas del Imperial, camino a Valdivia, un pañuelo y algo de tabaco, y al propio Mateo, un sombrero de lana, tres pañuelos, media libra de índigo, un par de libras de tabaco y, para su mujer, un montón de abalorios, botones, sonajas y campanitas.

Esa tarde, antes de que oscureciera, di un agradable paseo. Desde la colina en que está la casa del cacique se abre una maravillosa vista de todo el espacio desde el mar hasta las cordilleras pobladas de bosques. Por la pradera verde serpentea, dando muchos recodos, el río Budi y en sus orillas se ven diseminadas las chozas indias, y junto a cada una hay manzanos, una cerca lituana, plantíos de habas, maíz y papas, y en las colinas, pequeños campos de trigo maduro. En los potreros pacían caballos y entre los arbustos se oía el canto de la tenca (*Turdus thenca*), una ave-cilla tan hermosa como nuestros ruiseñores, a quien contestaban los tapatuculos (*Pteroptochus albi collis*), que corren por el suelo y cambian extrañamente su canto. Por toda la región revoloteaban muchas bandadas de hermosos loritos verdes, tan escandalosos como si quisieran aturdir todo el reino alado.

3 de febrero

Después de habernos despedido del cacique, avanzamos por la orilla del Budi hasta su desembocadura en el mar, donde encontramos un grupo de indios dedicados a extraer sal por evaporación. Parecían una banda de gitanos agrupados ante una roca, en torno a una poderosa fogata, en la que había una multitud de grandes ollas llenas de agua de mar. A medida que el agua se evapora, agregan a cada olla más agua de mar, hasta ver que empieza a formarse una costra salina; entonces derrama de la olla el resto de líquido saturado de amarga sal de magnesio, y lo que queda en la olla lo arrojan a un montón, lo sacan y acarrean por toda la Araucanía. En algunas ollitas cocían también papas de excelente calidad, blancas, grandes y harinosas; no las hay mejores en Prusia ni en Irlanda.

Cuando nos divisaron estos hombres, mandaron a sus mujeres a los botes; una de ellas manejaba el timón y otras dos, más robustas, remaban rápida y briosamente.

Tras obsequiar a todos tabaco y abalorios, seguimos el viaje. Era la época de la recolección de la manzana para la chicha. Encontramos en el bosque un carro

cargado de manzanas, era un carro sin ruedas labrado en una sola e inmensa pieza de madera en forma de horquilla o de la letra ‘i’ griega acostada. En el lugar donde se bifurcaban los brazos yacía un inmenso saco de manzanas, y dos bueyes uncidos al palo, como si éste fuera un arado, arrastraban por el suelo ese vehículo tan primitivo, como un trineo sobre la nieve. Tal fue sin duda el primer carro ideado por el hombre. Sobre él viajaba un muchacho tan cómodamente como en el mejor faetón.

A prisa, sin detenernos, recorrimos la llanura cerca de Las Cruces junto a las cuales los indios, a mi paso por Tucapel, me habían hecho un homenaje como sin duda jamás polaco alguno había recibido. En esa llanura se cruzaron con nosotros, cual dos vientos, dos indios montados en buenos caballos, seguidos por una hermosa mujer de blanco rostro y cabellos al aire. La reconoció Zúñiga: era una cautiva, es decir, raptada de niña en un malón.

Después de visitar brevemente al cacique Carmona, a quien regalé un alto sombrero, cruzamos, como la vez anterior, el río en bote y los caballos lo hicieron a nado. Para pernoctar nos detuvimos en la casa del cacique Lanconulla.

Por el camino sólo encontramos a dos indios, uno de los cuales montaba un caballo gris y algo cansado. El capitán Zúñiga le hizo una seña. Nos detenemos y tras algunas palabras del capitán, el indio se baja del caballo, lo entrega al capitán y toma uno de los nuestros de recambio que estaba lastimado. Los dos indios continuaron hacia el Sur y nosotros seguimos por nuestra ruta.

“¿Qué significa esto? –pregunté a Zúñiga. Sucede –dijo– que este caballo gris fue robado hace cinco años a mi madre en Los Ángeles, y lo reconocí en el acto. ¿Y qué dijo el indio?. Si es tuyo, llévatelo –dijo el infiel–, pero dame otro, porque no iré a pie, y a este caballo gris lo tomó mi padre de un potrero de Los Ángeles para resarcirse de otro que le robaron los españoles”.

En esa ocasión Zúñiga me dio una interesante idea de lo que él calificaba de moral india.

“Ellos –dijo– no roban, pero si alguno de los nuestros les roba un caballo o una res, creen y están convencidos de que pueden robar un caballo o un animal a cualquier otra persona, sin tomárselo a mal unos a otros”.

4 de febrero

Al amanecer estábamos ya en los linderos de la selva, cuya travesía nos había costado tantas fatigas la vez anterior, que ahora teníamos prisa por cruzar en un solo día. Y eso que era un día de carnaval, un día otrora de gran alegría y bailes en casa de mis padres y en todo el país, día memorable en mi juventud.

Ese día nos perdimos en la selva y sólo al amanecer llegamos a los pinares araucanos a cuya sombra, junto a un arroyo de aguas cristalinas, acampamos sobre el suave césped, en torno a una gran fogata alimentada con ramas secas.

No fueron como éstas mis fiestas de carnaval en otros tiempos mejores. No me dio vida mi madre para unas como las de hoy. Aquí, en vez de las alegres danzas, la selva intrincada; en vez de música, el susurro de las seculares araucarias; en vez de linternas de papel, las estrellas que centellean en el cielo, y de compañeros de mesa, indios de rostros cobrizos junto al fuego moribundo. Aun así doy gracias al Supremo Hacedor.

5 de febrero

Después de una marcha de seis horas, que esta vez no nos pareció tan insoportable y fatigosa como la vez anterior –porque el viajero acaba por habituarse a todo– llegamos hacia el mediodía a Tirúa y para pernoctar nos detuvimos en Cudico, donde se nos unieron dos viajeros araucanos que hablaban un poco el español.

Uno de ellos, locuaz y al parecer empeñado en agradar, me divirtió esta tarde con sus largos relatos sobre los malones y las bodas indias. Lo que contó era verídico, sin exageraciones, como pude más tarde comprobar por el testimonio de Zúñiga y de otras personas que conocen el país.

Los asaltos, llamados malones, son frecuentes entre los caciques; recuerdan la época en que los señores feudales, al frente de sus vasallos, peleaban entre sí. Siempre se trata de algún cacique ofendido, dueño de considerables extensiones de terreno, caballos, vacunos y ovejas. Es difícil apreciar cuál es su autoridad sobre los indios que pertenecen a su cacicazgo, porque no tienen leyes escritas, sino sólo costumbres, el hábito, tal vez también la tradición, pero con más seguridad es la protección que les asegura en sus disputas con los vecinos un cacique fuerte, conocido por su valor y por sus afortunados asaltos y expediciones. Lo cierto es que, a su llamada, acuden a él los indios aledaños más modestos, ávidos de apoderarse de caballos y toda clase de bienes que les asegura el jefe de la expedición. En secreto y por las noches, se apresuran para el asalto, preparan las lanzas, celebran consejos de guerra, como si se tratara de una verdadera guerra, y en la madrugada o aun antes, asaltan al enemigo, o sea a otro cacique y a los indios de su dominio; pelean, roban y regresan a sus casas con el botín.

En aquellos tiempos eran célebres los malones entre dos acomodados caciques, Colipí y Painemal. El primero era partidario del gobierno y del comisario, y el segundo, se decía demócrata, popular entre los suyos, observaba las antiguas costumbres y odiaba a Colipí y al gobierno. El araucano que me lo estaba contando hasta bien entrada la noche era del partido de Painemal.

“El presumido Colipí –dijo–, confiando en la protección del gobierno, hizo con doscientos indios a caballo un malón contra su adversario, robó y arreaba a sus lares gran cantidad de ovejas y reses. Painemal y un puñado de sus indios salvaron sus vidas por milagro. Pero pasados dos días Painemal convocó a una junta, reunió una numerosa y selecta indiada de Boroa, Cholchol y hasta de Villarrica, y entre quinientos jinetes dimos alcance a toda la comitiva de los que estaban conduciendo el reciente botín. Colipí ya había regresado a su casa. Le matamos toda su indiada

y recuperamos no sólo lo que había robado, sino sus propios caballos y todo lo que llevaban encima. En esos días Colipí mató a su hija porque ésta, después de la muerte de su marido, no quería casarse con el hermano del difunto, como lo exigía la tradición y lo quería su padre”.

De esta matanza de los indios y del asesinato de la viuda hablaba el araucano con tanta sangre fría y calma como si se tratara de una bagatela.

Esa gente contrae matrimonio de un modo singular. Entre ellos –como ya lo mencioné en otro lugar–, hay que pagar al padre de la novia en ocasión de la boda y también cuando la mujer muere, pero el amor, para ser tal amor, debe ser robado, tomado por la fuerza y con violencia. El padre no entregará tranquilamente a su hija, ni ésta dará tranquilamente su mano –como entre nosotros ante el altar– al novio. Después del acuerdo con el casamentero y después de que el pretendiente haya entregado las prendas (regalos) por la novia, tanto su padre como ella y todos los allegados, permanecen tranquilos en casa como si nada hubiera pasado. No saben el día ni la hora de la boda, es como si no pensarán en ello.

Mientras tanto, el novio busca un excelente caballo y briosos y valientes mozos, como para un malón. En compañía de éstos, y si lo desea así, en la madrugada, cuando ya casi se habían olvidado de él, penetra con gritos y con chivateo en la casa de la novia y la rapta. El padre hace como si la defendiera, la arranca de las manos del agresor, se indigna y se enfurece; los hermanos también gritan y amenazan, las mujeres lloran. La asustada muchacha grita “socorro”. Se agita con todas sus fuerzas y el mozo lucha con ella a brazo partido; cuanto más enconada la lucha, más grato el triunfo. Los compañeros no lo ayudan, y sólo desde el patio lo estimulan con sus gritos y soplando las trompetas, hasta que por fin el novio se apodera de la muchacha casi exhausta, se abre paso, la lleva en brazos y se monta de un salto en el nervioso corcel. La novia todavía se defiende, chilla, araña y muerde, pero es en vano. Entre nubes de polvo desaparecen ambos, y tras ellos galopa al bosque el séquito de los briosos mozos. Pero también en vano; la pareja desapareció en la espesura; pasados algunos días regresan tranquilamente a casa.

6 de febrero

Con la puesta del sol llegamos a Tucapel, al cuartel de mi compañero de viaje, el capitán de amigos Zúñiga. Oigo un ruido en las trincheras del antiguo fortín español, famoso por la muerte de Pedro de Valdivia. Pero no era el grito de guerra de los conquistadores; los caballos estaban trillando a la chilena el trigo recién recolectado, es decir, corriendo seis yeguas, animadas por gritos, sobre la cosecha amontonada; en tanto que, junto a la trinchera, estaban apaleando manzanas en la artesa para preparar la chicha. El capitán se llevó una gran alegría al ver su rancho y se despidió de nosotros.

En el cuartel de la comisaría lo encontré luego, como la vez anterior, sentado en un banco, con su uniforme bordado y con sable. Se atusaba el bigote, y frente a él había dos viejos caciques sentados en el suelo.

Para pernoctar llegamos al convento de misiones. El día anterior había llegado allí el misionero franciscano Trau Pacífico. El frailecito Cherubini Brancadori ya había concluido la construcción de la iglesia y estaba techando con tejas rojas la recién erigida escuela.

Ambos monjes me acogieron con la mayor gentileza, sencillez y humildad. Fray Cherubini, un italiano alegre y de viva imaginación, ya había notificado a los caciques y a los indios aledaños que acudieran a Tucapel para recibir y reconocer al nuevo misionero. Pero ya estaba en un entredicho con el comisario, el cual –si no me equivoco– era excesivamente celoso de su autoridad civil, con menoscabo de la espiritual.

Pasé gratamente esa velada en charla con los dos religiosos. Fray Cherubini acondicionó rápidamente la capilla en el convento, porque el interior de la iglesia estaba aún sin terminar, y al día siguiente, el siete de febrero, tuve la suerte de escuchar allí la misa, la primera después de una interrupción de treinta años que sufrió esta misión desde la memorable Guerra de la Independencia.

El 8 de febrero llegamos temprano al pueblecito de Arauco. Al día siguiente (9 de febrero) que era domingo, asistí a misa en la capilla de los misioneros, estando presentes también el comandante de plaza y una compañía de soldados. Ese mismo día llegamos para pernoctar a Lota, donde, en una mísera choza porque no había otra cerca de la mina de carbón, pasé la última pernoctada de mi viaje por la Araucanía.

Al día siguiente (10 de febrero) al mediodía, regresé felizmente a Concepción, al mes de haber salido de esa ciudad.

CONTINUACIÓN DEL VIAJE DESPUÉS DEL REGRESO DE LA ARAUCANÍA

No bien hube regresado del viaje en que recorrí en un solo mes unas doscientas millas, ya me invadían las ganas de hacer una excursión a la montaña para ver el volcán Antuco, del que me dijeron que estaba en erupción y escupiendo lava. No puede ni un solo día permanecer quieto en la aburrida Concepción, donde me faltaba el aire, y teniendo en reciente recuerdo aquellas selvas vírgenes, campos y praderas, tantos ríos hermosos y toda la naturaleza donde vivía un pueblo con salvaje libertad y sencillez.

Pero era preciso esperar un par de días; mis caballos estaban cansados, tuve que dejar algunos o venderlos inmediatamente y comprar otros. Y cuando estaba ocupado en este enojoso asunto, cae en mis manos, en casa del cónsul francés, el diario *El Mercurio* de Valparaíso, con la noticia de que el día 20 de enero se quemó en Coquimbo la casa donde yo vivía, con el laboratorio de química y con todo lo que dejé allí en apuntes, libros y colecciones naturalistas.

Me apenó en especial la pérdida de cartas y recuerdos de la emigración. También la pérdida del laboratorio, cuya instalación costó no pocos esfuerzos. También estaban allí mis memorias desde mi salida del hogar. Al comienzo sentí una in-

mensa pena, pero después me avergoncé de haberme impresionado tanto de esta pérdida, después de haber perdido lo más caro, la patria.

22 de febrero

Hacia las dos de la tarde, mi criado Norberto ya tenía las mulas cargadas y los caballos ensillados para el viaje, de modo que salimos de Concepción con mi paciente y humilde compañero don Miguel por la ruta de Gualqui. Esa ruta pasa cuesta arriba a lo largo de la orilla derecha del Biobío; atraviesa la cadena de la cordillera de la Costa, en su mayor parte granítica, sombreada de bosques de hayas. Detrás del río se extiende la espesa selva. Por el río bajaban balsas con madera comercial. Antes de que oscureciera, estábamos en la plaza del pueblecito Gualqui, ante la iglesita repleta de gente que rezaba el rosario vespertino. Algunos minutos más tarde, un buen ciudadano nos invitó a pernoctar; envié los caballos a pastar, nos dio excelente albergue y no nos quiso cobrar nada.

El pueblito aseado, erigido cerca del río sobre un suelo granítico, se distinguió por el hecho curioso de no haber sufrido pérdidas materiales ni humanas en el terremoto de 1835, que destruyó totalmente las ciudades de Talcahuano y Concepción, situadas sobre un blando suelo aluvial junto a la costa, si bien el mismo terremoto se hizo sentir con fuerza en Gualqui.

23 de febrero

Un hermoso amanecer descubrió ante nuestros ojos la vista sobre colinas con trigales dorados, separadas por verdes bosquecillos, parecidos a los nuestros de Nowogrodek.

Sin cambiar de rumbo poniente-orienté, durante todo ese día estuvimos atravesando la cadena, tantas veces mencionada, de la cordillera de la Costa, compuesta de masas de granito y feldespato no estratificadas y deshechas en fragmentos, sobre las cuales sólo quedaban huellas de bosques hace ya tiempo talados, en tanto que en los faldeos del norte se observan numerosos viñedos. Esta misma cadena cordillerana que se extiende de Sur a Norte, y que en las provincias nortinas chilenas alcanza a 2.000 m y que, a medida que va hacia el Sur, baja cada vez más, tiene aquí apenas 500 a 600 metros de altura, y sus picos más elevados no llegan a los 300 m sobre el nivel del mar.

Llevé conmigo un buen barómetro de la fábrica de Bunten, que, al viajar a la Araucanía, había dejado en Concepción. Hacia el mediodía en el cerro Cuesta de Coligual, considerado como uno de los más altos de esta cordillera, mi barómetro marcaba 743,7 mm de presión atmosférica, y el termómetro 20,6°.

Cerca de este cerro, descendimos al valle Millahue, donde se ven huellas de extensos lavaderos de oro, de la época de Valdivia y de los primeros conquistadores. Existe la leyenda de que los españoles se llevaron y extrajeron mucho oro de estos yacimientos, empleando para el trabajo a los indios de sus encomiendas. Creo que, de haber habido aquí tanto oro como se dice, lo extraerían hasta hoy día

los no menos codiciosos guerreros de nuestro siglo, en vez de sembrar en este lugar habas o de plantar viñedos en el suelo arenisco, del cual los niños y las mujeres serían capaces de extraer partículas de oro, lavando las arenas en vasijas.

Un arroyo de agua pura y fría murmuraba en el valle, y en este arroyo que servía a aquellos invasores para lavar el oro, llenamos nuestros cachos, y agregándoles un puñado de harina tostada, nos recomfortamos, dando gracias a Dios por habernos refrescado en la hora de mayor calor.

La ruta pasa por colinas cubiertas esporádicamente de bajos arbustos. A trechos aparecen viñedos no muy extensos, cuya planta es baja, no como en el norte del país, donde la cepa tiene hasta dos codos de altura y sus tallos se agarran fácilmente de los árboles. Aquí, cada planta de viña se alza sólo a pocas pulgadas, a lo sumo a medio codo, del marquito en que está plantada. En cambio sus uvas, que toman el calor no sólo del sol sino de la tierra recalentada por el sol, son más dulces que las del norte, y el vino que se hace con ellas se parece a los vinos españoles y portugueses de jerez, Priorat y Oporto.

A un par de horas antes de ponerse el sol, se notaba que estábamos ya descendiendo de la cadena occidental, costeña, de la cordillera, e inmediatamente llama mi atención que, mientras en las estribaciones y faldeos occidentales de esta cadena se ven bosques existentes hasta ahora o bien huellas recientes de selvas rozadas, en sus faldeos orientales los cerros pelados muestran un suelo rojizo, arcilloso, procedente sin duda de la descomposición de las rocas de feldespato, sin el menor indicio de que alguna vez hubieran crecido allí altos árboles, y sólo con pocos arbustos y árboles ocultos en algunas quebradas.

Desde los últimos cerros de esta cadena se descubre, hacia el oriente, el ancho y bajo valle Intermedio, de ocho a diez mil metros de anchura, tras el cual se alzan con toda su magnificencia los espléndidos Andes. Sobre éstos dominan dos conos nevados de tres a cuatro mil metros de altura, de los cuales, el Antuco tiene a su lado, por el sur, una cordillera casi tan alta como él, la Sierra Velluda, iluminándose su cima todas las noches con un resplandor intermitente, y por el norte, el volcán apagado Chillán, con dos cimas.

El Sol ya estaba detrás de los cerros cuando llegamos al pueblito Yumbel, situado en el lugar donde la cadena de la cordillera occidental desciende al mencionado valle. El rasgueo de arpas y guitarras, el canto de las muchachas, los juegos infantiles y la multitud de gente paseándose por la plaza y las calles, indicaban que era domingo.

El gentil Gobernador, para el cual yo tenía una carta de presentación, ex combatiente de la Guerra de la Independencia, me invitó a su casa, me dio una buena cena, y junto con don Miguel estuvimos gratamente entretenidos hasta muy tarde en el ambiente de una familia afable. El Gobernador ordenó esa misma tarde mandar los caballos al potrero, y, al notar que una de las mulas que yo había comprado en Concepción no tenía marca en la piel, posiblemente robada, y que alguien podría reclamármela por el camino, mandó inmediatamente estampar en la grupa del animal con hierro caliente su marca, como si él mismo me la hubiera vendido.

24 de febrero

Yumbel, capital del departamento de Rere, fue desde la llegada de los primeros españoles a esta región, un fortín, erigido contra los asaltos de los indios en una colina que, por esa razón, era llamada Cerro del Centinela. Varias veces destruido y restaurado, fue teatro de interminables combates con los araucanos. En la iglesia parroquial se conserva una imagen milagrosa de San Sebastián, que –según asegura la leyenda– fue hallada en un pantano cerca de Chillán Viejo en 1655 (una cruz que quedó sin duda de la destrucción de la ciudad en 1612); el pueblo se reúne todos los años para las kermeses.

Este pueblito recibió grandes daños en sus casas por el mismo sismo que destruyó en 1835 Concepción, y ello me convenció de que el mismo terremoto que arruinó en ambos lados de la cordillera ciudades erigidas a sus pies sobre un débil suelo aluvial, pese a que se dejó sentir acaso con más fuerza en los cerros de toda esta cordillera, no ocasionó daño alguno en edificios e iglesias construidas en suelos rocosos. Ello –como ya lo mencioné antes– demuestra que la destrucción de las ciudades y, en general, los efectos violentos de los terremotos, no dependen tanto de la fuerza del movimiento y de la sacudida, como de la naturaleza del suelo en que están los edificios, con excepción, naturalmente, de sacudidas particularmente fuertes que levantan o arrojan al precipicio grandes extensiones de tierra.

El clima de acá es moderado, algo más fresco que en las provincias del norte; no nieva jamás, y en el verano hay, a veces, lluvias. Las noches suelen ser serenas, y en la madrugada el viento, que llaman aquí puelche, sopla desde el Este, se trueca luego en viento sur, y al mediodía venta con violencia desde el Suroeste.

En esa mañana galopábamos por la llanura, rumbo al Este, hacia el cerro volcánico Antuco. Los inmensos Andes parecían aún envueltos en una neblina semitransparente; de pronto, el cielo sobre ellos enrojeció y asomó el Sol. Desde el tiempo de mi viaje por la pampa Argentina no volví a ver semejante llanura. A trechos un bosquecillo, un río o unos arbustos, y de nuevo la llanura.

Pero he aquí que diviso a los lejos algo así como una columna de humo de alguna caravana haciendo un alto en el camino, y luego, más de cerca, como una nube sentada en el suelo; al acercarme más aún, veo que era vapor blanco a la luz del día y oigo un gran fragor de aguas.

Doy espuelas al caballo y un cuarto de hora más tarde estoy en la orilla del río Laja, oculto en una profunda quebrada, y veo la famosa cascada llamada salto del Laja. Todo el río, de cien codos de anchura, cae en este lugar desde una altura de más de veinte metros a una hondonada.

Quien desee ver, en toda su magnificencia, ese salto de agua, debe, si bien con dificultad, descender unos centenares de pasos al fondo de la quebrada y mirar desde abajo, desde un lugar de donde se pueda abarcar de una sola ojeada todo este hermoso espectáculo.

Todo el río, al caer, se divide por arriba en dos partes a causa de una roca saliente que, en el mismo lugar de su fractura, permaneció intacta y da vida a un ramillete de verdes y floridos arbustos, rociados con el vapor. Las paredes, a ambos

lados de la cascada cortadas a pique y renegridas, sirven de marco a este cuadro. Con ellas contrastan vivamente las brillantes superficies de ambos brazos del río, que cae verticalmente. Cada uno de ellos, al recorrer los treinta metros desde arriba hasta el fondo de la quebrada, se estrella allí con estrépito contra bloques de piedra, espumajea y lanza poderosas columnas de vapor teñidas de los colores del arco iris. Aquí se unen los brazos del salto en un solo lecho de espuma blanca como la nieve, y en su curso ulterior, ya no verticalmente, sino rodando con estrépito por los montones de piedras caídas, a sólo un par de estadios más abajo, se transforman en un río totalmente puro y calmado.

Tuve que detenerme aquí algunas horas para investigar cómo pudo haberse formado aquí este Niágara chileno, cuál fue su origen y cuál es la composición del suelo en que está abierta la quebrada que recibe la inmensa cascada.

He aquí lo que pude observar y anotar rápidamente; el río Laja, uno de los más hermosos del sur de Chile, nace al pie del volcán Antuco. Raudo y brioso entre los cerros, donde tropieza con obstáculos, una vez libre de las angosturas rocosas, baja al valle sereno, se ensancha y fluye por él sin alcanzar gran profundidad debido a que se encuentra con la capa de duro conglomerado volcánico que forma el fondo de su cauce. De ahí que un par de millas más allá de la cascada, el curso del río se hace más lento y es fácil cruzarlo a nado. El mencionado conglomerado se compone de fragmentos de lava y traquita, unidos con endurecida y arcillosa materia silicosa, que el agua no puede ablandar ni disolver. Este conglomerado, tal como pude identificarlo en las paredes de la quebrada en que se precipita el Laja, forma una dura bancada, de tres o cuatro metros de espesor, e inmediatamente debajo de ella comienza una capa arenosa, blanda, que se disuelve con suma facilidad y es arrastrada por las aguas. Es pues fácil comprender que el Laja, al llegar al borde de la cascada y no pudiendo desmigajar la dura bancada en que se apoya, está constantemente disolviendo las blandas capas terrosas que se encuentran debajo de aquélla, dejando al aire una especie de cornisa del conglomerado, carente de apoyo. De ello resulta que, después de muchos años, esa cornisa socavada y carente de apoyo, debe reventar por su propio peso y deshacerse en fragmentos, corriéndose toda la cascada hacia arriba, hacia los Andes. De este modo ella, con su propia fuerza, abrió esta profunda quebrada a la que caen los trozos de roca fragmentada, en tanto que el espeso limo de la capa arenosa que hay debajo del conglomerado es arrastrado por las aguas.

Así, pues, la cascada del Laja se parece a la del Niágara norteamericano en que, igual que ésta, también aquélla, poco a poco se va desplazando hacia arriba, y si yo tuviera tiempo para medir el espacio que ocupa ese duro conglomerado volcánico, podría calcular cuánta vida le queda aún al salto del Laja, del mismo modo como se previeron los años de vida del Niágara. La única diferencia geológica que veo entre el Niágara estadounidense y el salto del Laja, estriba en que, mientras en la primera las superiores bancadas del suelo que se oponen a la acción del agua son de dura caliza, y debajo de ellas hay otras de pizarra blanda, aquí las superiores y más duras las forma el conglomerado volcánico, y debajo de ellas hay arenosas capas de margas. Otra diferencia consiste en que aquí no existe el lago Ontario, que (según temen

los estadounidenses) podía amenazar con una inundación el día que se acabe la cascada, porque el río Laja, una vez que destruya la parte más dura del cauce por donde fluye, se formará más tarde, poco a poco, un suave descenso al valle.

Junto al salto del Laja el barómetro indicó 754,4 mm y el termómetro 19,85°. Toda la superficie entre las dos cadenas de la cordillera se alza apenas 100 metros sobre el nivel del mar.

25 de febrero

Estamos en Canteras, el fundo del Presidente de la República, el general Bulnes, donde se nos recibió con la mayor gentileza y fausto y donde me dieron caballos, mulas y un experto guía para visitar el volcán Antuco.

El fundo Canteras es más extenso que algún principado alemán; sus tierras y cerros llegan a las mismas cimas de los Andes, y se adentran profundamente en el sur, por el lado del Laja. Estas tierras pertenecieron otrora a los valientes indios huilliches y fueron, por siglos, teatro de combates con los pehuenches. Durante dos siglos defendieron los indios con tesón su libertad y su oscurantismo. Más tarde estas tierras pasaron a pertenecer, todavía en la época de los españoles, a O'Higgins, oriundo de Irlanda, uno de los más insignes gobernantes de este país, empeñado en desarrollar su economía y mantener la concordia con los vecinos.

Dejó a un solo hijo, Bernardo, a quien la República debe en parte su existencia. Fue él quien ganó la batalla en los campos de Maipú, se colocó al frente de la nación y, para aplacar las discordias y excesos, se erigió en dictador. Viendo la agitación y la indisciplina de los partidos, renunció a la dictadura y se marchó exiliado a Perú, donde murió.

Canteras permanecía abandonado y durante la Guerra de la Independencia fue varias veces saqueado. Sólo después de la expedición de los chilenos en 1838 y tras la derrota de la coalición de los peruanos y bolivianos acaudillados por Santa Cruz, O'Higgins lo vendió casi gratuitamente, por la amistad y respeto que profesaba al general Bulnes, a este gran general, el que poco después fue elegido Presidente de la República.

VIAJE A LAS CORDILLERAS DE ANTUCO

26 de febrero

Sobre este viaje escribí una disertación en francés bajo el título *Mémoire sur la composition géologique du Chili a la latitude de Concepcion depuis la baie de Talcahuano jusqu'au sommet de la Cordillere de Pichanchen, comprenant la description du volcan d' Antuco en Annales de Mines*, Paris, tome XIV, pp. 163-186. Por eso no voy a explayarme en detalles sobre esta parte de mi viaje y remito al lector a la mencionada disertación.

El gentil arrendatario del fundo de Canteras me dio caballos y mulas. A la puesta del sol llegamos al pueblecito Antuco, situado en los Andes, camino al vol-

cán, y nos topamos con indios pehuenches que estaban acampados al otro lado de estos cerros, en las pampas argentinas, en el confín de la población cristiana y de los salvajes. Algunas docenas de chozas y una iglesia forman aquí un pequeño asentamiento chileno en el fondo del hermoso valle que cruza el Laja; le dan sombra alrededor, hayas y laureles; a un lado hay algunas chozas indias, y en la aldea encontré una pequeña guarnición con un oficial. La gente tranquila, afable y laboriosa; las mujeres dedicadas al tejido, y los hombres al agro y al comercio con la sal que obtienen a cambio del trigo y aguardiente de los indios pehuenches de allende los Andes. Sólo al párroco y al oficial los encontré un tanto achispados.

27 de febrero

Mis observaciones barométricas indicaron que esa aldeíta está a 541 m sobre el nivel del mar, casi al pie de la alta cordillera, en cuya cima humea el volcán Antuco.

Por indicación del intendente de la provincia de Concepción debía acompañarme en el viaje, en calidad de guía e intérprete, el capitán regional de amigos Becerra, del mismo rango y calidad que Zúñiga. Pero Becerra estaba a tres millas de aquí y no podía acudir en el acto a mi llamada. Sin pérdida de tiempo seguí el viaje con dos soldados que me asignó el oficial con órdenes para Becerra.

Todo el valle del Laja es singularmente pintoresco. A tres millas de Antuco hay un pequeño fortín español de piedra y delante de él restos del parapeto semiderruido; muy cerca está una casita con un huerto, la vivienda de Becerra. Nos acogió bien, aunque muy atareado con la cosecha de maíz, y se puso inmediatamente a mis órdenes.

Becerra, hombre de inmensa estatura, septuagenario, pero bien conservado y fornido, era el mismo que, quince años atrás, había servido de guía e intérprete al señor Pöeppig, y al que este insigne naturalista y viajero menciona a menudo en su obra *Reise in Chile, Peru und dem Amazonenstrome*, Leipzig, 1835, llamándolo De Serra. Pöeppig describió bien el carácter de su guía, pero Becerra no es actualmente tan indigente como lo fue en aquellos tiempos; tiene un buen pedazo de tierra, una buena casa, bastantes caballos y reses, y por sus méritos obtuvo el título de capitán de indios, recibe diez piastras al mes e incluso aspira a la propiedad del fortín. Era un auténtico representante de los habitantes de la frontera; medio salvaje, medio civilizado, desconfiado, algo bromista, familiarizado con la guerra, no temía a nadie, excepto al volcán, a cuyos pies nació y envejeció. Me divertía escuchar a Becerra relatar, en su sencillo, natural, pero plástico lenguaje, los mismos episodios que describe Pöeppig en un estilo docto, hermoso y florido; su viaje coincidió con la época de los asaltos de los indios y los restos de los partidarios del Rey dirigidos por Pincheira y por el mismo Zúñiga, que es actualmente comisario del gobierno. Becerra encomiaba el valor de los indios, pero sin negarles la razón a los chilenos, y varias veces mencionó a Pöeppig diciendo que era un francés o inglés, valiente, audaz y bueno. Con mucha mayor dureza y malignidad habla de su compañero de viaje nuestro erudito alemán.

Al mediodía nos detenemos ante las ruinas de otro castillo, el fuerte de ValLENAR. Aquí aparecen los cipreses chilenos, representantes de nuestros abetos y correspondientes, en cuanto a la altura de los cerros y el suelo granítico en que crecen, a las araucarias de los Andes meridionales. Algo más hacia el Este, el rápido arroyo Malalcura desciende por una angosta hondonada entre granitos al Laja, y por el costado derecho, por el sur, se ve una hermosísima cascada que se precipita por despeñaderos rocosos cubiertos de verdes arbustos.

A una milla de ValLENAR pasamos frente al último fortín español, el Fuerte Viejo, circundado de altas estacas o estacadas, que se parecen como dos gotas de agua a los “ostrog” rusos, en los que –según se sabe– los gendarmes meten a los condenados al destierro a Siberia. Este fortín está emplazado sobre un precipicio, bajo el cual ruge el espumoso Laja. Es éste el último de los fuertes que los españoles siempre tuvieron guarnecidos para defenderse de los pehuenches. La república ya no los necesita.

A media milla detrás de este fortín, salimos a un altozano, desde el cual se ven, como en la palma de la mano, el cerro volcánico Antuco y su compañera la sierra Velluda. Bajamos de los caballos, los criados se refugiaron del calor bajo los frondosos peumos (*Ecyptocaria peumus*), y yo me senté en un tronco y me puse a dibujar el cerro por el lado occidental, pues desde allí se le ve en toda su grandeza y amplitud, desde el cráter hasta el fondo del valle del Laja.

Este cerro se compone de tres partes:

- 1) La inferior y la más grande no es sino una prolongación de la cadena principal andina, en cuya loma se formó un volcán. Es como un inmenso terraplén, ennegrecido y poblado a trechos por bosques.
- 2) Sobre este poderoso terraplén se alza el principal cono, bastante ancho, cortado por arriba, sobre el cual hay
- 3) otro, más pequeño y aguado, también truncado y rematado por una pequeña cúspide negra y aguda, que la gente llama el sombrerito, desde la cual, cada diez o quince minutos aparece y desaparece humo, pero sin que de día se vea fuego.

Al costado de este cerro, por el lado sur, hay otro, de dimensiones más grandes. Es la sierra Velluda que contrasta en su forma y color con el Antuco. Mientras éste, desnudo, simétrico, está por el poniente tan abruptamente cortado que en verano la nieve no puede sostenerse en sus faldeos y sólo por el lado norte, a los costados del cono superior brilla el hielo; la sierra Velluda parece toda como desgarrada, erizada de agudos promontorios y deformada. Desde su misma cima descienden blancas nieves, separadas por negras franjas.

Becerra, buen conocedor del lugar, nos detuvo poco antes de la puesta del sol a los pies del Antuco, en la orilla del Laja, en un montículo llamado Plau de Chancay, el último límite de árboles y de arbustos mayores. Acampamos aquí para pasar la noche. Abajo susurraba el río, desde el cráter, a mil pies sobre nosotros, nos llegaba repitiéndose cada diez minutos, un estampido como de lejanos cañonazos, y en las quebradas, entre los cerros, aullaban los vientos anunciando una tempestad. Con este acompañamiento cenamos, y antes de que nos venciera

el sueño, observé un largo rato lo que estaba ocurriendo en la cima del volcán. A cada instante aparecía allí una claridad, similar al resplandor de un lejano incendio. En realidad, no era una llama parecida a la que emiten, por ejemplo, los altos hornos encendidos; se veía que era el reflejo de luz en el vapor saliente, que a veces también se reflejaba en las nubes que pasaban sobre el cráter; la luz debía proceder de las brasas del interior de la boca del volcán. De tiempo en tiempo la claridad desaparecía totalmente, a los pocos minutos se oía un estampido, como de un disparo de cañón, y luego salía una humareda que giraba en torno a su propio eje, similar al cono superior, lanzando a veces al aire piedras ardiendo, y el fenómeno terminaba aunque no siempre con la aparición en el borde del cráter de una materia ígnea brotando entre las rendijas. Tras cada explosión se producía una calma, el humo se deshacía en el aire, las estrellas lucían serenas, y sólo el murmullo del río y el viento acompañaban la charla de Becerra, quien estaba contando a mis criados, en un aparte, sus hazañas de guerra.

28 de febrero

A la salida del Sol ya estábamos a caballo. No bien nos pusimos en marcha, ya pisábamos sobre inmensos yacimientos de lava que se había derramado en esta parte del cerro en dos chorros, y aunque su aspecto exterior indicaba que no había sido muy líquida, bajó por la abrupta ladera del cerro, enfriándose y separándose en franjas, hasta los pies del cono inferior, a mil metros de la parte occidental del cráter. Uno de esos chorros se derramó hacia sierra Velluda, y el otro llegó hasta la orilla del Laja, obstaculizando con ásperas escorias la ruta que conduce al otro lado de las cordilleras.

Sobre este último chorro formado por lavas enfriadas, negro como el carbón, y cuya superficie se parecía a la del río Niemen en sus crecidas de primavera, se quiebran los hielos y se acumulan fragmentos de rocas; cabalgábamos uno tras otro, lentamente cuesta arriba, casi más despacio que por la selva araucana.

Tras una caminata de media hora, llegamos a un lugar muy pintoresco, donde el río Laja tiene sus fuentes en un lago azul como el cielo. Aquí aparece ante nuestra vista un hermoso, aunque no muy alto, salto de agua que se estrella con gran estrépito contra fragmentos de masas volcánicas caídas. Por el norte, el lago rodea en semicírculo los pies del volcán, y al fondo se alzan abruptas paredes de traquita porfídica, parecida al basalto. Aquí, el fragor de las aguas impide oír los estampidos del cráter. Siguiendo la orilla de este lago, y rodeando la parte inferior del cerro, salimos al campo más abierto, cubierto casi enteramente de gravilla compuesta de pequeñas y esponjosas escorias arrojadas por el volcán y que, llevadas por vientos del suroeste, caen en esa parte y no son sino pequeñas partículas de lava de traquita, pulverizadas en la misma explosión.

En el lugar llamado La Cueva, se unen dos arroyos; uno viene del Sur, de Sierra Velluda, y el otro desciende desde la línea divisoria de aguas en la cresta de los Andes, los que, según veo, están bastante lejos al este de Antuco. Esta cresta y la línea de división de las aguas, es decir, la frontera oriental de la república chile-

na con la vecina de Argentina, no pasan, como se cree comúnmente, por las más elevadas cumbres andinas como Antuco, Sierra Velluda o Chillán, sino que están situadas bastante lejos de éstas, hacia el Este. De ahí que todo el cerro Antuco con sus alrededores pertenezca a Chile y no a Argentina.

Aquí, en este valle de La Cueva, hay un lugar bastante importante e interesante para observaciones geográficas y geológicas, tanto para el artista, como para el turista o aficionado.

Imaginemos un extenso valle entre altos cerros, poblados de césped, como nuestras praderas; por el este, la cresta andina; por el suroeste, la Sierra Velluda con hielos y accidentadas rocas negras; y por el poniente y el norte, los dos pisos del cono del volcán Antuco. A trechos, se alzan filas de columnas de traquita y retorcidas bancadas multicolores de roca estratificada, huellas por doquier de gigantes sacudidas y revoluciones de la tierra. Por el valle serpentean dos arroyos de agua fresca y pacen rebaños de ganado y caballos. Aquí encontramos un campamento de los indios pehuenches que tenían un ñandú domesticado traído de las estepas argentinas. Estos potreros habían pertenecido, desde tiempos inmemoriales, a los indios, que celebraban aquí sus asambleas y debates.

A la vera del arroyo Rino, estaba sentado un viejo cacique, y junto a él tres jóvenes pehuenches. Uno de ellos tenía un hermoso rostro, pero teñido en rojo, con ojos pequeños, de mirada aguda y salvaje, y llevaba un poncho. Todos con caras más claras que los araucanos, con pómulos igualmente anchos, frentes bajas y nada de pelo en la barba. Estaban sentados con las piernas cruzadas en el suelo, y, aunque no se movieron de su sitio, nos medían de pies a cabeza con miradas orgullosas y desconfiadas.

A un par de estadios de ellos, escogimos un lugar para nuestro descanso, y no bien nos acomodamos, el cacique nos envió a su hijo para preguntarnos qué asunto nos llevaba a esta parte y qué intenciones teníamos. Le respondió Becerra con gravedad y con cierto acento oficial que yo era un caballero enviado por el mismo Presidente con la misión de visitar el volcán.

Luego comenzó, entre el indio y Becerra, una disputa más viva. Mientras mi capitán hablaba lentamente fijando la vista orgullosa y a veces amenazante en el hijo del cacique, el joven pehuenche miraba la tierra y sólo de vez en cuando lanzaba una mirada, como un flechazo, a Becerra, mordiéndose los labios, temblando las ventanas de su nariz y con el pelo erizado. El indio contestaba con brevedad, con la voz ronca, y cada vez que alzaba el tono con ira, Becerra primero tocaba su cigarro y tras una pausa seguía con voz más firme.

Mientras tanto yo estaba dibujando el retrato del pehuenche, y luego examiné el barómetro, que suscitó la recelosa curiosidad del indígena. Primero creyó que era un arma, se acercaba, se alejaba, observaba de qué extremo dispararía y luego se extrañó al ver que yo apunté algo en mi libreta.

Eran las dos de la tarde, el barómetro marcaba 648,8 mm y el termómetro 23,5°, lo que corresponde a la altura de ... sobre el nivel del mar. Me adentré en el prado en busca de un lugar desde donde se pudiera dibujar mejor la vista del cerro Antuco desde el este. Desde aquí no se ve ese sombrero negro que se oculta

detrás del cono superior helado, e incluso una buena parte de este último, mirado desde abajo, queda tapada por el cono interior, que constituye prácticamente todo el cerro.

Mi intención era averiguar aquí la verdadera frontera de Chile y llegar al otro lado de los Andes. De modo que nos dirigimos más hacia el oriente, a lo largo del río Pino, y más a prisa, para poder llegar ese mismo día a los pies de la loma central de los Andes, los que –según dije– dejan el volcán Antuco en el lado chileno, aunque el volcán domina toda la cadena de las cordilleras meridionales.

Al cabalgar cuesta arriba por el ancho valle del río Pino, poblado de un grueso y espeso césped llamado coirón, muy alimenticio para el ganado, pasamos por un valle más angosto, pero igualmente verde, el Trapa Trapa, por donde fluye hacia el Norte un riachuelo bastante raudal, llamado río Damas.

Antes de oscurecer, encendimos una gran fogata al pie de la cordillera Pinchachén, situada en la misma línea divisoria de las aguas.

1 de marzo

Aquí acampaban desde tiempos muy remotos las hordas de pehuenches que guerreaban incesantemente con los huilliches, una tribu de la misma raza india, establecida en la parte occidental de las cordilleras. Los pehuenches, en cambio, vivían siempre allende los Andes, en las estepas argentinas, hasta que los españoles comenzaron a atacar a unos y otros, exterminarlos y quitarles sus tierras.

La noche fue serena y la mañana tranquila. Antes de que los fuertes vientos empezaran a soplar en las cumbres andinas estuve, ya por cuarta vez, en la loma de esta cadena montañosa, la más larga del mundo y que llaman comúnmente la columna vertebral de ambas Américas.

Es difícil describir lo que siente el hombre en el alma cuando escala la cumbre de inmensos cerros con los que Dios separó unas naciones de otras y por los que divide ríos y pueblos. El caminante pisotea triunfalmente la loma del inmenso cerro; su mirada se pasea orgullosa por ambos costados opuestos de la enorme arruga sobre la costa de nuestro planeta, alzada por sacudidas prehistóricas.

La loma de los Andes, en el paso de su parte occidental a la oriental, en el lugar llamado Pichachén, en la ruta de las tribus pampinas de los pehuenches y pampas, es redonda, en esta época totalmente seca, sin nieve, cubierta de gruesa grava, y sólo a trechos aparece un eslabón de roca de feldespatos. No se ve la menor huella de vegetación y las laderas de los cerros, tanto por el Este como por el Oeste, son tan suaves y llanas que hasta en un vehículo se puede fácilmente y sin peligro cruzar esos Andes chilenos.

Un pequeño y angosto arroyo nace aquí cerca de la loma, en la ladera oriental, y baja por un cauce de poca profundidad, rumbo Sur-Este, a un par de millas de acá, al río Mancol, en la proximidad de las termas minerales, a las que la gente sencilla de Antuco y de regiones más alejadas atribuye buenas cualidades curativas para muchas enfermedades y adonde en verano acude mucha gente para tomar baños.

Ocho millas más lejos comienzan las carpas de los salvajes pehuenches y allí está la morada de su jefe en Choy-Choy-Malín. Fue éste un cacique famoso por su valor y crueldad, luchó muchos años contra los chilenos, perdió en los combates más de la mitad de su población y, finalmente derrotado, se reconcilió con el gobierno chileno, permanece tranquilo y se contenta con el tributo que a cambio de la sal, le entregan los indios de las provincias adyacentes de Concepción y Chillán. Porque cerca de aquí están los lagos salados que, al secarse en el verano, forman en las orillas inmensas costras de sal de bastante buena calidad.

Estos pehuenches se diferencian de los araucanos por el carácter y el modo de vida. No cultivan tierra ni construyen casas; son nómades; largas carpas de crudos cueros animales les sirven de viviendas. Tienen muchas mujeres y esclavas que les arman las carpas y les sirven en todo menos en las guerras. Tienen muchos caballos y reses, viven de asaltos y robos; se reparten el botín y manejan hábilmente el caballo y la lanza.

Hablan la misma lengua que los indígenas araucanos, pero los odian. El mismo dialecto hablan las tribus esteparias que recorren toda la Patagonia e incluso los indios desnudos, los más salvajes, que viven en el mismo extremo de Sudamérica, en el cabo de Hornos.

Desde la cumbre de los Andes, Pichachén se extiende hacia el Este, un desierto, primero montañoso y después trocándose poco a poco en las inmensas pampas que abundan en potreros. Los recorren poco numerosas hordas de indios salvajes, cuyo número no aumenta, porque su estado salvaje no favorece el aumento de la población. Esas pampas constituyen una carta en que aún no se ha inscrito tradición histórica alguna. No hay en ellas, lo mismo que en el mar, rutas ni casas, ni se conocen hasta ahora los cursos de los escasos ríos que la cruzan. Ese arroyo Mancol, que baja del mismo lomaje de los Andes a la quebrada, se une –según me aseguró Becerra– cerca de Choy-Choy-Malín, con el río Tucumán, y éste desemboca en el Nauquén. Pero no respondo de la exactitud de estos datos.

En general, todos los cerros situados en la ladera oriental de las cordilleras tienen las pendientes menos abruptas que los cerros situados en el lado occidental. En la parte norte de la loma de Pichachén, que divide en dos lados opuestos el curso de las aguas araucanas, sólo la cumbre del cerro Alico está cubierta de hielo, en tanto que en la parte sur lo está el cerro Lonquimay, pero el resto de esta cadena, aunque situada entre los 36 y 37° de latitud sur, hasta muy entrado el invierno no siempre se cubre de nieve.

Pero la vista más hermosa desde las cumbres de Pichachén sobre el volcán Antuco se ofrece desde el poniente. Se ve desde aquí, como en la palma de la mano, su forma y su estructura exterior. Hería la vista la blancura de los hielos de su cono superior, recortado horizontalmente y negro en la cumbre, que expelía de cuando en cuando vapores volcánicos; el cono inferior se mostró con relación al otro tan inmenso, que él sólo constituía casi toda la masa del cerro Antuco.

Cuando estuve en la cumbre de los Andes, el sol comenzaba a ponerse en las estepas argentinas. ¡Con qué hermosura brillaban sus rayos en el cielo de azul turquesa! Se arrebolaron las cimas cordilleranas; en el ambiente reinaba el silencio.

Mi barómetro, colgado a la sombra de una roca, marcaba a las 8:30 horas de la mañana 597,65 mm, y el termómetro 8,6°. Ese mismo día y a la misma hora, al nivel del mar en Concepción había 762,10 mm y 21°, respectivamente. Me extrañó que estos inmensos Andes no sobrepasan aquí una altura de 2.043 m sobre el nivel del mar.

Ese día descendimos temprano al valle y acampamos al mismo pie del cono inferior de Antuco, sobre el lago del mismo nombre, con la intención de madrugar y, en lo posible, trepar hasta la cima.

Ya desde el día anterior, Becerra comenzó a quejarse de su salud; se ató un pañuelo al muslo y comenzó a insinuar la existencia de fantasmas que aparecen arriba, y que el volcán se enoja cuando alguien se le acerca. Por el contrario, mi segundo guía aseguraba que iría conmigo, aunque fuera a la misma boca, al infierno. Becerra había traído por la tarde a un fornido mozo pastor de una manada de ovejas que pacían en las proximidades, y garantizaban que éste no se apartaría de mí.

2 de marzo

La noche fue tibia y serena; el murmullo de los arroyos que bajaban por Sierra Velluda y la fatiga del viaje del día me adormecieron rápidamente, pero antes de que comenzara a clarear, las explosiones matutinas del volcán, el despertar del fuego subterráneo y el leve e intermitente temblor del cerro me despertaron. El crepúsculo matutino, el lucero (sic) que precede al sol, ya lucía sobre la loma de los Andes. Mis guías se calentaban ante el chisporroteante fuego y tenían preparada en el caldero agua hervida para el ulpo.

No perdamos el tiempo –dijo el joven guía a Becerra–, antes de que salga el sol debemos estar en la cumbre, porque si no nos anticipamos al viento poniente –travesía (sic)– ninguna fuerza sería capaz de oponérsele. Yo ya sabía, por los relatos de la gente de Antuco y por la descripción de Pöeppig, que ya antes del mediodía un violento viento comienza a soplar arriba por el oeste, arrastrando y llevando desde el cráter, hacia el Este, el vapor y una nube de pequeñas escorias, “lapilli”, con tal fuerza que resulta imposible tenerse en pie y aproximarse al cráter por el único acceso mismo, que está en el lado este.

Nos levantamos rápidamente y en media hora estábamos listos para la marcha. Hubo que dejar abajo los caballos y las mulas. Cada uno de nosotros se proveyó de alimentos para todo el día; yo cargué con el barómetro en la espalda y llevaba un bastón; el guía no se olvidó de las botellas con vino y agua.

Hace diez años había una subida bastante fácil a caballo, por la parte sur, hasta la mitad del cerro Antuco, en el lugar donde éste se toca con la vecina Sierra Velluda y por donde, incluso, pasaban los viajeros sin peligro de una a otra parte de Los Andes. Por esta ruta ascendió Pöeppig en el año 1828, al anochecer, a trescientos o cuatrocientos metros más arriba del lugar donde pernoctamos, y pasó allí la noche para reservar fuerzas y tiempo para la jornada siguiente. Pero en los últimos años este paso entre los dos cerros quedó obstruido por escombros, lavas y enormes

fragmentos de roca derrumbada, por las cuales hubimos, casi desde abajo mismo, de atravesar, escalando y saltando de una piedra a otra, y a trechos, a través de arroyos de agua fría emanada de los hielos que se fundían.

Ya estaba clareando y arbolaban las cumbres andinas cuando pasamos a una ladera más abierta y pareja, cuya superficie estaba cubierta de espeso césped y a trechos de matorrales y flores. Aquí hicimos el primer alto. El fresco matinal y la pureza del aire aumentaban nuestras fuerzas y bríos, y las explosiones cada vez más violentas y amenazadoras del volcán espoleaban nuestra curiosidad por el volcán. Ya mencioné antes que, observando desde lejos el cerro volcánico Antuco, se distingue fácilmente que éste se compone de dos conos grandes y otro pequeño en la misma cumbre. De los dos primeros, el inferior, ancho, constituye acaso más de nueve décimas partes del conjunto, y sirve de base al otro cono de laderas mucho más abruptas y cubiertas de hielo.

Antes de que alcanzáramos la mitad de la altura del cono inferior, ya encontramos la superficie del cerro desnuda de toda vegetación, cubierta de dura grava de escorias volcánicas y de esos “lapilli”, que son como una fina arenilla que escupe el cráter en cada explosión. A trechos, profundas grietas y quebradas cortan la superficie y descubren la composición interior de este cerro y el carácter de las rocas que lo formaron.

Tal vez me detuve demasiado tiempo ante ellas; el Sol ya estaba muy alto sobre la cordillera Pichanchén cuando llegué al primer límite de los hielos en fundición, en las laderas oriental y meridional de cerro. Como no había tiempo para preparar el barómetro, hube de dejar para el regreso la determinación de la altura que alcanzan en este lugar los hielos eternos.

Aquí comienza la parte más fatigosa y más laboriosa de la escalada. Dos poderosas masas de nieve endurecida bajan a dos anchas hondonadas, separadas por una pronunciada elevación que forma una especie de joroba informe sobre el cerro, en que la nieve no puede mantenerse por largo tiempo. Por la loma de esta rocosa elevación, entre dos precipicios, trepábamos acaso media hora. No había tiempo para mirar atrás ni hacia abajo; manos y brazos ayudaban a las piernas, hasta que por fin llegamos, sin mayor cansancio y sin novedad, al mismo borde del cono truncado inferior.

Aquí se descubre una espléndida vista sobre el cono superior, tras el cual se oculta el tercero, más chico, que ya mencioné antes. Más de media milla de circunferencia tiene este borde del cono grande, y por su forma se parece al parapeto de un fortín redondo. Este parapeto, hecho de escorias y trozos de lava, mide entre veinte y treinta codos. Tras él hay un foso de 20 o 30 codos de profundidad, que rodea la base del cono superior. Este foso, cubierto de hielos eternos y situado entre el borde saliente del cono inferior y la base del superior, tiene de 500 a 600 codos de ancho. Su fondo, forrado de nieve helada, fue tal vez la boca de un enorme cráter antes de que comenzara a formarse por las explosiones volcánicas posteriores, el cono superior que hoy escupe fuego.

Debo agregar que por el lado oeste, una gran parte de este cerro fue destruida, cortada, de modo que hoy este cono superior con su cráter no está situado en el



Araucanas, mujer e hijas del cacique Penoleo. 1838.
Archivo Fotográfico y Digital de la Biblioteca Nacional de Chile.

centro del borde circular del cono inferior y del foso redondo al que es preciso bajar para poder escalar el cono superior.

La mañana era hermosa, el cielo despejado, no tan azul como suele verse desde las cumbres de las cordilleras meridionales chilenas, sino más bien de tono turquesa. Cada ocho, diez o doce minutos se oía un estruendo subterráneo, parecido al disparo de un cañón, pero mucho más fuerte y sin eco. Después de cada explosión se elevaba de la cumbre del cerro una columna de vapor blanquecino hasta una altura de más o menos cien metros sobre la cima, y se deshacía rápidamente en el aire, pero aún antes de que lo hiciera del todo, ya en las entrañas del cráter comenzaba un borboteo como en una inmensa caldera. En este mismo instante nubes de humo negro salían de la cumbre y, girando en torno al eje vertical, llegaban a la altura de doscientos o trescientos codos por sobre la cima del volcán. A cada explosión temblaba la tierra y descendían, llevadas por el viento desde el cráter hacia el poniente, cenizas y arenas de fragmentos de escorias; a ratos pasaba por los aires silbando una “lágrima” volcánica, una piedra de lava concentrada. Todo este fenómeno, es decir, el ruido subterráneo, el vapor rugiendo en el cráter y luego la explosión de humo, arena y piedras, se sucedían –según dije– cada 12 o 15 minutos, alternando con el silencio en la atmósfera. Sólo de cuando en cuando se oía el estrépito de un pedazo de roca rodando por las heladas pendientes del cerro.

Durante un descanso en el parapeto que constituía el borde del círculo que rodeaba la base del cono con el cráter, apunté lo que vi e hice un dibujo; luego, al colocar mi barómetro a la sombra, bajo una roca saliente, anoté la altura en este lugar a las nueve horas de la mañana. Marcaba 575,5 mm, y el termómetro 19,4°. A esa misma hora el barómetro indicaba al nivel del mar 760,1 mm y el termómetro 20,25°, lo que corresponde a la altura de 2.427 m sobre el nivel del mar.

No había tiempo para seguir descansando, y de todos modos ya era demasiado tarde, porque esta mañana, acaso más temprano que de costumbre, comenzó a soplar el viento desde el suroeste, penetrando entre Sierra Velluda y Antuco. El guía de Canteras se mantenía aún ufano, pero el muchacho joven, sustituto de Becerra, palideció al ver que pretendíamos en serio trepar hasta la cumbre del cráter, y no sabía por dónde guiarnos. En realidad, no conocía el acceso por el sur a la cumbre del cerro ni por dónde había que caminar para eludir el viento. Después de una consulta entre todos, se decidió tratar de escalar el cerro por el este. Por ese lado estábamos realmente protegidos contra el viento del oeste, pero también era fácil de prever, y lo sabían bien mis dos guías que ya estaban de mal humor, que, en cuanto nos acercáramos a la boca del infierno, tendríamos todo el humo, vapor, arena y piedras en contra nuestra y no estaríamos en condiciones de resistir la fuerza del viento a esa hora.

Después de haber comido un poco, partimos, inicialmente con bríos; el guía de Canteras a la cabeza, seguido por mí, por don Miguel y por el sustituto de Becerra cerrando la fila. Fácil fue el paso por la convexidad nevada que separa el borde del cono inferior de la base del pico, ni fue muy fatigoso escalar otros 500 o 600 m, aunque había que pisar con creciente cautela y ayudarse con bastón.

El calor del día ya estaba fundiendo el hielo haciendo resbalar los pies; a trechos se escurrían regueros de agua como en Polonia en las mañanas de marzo; íbamos cada vez más despacio haciendo descansos cada vez más frecuentes y prolongados. Cesaron las charlas, cada uno pensaba en sí mismo buscando dónde poner los pies y apoyar el bastón.

Sólo a 500 o 600 m del cráter, es decir, a la mitad de la altura de su cono, encontramos toda su superficie helada cruzada en varias direcciones por profundas hendiduras. Unas, de 40 a 50 pies de profundidad, bajan derechas; otras atraviesan el cerro en diagonal formando obstáculos casi infranqueables. Más de una de estas grietas hubimos de recorrer siguiendo su resbaladizo borde en busca de un lugar más angosto para cruzarla de un salto, pero pronto se interponían otras, peores y más peligrosas.

A menudo, el único paso constituía el lomo de un angosto montículo de escorias entre dos grietas abiertas en la masa de puro hielo de color azul claro. A veces, metidos entre estas grietas y hendiduras, no sabíamos cómo salir del laberinto en que un mal paso amenazaba la invalidez o algo peor, pero habría sido vergonzoso retroceder estando a sólo 200 a 300 m del cráter. Entretanto, el volcán se enojaba cada vez más, sacudía el cerro y arrojaba arena y piedras. Nuestro muchacho del lago había quedado muy rezagado abajo, y nuestro guía de Canteras se hacía cada vez más remolón.

A trechos, le ceniza y los “lapilli” recién caídos ocultan bajo su capa la nieve no endurecida y una grieta en el hielo. En uno de estos hoyos traicioneros caí tan profundamente que sólo con ayuda del guía pude salir. Pero la ilusión no menguaba. La ilusión es peor que la esclavitud, reza nuestro refrán. Estábamos ya a cien metros de la cumbre y había que buscar a toda costa un paso a la ladera septentrional de cerro para eludir el violentísimo viento del oeste. El guía protestaba y disuadía, pero mi joven compañero don Miguel estaba tranquilo y no temía seguir escalando.

Ya eran cerca de las once, la hora del peor viento en el cráter: el cerro cada vez más empinado, nubes de húmedo vapor, el olor de azufre y las bocanadas de arena caliente nos llegaban cada diez o quince minutos. Por fin alcanzamos un lugar desde el cual ya era imposible dar un paso más hacia arriba. La roca cortada a pique enfrente y al lado una profunda grieta en el hielo en fundición formaban un obstáculo invencible; un pedazo de escoria voló sobre la cabeza de mi joven compañero Miguel. Al verlo, recordé la imagen de su madre llorando en la despedida; sobre la creciente curiosidad se impuso la prudencia. Aunque estábamos a sólo algunos cientos de metros de la cumbre, decidí regresar, pero antes, con ayuda del único guía que permaneció a mi lado, logré colocar mi barómetro a la sombra de una roca. Marcó a las doce en punto 551,4 mm, y el termómetro 13°. A esa misma hora el barómetro al nivel del mar marca 758, y el termómetro 21°, lo que corresponde a la altura de 2.718 m. Deduzco de ello que la cumbre del cerro no llega a los tres mil metros sobre el nivel del mar.

Ya no había necesidad de continuar por más tiempo en este helado borde del inaccesible volcán. Ya comenzaban a fastidiarme las explosiones y temblores que

se sucedían cada doce o quince minutos; el hielo bajo los pies y el Sol que apretaba desde arriba. La vista hacia el oriente era formidable. Con la loma de los Andes bajo mis pies y con la cumbre Pichachén a 500 m por debajo del lugar donde estuve sentado, mi mirada recorría las inmensas estepas de la Patagonia septentrional.

No voy a describir las nuevas aventuras que nos sucedieron en el descenso y en la vana búsqueda de un acceso al cráter por la parte sur. Todo el que caminó por cerros empinados sabe que es tres veces más difícil y más peligroso bajar de rocas escarpadas y además heladas que escalarlas.

Ya eran las tres cuando bajamos hasta los últimos hielos en la pendiente sureste, donde me detuve para determinar en este lugar el límite del hielo eterno, es decir, el que no se funde en verano. Con extrañeza observé que mi barómetro estaba marcando 602,3 mm (termómetro 21,2°) lo que corresponde a la altura de 2.109 m sobre el nivel del mar, o sea inferior a la cumbre del Pichachén y de los Andes adyacentes que en esa época estaban totalmente desprovistos de nieve. En efecto, el límite de los hielos eternos en estos Andes meridionales, lo mismo que en los septentrionales, baja en algunos lugares de las laderas meridionales en 1.000 m más que en los noroccidentales, y cuando aquí, en verano, no se ve la nieve en toda la línea divisoria de las aguas por el lado occidental, en estas mismas cordilleras por la parte oriental y septentrional, los hielos eternos llegan casi a los 2.000 m sobre el nivel del mar.

Antes de ponerse el Sol, estábamos ya al pie del centro junto al lago. Al día siguiente acompañamos al parlanchín Becerra a su casa en la aldea Antuco. Al descansar por el camino bajo frondosos manzanos, encontramos a pehuenches acampando, entre los cuales llamaba la atención un joven alto, ágil, de aguda mirada y una salvaje belleza. Tenía las mejillas pintadas en color rojo-marrón, grandes aros de plata en las orejas, y en la cabeza un pañuelo blanco con listas rojas, bajo el cual caía sobre su espalda una gruesa trenza negra. Tenía un palo de coligüe de cinco o seis codos de longitud, preparado para hacer de él una lanza, pero sin la punta. Estaba tan orgulloso que ni siquiera se dignaba a responder cuando le hablaba Becerra.

VIAJE A LA CAPITAL: SANTIAGO

4 de marzo

Felizmente y sin novedad regresé a Canteras, donde el señor Tagle, administrador del fundo, me recibió realmente a lo polaco, pero antes de seguir el viaje, visité las dependencias de la propiedad.

Gracias a Dios, no existe aquí la servidumbre de los campesinos ni tributos legales a favor de los propietarios. Unas cien familias de inquilinos, asentados en los extensos terrenos de este fundo, sirven al propietario del mismo para cultivar las tierras, para la siega, el cuidado de las reses y caballos, y en pocas palabras para

todo aquello que hacen nuestros siervos. Estos inquilinos no pagan, pero están obligados a presentarse al ser llamados por el señor o el mayordomo para ciertas faenas, cada vez que se les necesita. Se les paga por la jornada de labor un real (más o menos nuestro zloty) y se les da pan y porotos guisados. El fundo les facilita para el trabajo carros, bueyes de arrastre, arados y otras herramientas. Pertenecen a la milicia y deben de cuando en cuando acudir a los ejercicios y a veces a algunas labores de tipo policial, a cada llamada de la autoridad local, a caballo y con lanza si es que pertenecen a la caballería. También a caballo y con el lazo deben acudir a los rodeos, etc. Si bien tienen el derecho a abandonar al propietario si éste es inescrupuloso o demasiado exigente o si la autoridad policial local los molesta mucho, también el propietario está autorizado para expulsar a la familia del inquilino o trasladarla a otra parte. Y cuando el pobre gañán, habiendo abandonado su antiguo lugar en busca de un amo mejor y un trabajo más liviano, tropieza con otro peor, con el suelo más duro y la faena más penosa, empobrece, sufre, y debe errar con su familia, busca las ciudades o emigra detrás de las cordilleras, a Perú o a Bolivia. El rancho del inquilino, pergeñado con ramajes y juncos, es peor que los que vi entre los indios en la costa de Imperial. Los llamados mayordomos empleados por los señores para dirigir las faenas son como nuestros ecónomos o como los *prikashchiki* o *uriadniki* rusos; siempre a caballo, no sueltan de la mano el látigo que usan lo mismo contra la bestia que contra el hombre.

5 de marzo

El señor Tagle nos acompañó, a cuatro millas de la casa del fundo, al potrero donde cien yeguas trillaban el trigo recién segado y amontonado. Desde allí, tras habernos despedido del gentil anfitrión, viajamos por el antiguo camino hacia el Norte, siguiendo los pies de la cadena de la cordillera andina, o, como la llaman aquí, a lo largo de la “ceja de los Andes”, porque esta ruta pasa por una serie de bosquecillos y a trechos por espesos bosques de hayas aún sin talar.

Pasamos a nado el río Laja, cuatro millas más arriba de la cascada; un par de millas más lejos cruzamos el río Choymas, tributario del Itata, uno de los principales ríos de esta provincia. Junto al camino está el pueblecito de Tucapel Viejo, otra un fortín español. Los españoles siempre trataron de eternizar la memoria de sus enemigos, bautizando con sus nombres los pueblos y fortines que fundaban.

Pasamos la noche en el pueblecito Yungay, que se estaba construyendo por orden del gobierno en recuerdo de la batalla y el triunfo obtenido hace seis años por Chile sobre Perú. Ya estaban en pie algunas casas blanqueadas; ya estaba trazada la plaza y las calles, una capilla y –lo que siempre hacían primero los españoles en sus fundaciones– el cabildo. Y según me refirió el dueño de una modesta casita donde nos alojamos, que en cada casa había un partido político diferente y que el fundador del pueblo, general Baquedano, estaba en pugna permanente con la municipalidad.

6 de marzo

Viajamos todavía de cinco a seis millas por hermosos bosques, hermosos, porque para mí todos los bosques son hermosos. Del pueblecito Pemuco salimos al campo abierto, al llano intermedio que –según ya lo dije– separa los Andes de la cordillera de la Costa. Se observan aquí hermosos viñedos, extensos trigales y huertos.

El 7 de marzo llegué a Chillán, ciudad departamental, una de las más antiguas, fundada por los primeros conquistadores; desde hace tres siglos estuvo aquí siempre el principal convento de los misioneros, desde el cual irradiaba el apostolado por toda la Araucanía. Era una ciudad fundada en un lugar bajo, sobre un hermoso riachuelo claro, en la planicie central que en este lugar (según mis averiguaciones barométricas) no tenía más de 72 m sobre el nivel del mar. Por el oriente se ven desde aquí, a 8 o 10 millas de distancia, los espléndidos Andes, coronados por el cono nevado del volcán Chillán; por el poniente, a un par de millas, la cadena de la cordillera de la Costa, de escasa altura. En torno, hasta donde alcanza la vista, un llano abierto y sólo junto a aquel arroyo donde estuvo Chillán viejo, un bosque de álamos y un verde prado.

Cuando llegamos al mediodía a ese antiguo emplazamiento de la ciudad tan famosa en la historia de Chile, se nos ofreció un aspecto deprimente: casas derrumbadas, paredes aún en pie de casas sin tejados en largas calles, montones de escombros y, entre ellos, míseras chozas apresuradamente montadas. En el lugar donde estuvo el convento de los misioneros, sólo quedaban fundamentos de piedra y cuatro altas palmeras. En la plaza había algunas casas restauradas y apuntaladas, con tiendas y bares. Triste es la historia de Chillán. Esta ciudad –como ya lo dije– estuvo desde la época de los primeros invasores españoles expuesta a incesantes terremotos y asaltos de los indios. Se construía, se destruía y volvía a reconstruirse; a veces sufría incendios; los habitantes debían vivir en permanente alarma, y los misioneros ejercer sin cesar su apostolado. Casi doce mil habitantes tenía Chillán cuando la Guerra de la Independencia, se mantuvo por más tiempo leal al rey, pero después sirvió a los gobiernos de la república con mucha más lealtad y bravura que otras ciudades. Ya vivían aquí numerosas familias acomodadas y conspicuas.

“Ese terrible terremoto que en 1839 destruyó a Concepción, Talcahuano y Yumbel, no perdonó a Chillán. La asoló, dejando sólo ruinas. Los habitantes más influyentes y previstos aconsejaban trasladar la ciudad inmediatamente a otro lugar. Basta ya de tantas calamidades, temblores e incendios”,

decían. Pero la gente más humilde no quería abandonar sus antiguos hogares; les daba pena dejar los hermosos árboles y huertos; sacaban de entre los escombros maderas, ladrillos y todo lo aprovechable, confiaban en Dios que esa calamidad era ya la última y se daban prisa en reconstruir sus casas.

Entre los más ricos surgieron especuladores ingeniosos.

“A un par de millas de acá, hay extensos terrenos fiscales, casi sin cultivar, que el gobierno nos venderá por una miseria, allí fundaremos la ciudad, nos repartiremos los

terrenos y venderemos sitios a los pobres que se empeñan en restaurar sus chozas sobre las ruinas de la villa vieja. Trasladaremos la iglesia de los misioneros, los tribunales, la policía y los comercios, y entonces aquellos rotos tendrán que seguirnos”.

Así me contó un corpulento tendero en cuya casa nos alojamos y a quien durante el desayuno pregunté por la catástrofe que destruyó esta ciudad.

“Ya lo ve usted, compraron los terrenos casi gratis, a cinco piastras la cuadra (más o menos, lo mismo que nuestra ‘morga’) y luego los vendían caros. Pero yo no los seguiré, aquí me quedaré aunque todos se vayan a ese campo pelado en que están erigiendo ahora la ciudad”.

Comenzó una guerra abierta entre los nuevos colonos y la ciudad vieja, pero el gobierno estaba de parte de la nueva Chillán. Durante cuatro años, basándose en la convicción de que los terremotos se repiten en los mismos lugares, no se permitió erigir sobre las ruinas de Chillán Viejo ni siquiera una capilla, se trasladó la parroquia a la nueva ciudad, no se permitió a los sacerdotes venir acá con la extremaunción ni a los carniceros establecerse en la antigua plaza. En una palabra, como decía el indignado tendero, “ni Dios ni carne”. En cambio, los antiguos ciudadanos, dueños de huertos que abundaban en verduras y frutas, no las enviaban a la nueva ciudad, obligando así a los poderosos a que desde Nueva Chillán mandaran a sus criados a comprarlas muy caras, porque los criados se aliaban con los chacareros en contra de sus amos.

Finalmente hubo de llegarse a mutuas concesiones; la buena y prudente libertad es el mejor remedio. Hoy, unos y otros construyen libremente donde quieren. La nueva ciudad crece y se enriquece, los mercados en la ciudad vieja siempre muy concurridos, ruidosos y alegres, y las cuatro palmeras de la misión, de veinte o treinta codos de altura, se yerguen intactas recordando dónde estuvo el convento desde el cual se propagaba la fe por la Araucanía. Desde aquellos tiempos nadie plantó una sola palmera nueva.

“Nuestra vida es breve, y la palmera necesita cincuenta años para madurar” –dijo el misionero a quien yo estaba explicando que la palmera chilena era la más hermosa de todas las clases de palmera que hay en el mundo y que se trata de un árbol nacional que da miel y nueces.

“Ay, señor –agregó el chileno–, los religiosos, los padres que no tienen hijos, trabajan para las generaciones futuras, pero nosotros trabajamos para nosotros mismos, a lo sumo para nuestros hijos; que los bisnietos trabajen para ellos”.

A la puesta del Sol llegábamos a nueva Chillán, que se estaba construyendo en la llanura abierta. Ya estaban en pie una gran iglesia, el convento de los misioneros, la alcaldía, la cárcel y la casa del gobernador; había también comercios y una posada. Se estaban edificando muchas casas, pero no había un solo árbol, ni jardín.

Así, pues, es poco lo que podría contar de la ciudad. Pero hallé en ella a un reyezuelo destronado. Se trataba de un prisionero distinguido que, seis años atrás,

mandaba sobre todo Perú y Bolivia, el general Santa Cruz, junto al cual estaba el coronel Vial, antiguo oficial del ejército napoleónico, un francés muy virtuoso y gran amigo de los polacos, destinado por el gobierno chileno para la custodia de Santa Cruz. Al enterarse Vial de mi llegada a Chillán, me invitó con insistencias a su alojamiento, donde encontré, preparada para mí, una cómoda pieza al lado del general Santa Cruz, en cuya compañía descansé tres días del largo viaje.

Santa Cruz era hijo de una humilde mujer boliviana, pero su padre debió haber desempeñado algún alto cargo en tiempo de los españoles y haber figurado entre los ciudadanos más conspicuos de Bolivia, dado que su hijo, el actual prisionero, desempeñó un papel primordial en la guerra por la independencia y pocos años más tarde fue presidente de la República Boliviana. Activo y organizado, aunque poco instruido, sabía atraer gente y dirigirla. En su ejército tuvo varios oficiales extranjeros y entre ellos dos generales ingleses, Brown y Müller. Enviaba a los jóvenes a estudiar a París; concentró tratados de comercio con Inglaterra y Francia; por su iniciativa se redactó el *Código Civil* para Bolivia y se trazó, con poca exactitud, pero en grandes dimensiones, un mapa de toda Bolivia que limitaba por el sur con las repúblicas de Chile y Argentina, por el norte con Perú y por el este con el imperio brasileño.

Y así como bajo su gobierno en Bolivia había paz y orden, en el vecino Perú cundían disputas, riñas y vanas competencias; reiteradas revueltas bajo el signo de la libertad deponían a un presidente tras otro y los enviaban al destierro.

Y todo terminó del modo en que siempre terminan la arbitrariedad desatada, la libertad para vociferar y el afán de imponer unos sobre otros. Surgieron hombres que, apartados del gobierno, valiéndose del desbarajuste, fueron a buscar ayuda al vecino más fuerte. Lo era Bolivia. Santa Cruz no era de un carácter tan duro como para no ablandarse ante ruegos tan ventajosos para sus proyectos. Entró con el ejército a Perú y se autoproclamó, no rey (porque de este modo habría disgustado a los señores liberales) sino protector. Tomó ambas repúblicas, la suya y la que no lo era, bajo poder dictatorial y no le fue difícil establecer un tratado con Perú (el pacto de Tacna), en virtud del cual se formó la Confederación Perú-Boliviana bajo el gobierno del servicial protector.

Era muy grato para Bolivia reinar sobre el país y usar los puertos peruanos de Iquique y Arica. Tampoco les molestaba demasiado a los peruanos, sobre todo a los adversarios del gobierno derribado, formar parte de un estado con cinco millones de habitantes y tener un protector que les prometía defenderlos de incursiones extranjeras.

Para capital eligió Santa Cruz a Lima, la magnífica capital de los virreyes españoles; la llamada Ciudad de los Reyes, a causa de haber sido fundada el día de la festividad de los Reyes.

El protector se volvía cada vez más soberbio y –según dicen– se creyó un nuevo Napoleón. Vivía en el palacio de Pizarro, tenía su corte y cortesanos, diez mil soldados y la Guardia de Palacio. Cuando iba a la apertura del parlamento o al *Tedeum*, los ediles (municipales) llevaban sobre él el palio de raso de los virreyes; cuando iba a la ópera, los mismos ediles, ciudadanos conspicuos, llevaban antor-

chas. Pero tal aumento de poder del país vecino y el atractivo que iba adquiriendo el protector espontáneo no tardaron en alarmar a los chilenos. Aparecieron en Santiago el ex Presidente y los ministros del gobierno depuestos, los generales Gamarra, Lafuente y Torrico con otros muchos peruanos para pedir al gobierno chileno ayuda contra Santa Cruz. No fue necesario que insistieran mucho. A los pocos meses de mi llegada a Coquimbo, vi partir la segunda expedición chilena a Perú, compuesta de 34 pequeños buques al mando del general Bulnes. Santa Cruz, derrotado por este general en la cordillera de Huaras, cerca de Yungay, es desterrado y obligado a refugiarse en Guayaquil, desde donde, cual Napoleón desde Elba, se lanza una vez más para reconquistar el protectorado perdido, apelando a la nación y más aún al ejército disperso, pero es capturado por los partidarios del nuevo presidente de Perú antes de lograr reunirse con sus seguidores, y es entregado a los chilenos para que éstos lo vigilen e impidan sus nuevos intentos.

Con cortesía británica y miramientos para el infortunio, el gobierno chileno acogió al distinguido prisionero destinándole para una residencia tranquila la ciudad de Chillán, por estar ésta bastante alejada de la costa; y para su prestigio, seguridad y por otras razones políticas, aunque en realidad para la vigilancia, le designó a uno de los oficiales de más confianza, el coronel Vial, un francés del ejército de Napoleón, quien más tarde tomó parte activa en la Guerra de la Independencia de la república chilena, y declarado enemigo de los ingleses. El gobierno chileno no escatimaba en recursos para la decorosa manutención del ex jefe de la Confederación Perú-Boliviana. Su casa era cómoda, con un cocinero francés, con abundancia de vinos, ganado y frutas; en la ciudad había también una guarnición considerable.

Pues bien, hallé aquí a dos personas, a Santa Cruz y a Vial, realmente muy desafortunados; uno de ellos, en efecto, compartía el destino de Napoleón, en tanto que al otro le tocó el papel aún más ingrato de Hudson Lowe; ambos peleaban sin cesar entre sí y contra el destino que los colocó en relaciones recíprocamente tan desagradables. Vial tenía la orden secreta de vigilar al protector para que éste no tuviera contactos clandestinos ni abiertos con sus partidarios en Perú y Bolivia y para que no se fugara. Santa Cruz lo sabía y le gustaba aludir a Napoleón, lo que hacía hervir la sangre al francés, caballero de la Cruz de la Legión de Honor, recibida de manos de Napoleón en la batalla del Borodino. El bonapartista veía en toda mención a Napoleón una alusión directa a su papel de Hudson Lowe.

Durante tres días fui testigo de esta triste comedia. El rostro y la figura de Santa Cruz eran los de un indio corriente del altiplano, de las tribus quechua o guamaraya. De estatura tan baja como Thiers, flaco, seco, con frente angosta, cabello grueso y negro y rostro cobrizo, tenía ojos pequeños, de ébano, brillantes pero con expresión de incredulidad y reserva; sus pómulos eran anchos, salientes, y los labios, sobre todo el inferior, gruesos y como afeitados. En la conversación no se manifestaba triste ni pensativo. Pero jamás dijo alguna tontería, tenía un juicio sano de las cosas, cierta perspicacia, sentido práctico y poca instrucción. Ni por un momento dejaba de pensar en la revolución, en la reconquista del trono. Se relacionaba clandestinamente con sus partidarios más fieles en La Paz y en Potosí,

con su esposa que dejó en Lima, y más de una vez engañó con sus mensajes la vigilancia de su Hudson Lowe.

El coronel Vial, en cambio, era un perfecto tipo de francés, bonapartista, soldado afortunado en cien batallas ganadas; alto, de anchos hombros, con rostro noble y hermoso, frente alta y grandes ojos fogosos; vivaz, franco, pronto a entusiasmarse con cualquier relato caballeresco. Le venía muy a contrapelo desempeñar los deberes de un vigilante.

Siempre se sentaban en ambos extremos de la mesa sin dirigirse la vista, y en las disputas más vivas, incluso cuando intercambiaban pullas, dirigían la palabra a mí o a don Miguel. Yo trataba, en las conversaciones con el uno y el otro, de suavizar asperezas, aclarar la situación, explicando a uno que el gobierno sólo piensa en agasajar al distinguido ex soberano de dos países hermanos y cuidar de mantener la paz, y a otro que su papel bajo ningún concepto puede ser otro que el de representante del gobierno y acompañante del ex presidente de ambas repúblicas y que sería ridículo buscar el menor parangón entre Napoleón y Santa Cruz.

Pasados tres días, al partir, hallé por la mañana a Santa Cruz de buen humor; me pidió expresar al presidente Bulnes su gratitud por las consideraciones para con él y decirle que no piensa en otra cosa que en alejarse cuanto antes de América y unirse con su familia en Inglaterra o en Francia. También el coronel Vial estaba esa mañana más alegre, esperaba que Bulnes no tardaría en relevarlo de su ingrata misión y miraba con mayor benevolencia al seudo-Napoleón.

Nos sentamos para desayunar y la charla comenzó con cosas triviales. Vial lucía su ingenio francés, Santa Cruz sonreía; hasta el mediodía tomábamos la champaña como si fuera agua. Poco a poco, el tema iba tornándose más rico; se habló de la necesidad de simplificar el sistema judicial en los países postespañoles y de abreviar los trámites que traen consigo tantos males. Santa Cruz recordaba cuántas molestias y dificultades le había costado el reunir y fundir en un solo código las incontables y complicadas leyes españolas. El propio Vial observó cortésmente que en esa labor tan importante, Bolivia dio ejemplo a otras repúblicas, incluso a la de Chile, que sufría aún bajo la presión de una legislación anticuada. Santa Cruz, contento con ello, alzó la voz:

“es cierto, pero fíjense ustedes en lo que me hizo ese bribón de Ballivián (presidente actual de Bolivia): a ese código que me costó tanto trabajo y fatigas, que fue editado y proclamado por mí y que se llamaba Código de Santa Cruz, pues no podía ser llamado de otra manera, ese bribón le quitó este nombre por un simple decreto, pretextando que no fui yo, sino una comisión designada para ese fin la que redactó ese código y que las cámaras lo habían ratificado. Pero fíjense, por favor –prosiguió mirando a Vial de reojo–, que el código actual de Francia se sigue llamando el Código de Napoleón”.

“El emperador Napoleón” –y en este instante Vial saltó de la silla, enrojeció como un tomate y salió del salón. Santa Cruz no apuró su copa, nos levantamos de la mesa y al despedirnos, porque los caballos estaban ya ensillados desde hacía tres horas, Santa Cruz añadió:

–¿Acaso Napoleón escribió por sí mismo su código? Otros trabajaron en él y Napoleón lo promulgó. Yo tuve muchas más dificultades y más obstáculos que vencer por falta de buenos juristas y de gente capaz de sacrificarse gratuitamente por el bien del país. ¿Acaso no es justo que el código lleve mi nombre?

–Sí, en efecto– respondí.

El protector me abrazó y me entregó dos cartas, una para el presidente y la otra para un ministro en Santiago, y reteníendome todavía por un instante en su habitación, me preguntó con amabilidad:

–¿Y qué proyectos tiene usted, don Ignacio, para el futuro? ¿Piensa quedarse para siempre en Chile, o bien buscar fortuna en otra parte?

–Mi pensamiento –dije– se concentra permanentemente en mi patria sin hallar aquí un descanso.

En tal caso –interrumpió Santa Cruz– nos volveremos a encontrar más de una vez y, aunque en mi situación actual es poco lo que puedo prometerle, tengo la certeza de que las cosas no seguirán de esta manera para siempre y que voy a recuperar lo que es mío y que me corresponde. Porque, ¡cuántas veces –añadió al poco rato– el hombre caído en desgracia se levanta y vuelve a ocupar el lugar que tenía antes; aunque también es verdad que a Bonaparte, Dios no le permitió vivir lo bastante!...

De pronto entró el coronel Vial, un tanto apaciguado y lanzó una mirada desconfiada a las cartas. Santa Cruz se quedó callado y nos despedimos.

Ese día pernoctamos en un ranchito en una llanura, a una milla del pueblecito San Carlos, y al día siguiente seguimos por la misma planicie cóncava, o sea, por el ancho valle entre las dos cadenas cordilleranas.

12 de marzo

A medida que avanzamos hacia el Norte, el valle central intermedio se está volviendo algo más angosto, las cordilleras orientales van creciendo siendo coronadas por conos volcánicos cada vez más altos, prolongándose a lo largo de ellas, en forma escalonada, multicolores zonas de bosques, rocas y nieves eternas. Primero, ese mismo valle por donde estamos viajando, en su mitad seco y sin cultivar, se eleva lentamente hacia los montículos de granito o de gres situados a los pies de los Andes, por encima de los cuales se extiende la selva de color verde oscuro, la llamada ceja andina, que se caracteriza por el hecho de que en los Andes meridionales crecen en ella las famosas araucarias, en tanto que aquí ocupan su lugar los frondosos cipreses (*Tuya chilena*). Sobre esta cinta de verde oscuro se eleva de la zona desnuda, sin vegetación, que llega hasta la línea de las nieves eternas.

Pasamos, por el este, las cumbres heladas de la cordillera Longaví y vadeamos los ríos Longaví y Achibueno que nacen en ella. A diez millas de la capital provincial Talca, el camino dobla hacia la cordillera occidental, pasando entre montículos de granito, hermosas aldeas, campos cultivados, extensos viñedos y verdes huertos frutales. Aquí, en uno de los hermosos fundos donde nos detuvimos para pernoctar, nos robaron nuestros mejores caballo, dejando los gentiles ladrones para

cada uno de nosotros un solo jamelgo en que a duras penas pudimos llegar hasta Talca. Recordamos lo que me decían los araucanos sobre el río Cautín cuando yo me mostré preocupado por los caballos y por nuestros bagajes en la travesía:

“No temas, aquí no os faltará nada, pero cuando paséis la frontera, una vez entre españoles, los vuestros os robarán”.

13 de marzo

Al mediodía nos vinimos arrastrando a Talca sobre los derrengados y cojos caballos que los ladrones tuvieron a bien dejarnos. La ciudad está situada en el borde occidental del valle central, donde comienzan los primeros eslabones de la cordillera de la Costa, sobre un lindo riachuelo que a poca millas al norte de aquí se vierte en el río Maule, que es navegable y en cuya desembocadura se encuentra un puerto no muy cómodo y el pueblo comercial de Constitución. La ciudad cuenta actualmente con unos dieciséis mil habitantes y está más o menos a 100 m sobre el nivel del mar.

Erigida en el mismo terreno de sedimento lacustre que Chillán, esa ciudad sufrió en el terremoto del año 1825 la misma suerte que Concepción y Chillán. Dos de las iglesias mayores, la parroquial y la de La Merced fueron destruidas, otras muy dañadas; muchas casas quedaron en ruinas. Pero hoy casi no hallé huella alguna de esa destrucción. La iglesia de la Santísima Virgen de los Agustinos con una alta torre está construida; mide 60 codos de longitud y 20 de ancho. El prior del convento me decía que, cuando después de haber limpiado el suelo de los escombros, comenzó a cavar una profunda fosa para los fundamentos, su gracioso vecino, don Pedro, le preguntó en son de broma:

“Padre, ¿cuánto capital tiene para construir una casa de Dios tan grande? Doscientas piastras, hombre –le contesto– y vuestro entusiasmo”.

Y en efecto, a medida que progresaban los trabajos afluían de todas partes limosnas y valiosos donativos de los ciudadanos,

“y antes de que el gobierno iniciara la reconstrucción de la iglesia parroquial a base de impuestos, yo había terminado la mía con su torre a base de limosnas”.

También todas las demás iglesias en esta ciudad –y hay casi una decena de ellas– fueron restauradas a base de piadosos donativos voluntarios, lo que sin duda representa para los habitantes de esta ciudad más gloria que para los ingleses la reconstrucción de la iglesia de San Pablo, la cual –como es notorio– fue erigida –después de haber sufrido un gran incendio– a base de los gravámenes sobre el carbón mineral.

Los alrededores de esta ciudad, hasta el río Maule, son memorables en la historia de Chile. Aun antes del descubrimiento de América, los incas peruanos habían

conquistado las tierras del norte de Chile avanzando hasta el río Maule. Pero no se atrevieron a seguir más hacia el Sur, donde los araucanos les habrían hecho frente. También los españoles conquistaron antes y más fácilmente toda la población del norte de Chile, transformándola en cristiana y haciéndola olvidar su lengua, que a las tribus sureñas, puramente araucanas. Aquí, en la Guerra de la Independencia, los patriotas opusieron la resistencia más tenaz a los realistas, y aunque sufrieron una grave derrota, no se desanimaron y pronto derrotaron al enemigo; también aquí, cerca de la ciudad, en los campos de Lircay, hubo en 1820 un sangriento choque entre los liberales sureños y las fuerzas conservadoras del gobierno.

17 de marzo

Desde Talca parte el camino hacia una amplia y abierta planicie central del valle entrecordillerano, y en los Andes aparece la cumbre cónica, cubierta de hielos, del volcán apagado Descabezado, y más hacia el Norte, otra, más angosta, del Planchón. El llano se vuelve poco a poco más angosto, ambas cadenas cordilleranas, la oriental y la occidental, se van acercando, creciendo, y la superficie del valle se eleva, cada vez más poblada y fértil. Vemos en él cada vez más numerosos fundos, pueblecitos, viñedos y largas filas de altos álamos piramidales.

Molina, pueblecito a las orillas del hermoso río Claro, recuerda con su nombre al docto jesuita, otrora párroco de Talca, historiador y naturalista chileno, quien con motivo de la expulsión de los jesuitas hubo también de abandonar el país, habiendo destinado muchos fondos para escuelas e instituciones benéficas. Antes de morir editó en Italia su obra sobre la historia natural de Chile.

En Lontué, sobre el río del mismo nombre, hay un puente colgante indio trenzado de correas de cuero crudo, de forma similar a los puentes colgantes europeos de hierro, pero tan oscilante que resulta difícil tenerse en pie sobre él y cruzarlo.

18 de marzo

Siguiendo por el mismo valle llegamos al mediodía a los cerritos de Teno, que se alzan en medio del llano y que por algún tiempo después de los disturbios políticos sirvieron de refugio a los bandidos. A la puesta del sol llegamos a San Fernando, capital de la provincia de Colchagua, no mayor que nuestra Lida, donde pernoctamos.

19 de marzo

Al pasar por San Fernando, pueblo de unos dieciséis mil habitantes, atrae la atención del viajero la cumbre del volcán Tinguiririca, cubierta de hielo, alzándose sobre los Andes, llamado también cerro de azufre, en cuyos hombros humea hasta ahora una sulfurosa solfatara, y a cuyos pies nacen fuentes de las que brota uno de los mayores ríos chilenos, el Tinguiririca. Éste se une a pocas millas de aquí con el

Cachapoal. El agua de estos ríos no es tan limpia como en las provincias del sur, sino turbia, y fertiliza con su limo las tierras de los fundos.

Tres millas al norte de San Fernando, la cadena de la cordillera de la Costa se acerca tanto a los Andes, que todo ese valle intermedio que recorrimos desde Canteras y que se prolonga por el sur hasta Osorno y hasta el mismo golfo de Reloncaví (de 200 a 300 millas de longitud) se cierra, cortada por pequeñas colinas rocosas que se separan de los Andes, pero una milla más adelante hacia el Norte se abren nuevamente las llanuras.

Aquí en el cruce de estos cerros transversales en Regalemo, está la primera angostura entre esas dos cadenas montañosas, y pronto vuelve a aparecer el valle intermedio, más hermoso y más fértil; Rengo, el primer pueblecito sobre él, se esconde en un formidable bosquecillo verde poblado únicamente de naranjos, duraznos y altos álamos italianos.

Se ensancha la llanura, casi por entero cultivada y cubierta de trigales, y algunas millas más al norte, una vez cruzado el río Cachapoal, llegamos felizmente a Rancagua. Debo agregar que en Talca el general Dana nos dio excelentes caballos a cambio de los míseros jamelgos que nos habían dejado los ladrones en Longaví.

Rancagua, pueblecito de distrito, fue teatro de la gran derrota sufrida por los patriotas en 1818 al mando de O'Higgins, a manos de los españoles. Sin desanimarse, forman rápidamente nuevas legiones en Santiago y se interponen en el camino del enemigo, quien avanza rápidamente hacia la capital. En los campos de Maipú obtuvieron una gran victoria que aseguró de una vez por todas la independencia del país.

A unas pocas millas de la ruta de Rancagua a Santiago, el valle intermedio vuelve a angostarse; una estrecha quebrada separa los Andes de la cordillera occidental en el lugar llamado Angostura de Paine. De esta quebrada salimos a una extensa llanura. Cerca de allí vemos esos campos de Maipú, eternizados por el triunfo de los chilenos que conquistaron allí su libertad; más hacia el Norte asoman las torres de la capital de Santiago; en los Andes el volcán San José, de seis mil metros de altura, y el nevado y argentífero cerro San Pedro Nolasco. La planicie se prolonga hacia el Norte, todavía a veinte millas de Santiago, hasta el pie de los cerros de Chacabuco, donde toma su comienzo y desde donde, en el año 1842, yo había llegado por primera vez desde Coquimbo a la capital.

A los pocos días de llegar a Santiago, regresamos a Valparaíso y allí, mientras esperábamos el vapor, teníamos todas las noches la ópera italiana y vimos *Norma* y *Lucía de Lammermoor*.

El 8 de abril regresé felizmente por mar a Coquimbo gracias a Dios.

ÍNDICE

Presentación	iii
Ignacio Domeyko. Viaje a la Araucanía en el año 1845 y otros documentos sobre la frontera, por Jorge Pinto Rodríguez	vii
Advertencia preliminar	3
Araucanía y sus habitantes	5
PRIMERA PARTE: Situación física y naturaleza del país ocupado por los araucanos	11
SEGUNDA PARTE: Estado moral en que se hallan actualmente los indios araucanos, sus usos y costumbres	31
TERCERA PARTE: Causas que se oponen a la civilización de los indios araucanos y medios que parecen ser más oportunos para la reducción de ellos.	51
ANEXO: VIAJE A LA ARAUCANÍA EN EL AÑO 1845: Concepción, Valdivia, Osorno, volcán Antuco, regreso a Valparaíso. Enero, febrero, marzo y abril de 1845.	105



El viaje a la Araucanía le permitió a Ignacio Domeyko escribir *La Araucanía y sus habitantes*, publicado en 1845, la *Memoria sobre la colonización en Chile* que redactó en 1850 y que contribuyó a fijar la política gubernamental sobre esta materia y, años después, el relato del viaje a la Araucanía, todos los cuales se reproducen en esta edición.

Si el diario de viaje de Domeyko constituye una pieza que aporta diversas noticias de interés cuando aún la Araucanía conservaba la independencia, el ensayo *La Araucanía y sus habitantes* alcanzó una profusa difusión en el país y el extranjero. Compuesto de tres partes, sería la tercera, "las causas que se oponen, hasta ahora, a la civilización de dichos indios, como también los medios más oportunos de que se debe valer Chile para la reducción de ellos", la que despertó las mayores reacciones.

Citados por la gran mayoría de historiadores del siglo XX que han escrito sobre la Frontera, los trabajos de Domeyko muestran la forma como toda una generación de intelectuales observó y comentó las relaciones inter-étnicas en Chile.



FACULTAD DE HISTORIA,
GEOGRAFÍA Y CIENCIA POLÍTICA



Biblioteca Nacional
de Chile